LUPE LARZÁBAL



EL SILENCIO LLEVA MI NOMBRE

serie El círculo itinerante

EL SILENCIO LLEVA MI NOMBRE

Lupe Larzábal

Self Publischer



Copyright © 2026 Lupe Larzábal

Todos los derechos reservados.

Los personajes, empresas, organizaciones, lugares y acontecimientos que aparecen en esta novela son en su mayoría ficticios. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o fallecidas, hechos reales, entidades existentes o situaciones verdaderas es mera coincidencia y no debe interpretarse de ninguna manera como intencional o basada en la realidad.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación u otro procedimiento, sin la autorización expresa y por escrito del editor.

ISBN-13: 9781234567890
ISBN-10: 1477123456

Cover design by: LiberArte e.V.
Library of Congress Control Number: 2018675309
Printed in the United States of America

Dedicado a Aris, mi gran amor y compañero incansable de vida.

Prólogo o tal vez epílogo

—¿Esa mujer es quien yo pienso… o me estoy volviendo loca? — La voz de Almuth apenas se escuchó, consumida por los tapices del cuarto y la estática del tiempo detenido. No era una pregunta dirigida a nadie, ni una duda que esperara respuesta.
Estaba de pie junto a la ventana del piso superior, con una taza de té tibio en una mano y el otro brazo cruzado como un escudo inútil. Afuera, el cielo de Holzlar se deshacía en un gris sin énfasis, pero con intensidad e infinitud, como si incluso las nubes hubiesen renunciado a las formas. En la acera opuesta, justo frente al número 26 de la Siebengebirgstraße, una figura femenina alzó la vista para perpetuar sus ojos en esa casa de dos plantas que se alzaba sin ostentaciones ni brillos a lo largo de esa calle arbolada y algo ruidosa de aquel barrio pintoresco de Bonn.
Tenía la misma forma de mirar que aquella muchacha del barco. La misma manera de abrigarse mal y la mala costumbre de su cuerpo de no haber aprendido el frío. Y ese andar: un paso detrás del otro, lento pero seguro, arrastrando el peso de algo que no podía percibirse. No podía ser casualidad.
Era ella y su cabellera pelirroja inconfundible.
Almuth sintió que el corazón, ese tambor perezoso que había aprendido a marcarle el paso a la soledad, ahora se desacompasaba con una torpeza adolescente. Quiso moverse, pero sus músculos no le respondieron. Lo único que se atrevió a hacer fue cerrar levemente la cortina, lo justo para que no se notara que estaba allí, vigilando como un centinela de sí misma.
La casa temblaba con la humedad de los otoños vividos sin testigos. Las paredes, cubiertas de un empapelado rugoso pintado que alguna vez fue alegre, ofrecían ahora un fondo desvaído para los retratos familiares en sepia. Había un piano cerrado con llave desde hacía varios lustros. Un perchero sin abrigos ostentaba un paraguas de

mango de madera y una lámpara de pie que chispeaba su luz como un faro moribundo.
En esa casa habían pasado demasiadas cosas, y ninguna del todo dicha, aunque todas insinuadas.
Almuth apoyó la taza sobre el alféizar con un temblor apenas perceptible. El té —una mezcla terrosa y dulce que solía preparar su abuela Gundi— se había enfriado hacía rato, igual que los buenos años, si alguna vez existieron.
La mujer pelirroja no se movía. Observaba con una determinación casi ofensiva y su mirada de saeta osaba hacerse del derecho de atravesar paredes y memorias con la insolencia de un niño malcriado. Finalmente cruzó la calle, y luego de subir los tres escalones hasta la puerta, alzó el brazo lentamente y pulsó el timbre muy brevemente, pero con una firmeza que no admitía dudas, haciendo vibrar la casa entera con su sonido áspero y antiguo.
Dentro, Almuth se incorporó respondiendo a una señal que parecía no pertenecer al presente. Dio un paso hacia la puerta, no por voluntad, sino por algo más hondo, más callado. Algo que se parecía mucho a la obediencia, a la inevitabilidad.
Cada escalón de la casa era una memoria comprimida. El crujido de la madera bajo sus pies le recordó las noches en que se escapaba para llorar en el desván, las veces en que Ilse —su madre— le había gritado que debía esconderse cuando llamaran a la puerta, los inviernos en que nadie subía, nadie bajaba, porque no había nadie más.
El pasillo olía a lino envejecido y a perfume francés algo marchito, de esos que las mujeres usaban cuando todavía creían en el futuro. Una polilla danzaba torpemente alrededor de una lámpara colgante, y por un instante, Almuth pensó que esa criatura inútil era más libre que ella.
Al llegar al vestíbulo, dudó.
¿Y si no era ella? ¿Y si sólo era una coincidencia brutal, un error de la memoria que se resiste a extinguirse?
No. Definitivamente era la chica del barco. La misma con la que compartió las noches de cubierta, los silencios cómplices frente al

Mediterráneo, los cafés que supieron a despedida aun antes de zarpar.
Y ahora, inexplicablemente, estaba allí, impertérrita. Frente a su casa, en su ciudad y, de alguna manera, en su historia.
—Déjala pasar —dirigiéndose a Gerti, que estaba a punto de cerrar la puerta sin más. Y con la calma eterna de quien sabe que la verdad, tarde o temprano, siempre encuentra su camino, miró a Renate con serenidad y dando un paso hacia ella, la reconoció.
La mano de Almuth se cerró sobre el marco de la puerta. Estaba helado, como el borde de una lápida. Al abrir del todo la puerta que a medias había dado a luz el rostro de Renate, lanzó un chirrido como un lamento que, obediente pero rencorosa, se abrió.
Renate tenía los ojos muy abiertos, aunque no de miedo. Era más bien una mezcla de reconocimiento y vergüenza, como si ese instante la desnudara frente a alguien que ya sabía demasiado de ella.
—Soy hija de Ilse —dijo al fin, y las décadas acumuladas hasta ese entonces cayeron como hojas de almanaque frente a sus ojos.
Almuth la miró como quien contempla un retrato robado del pasado. Por un momento pensó en abrazarla. Por otro, en cerrar la puerta y fingir que todo había sido un malentendido. Optó por la primera.
—Pasa—No dijo más. Almuth cruzó la distancia entre ambas con un gesto decidido y la abrazó, queriendo disipar el dolor, desvanecer cicatrices y, de ser posible, cerrar todas las heridas abiertas por el tiempo y la distancia.
Ese eterno abrazo no tuvo palabras.
Renate cruzó el umbral como quien pisa una iglesia abandonada. No preguntó nada. No dijo nada. Solo continuó lagrimeando, como si supiera que ese silencio era la única manera de no romperlo todo.
La sala estaba en penumbra, iluminada apenas por la luz mortecina que entraba por las cortinas de encaje. Almuth se sentó en una butaca tapizada con terciopelo verde seco, frente a la chimenea apagada. Renate, en cambio, eligió una silla de madera cerca de la ventana, donde aún podía ver la calle o por donde tal vez pudiese escapar si fuese necesario.

—¿Cómo me encontraste? —preguntó Almuth, sin rencor, pero sin ternura.
Renate se removió en la silla para ganar, aunque sea, unos pocos segundos antes de responder.
—No te busqué. Fue… una carta. La encontré entre las cosas de Ilse. Un sobre viejo y sin sello. Hablaba de una tal Almuth, hija de Ilse. Que vivía aquí y que te cuidaba. Si es así, entonces eres mi hermana.
Almuth desvió la vista. No quería que Renate viera cómo esa palabra —hermana— le tambaleaba en los labios ya mustios y estériles.
—¿La escribió Ilse?
—No. La escribió Gundi, su madre… bueno, nuestra abuela.
Y el silencio de apoderó hasta del verdín de las piedras.
Gundi, la única que la había abrazado sin hacer preguntas, la única que no había considerado que su existencia era un error logístico.
Almuth se levantó. Caminó hasta una cómoda antigua, abrió un cajón y sacó un cuaderno. Lo abrió en una página con una foto pequeña, casi translúcida. En ella, una joven de cabellos oscuros jugaba con una niña pequeña, rubia, en una playa que ya no debía existir.
—¿Reconoces a alguien aquí? Desafió Almuth.
Renate se acercó. La observó y vio a su madre.
—Esa es Ilse —susurró, tocando la imagen como quien acaricia a un fantasma.
—Y la niñita soy yo —dijo Almuth seria. —Eso fue en Moosburg a orillas del Isar, cerca de Landshut y no muy lejos de Múnich. 1946. Yo tenía para ese entonces casi cinco años.
Renate alzó la vista.
—¿Por qué nadie me habló de tu existencia?
—Porque nadie quería que lo supieras —respondió Almuth, cerrando el cuaderno—. Porque tu futura existencia debía corregir la mía— dijo bajando la mirada ofuscada que lanzaba dentelladas al aire pesado de la sala.
Pasaron los minutos con la lentitud de las confesiones. Renate habló poco, Almuth entrenaba el mutismo. Pero lo que no se dijeron llenaba la habitación como un humo invisible.

Renate comentó que vivía en Rheinbach, que enseñaba en una escuela y que no tenía hijos. Que algo, desde siempre, le había hecho sombra por dentro, como una ausencia que nadie le nombró pero que insistía en quedarse. El viaje a Barcelona confesó, no había sido idea suya, sino una huida envuelta en billetes familiares y disfrazado con postales olvidadas. Lo que no esperaba era verla allí: a Almuth, de pie en la cubierta, con un vestido que parecía prestado de otra vida y una expresión que no pedía consuelo, sino distancia. Fue en ese instante, según dijo, que sintió algo parecido a un ancla en el pecho. Algo antiguo. Algo suyo.

Almuth no dejó escapar ni sus suspiros. No le hizo falta.

A veces los ojos, cuando ya no esperan nada, revelan demasiado.

Cuando Renate se levantó para irse, la noche ya había cubierto la casa como una manta húmeda y lúgubre que nadie había solicitado. Se iba con un libro en blanco, con un silencio espeso.

—¿Volverás? —preguntó Almuth sin levantar la vista. Su voz sonó como una grieta que se abre en una piedra antigua. Tal vez con intención de ensordecer al mundo con su historia.

—¿Quieres que lo haga? —respondió Renate, con el temblor en la garganta de quien no está segura de merecer la respuesta.

Almuth tardó en hablar. El silencio atronador que se extendió entre ambas tenía lo espurio de una verdad que nadie se animaba a pronunciar.

—No lo sé. No sé qué puedo ofrecerte —dijo al fin, y en su rostro se dibujó esa angustia que no llora, pero pesa. Esa pena antigua que araña desde dentro y se refleja apenas en el brillo turbio de unos ojos cansados.

Renate asintió. No dijo nada más. Le rozó la mano como quien deja una firma invisible y cruzó el umbral por el que había entrado horas atrás. Pero no era la misma mujer. Llevaba algo encima —un fragmento de duda, un eco de otra vida— que no tenía al llegar.

Almuth la siguió con la mirada mientras se alejaba calle abajo, envuelta en sombras que ya no sabían a peligro, sino a despedida. Luego cerró la puerta y se apoyó contra ella, pero sin poder evitar que todo el peso de los años quisiera entrar por la cerradura.

Y por primera vez en mucho tiempo, lloró. No como quien se rinde, sino como quien vuelve a encontrar, en el fondo de una pena vieja, el contorno borroso de algo que una vez fue suyo.

Ilse Zoller se había convencido, a los veinticinco años, de que la historia le debía una reverencia. Hija de una familia que alguna vez soñó con la prosperidad en tierras mexicanas, pisó suelo alemán en 1921 junto a su madre, Gundi, y su hermano mayor Reinhard, tras la muerte de su padre. Nada en aquel regreso tuvo gloria. Sólo polvo, silencio y una promesa inconclusa, una que se reía a carcajadas a sus espaldas.

En el nuevo orden imperial, Ilse creyó ver la escalinata alfombrada hacia su redención privada. Obediencia, belleza, fertilidad: el triángulo mágico del que se aferraban las que, como ella, no toleraban el anonimato. Sus convicciones eran tan flexibles como sus medias de seda, pero su talento para el disimulo era casi doctrinal. Se paseaba por los pasillos de la *Kolonialschule* con la espalda recta y el cuello estirado como un cisne amaestrado. Sabía exactamente cuándo cruzar las piernas, cuándo inclinar la cabeza, cuándo pronunciar con encanto las siglas del Partido. Sus ojos, que no eran azules, pero sabían parecerlo, abrían puertas que ni la ideología podía cerrar, y su sonrisa tenía el filo exacto de un bisturí de oro.

Él era alto, con la mandíbula redondeada y una mirada gélida que jamás perdía dureza. Tenía las manos robustas, limpias, de un hombre que no mataba con ellas. Sólo firmaba papeles. Papeles que enviaban trenes, papeles que extinguían apellidos. Papeles que, si se apilaban, podían ahogar ciudades enteras.

La primera vez que la vio, Ilse llevaba un abrigo albino. La nieve de los albores de febrero de 1941 le hacía resplandecer la piel de virgen aria descendida de los panfletos. Él la invitó a una copa de *Korn* en el salón trasero del hotel Dreesen, a orillas del Rin. Ella aceptó, sin asombro. Sabía perfectamente a qué estaba enfrentándose y también conocía las reglas del juego.

Lo que ocurrió posteriormente no fue amor, ni deseo, ni siquiera una equivocación con coartada sentimental. Fue un acto burocrático del cuerpo, una escena arrancada de un manual de cinismo para funcionarios del desprecio, ejecutada con la puntualidad de un reloj

suizo y la delicadeza de una declaración de guerra. Nada improvisado. Nada humano. Sólo el cumplimiento mecánico de una jerarquía que no admitía dudas ni testigos.

El General, siempre tan convencido de su propia inmunidad, de esa coraza traslúcida que otorgan los galones cuando ya no queda nada que perder, comenzó a desabrocharse el uniforme con la solemnidad torpe de quien cree estar ejerciendo un derecho. Cada botón cedía bajo sus dedos gruesos con un chasquido seco, autoritario, como si el tejido mismo comprendiera que resistirse era inútil. No había prisa, pero tampoco pudor. Se desnudaba sin apuro, con una torpeza ensayada, casi ritual, como si cada prenda que caía al suelo marcara una orden cumplida, una obediencia que incluso él parecía detestar acatar.

Ilse, que había aceptado aquella invitación movida más por una curiosidad mal educada que por una convicción real, comprendió demasiado tarde que había ingresado en un escenario cuyo libreto no estaba escrito para ella. No gritó. No protestó. No porque no pudiera, sino porque sabía —con esa lucidez fría que sólo desarrollan las mujeres acostumbradas a perder con elegancia— que cualquier gesto sería interpretado como ruido innecesario. Permaneció inmóvil, los ojos abiertos, sin atreverse a mirar del todo. No cerrarlos fue un acto de cálculo, no de valentía. Había decidido, desde ese rincón estratégico de la mente donde se refugia la ambición cuando la dignidad se repliega, que todo debía quedar registrado, archivado, memorizado con rigidez jurídica.

En su interior convivían dos impulsos incompatibles: un desconcierto pueril, casi ridículo, y una voluntad férrea de resultar funcional. Todavía creía —con una fe ingenua que el mundo se encargaría de pulverizar— que el futuro recompensa a quienes saben adaptarse, a quienes aceptan el papel asignado sin hacer preguntas incómodas. Se decía que aquello era transitorio, que el cuerpo podía ser moneda sin convertirse en destino, que el costo de esa noche sería amortizado más adelante con intereses jugosos.

El aire del cuarto comenzó a espesarse. El sudor rancio se instaló con la perseverancia de una culpa vieja, nunca nombrada, nunca expiada. No era sólo un olor: era una atmósfera viscosa, invasiva,

que parecía brotar de los poros de aquel cuerpo robusto y desbordado, fatigado no tanto por los años como por una soberbia que había sobrevivido a todas las guerras. Cada exhalación arrastraba una historia de abusos silenciosos, de órdenes susurradas, de habitaciones cerradas donde el poder confundía sistemáticamente la obediencia con el consentimiento.

—No se quede ahí parada —dijo el General, sin mirarla—. Cierre la ventana. Hace frío.

Ilse obedeció sin prisa. Cerró la ventana con cuidado, como si el ruido pudiera dejar constancia de algo que aún no quería nombrar.

—¿Le sirvo más de beber? —preguntó ella, señalando la botella abierta sobre la mesa.

—Sirva, sirva —respondió él, con una risa breve, espesa—. Para eso está. Además, la bebida de poca calidad entra mejor cuando uno no piensa demasiado.

Ilse asintió. En algún lugar de su conciencia —todavía intacta, todavía ingenua— comprendió que no estaba participando de un acto privado, sino siendo incorporada, sin firma ni aviso, a una maquinaria que jamás preguntaba nombres y nunca devolvía nada a cambio.

La habitación 105 del Hotel Dreesen había quedado sumergida en un olor a cigarro negro, cuero reseco y autoridad marchita. Los muros, tapizados con un diseño floral que parecía burlarse de la escena, exhalaban un polvo viejo que se mezclaba con el perfume empalagoso de Ilse, ahora descompuesto por el calor húmedo del cuarto. La lámpara del velador titilaba como si dudara si debía iluminar aquello, y la calefacción emitía un zumbido intermitente, semejante al jadeo de un viejo soldado que se niega a morir.

—Tiene usted un acento correcto —dijo el General, tras un sorbo largo—. No demasiado fino. Eso está bien. Las mujeres demasiado finas suelen dar problemas.

—Hice cursos en Bonn —respondió Ilse—. Mecanografía. Taquigrafía.

—Eso siempre sirve —dijo él—. Todo sirve, si uno sabe para qué usarlo.

El aliento del General —mezcla de bebida espirituosa, vanidad y nicotina— se acercó demasiado. El peso de su cuerpo era brutal,

pero desprovisto de cualquier gesto erótico; un peso administrativo, casi burocrático. La piel vencida colgaba como galones olvidados en un uniforme que ya no necesitaba ser impecable. Todo aquello debía archivarse. Algún día, tal vez, esas imágenes le serían útiles. Si no para recordar, al menos para justificar.
—No se ponga tensa —murmuró él—. Esto no fue nada. Mañana nadie se va a acordar.
—Entiendo —dijo Ilse.
Y era cierto: entendía más de lo que habría querido.
No había repulsión. Había risas estereotipadas y un sello húmedo estampado con la prepotencia de quienes creen que el mundo es un papel en blanco a su disposición.
—Después —añadió el General, acomodándose la chaqueta— veremos si hace falta repetirlo.
Ilse no respondió. Se limitó a acomodar el borde de su falda, con un gesto preciso, casi profesional. En ese silencio quedó sellado el verdadero acuerdo: no habría palabras, no habría relato. Solo una inscripción muda, grabada en algún lugar del cuerpo y de la memoria, que aún no sabía cuánto iba a costarle.
La fecundidad concluyó el plan. Germinó, como germinan las semillas extraviadas en tierras hostiles. El fruto fue amargo, pero vivo. Un error que respiraba. Un milagro involuntario.
No hubo llamadas. Ni cartas. Ni visitas. El General se evaporó hasta la fragancia más barata en la ropa de cama. Había cumplido su cometido, y en su universo moral —una cartografía de la impunidad — eso bastaba.
Ilse no lloró. Nunca lo hacía cuando los hechos coincidían con sus sospechas. Se miró en el espejo del baño, donde el vapor había dibujado formas irreconocibles, y al ver su reflejo supo que nada en ella había cambiado. Pero también supo que algo dentro de ella ya no le pertenecía. Se alisó la falda, se pintó los labios con más decisión que emoción, y salió de la habitación abandonando una cita con la Historia: sin mirar atrás, sin agradecer, sin temblar.
El pasillo olía a lino higienizado y a recuerdos innombrables. Las alfombras orientales apagaban los pasos borrando toda evidencia. Y nadie, al verla pasar, podría haber adivinado que acababa de sellar

un destino. No el suyo, quizás. Pero sí el de alguien que aún no tenía nombre.

Durante los primeros meses, Ilse se pavoneó con su embarazo como si llevara una medalla recién acuñada. Las amistades que había hecho en la Kolonialschule durante 1940 —esas mujeres que aún frecuentaba de tanto en tanto como quien visita una vieja fotografía— la observaban con una mezcla de admiración y sospecha. Nadie preguntaba quién era el padre, aunque todas querían saberlo. Sabían que Ilse había estado en Bad Godesberg recientemente, y que su viaje había sido en compañía de un General, al que acompañó desde Berlín —ciudad en la que se había instalado apenas un año antes para trabajar en DEMAG—. Oficialmente, había aprovechado esa visita para ver a su madre en Bonn. Pero los rumores, como siempre, sabían bordar mejor las intenciones que las palabras.

Cuando comenzó a notarse, Ilse dejó el disfraz de independencia colgado en el perchero y regresó definitivamente a la casa de su madre. Gundi la recibió sin entusiasmo. Había visto suficiente del mundo como para saber que ciertas medallas son, en realidad, plomo fundido disfrazado de gloria.

—¿Y el padre? ¿Me dirás finalmente quién es? —preguntó Gundi con una calma que cortaba más que cualquier grito. Su voz, afilada como un alfiler antiguo, no subió de tono, pero descendió al fondo de la carne.

Ilse encendió un cigarrillo con manos más firmes de lo que habría querido. Exhaló hacia el techo como si pudiera escribir en el humo una versión más amable de los hechos.

—Un oficial… perdón —corrigió, como quien escupe una astilla—, un General. No lo volveré a ver, y con eso tengo que vivir.

El silencio que siguió no fue un espacio vacío, sino un zarpazo contenido.

—¿Y tú esperas que yo me ocupe de esto como si hubieras traído una muñeca rota para que yo la repare? —murmuró Gundi, sin moverse ni un milímetro, pero haciendo crujir cada palabra como si fuera vidrio bajo la suela de un zapato mojado.

Ilse bajó los ojos y acarició su vientre con una ternura demasiado bien ensayada, como quien se disculpa con una estatua por no poder rezar. No dijo nada más. Tampoco hizo falta.

Gundi no insistió. Pero su mirada —esa mirada que había visto el mar de Veracruz, el luto en barcos de regreso y el hambre de la posguerra— se volvió densa, animal, lanzando dentelladas mudas al aire ya viciado. Luego giró sobre sus talones con la misma decisión con la que se cierran los libros que ya no admiten otro final, y subió al desván. Iba a buscar mantas de bebé. Aquellas que habían abrigado, hace unos veintitantos años, a la joven que ahora tenía delante, y que se le escurría entre los dedos como arena seca.

Reinhard, el hermano mayor, contemplaba la escena desde el umbral. No preguntó nada. No movió un músculo. Su rostro era una piedra tallada por las decisiones de otros, un rostro que aprendió —como tantos hombres de su tiempo— que el pasado no se discute: se arrastra.

Así nació Almuth, en un octubre de oro de 1941, de esos que bendicen el valle del Rin con una luz tibia y embustera, como si el otoño quisiera pedir perdón por lo que el invierno estaba por hacer. En Bad Godesberg, mientras el mundo afuera crujía bajo las botas del espanto y las banderas eran más abundantes que el pan, una niña vino al mundo sin hacer ruido, como quien llega sin haber sido invitado, pero tampoco echado.

Era pálida, casi transparente, con unos ojos pardos que se negaban a obedecer cualquier ideal racial impreso en los manuales del Tercer Reich. Silenciosa, demasiado silenciosa para su edad, parecía observar desde el primer día con una gravedad que sólo tienen los huérfanos de destino.

Ilse no la miraba más de lo imprescindible. La amamantaba sin ternura, con la eficiencia resignada de quien paga una deuda contraída en una noche de ambición mal calculada. A veces, al terminar, se ajustaba el corpiño con la misma pulcritud con la que alisaba sus peinados geométricos, aquellos que aún lucía en las reuniones sociales que sobrevivían a la escasez —copas en mano, discursos reciclados, y sonrisas que crujían como porcelana astillada.

Gundi, por su parte, se convirtió en ese tipo de presencia que no reclama aplausos, pero sostiene el mundo cuando este amenaza con derrumbarse. Acunaba a Almuth con un afecto que parecía extraído del fondo de los inviernos, de esos que obligan a amar incluso sin recompensa. La alzaba contra su pecho como si con ese gesto pudiera rescribir el destino que no había elegido, sabiendo —aunque no lo dijera jamás— que hay heridas que ni la ternura más fiel alcanza a cerrar. A veces, cuando la veía dormir, se le escapaba una pregunta sin respuesta: ¿esa niña había venido al mundo buscando amor, o simplemente a evidenciar su falta?

Allá afuera, Europa ardía entre ruinas, sirenas y promesas rotas. Las ciudades desaparecían en espirales de humo, pero dentro de aquella casa silenciosa, Almuth crecía como una presencia que nadie terminaba de nombrar del todo. Como una nota al pie que incomoda al lector, como un pliegue mal cosido en el uniforme de la historia. No era la hija que se esperaba, sino la que llegó, desafiando los pronósticos, torciendo con su sola existencia el relato limpio y altisonante que Ilse hubiera preferido rubricar.

Sus primeros llantos no provocaron júbilo sino cautela, como si se temiera que romper el silencio trajera consecuencias irreversibles. La cuna, bajada con parsimonia del altillo, no era una reliquia familiar. Ilse nunca había dormido en ella —cuando llegó de México ya caminaba con torpeza, aferrada a las faldas de su madre—, así que Gundi la había conseguido quién sabe dónde, en alguna tienda de cosas usadas o prestada por una vecina compasiva que aún conservaba recuerdos de hijos que partieron demasiado pronto. Olía a madera antigua y resignación, a noches cargadas de desvelos, a silencios heredados. Más que una promesa, parecía una repetición involuntaria.

Nacida en un tiempo que digería sus propias sombras, Almuth cargaba sin saberlo la genealogía de una época rota, sin que nadie le diera derecho a réplica.

Y, sin embargo, estaba allí. No como heredera, sino como superviviente. No para perpetuar un apellido, sino para desafiarlo. Aunque su origen estuviese manchado por las cenizas del Reich, su respiración, pequeña e impertinente, reclamaba —sin voz aún— el

derecho a crecer, a dudar, y a escribir una historia distinta. Porque a veces, incluso en las épocas más oscuras, la vida se abre paso. Con o sin aplausos. Con o sin nombre.

Ilse nunca volvió a hablar del General. Nunca volvió a mencionar su nombre. Si es que alguna vez lo dijo.

Y Almuth, al crecer, aprendería que a veces el silencio no es olvido. Es herencia que, agazapada, volverá para romperse en mil pedazos y gritar verdades.

Un silencio que aún lleva su nombre.

Guido Bender había salido temprano aquella mañana del 15 de febrero de 1945 con la esperanza humilde de encontrar manzanas, esas divinidades que la guerra había sacado de circulación junto con la dignidad y el confort.

Caminaba por una ciudad desfigurada, donde las fachadas ya no sostenían historias sino escombros, y las esquinas olían a miedo añejado y pan racionado. Alemania se deshacía en pedazos y cada día traía consigo un nuevo derrumbe: de edificios, de certezas, de personas.

El invierno era áspero, pero más lo era la guerra. En la radio sólo se oían himnos huecos y proclamas que llegaban con retraso a oídos cada vez más escépticos. El frente oriental se aproximaba con una cadencia de trueno, y el occidental ya no respondía como antes. Las ciudades se vaciaban por tramos: primero de hombres, luego de fe, después de sentido.

En la tienda de la señora Albrecht, entre las últimas cajas del sótano —bajo una trampa oxidada y detrás de un cartel descolorido que aún prometía leche condensada—, aún se conseguían algunas manzanas pequeñas, de piel rugosa y manchas oscuras, con un aroma entre dulce y ácido y algún gusano inquilino que más que una amenaza, era casi un gesto de autenticidad en tiempos donde todo lo fresco era sospechoso o inalcanzable. Guido se llevó las que se pudo costear, exactamente tres, envueltas en papel de diario, con letras torcidas y titulares ya inútiles. Retomó camino con paso corto y decidido, silbando una tonada que no recordaba haber aprendido, como si la melodía le hubiera venido adherida a las manzanas, o como si el aire helado, al entrarle en los pulmones, hubiese

rescatado de algún rincón olvidado esa música que sólo se escucha cuando la memoria ya no alcanza.
Al llegar al Hansa-Haus, descolgó su abrigo raído y lo colgó en el perchero tambaleante y de madera carcomida ubicado en el recibidor, junto al perfume a historias del papel y la humedad atrapada entre los muros.
Saludó a Martha con un ademán tímido, como si tuviera que disculparse por volver a la rutina, y bajó por la escalera angosta que lo llevaba al subsuelo. Aquellos peldaños crujían con cada pisada queriendo hacerle recordar a la humanidad entera su edad y su historia: madera vencida, barniz descascarado, y un leve olor a cola de encuadernador impregnado en cada escalón. Y allí, echado en un pedazo de alfombra vieja, Siggi.
En el sótano, el aire se volvía más denso, y los sentidos se apagaban uno a uno para dejar lugar a la concentración. Allí pasaba sus días alineando letras móviles, oliendo la tinta espesa como sangre seca, muchas veces escasa como la paz y acompañando el zumbido constante de la prensa como si fuera el latido de su propia existencia. Las sombras se alargaban como dedos pintados en un escorzo a lo largo del muro, y el traqueteo de la máquina era más fiable que cualquier promesa humana. Era un mundo subterráneo donde las palabras nacían en cantidades limitadas, y Guido, desde su rincón, se sentía menos solo entre tipos de plomo que entre hombres de carne.
—¿Siggi? ¿Vamos? —dijo en voz baja, como si temiera despertar al edificio. El pequeño perro alzó las orejas y, abandonando el felpudo deshilachado, lo siguió sin dudar, con esa fidelidad infatigable que sólo los caninos conocen.
Ambos habían aprendido a convivir con la escasez de luz, con el frío que se infiltraba en los huesos como un huésped al que no se puede desalojar, con esa promesa muda de que los libros, las palabras, el murmullo exacto de las máquinas aún eran refugio contra el absurdo.
Fue en ese sótano sin ventanas, donde las paredes exhalaban sudor como si llorasen desde adentro, donde la maldad los alcanzó en toda su furia.

No hubo advertencia. Apenas un zumbido breve, un segundo suspendido en el aire, como si la ciudad hubiera olvidado cómo respirar. Después el mundo estalló. La explosión fue brutal, precisa, ejecutada con la pulcritud sin remordimientos de un crimen bien ensayado. En algún punto del centro —entre fachadas que nunca volverían a ser las mismas— el mal se permitió un gesto mínimo, casi humano: un bostezo cansado, como quien cumple con su oficio antes de volver a casa.

El estruendo quebró el aire y arrancó a Guido de su cuerpo. Los oídos se le cerraron como puertas selladas desde dentro. La mitad del rostro, fragmentado sin piedad, quedó atrapada para siempre entre los pliegues del tiempo y la ceniza.

Desde ese día, y hasta su muerte, su semblante fue cubierto por una máscara de tela, no por pudor, sino por imposibilidad. Detrás de ella no quedaba un hombre, sino una sombra con nombre, un cuerpo que recordaba cómo había sido respirar antes del fuego.

A sus pies, Siggi yacía inmóvil. Murió como había vivido: leal, callado, inseparable. Parecía dormido, como una nota final escrita al pie de una carta que nadie terminó de redactar. Una firma fiel al final de una historia que ya no tenía destinatario.

Afuera, el aire de febrero de 1945 olía a nieve contaminada y a algo más denso, menos natural: pólvora, angustia, humo.

Aquel día, el cielo de Bad Godesberg se vistió de muerte con un manto de textura del plomo. Un silencio denso, anticipatorio, reinaba entre las fachadas deslucidas. Pero nadie lo escuchó a tiempo.

Cuando la bomba cayó sobre el Hansa-Haus, ni siquiera las palomas tuvieron oportunidad de huir. La *Luftmine* descendió como una maldición mecánica desde un cielo obsecuente, y en un segundo se llevó consigo un edificio, una historia, una infancia y almas arrancadas a guadañazos.

Durante décadas, el Hansa-Haus había sido más que una edificación. Nacido como un hotel elegante en la década de 1870, transformado luego en imprenta, librería y oficina editorial, era un santuario laico para quienes creían que la palabra impresa era más duradera que el régimen de turno. Bajo su techo se encuadernaban sermones, se vendían biblias y se maquinaban periódicos locales con la fe de

quien aún confiaba en la verdad, y más aún en la que perduraba sobre el papel con rúbrica de tinta oscura y esencia de tabaco.

Aquella mañana, bajo un cielo plomizo que cubría las grietas de la ciudad, Martha Kretschmann, viuda del librero cuya alma aún vagaba por los pasillos polvorientos de tomos antiguos, se inclinaba para alzar la persiana del local. El estruendo la arrebató como un viento espectral, lanzándola contra la vitrina en un baile macabro, donde rebotó cual marioneta abandonada en el teatro de las sombras. Su nieta Else, de nueve primaveras inocentes, había cruzado el umbral minutos antes, atraída por el eco de una promesa: un libro de cuentos que su abuelo le había jurado desde el otoño anterior, cuando las hojas caían como páginas de un volumen prohibido. Los jirones de su abrigo rojo, teñidos de ceniza y misterio, emergieron entre los anaqueles calcinados dos días después, como reliquias de un sueño truncado. Existir y desvanecerse. Todo en un instante, envuelto en un suspiro ahogado que el viento arrastró hacia el olvido eterno.

Los vecinos que aún moraban sobre la imprenta, guardianes involuntarios de aquellos muros impregnados de tinta, no hallaron refugio en la fortuna caprichosa. Entre ellos, Annemarie, la joven costurera cuyos dedos danzaban con hilos como si tejiera destinos invisibles, y los hermanos gemelos Heller, unidos por un lazo que el tiempo no podía romper. El techo se derrumbó con un gemido profundo, como el lamento de un gigante abatido en las profundidades de una biblioteca maldita, y los muros, antaño firmes como los versos inquebrantables de Lutero, se desplomaron sobre sus lechos aún tibios, blandos como páginas amarillentas. El reloj de péndulo en el recibidor, testigo silente de horas robadas, se detuvo a las 09:18, con sus manecillas congeladas en un abrazo eterno. Nadie volvió a darle cuerda. El tiempo se había disipado para siempre, dejando solo reverberancias de lo que una vez fue.

Los niños del barrio, que solían pegar la nariz contra las vitrinas del Hansa-Haus para mirar los libros ilustrados, tardaron semanas en volver a pisar esa esquina del espanto. Algunos juraban haber oído gritos mucho después de que los bomberos se marcharan. Otros

decían que los libros quemados aún ardían por dentro, como si las palabras se negaran a morir en el idioma del silencio.
En los meses siguientes, los escombros fueron retirados con una lentitud casi ceremonial, como si cada piedra removida arrastrara el gemido de un nombre sin lápida. Lo que quedó no fue solo un hueco en la ciudad: fue una herida sin puntos, una pausa entre columnas que no quería cicatrizar.
Aquel vacío, enmalezado por el abandono, se convirtió en un santuario invisible. Un altar sin beatitud al que de vez en cuando se acercaba alguien —con las manos temblorosas, con los ojos clavados en otra época— a dejar una flor seca, una hoja suelta de un libro que alguna vez habló de esperanza, o simplemente una mirada larga, de esas que sólo entienden quienes perdieron algo que no puede contarse sin que se quiebre la voz.
Bad Godesberg siguió respirando como pudo, entre lamentos, culpas y un odio que nadie se atrevía a nombrar. Pero los que conocieron el Hansa-Haus sabían que en ese solar aún latía el pulso de una época que creyó en las palabras y fue arrasada por un estruendo incapaz de leerlas. Sin embargo, contra todo pronóstico, la historia no terminó ahí.
Con el paso de los años y de las sombras, el edificio fue reconstruido. Las prensas volvieron a girar. La imprenta reabrió sus puertas bajo manos que aún recordaban lo que era imprimir el futuro. Y entre los papeles reencuadernados, entre las cajas tipográficas restauradas y las lámparas de latón rescatadas del olvido, alguien encontró un libro. Solo uno. Estaba envuelto en un paño gris, con una rosa seca aprisionada entre sus páginas centrales, como una reliquia sin altar. En el lomo, grabado con letras apenas perceptibles, sobrevivía un nombre femenino, ajeno al polvo y a la ruina. Y ese silencio de años llevaba el nombre de Ilse.
Martin no era un hombre de palabras. Prefería el silencio, pero no cualquiera: el suyo era un silencio pulido, cortante, cultivado con la misma minucia con la que un relojero afila engranajes invisibles. Un silencio que no se heredaba ni se aprendía, sino que se forjaba en la fragua de los años y se templa con el acero de la experiencia. En su caso, era un arte, una arquitectura traslúcida que dejaba hablar al

vacío con una elocuencia que a menudo resultaba más brutal que el verbo.
No se trataba de timidez ni de discreción, sino de una convicción estética: las palabras, como las manchas, eran difíciles de borrar. Y Martin detestaba las manchas. Le producían una repulsión casi espiritual, como si cada palabra dicha dejara una huella de barro en el suelo encerado de su conciencia. Había aprendido, desde muy joven, que hablar era arriesgarse a ser entendido, y ser entendido era una forma temible de exposición.
Para él, el lenguaje debía permanecer enjaulado como un tigre melancólico, hermoso desde la distancia y peligroso de cerca. Prefería la música de los objetos cuando nadie los toca, el lenguaje de las cosas que callan y no exigen explicación: un par de guantes doblados con exactitud, el tictac regular de un reloj de pared, una camisa planchada sin una arruga de más.
Había quienes hablaban para llenar el aire. Martin hablaba, cuando lo hacía, para limpiar lo que ya estaba sucio. Sus frases eran bisturíes: entraban sin avisar, sin anestesia, sin posibilidad de réplica. Las soltaba como se deja caer una piedra en un estanque helado, sabiendo que las ondas llegarían, tarde o temprano, a la orilla más lejana.
Había hecho del silencio un modo de defensa y también de poder. En los corredores del edificio del Gau Berlín, su presencia era una sombra que se oía antes de ser vista. Los demás —los jóvenes impacientes, los burócratas de ambiciones torpes, los moralistas de último minuto— temían ese mutismo que parecía escudriñar desde una madriguera cada gesto, cada torpeza, cada exceso de confianza.
Martin escuchaba más de lo que parecía, pero no lo hacía con los oídos, sino con los márgenes. Leía entre gestos, entre parpadeos ajenos, entre el temblor involuntario de una mano que firmaba donde no debía. Su inteligencia era como el humo: se filtraba por las rendijas de lo obvio y se instalaba en el lugar más inesperado, donde no había sido invitado, pero aún menos podía ser ignorado.
Nadie supo nunca si había amado alguna vez. Si acaso había sentido alegría, ternura, miedo. Quizás, en la exactitud con que cerraba los botones del cuello o en la forma casi litúrgica en que doblaba una

carta antes de sellarla, se escondía algo que no supo nombrar, algo que lo habitaba como un invitado sin rostro. Tal vez, en lo más hondo, Martin era simplemente un hombre que había aprendido que decir menos era perder menos. Porque en un mundo donde las palabras podían convertirse en pruebas, y los afectos en debilidades, el callar no era ausencia. Era estrategia. Era escudo. Era lenguaje.

Tenía el porte de un busto de mármol mal cincelado. Alto, huesudo, con el mentón como una quilla de barco y una frente paquidérmica y pecosa que parecía diseñar su propia teoría del espacio. Su cabello un tanto rojizo y lacio, siempre aplastado con disciplina casi bélica, se repartía en un peinado que aspiraba a la perfección geométrica, pero que terminaba recordando al lomo de un erizo nervioso. La mirada, en cambio, era lo único realmente afilado en él: de un gris sin matices, como si alguien hubiera mezclado plomo con desconfianza sobre esa tez blancuzca y de venas verdosas.

En los pasillos del Gau Berlín, donde el golpe de las botas era tan regular como el bostezo de un archivo recién abierto, Martin caminaba sin dejar rastro. Su calzado espejado no sonaba, su sombra no se proyectaba y su sola presencia bastaba para que los demás enderezaran las espaldas y corrigieran los márgenes de los formularios.

Apareció en Berlín, sin previo aviso, en algún invierno de 1934, como si lo hubiese parido la niebla misma entre los tejados de la Friedrichstraße, con una valija muda y una mirada que hablaba varios dialectos apócrifos. Venía de algún rincón verde y sofocante del Paraguay profundo, una región tan tropical como improbable para un tipo como él. Lo habían criado, decía, entre yerba mate y alambrados, en una tierra donde los cebúes sudaban más que los hombres y el aire se podía masticar con cuchillo. Pero ni los insectos, ni los colonos, ni los santos de yeso de las capillas rurales lograron domesticarlo.

Colonia Independencia: así se llamaba el lugar del que decía provenir, con ese nombre entre épico y burocrático que parecía haber sido bautizado por un funcionario ebrio de nostalgia. Lo llamaban “el alemán de la selva”. Como si el mundo fuera una puerta

giratoria entre Paraguay y Alemania y él, simplemente, hubiese errado de salida.
Nadie le preguntaba demasiado. Ni falta hacía. Su archivo estaba tan impecable como vacío. Sin papeles, sin certificados, sin diplomas ni testigos. Pero en él, esa falta no era sospechosa. Era un estilo, un aura, como si el no tener pasado escrito fuera una declaración estética.
Su historia —o lo que dejaba entrever de ella— se desplegaba con la misma lógica que una novela inconclusa: capítulos ausentes, nombres cambiados, fechas que se torcían como ramas secas. La juventud agraria que mencionaba, cuando se le escapaba entre dientes, sonaba menos a infancia entre surcos que a entrenamiento en campo enemigo.
Los que lo conocieron en esos primeros meses en Berlín lo describían como alguien que no pedía permiso, ni perdón. Que sabía demasiado sin haberlo aprendido, y que había hecho cosas —cualquiera fuera su naturaleza— que no necesitaban ser mencionadas. Caminaba como si ya supiera qué puerta abrir al final del gran corredor de la historia sin que lo entusiasmara en lo más mínimo.
Era un hombre con vago origen visible y sin destino declarado. Pero con una cualidad que todos intuían y nadie se atrevía a escribir en los informes: Martin Lughnar no mentía… porque jamás decía lo suficiente como para tener que corregirse.
Y eso, en los pasillos donde el poder empezaba a escribirse con iniciales en mayúsculas, era un talento tan raro como peligroso.
Se instaló en un piso sombrío de Charlottenburg, decorado con mapas coloniales, un globo terráqueo anticuado y un olor persistente a éter y papel de arroz. Las cortinas colgaban como sauces deshojados. Las ventanas se abrían con esfuerzo, como si no quisieran delatar lo que ocurría adentro. En las estanterías había libros sin títulos y carpetas etiquetadas con fechas que parecían inventadas. Martin, cada mañana, salía de allí descendiendo de un cuartel aéreo secreto, impecable en su aspecto y envuelto en un mutismo de terciopelo gris.

Decía, con una convicción que se deslizaba bajo la lengua, que lo más útil que había aprendido en la vida era a moldear dientes. Lo decía arrojando una cuerda hacia el vacío sin esperar que alguien la sujete. Sonaba a burla, a resignación, a truco de ilusionista venido a menos. Pero también a confesión.

En la selva paraguaya, donde pasó los años más densos de su juventud, nadie hablaba de prótesis dentales. Se hablaba de subsistir, de cortar la maleza con machete y de no confiar demasiado en la fe. Allí, Martin creció como crecen los árboles torcidos: sin sombra, pero con memoria.

Los registros lo ubicaban durante más de una década en Colonia Independencia, bajo el cielo perpetuamente agrietado del subtrópico, entre gallinas, lengua guaraní, misioneros y fantasmas del imperio prusiano.

La patria, decía, era un recuerdo deshilachado por el calor, y por eso, cuando en 1934 se le presentó la oportunidad de viajar a Berlín, la aceptó con la misma mezcla de alivio y sospecha con la que se acepta una transfusión de sangre sin preguntar el origen. Su hermana, dentista con cierta reputación y mucho carácter, le ofreció formarlo como técnico dental. Y así volvió a un país que apenas conocía, cargando con una maleta barata y una juventud que aún olía a tierra salvaje y monte tupido.

Los años en Berlín fueron infelices, según dejó escrito en algún testimonio posterior, aunque nadie lo habría notado en su rostro de piedra ni en su andar de soldado civil. Entre 1934 y 1936, estudió la fabricación de sonrisas postizas en un taller que olía a clavo de olor y desinfectante, mientras sus deudas crecían al ritmo de su desconfianza. Fue entonces cuando apareció, como una figura sacada de un libro cerrado con llave, el General Neuhausen.

Neuhausen no entraba a los lugares: los ocupaba. Su sola presencia parecía restarles oxígeno a las habitaciones. Hablaba poco y no necesitaba repetir. Tenía ese don reservado a los grandes depredadores: el de hacerse entender sin necesidad de levantar la voz. Fue él quien reparó en el joven sin historia y con manos de orfebre. Fue él quien, sin preámbulos ni explicaciones, lo integró a la Oficina de Personal del Gau Groß-Berlin, gracias a una red invisible

de compatriotas "alemano-paraguayos" que tejían lealtades como quien cose órganos a un cuerpo sin alma.
Martin apareció un día en los registros como jefe de sección. Sin pompa, sin ceremonia. Como si siempre hubiese estado ahí, como si Berlín lo hubiese absorbido de la tierra húmeda del Paraguay y lo hubiese reconvertido en un engranaje del nuevo orden. Su trabajo era gris, preciso, implacable: expedientes de personal, formularios, sustituciones por vacaciones. No hablaba en público. No saludaba al Gauleiter. No participaba en eventos ni camaraderías. Sin embargo, su presencia tenía el peso específico de quien sabe que es observado por el único que importa: el General.
Neuhausen lo adoctrinaba como un alquimista paciente. No le enseñaba propaganda política, le enseñaba método. Pulir el miedo, cortar el afecto, esterilizar la duda, afilar los oídos, mesurar la obsecuencia. A su lado, Martin aprendió que el verdadero poder no se ejerce: se insinúa. Que una mirada severa es una orden. Que obedecer no siempre es sumisión, sino estrategia. Que el bien y el mal no son bandos, sino disfraces que van mutando a conveniencia.
Con los años, Neuhausen se convirtió en su mentor. Una sombra que lo protegía y lo vigilaba con igual devoción. Nunca se supo cuántas puertas le abrió, ni a cuántas lo empujó. Solo quedó claro que el ascenso de Martin no era un mérito, era una transformación forzada.
Nunca lo vieron en reuniones, ni en fotografías de grupo. No pronunciaba discursos, no daba órdenes, no rendía pleitesías. Sin embargo, cuando el aire se volvía espeso en las oficinas del Partido, había quienes miraban de reojo no al jerarca de turno, sino a ese hombre que tomaba notas en la penumbra, como si supiera más de lo que mostraba y mostrara menos de lo que sabía.
Y agazapado, detrás de él, estaba Neuhausen.
Siempre Neuhausen.
En los albores de 1940, cuando Europa comenzaba a arder en su propia arrogancia, Martin Lughnar fue absorbido por la maquinaria militar con la misma naturalidad con la que una tuerca encuentra su lugar en un engranaje que ya giraba sin necesidad de ella. No hubo ceremonia ni resistencia, ni siquiera un instante de duda. Su expediente no hablaba de voluntariedad, pero tampoco de oposición.

En el fondo, Martin nunca necesitó empujar puertas: se abrían solas, como si el mundo reconociera en él a un hijo del orden.
Fue destinado lejos. No al frente heroico ni a los cuarteles de cartón piedra que ilustraban los periódicos, sino a los márgenes. A esos destinos administrativos y sin nombre donde la guerra no se gritaba, pero se respiraba. Donde los pasillos olían a tabaco, a sudor sin gloria, a cuero viejo y tinta derramada. Lugares donde el sonido más temido no era el de una bala, sino el chirrido de una puerta que se cerraba desde fuera.
Lo alojaron en un complejo austero, levantado con bloques de hormigón y resignación, al borde de un bosque que parecía hecho de ceniza. Allí, el tiempo se medía por el goteo de las cañerías, por el paso seco de las botas sobre los tablones gastados, por la repetición mecánica de órdenes que nadie cuestionaba. La humedad lo calaba todo: el uniforme, los huesos, la lengua.
Por las noches, cuando el frío se colaba por las grietas y los hombres roncaban como si cada sueño fuera un disparo fallido, Martin se sentaba en su litera, contaba respiraciones ajenas y pensaba en las piezas de porcelana que había aprendido a moldear años atrás. Recordaba el pulso firme, el torno, la forma exacta del silencio que requiere una pieza perfecta. A veces creía que todo lo que había hecho en su vida lo preparaba para ese momento: estar quieto, ser útil, no preguntar.
Fue en algún recodo olvidado de 1941, cuando la frontera oriental se tragaba a los hombres como un pantano insaciable que no distinguía entre héroes de opereta y carne de cañón, que él cayó en las garras del Ejército Rojo. No hubo epopeya ni fanfarria, solo una niebla traicionera que lo envolvió como un sudario húmedo, una confusión de órdenes balbuceadas en el caos, y un mandato gutural que se le escapó entre los dedos como arena mojada. Al abrir los ojos de nuevo —si es que los había cerrado por algo más que cobardía instintiva—, se encontró sumergido en un lodazal que apestaba a derrota fresca, rodeado de alaridos en una lengua bárbara que sonaba a maldiciones ancestrales, y de botas soviéticas que pisoteaban sin miramientos ni protocolos, como si las jerarquías fueran un chiste burgués inventado por perdedores.

Ah, qué ironía deliciosa, pensó él en ese instante de lucidez cruel, o al menos eso fingiría más tarde en sus recuerdos pulidos: en aquel tablero nuevo, donde los peones se multiplicaban como ratas en un sótano bombardeado, él no era más que otra ficha prescindible, un soldado de plomo derretido por el fuego enemigo, destinado a ser sacrificado con la indiferencia de un dios caprichoso que se ríe de los planes humanos. Las cadenas que le pusieron no eran de hierro noble, sino de un metal corroído que mordía la piel en un recordatorio sarcástico de su propia soberbia, y el frío que se colaba por sus huesos le susurraba que, después de todo, el imperio eterno no era más que un castillo de naipes construido sobre barro.

Y así, arrastrado hacia un campo de prisioneros donde los días se estiraban como condenas criminales, comprendió que la guerra no respetaba pedigríes: devoraba a todos por igual, con un apetito feroz y sin la cortesía de un último cigarrillo.

Y allí permaneció hasta fines de 1942, un número sin rostro entre miles, reducido a pan negro, agua turbia y un frío que arrancaba hasta los más insensatos resquemores.

Una noche, un prisionero polaco —de esos que ya no esperaban el amanecer— le susurró desde la litera vecina:

—No sueñes con volver siendo el mismo. Este lugar nos convierte en fantasmas antes de tiempo. Nos deshumanizamos.

Martin no respondió. No era necesario. Cerró el puño en torno a una hoja en blanco que había encontrado en el forro desgarrado de su chaqueta. La dobló con la misma obsesión con la que, años atrás, ensamblaba coronas dentales sobre moldes que imitaban sonrisas que ya no existían.

A la mañana siguiente, uno de los centinelas soviéticos encontró, sobre su jergón de madera, un diente protésico tan pulido que brillaba como un ojo artificial bajo la escarcha. Nadie supo de dónde había salido. Nadie preguntó.

Había aprendido de August Neuhausen que el verdadero poder no hace ruido, no necesita imponerse; basta con estar y permanecer. Martin no alzaba la voz, no exigía, no pedía. Y, sin embargo, a su alrededor, todo tendía a organizarse. Como si su sola presencia bastara para que las piezas encajaran.

Callaba, pero comprendía. Obedecía sin someterse. No mostraba afecto, pero tampoco ofrecía grietas. Y así, superiores, iguales y hasta los que no lo entendían del todo, lo seguían como quien sigue una brújula cuya aguja no duda. Con esa frialdad impersonal con la que se riega un jardín antes de abandonarlo: sin ternura, sin prisa, pero con la certeza de que todo seguirá funcionando en su ausencia.
Lo terrible no era lo que hacía, era lo que dejaba intacto. Y peor aún, su silencio.
Un silencio que aún lleva su nombre.
No hay orden sin destrucción previa. Lo que no ha sido sometido al fuego, a la amputación o al juicio despiadado del tiempo, no es sólido: es una escenografía endeble, una apariencia cobarde de permanencia.
La estabilidad, cuando no nace del colapso, es apenas una mentira que se cree a sí misma. La pureza, si es verdadera, no brota de la continuidad, sino del incendio. De la ceniza que no suplica restauración. De la materia que, una vez anulada, se convierte en forma obediente.
He observado durante años —silencioso como un verdugo sin prisa— cómo los hombres se aferran a estructuras ruinosas, a linajes carcomidos, a naciones maquilladas con himnos y pinceladas con miedo. Se inclinan ante genealogías podridas, ante patrias que ya no sangran, sino supuran. No entienden que la grandeza no se hereda: se impone. Y que lo más digno que puede hacerse con lo amado es derribarlo para edificarlo de nuevo, sin la podredumbre de su origen.
El que destruye no siempre odia. A veces, simplemente posee el coraje de ver lo que los demás aún no pueden nombrar. A veces, quien destruye es el único que verdaderamente desea que algo exista, por fin, sin la mentira que lo sostiene. Los cobardes perpetúan la podredumbre con ternura. Los fuertes la dinamitan.
Una nación no puede construirse con indulgencias ni con apelaciones sentimentales. El carácter no se forja con promesas sino con amputaciones. El cuerpo social necesita cicatrices. Solo en la mutilación encuentra forma. Los aptos no son los que resisten el derrumbe, sino los que, al caer todo, saben deslizarse entre los escombros sin perder el equilibrio. El que sobrevive no es el que se

oculta, sino el que acepta con serenidad que debe volverse otro. Sin transformación no se logra nada. Pero la transformación en sí tiene su precio.

Los pueblos le temen al caos. Se persignan ante él. Pero olvidan —porque les conviene olvidar— que toda arquitectura, toda belleza real, comenzó con una demolición.

El niño teme a la noche hasta que descubre que puede caminar con los ojos cerrados. El soldado teme a la traición hasta que aprende que la lealtad no es un pacto sino una estrategia. Y el gobernante, si es digno del poder que ostenta, aprende que gobernar no es preservar, sino sacrificar. Que cada día debe matar algo en silencio: una ilusión, un afecto, un rostro.

No basta con imponer disciplina. La disciplina sin miedo es gimnasia. El orden sin castigo es jardinería. El hombre debe saberse reemplazable. No por humildad, sino por precisión. Debe saberse efímero. Debe saberse vidrio tallado con el único propósito de romperse si no obedece. El que cree ser indispensable, ya ha traicionado la causa. El que se entrega sin preguntar, ha entendido la lógica secreta del poder.

Mis métodos no necesitan defensa. El que se defiende, se justifica. El que se justifica, confiesa. Y el que confiesa, ha perdido.

He visto hombres fuertes derrumbarse ante la mirada de un niño enfermo, ante una carta escrita con letra temblorosa, ante el tañido hueco de una campana olvidada. Yo no claudico. Yo no me doblo. Yo no miro hacia atrás. Porque he extirpado de mí esa parte enferma que los poetas, los débiles y los humanistas llaman conciencia. Esa palabra blanda, gelatinosa, sin filo, sin geometría. Me la arranqué como se arranca una gangrena. Y con esa amputación, me hice libre.

Libre como el rayo, que no pide permiso al cielo para caer. Libre como el acero que corta sin dudar. Libre como el verdugo que no necesita justificarse ante su víctima.

No deseo restaurar el orden anterior. Eso lo hacen los nostálgicos, los aristócratas decadentes, los curas con miedo a perder sus púlpitos. Yo no restauro. Yo creo. Y para crear, es preciso arrasar.

No con pactos. No con discursos. No con himnos bordados por manos temblorosas. Sino con líneas. Con proporciones. Con silencio. Con una exactitud que solo el miedo respeta. Las palabras son traidoras. El miedo, no. Es el único arquitecto infalible, el único dios que no admite intermediarios.

Muchos creen que el terror es desorden. ¡Qué ceguera! El terror, cuando se administra con pulso firme y mente matemática, es simetría. Es danza. Es equilibrio. Es obediencia sin preguntas. La forma más alta de fidelidad. No el amor. No la fe. El pánico estructurado. Eso es poder.

He sembrado entre mis hombres esa comprensión. Algunos no la alcanzan. No todos están hechos para el vértigo de la verdad. Pero otros... otros llevan esa lógica tatuada en el hueso, no en la piel. Uno en particular...

La pluma se detiene cuando el sudor de la frente barniza la piel rancia y porosa del General. El párrafo queda inconcluso, una línea oblicua lo tacha desde el margen, como si el pensamiento hubiera sido reprendido por la mano que lo escribió.

Al pie de la página, apenas visible bajo la tinta diluida, una rúbrica ilegible, interrumpida en la letra inicial: ***A. N.***

Más abajo, garabateado con trazo recto y sin adornos:

Ordo ab Chao.

Nadie hablaba de la infancia de August Neuhausen. Ni siquiera él. No porque la ignorara, sino porque la había sepultado con la meticulosidad de un enterrador que conoce demasiado bien su oficio o detesta ostentosamente al difunto. Aquella etapa de su vida era un terreno baldío en su memoria, arrasado con sal, donde ni siquiera los recuerdos más tenaces se atrevían a germinar. Era un páramo de fechas sin calendario, un invierno sin infancia, borrado con la misma tinta invisible con que se corrigen las genealogías incómodas.

Vino al mundo en 1899, en el levare de un siglo que aún bostezaba con arrogancia y no sabía, o no quería enterarse, que estaba pariendo su propia ruina.

Nació en una casa donde los relojes marcaban la hora prusiana y el afecto era un concepto extranjero, de esos que no figuran en los manuales de disciplina. Su padre, un ferroviario con delirios de oficial

y mandíbula de hierro fundido, creía que la ternura era una indecencia y el cariño, una debilidad que había que extirpar como se amputan las extremidades necrosadas. Jamás le acarició el rostro. Jamás le preguntó si tenía miedo. Prefería las órdenes a las palabras, los gritos a los consejos, y los castigos a cualquier forma de pedagogía. Criaba con la eficiencia del verdugo y el orgullo del obrero del acero: sin pausas, sin disculpas, sin testigos.

La casa olía a grasa de locomotora, a sudor frío y a sopa de más olla que alimento. Las paredes no devolvían el eco, y las ventanas estaban entrenadas para no mirar hacia fuera. August aprendió a caminar en línea recta, a no hacer ruido, a ser esquivo al llanto. Respirar era una concesión momentánea. Equivocarse, un crimen.

Su madre, Judith, era judía de nacimiento, aunque nadie pronunciara la palabra. En aquella Alemania imperial, el judaísmo se toleraba con la misma resignación con que se soporta una gotera: siempre que el agua no desborde el cubo que va conteniéndola. Ella hablaba con voz de papel secante y se movía por la casa como una nota al pie en un tratado de geometría axial. Tenía manos finas, olía a jabón blanco y a sopa de pocos ingredientes, y se expresaba con la delicadeza de quien teme quebrar el aire. Leía novelas francesas con las tapas forradas y tocaba ese piano de teclas desniveladas cuando su marido se ausentaba, dándole existencia a la música sólo en el estado de clandestinidad. Se dirigía a su hijo con diminutivos que el padre detestaba con una mueca apenas esbozada, pero suficiente para hundirlos a todos en el pozo de esa vergüenza descontrolada y artificial.

August, en los primeros años, la amó en silencio. Le gustaba su manera de abotonarle el abrigo, la tibieza con que le acomodaba el pelo, la forma en que murmuraba su nombre mientras creía que dormía. Pero también, con esa intuición feroz que le había inculcado el rigor de su padre, comprendió que ese amor era peligroso. Que acercarse a su madre era quedar marcado por la impureza y revestido por la debilidad de una raza que de a poco iría resultando en desuso. Que tocarla era traicionar la disciplina. Que mirarla demasiado era invocar el castigo.

Y así, un día, sin lágrimas ni teatro, comenzó a borrarla.

A los siete años, dejó de responderle. A los ocho, corrigió su acento con la crueldad afilada de quien repite lo que ha oído en voz baja. A los nueve, pidió que no fuera más a sus actos escolares. No quería verla entre las otras madres, con sus libros escondidos y su ropa planchada hasta la tristeza. Judith no lo recriminó. Sólo lo miró con la serenidad trágica de quien ha sido derrotada por alguien que aún no sabe que ya es un verdugo.

Una mañana helada, Judith no bajó a desayunar. Nadie preguntó por ella. El piano quedó cerrado *in aeternum*. Los libros desaparecieron. Una fotografía fue girada hacia la pared. No hubo duelo. No hubo tumba. Sólo un vacío espeso, delineado como un croquis militar, y un silencio tan compacto que parecía fundido en plomo.

August no preguntó. No lloró. No recordó.

El resto fue disuelto en ácido y archivado en una celda sin ventanas dentro de sí. Aprendió que lo que no puede amarse debe controlarse. Que lo que no se dice deja de existir. Que el dolor, si se administra con método, se convierte en doctrina.

Y así fue como empezó a gestarse el arquitecto del terror, el amante del orden exacto, el carnicero de la emoción. Porque hay infancias que no producen memorias, sino manuales.

Y el resentimiento, desde entonces, no sólo le pertenecía: también le obedecía. El apellido Neuhausen fue su único estandarte. La culpa, su combustible.

Y el silencio llevaba el nombre en su idioma materno.

1. Sólo una noche

Ilse Zoller se había convencido, a los veinticinco años, de que la historia le debía una reverencia. Hija de una familia que alguna vez soñó con la prosperidad en tierras mexicanas, pisó suelo alemán en 1921 junto a su madre, Gundi, y su hermano mayor Reinhard, tras la muerte de su padre. Nada en aquel regreso tuvo gloria. Sólo polvo, silencio y una promesa inconclusa, una que se reía a carcajadas a sus espaldas.

En el nuevo orden imperial, Ilse creyó ver la escalinata alfombrada hacia su redención privada. Obediencia, belleza, fertilidad: el triángulo mágico del que se aferraban las que, como ella, no toleraban el anonimato. Sus convicciones eran tan flexibles como sus medias de seda, pero su talento para el disimulo era casi doctrinal. Se paseaba por los pasillos de la *Kolonialschule* con la espalda recta y el cuello estirado como un cisne amaestrado. Sabía exactamente cuándo cruzar las piernas, cuándo inclinar la cabeza, cuándo pronunciar con encanto las siglas del Partido. Sus ojos, que no eran azules, pero sabían parecerlo, abrían puertas que ni la ideología podía cerrar, y su sonrisa tenía el filo exacto de un bisturí de oro.

Él era alto, con la mandíbula redondeada y una mirada gélida que jamás perdía dureza. Tenía las manos robustas, limpias, de un hombre que no mataba con ellas. Sólo firmaba papeles. Papeles que enviaban trenes, papeles que extinguían apellidos. Papeles que, si se apilaban, podían ahogar ciudades enteras.

La primera vez que la vio, Ilse llevaba un abrigo albino. La nieve de los albores de febrero de 1941 le hacía resplandecer la piel de virgen aria descendida de los panfletos. Él la invitó a una copa de *Korn* en el salón trasero del hotel Dreesen, a orillas del Rin. Ella aceptó, sin asombro. Sabía perfectamente a qué estaba enfrentándose y también conocía las reglas del juego.

Lo que ocurrió posteriormente no fue amor, ni deseo, ni siquiera una equivocación con coartada sentimental. Fue un acto burocrático del

cuerpo, una escena arrancada de un manual de cinismo para funcionarios del desprecio, ejecutada con la puntualidad de un reloj suizo y la delicadeza de una declaración de guerra. Nada improvisado. Nada humano. Sólo el cumplimiento mecánico de una jerarquía que no admitía dudas ni testigos.

El General, siempre tan convencido de su propia inmunidad, de esa coraza traslúcida que otorgan los galones cuando ya no queda nada que perder, comenzó a desabrocharse el uniforme con la solemnidad torpe de quien cree estar ejerciendo un derecho. Cada botón cedía bajo sus dedos gruesos con un chasquido seco, autoritario, como si el tejido mismo comprendiera que resistirse era inútil. No había prisa, pero tampoco pudor. Se desnudaba sin apuro, con una torpeza ensayada, casi ritual, como si cada prenda que caía al suelo marcara una orden cumplida, una obediencia que incluso él parecía detestar acatar.

Ilse, que había aceptado aquella invitación movida más por una curiosidad mal educada que por una convicción real, comprendió demasiado tarde que había ingresado en un escenario cuyo libreto no estaba escrito para ella. No gritó. No protestó. No porque no pudiera, sino porque sabía —con esa lucidez fría que sólo desarrollan las mujeres acostumbradas a perder con elegancia— que cualquier gesto sería interpretado como ruido innecesario. Permaneció inmóvil, los ojos abiertos, sin atreverse a mirar del todo. No cerrarlos fue un acto de cálculo, no de valentía. Había decidido, desde ese rincón estratégico de la mente donde se refugia la ambición cuando la dignidad se repliega, que todo debía quedar registrado, archivado, memorizado con rigidez jurídica.

En su interior convivían dos impulsos incompatibles: un desconcierto pueril, casi ridículo, y una voluntad férrea de resultar funcional. Todavía creía —con una fe ingenua que el mundo se encargaría de pulverizar— que el futuro recompensa a quienes saben adaptarse, a quienes aceptan el papel asignado sin hacer preguntas incómodas. Se decía que aquello era transitorio, que el cuerpo podía ser moneda sin convertirse en destino, que el costo de esa noche sería amortizado más adelante con intereses jugosos.

El aire del cuarto comenzó a espesarse. El sudor rancio se instaló con la perseverancia de una culpa vieja, nunca nombrada, nunca expiada. No era sólo un olor: era una atmósfera viscosa, invasiva, que parecía brotar de los poros de aquel cuerpo robusto y desbordado, fatigado no tanto por los años como por una soberbia que había sobrevivido a todas las guerras. Cada exhalación arrastraba una historia de abusos silenciosos, de órdenes susurradas, de habitaciones cerradas donde el poder confundía sistemáticamente la obediencia con el consentimiento.

—No se quede ahí parada —dijo el General, sin mirarla—. Cierre la ventana. Hace frío.

Ilse obedeció sin prisa. Cerró la ventana con cuidado, como si el ruido pudiera dejar constancia de algo que aún no quería nombrar.

—¿Le sirvo más de beber? —preguntó ella, señalando la botella abierta sobre la mesa.

—Sirva, sirva —respondió él, con una risa breve, espesa—. Para eso está. Además, la bebida de poca calidad entra mejor cuando uno no piensa demasiado.

Ilse asintió. En algún lugar de su conciencia —todavía intacta, todavía ingenua— comprendió que no estaba participando de un acto privado, sino siendo incorporada, sin firma ni aviso, a una maquinaria que jamás preguntaba nombres y nunca devolvía nada a cambio.

La habitación 105 del Hotel Dreesen había quedado sumergida en un olor a cigarro negro, cuero reseco y autoridad marchita. Los muros, tapizados con un diseño floral que parecía burlarse de la escena, exhalaban un polvo viejo que se mezclaba con el perfume empalagoso de Ilse, ahora descompuesto por el calor húmedo del cuarto. La lámpara del velador titilaba como si dudara si debía iluminar aquello, y la calefacción emitía un zumbido intermitente, semejante al jadeo de un viejo soldado que se niega a morir.

—Tiene usted un acento correcto —dijo el General, tras un sorbo largo—. No demasiado fino. Eso está bien. Las mujeres demasiado finas suelen dar problemas.

—Hice cursos en Bonn —respondió Ilse—. Mecanografía. Taquigrafía.

—Eso siempre sirve —dijo él—. Todo sirve, si uno sabe para qué usarlo.
El aliento del General —mezcla de bebida espirituosa, vanidad y nicotina— se acercó demasiado. El peso de su cuerpo era brutal, pero desprovisto de cualquier gesto erótico; un peso administrativo, casi burocrático. La piel vencida colgaba como galones olvidados en un uniforme que ya no necesitaba ser impecable. Todo aquello debía archivarse. Algún día, tal vez, esas imágenes le serían útiles. Si no para recordar, al menos para justificar.
—No se ponga tensa —murmuró él—. Esto no fue nada. Mañana nadie se va a acordar.
—Entiendo —dijo Ilse.
Y era cierto: entendía más de lo que habría querido.
No había repulsión. Había risas estereotipadas y un sello húmedo estampado con la prepotencia de quienes creen que el mundo es un papel en blanco a su disposición.
—Después —añadió el General, acomodándose la chaqueta— veremos si hace falta repetirlo.
Ilse no respondió. Se limitó a acomodar el borde de su falda, con un gesto preciso, casi profesional. En ese silencio quedó sellado el verdadero acuerdo: no habría palabras, no habría relato. Solo una inscripción muda, grabada en algún lugar del cuerpo y de la memoria, que aún no sabía cuánto iba a costarle.

La fecundidad concluyó el plan. Germinó, como germinan las semillas extraviadas en tierras hostiles. El fruto fue amargo, pero vivo. Un error que respiraba. Un milagro involuntario.
No hubo llamadas. Ni cartas. Ni visitas. El General se evaporó hasta la fragancia más barata en la ropa de cama. Había cumplido su cometido, y en su universo moral —una cartografía de la impunidad — eso bastaba.
Ilse no lloró. Nunca lo hacía cuando los hechos coincidían con sus sospechas. Se miró en el espejo del baño, donde el vapor había dibujado formas irreconocibles, y al ver su reflejo supo que nada en ella había cambiado. Pero también supo que algo dentro de ella ya no le pertenecía. Se alisó la falda, se pintó los labios con más

decisión que emoción, y salió de la habitación abandonando una cita con la Historia: sin mirar atrás, sin agradecer, sin temblar.
El pasillo olía a lino higienizado y a recuerdos innombrables. Las alfombras orientales apagaban los pasos borrando toda evidencia. Y nadie, al verla pasar, podría haber adivinado que acababa de sellar un destino. No el suyo, quizás. Pero sí el de alguien que aún no tenía nombre.
Durante los primeros meses, Ilse se pavoneó con su embarazo como si llevara una medalla recién acuñada. Las amistades que había hecho en la Kolonialschule durante 1940 —esas mujeres que aún frecuentaba de tanto en tanto como quien visita una vieja fotografía — la observaban con una mezcla de admiración y sospecha. Nadie preguntaba quién era el padre, aunque todas querían saberlo. Sabían que Ilse había estado en Bad Godesberg recientemente, y que su viaje había sido en compañía de un General, al que acompañó desde Berlín —ciudad en la que se había instalado apenas un año antes para trabajar en DEMAG—. Oficialmente, había aprovechado esa visita para ver a su madre en Bonn. Pero los rumores, como siempre, sabían bordar mejor las intenciones que las palabras.
Cuando comenzó a notarse, Ilse dejó el disfraz de independencia colgado en el perchero y regresó definitivamente a la casa de su madre. Gundi la recibió sin entusiasmo. Había visto suficiente del mundo como para saber que ciertas medallas son, en realidad, plomo fundido disfrazado de gloria.
—¿Y el padre? ¿Me dirás finalmente quién es? —preguntó Gundi con una calma que cortaba más que cualquier grito. Su voz, afilada como un alfiler antiguo, no subió de tono, pero descendió al fondo de la carne.
Ilse encendió un cigarrillo con manos más firmes de lo que habría querido. Exhaló hacia el techo como si pudiera escribir en el humo una versión más amable de los hechos.
—Un oficial… perdón —corrigió, como quien escupe una astilla—, un General. No lo volveré a ver, y con eso tengo que vivir.
El silencio que siguió no fue un espacio vacío, sino un zarpazo contenido.

—¿Y tú esperas que yo me ocupe de esto como si hubieras traído una muñeca rota para que yo la repare? —murmuró Gundi, sin moverse ni un milímetro, pero haciendo crujir cada palabra como si fuera vidrio bajo la suela de un zapato mojado.

Ilse bajó los ojos y acarició su vientre con una ternura demasiado bien ensayada, como quien se disculpa con una estatua por no poder rezar. No dijo nada más. Tampoco hizo falta.

Gundi no insistió. Pero su mirada —esa mirada que había visto el mar de Veracruz, el luto en barcos de regreso y el hambre de la posguerra— se volvió densa, animal, lanzando dentelladas mudas al aire ya viciado. Luego giró sobre sus talones con la misma decisión con la que se cierran los libros que ya no admiten otro final, y subió al desván. Iba a buscar mantas de bebé. Aquellas que habían abrigado, hace unos veintitantos años, a la joven que ahora tenía delante, y que se le escurría entre los dedos como arena seca.

Reinhard, el hermano mayor, contemplaba la escena desde el umbral. No preguntó nada. No movió un músculo. Su rostro era una piedra tallada por las decisiones de otros, un rostro que aprendió —como tantos hombres de su tiempo— que el pasado no se discute: se arrastra.

Así nació Almuth, en un octubre de oro de 1941, de esos que bendicen el valle del Rin con una luz tibia y embustera, como si el otoño quisiera pedir perdón por lo que el invierno estaba por hacer. En Bad Godesberg, mientras el mundo afuera crujía bajo las botas del espanto y las banderas eran más abundantes que el pan, una niña vino al mundo sin hacer ruido, como quien llega sin haber sido invitado, pero tampoco echado.

Era pálida, casi transparente, con unos ojos pardos que se negaban a obedecer cualquier ideal racial impreso en los manuales del Tercer Reich. Silenciosa, demasiado silenciosa para su edad, parecía observar desde el primer día con una gravedad que sólo tienen los huérfanos de destino.

Ilse no la miraba más de lo imprescindible. La amamantaba sin ternura, con la eficiencia resignada de quien paga una deuda contraída en una noche de ambición mal calculada. A veces, al terminar, se ajustaba el corpiño con la misma pulcritud con la que

alisaba sus peinados geométricos, aquellos que aún lucía en las reuniones sociales que sobrevivían a la escasez —copas en mano, discursos reciclados, y sonrisas que crujían como porcelana astillada. Gundi, por su parte, se convirtió en ese tipo de presencia que no reclama aplausos, pero sostiene el mundo cuando este amenaza con derrumbarse. Acunaba a Almuth con un afecto que parecía extraído del fondo de los inviernos, de esos que obligan a amar incluso sin recompensa. La alzaba contra su pecho como si con ese gesto pudiera rescribir el destino que no había elegido, sabiendo —aunque no lo dijera jamás— que hay heridas que ni la ternura más fiel alcanza a cerrar. A veces, cuando la veía dormir, se le escapaba una pregunta sin respuesta: ¿esa niña había venido al mundo buscando amor, o simplemente a evidenciar su falta?

Allá afuera, Europa ardía entre ruinas, sirenas y promesas rotas. Las ciudades desaparecían en espirales de humo, pero dentro de aquella casa silenciosa, Almuth crecía como una presencia que nadie terminaba de nombrar del todo. Como una nota al pie que incomoda al lector, como un pliegue mal cosido en el uniforme de la historia. No era la hija que se esperaba, sino la que llegó, desafiando los pronósticos, torciendo con su sola existencia el relato limpio y altisonante que Ilse hubiera preferido rubricar.

Sus primeros llantos no provocaron júbilo sino cautela, como si se temiera que romper el silencio trajera consecuencias irreversibles. La cuna, bajada con parsimonia del altillo, no era una reliquia familiar. Ilse nunca había dormido en ella —cuando llegó de México ya caminaba con torpeza, aferrada a las faldas de su madre—, así que Gundi la había conseguido quién sabe dónde, en alguna tienda de cosas usadas o prestada por una vecina compasiva que aún conservaba recuerdos de hijos que partieron demasiado pronto. Olía a madera antigua y resignación, a noches cargadas de desvelos, a silencios heredados. Más que una promesa, parecía una repetición involuntaria.

Nacida en un tiempo que digería sus propias sombras, Almuth cargaba sin saberlo la genealogía de una época rota, sin que nadie le diera derecho a réplica.

Y, sin embargo, estaba allí. No como heredera, sino como superviviente. No para perpetuar un apellido, sino para desafiarlo. Aunque su origen estuviese manchado por las cenizas del Reich, su respiración, pequeña e impertinente, reclamaba —sin voz aún— el derecho a crecer, a dudar, y a escribir una historia distinta. Porque a veces, incluso en las épocas más oscuras, la vida se abre paso. Con o sin aplausos. Con o sin nombre.

Ilse nunca volvió a hablar del General. Nunca volvió a mencionar su nombre. Si es que alguna vez lo dijo.

Y Almuth, al crecer, aprendería que a veces el silencio no es olvido. Es herencia que, agazapada, volverá para romperse en mil pedazos y gritar verdades.

Un silencio que aún lleva su nombre.

2. Entre escombros

Guido Bender había salido temprano aquella mañana del 15 de febrero de 1945 con la esperanza humilde de encontrar manzanas, esas divinidades que la guerra había sacado de circulación junto con la dignidad y el confort.

Caminaba por una ciudad desfigurada, donde las fachadas ya no sostenían historias sino escombros, y las esquinas olían a miedo añejado y pan racionado. Alemania se deshacía en pedazos y cada día traía consigo un nuevo derrumbe: de edificios, de certezas, de personas.

El invierno era áspero, pero más lo era la guerra. En la radio sólo se oían himnos huecos y proclamas que llegaban con retraso a oídos cada vez más escépticos. El frente oriental se aproximaba con una cadencia de trueno, y el occidental ya no respondía como antes. Las ciudades se vaciaban por tramos: primero de hombres, luego de fe, después de sentido.

En la tienda de la señora Albrecht, entre las últimas cajas del sótano —bajo una trampa oxidada y detrás de un cartel descolorido que aún prometía leche condensada—, aún se conseguían algunas manzanas pequeñas, de piel rugosa y manchas oscuras, con un aroma entre dulce y ácido y algún gusano inquilino que más que una amenaza, era casi un gesto de autenticidad en tiempos donde todo lo fresco era sospechoso o inalcanzable. Guido se llevó las que se pudo costear, exactamente tres, envueltas en papel de diario, con letras torcidas y titulares ya inútiles. Retomó camino con paso corto y decidido, silbando una tonada que no recordaba haber aprendido, como si la melodía le hubiera venido adherida a las manzanas, o como si el aire helado, al entrarle en los pulmones, hubiese rescatado de algún rincón olvidado esa música que sólo se escucha cuando la memoria ya no alcanza.

Al llegar al Hansa-Haus, descolgó su abrigo raído y lo colgó en el perchero tambaleante y de madera carcomida ubicado en el

recibidor, junto al perfume a historias del papel y la humedad atrapada entre los muros.
Saludó a Martha con un ademán tímido, como si tuviera que disculparse por volver a la rutina, y bajó por la escalera angosta que lo llevaba al subsuelo. Aquellos peldaños crujían con cada pisada queriendo hacerle recordar a la humanidad entera su edad y su historia: madera vencida, barniz descascarado, y un leve olor a cola de encuadernador impregnado en cada escalón. Y allí, echado en un pedazo de alfombra vieja, Siggi.
En el sótano, el aire se volvía más denso, y los sentidos se apagaban uno a uno para dejar lugar a la concentración. Allí pasaba sus días alineando letras móviles, oliendo la tinta espesa como sangre seca, muchas veces escasa como la paz y acompañando el zumbido constante de la prensa como si fuera el latido de su propia existencia. Las sombras se alargaban como dedos pintados en un escorzo a lo largo del muro, y el traqueteo de la máquina era más fiable que cualquier promesa humana. Era un mundo subterráneo donde las palabras nacían en cantidades limitadas, y Guido, desde su rincón, se sentía menos solo entre tipos de plomo que entre hombres de carne.
—¿Siggi? ¿Vamos? —dijo en voz baja, como si temiera despertar al edificio. El pequeño perro alzó las orejas y, abandonando el felpudo deshilachado, lo siguió sin dudar, con esa fidelidad infatigable que sólo los caninos conocen.
Ambos habían aprendido a convivir con la escasez de luz, con el frío que se infiltraba en los huesos como un huésped al que no se puede desalojar, con esa promesa muda de que los libros, las palabras, el murmullo exacto de las máquinas aún eran refugio contra el absurdo.
Fue en ese sótano sin ventanas, donde las paredes exhalaban sudor como si llorasen desde adentro, donde la maldad los alcanzó en toda su furia.
No hubo advertencia. Apenas un zumbido breve, un segundo suspendido en el aire, como si la ciudad hubiera olvidado cómo respirar. Después el mundo estalló. La explosión fue brutal, precisa, ejecutada con la pulcritud sin remordimientos de un crimen bien

ensayado. En algún punto del centro —entre fachadas que nunca volverían a ser las mismas— el mal se permitió un gesto mínimo, casi humano: un bostezo cansado, como quien cumple con su oficio antes de volver a casa.

El estruendo quebró el aire y arrancó a Guido de su cuerpo. Los oídos se le cerraron como puertas selladas desde dentro. La mitad del rostro, fragmentado sin piedad, quedó atrapada para siempre entre los pliegues del tiempo y la ceniza.

Desde ese día, y hasta su muerte, su semblante fue cubierto por una máscara de tela, no por pudor, sino por imposibilidad. Detrás de ella no quedaba un hombre, sino una sombra con nombre, un cuerpo que recordaba cómo había sido respirar antes del fuego.

A sus pies, Siggi yacía inmóvil. Murió como había vivido: leal, callado, inseparable. Parecía dormido, como una nota final escrita al pie de una carta que nadie terminó de redactar. Una firma fiel al final de una historia que ya no tenía destinatario.

Afuera, el aire de febrero de 1945 olía a nieve contaminada y a algo más denso, menos natural: pólvora, angustia, humo.

Aquel día, el cielo de Bad Godesberg se vistió de muerte con un manto de textura del plomo. Un silencio denso, anticipatorio, reinaba entre las fachadas deslucidas. Pero nadie lo escuchó a tiempo.

Cuando la bomba cayó sobre el Hansa-Haus, ni siquiera las palomas tuvieron oportunidad de huir. La *Luftmine* descendió como una maldición mecánica desde un cielo obsecuente, y en un segundo se llevó consigo un edificio, una historia, una infancia y almas arrancadas a guadañazos.

Durante décadas, el Hansa-Haus había sido más que una edificación. Nacido como un hotel elegante en la década de 1870, transformado luego en imprenta, librería y oficina editorial, era un santuario laico para quienes creían que la palabra impresa era más duradera que el régimen de turno. Bajo su techo se encuadernaban sermones, se vendían biblias y se maquinaban periódicos locales con la fe de quien aún confiaba en la verdad, y más aún en la que perduraba sobre el papel con rúbrica de tinta oscura y esencia de tabaco.

Aquella mañana, bajo un cielo plomizo que cubría las grietas de la ciudad, Martha Kretschmann, viuda del librero cuya alma aún vagaba por los pasillos polvorientos de tomos antiguos, se inclinaba para alzar la persiana del local. El estruendo la arrebató como un viento espectral, lanzándola contra la vitrina en un baile macabro, donde rebotó cual marioneta abandonada en el teatro de las sombras. Su nieta Else, de nueve primaveras inocentes, había cruzado el umbral minutos antes, atraída por el eco de una promesa: un libro de cuentos que su abuelo le había jurado desde el otoño anterior, cuando las hojas caían como páginas de un volumen prohibido. Los jirones de su abrigo rojo, teñidos de ceniza y misterio, emergieron entre los anaqueles calcinados dos días después, como reliquias de un sueño truncado. Existir y desvanecerse. Todo en un instante, envuelto en un suspiro ahogado que el viento arrastró hacia el olvido eterno.

Los vecinos que aún moraban sobre la imprenta, guardianes involuntarios de aquellos muros impregnados de tinta, no hallaron refugio en la fortuna caprichosa. Entre ellos, Annemarie, la joven costurera cuyos dedos danzaban con hilos como si tejiera destinos invisibles, y los hermanos gemelos Heller, unidos por un lazo que el tiempo no podía romper. El techo se derrumbó con un gemido profundo, como el lamento de un gigante abatido en las profundidades de una biblioteca maldita, y los muros, antaño firmes como los versos inquebrantables de Lutero, se desplomaron sobre sus lechos aún tibios, blandos como páginas amarillentas. El reloj de péndulo en el recibidor, testigo silente de horas robadas, se detuvo a las 09:18, con sus manecillas congeladas en un abrazo eterno. Nadie volvió a darle cuerda. El tiempo se había disipado para siempre, dejando solo reverberancias de lo que una vez fue.

Los niños del barrio, que solían pegar la nariz contra las vitrinas del Hansa-Haus para mirar los libros ilustrados, tardaron semanas en volver a pisar esa esquina del espanto. Algunos juraban haber oído gritos mucho después de que los bomberos se marcharan. Otros decían que los libros quemados aún ardían por dentro, como si las palabras se negaran a morir en el idioma del silencio.

En los meses siguientes, los escombros fueron retirados con una lentitud casi ceremonial, como si cada piedra removida arrastrara el gemido de un nombre sin lápida. Lo que quedó no fue solo un hueco en la ciudad: fue una herida sin puntos, una pausa entre columnas que no quería cicatrizar.

Aquel vacío, enmalezado por el abandono, se convirtió en un santuario invisible. Un altar sin beatitud al que de vez en cuando se acercaba alguien —con las manos temblorosas, con los ojos clavados en otra época— a dejar una flor seca, una hoja suelta de un libro que alguna vez habló de esperanza, o simplemente una mirada larga, de esas que sólo entienden quienes perdieron algo que no puede contarse sin que se quiebre la voz.

Bad Godesberg siguió respirando como pudo, entre lamentos, culpas y un odio que nadie se atrevía a nombrar. Pero los que conocieron el Hansa-Haus sabían que en ese solar aún latía el pulso de una época que creyó en las palabras y fue arrasada por un estruendo incapaz de leerlas. Sin embargo, contra todo pronóstico, la historia no terminó ahí.

Con el paso de los años y de las sombras, el edificio fue reconstruido. Las prensas volvieron a girar. La imprenta reabrió sus puertas bajo manos que aún recordaban lo que era imprimir el futuro. Y entre los papeles reencuadernados, entre las cajas tipográficas restauradas y las lámparas de latón rescatadas del olvido, alguien encontró un libro. Solo uno. Estaba envuelto en un paño gris, con una rosa seca aprisionada entre sus páginas centrales, como una reliquia sin altar. En el lomo, grabado con letras apenas perceptibles, sobrevivía un nombre femenino, ajeno al polvo y a la ruina. Y ese silencio de años llevaba el nombre de Ilse.

3. El rostro tras el uniforme

Martin no era un hombre de palabras. Prefería el silencio, pero no cualquiera: el suyo era un silencio pulido, cortante, cultivado con la misma minucia con la que un relojero afila engranajes invisibles. Un silencio que no se heredaba ni se aprendía, sino que se forjaba en la fragua de los años y se templa con el acero de la experiencia. En su caso, era un arte, una arquitectura traslúcida que dejaba hablar al vacío con una elocuencia que a menudo resultaba más brutal que el verbo.

No se trataba de timidez ni de discreción, sino de una convicción estética: las palabras, como las manchas, eran difíciles de borrar. Y Martin detestaba las manchas. Le producían una repulsión casi espiritual, como si cada palabra dicha dejara una huella de barro en el suelo encerado de su conciencia. Había aprendido, desde muy joven, que hablar era arriesgarse a ser entendido, y ser entendido era una forma temible de exposición.

Para él, el lenguaje debía permanecer enjaulado como un tigre melancólico, hermoso desde la distancia y peligroso de cerca. Prefería la música de los objetos cuando nadie los toca, el lenguaje de las cosas que callan y no exigen explicación: un par de guantes doblados con exactitud, el tictac regular de un reloj de pared, una camisa planchada sin una arruga de más.

Había quienes hablaban para llenar el aire. Martin hablaba, cuando lo hacía, para limpiar lo que ya estaba sucio. Sus frases eran bisturíes: entraban sin avisar, sin anestesia, sin posibilidad de réplica. Las soltaba como se deja caer una piedra en un estanque helado, sabiendo que las ondas llegarían, tarde o temprano, a la orilla más lejana.

Había hecho del silencio un modo de defensa y también de poder. En los corredores del edificio del Gau Berlín, su presencia era una sombra que se oía antes de ser vista. Los demás —los jóvenes impacientes, los burócratas de ambiciones torpes, los moralistas de

último minuto— temían ese mutismo que parecía escudriñar desde una madriguera cada gesto, cada torpeza, cada exceso de confianza. Martin escuchaba más de lo que parecía, pero no lo hacía con los oídos, sino con los márgenes. Leía entre gestos, entre parpadeos ajenos, entre el temblor involuntario de una mano que firmaba donde no debía. Su inteligencia era como el humo: se filtraba por las rendijas de lo obvio y se instalaba en el lugar más inesperado, donde no había sido invitado, pero aún menos podía ser ignorado.

Nadie supo nunca si había amado alguna vez. Si acaso había sentido alegría, ternura, miedo. Quizás, en la exactitud con que cerraba los botones del cuello o en la forma casi litúrgica en que doblaba una carta antes de sellarla, se escondía algo que no supo nombrar, algo que lo habitaba como un invitado sin rostro. Tal vez, en lo más hondo, Martin era simplemente un hombre que había aprendido que decir menos era perder menos. Porque en un mundo donde las palabras podían convertirse en pruebas, y los afectos en debilidades, el callar no era ausencia. Era estrategia. Era escudo. Era lenguaje.

Tenía el porte de un busto de mármol mal cincelado. Alto, huesudo, con el mentón como una quilla de barco y una frente paquidérmica y pecosa que parecía diseñar su propia teoría del espacio. Su cabello un tanto rojizo y lacio, siempre aplastado con disciplina casi bélica, se repartía en un peinado que aspiraba a la perfección geométrica, pero que terminaba recordando al lomo de un erizo nervioso. La mirada, en cambio, era lo único realmente afilado en él: de un gris sin matices, como si alguien hubiera mezclado plomo con desconfianza sobre esa tez blancuzca y de venas verdosas.

En los pasillos del Gau Berlín, donde el golpe de las botas era tan regular como el bostezo de un archivo recién abierto, Martin caminaba sin dejar rastro. Su calzado espejado no sonaba, su sombra no se proyectaba y su sola presencia bastaba para que los demás enderezaran las espaldas y corrigieran los márgenes de los formularios.

Apareció en Berlín, sin previo aviso, en algún invierno de 1934, como si lo hubiese parido la niebla misma entre los tejados de la Friedrichstraße, con una valija muda y una mirada que hablaba varios dialectos apócrifos. Venía de algún rincón verde y sofocante

del Paraguay profundo, una región tan tropical como improbable para un tipo como él. Lo habían criado, decía, entre yerba mate y alambrados, en una tierra donde los cebúes sudaban más que los hombres y el aire se podía masticar con cuchillo. Pero ni los insectos, ni los colonos, ni los santos de yeso de las capillas rurales lograron domesticarlo.

Colonia Independencia: así se llamaba el lugar del que decía provenir, con ese nombre entre épico y burocrático que parecía haber sido bautizado por un funcionario ebrio de nostalgia. Lo llamaban "el alemán de la selva". Como si el mundo fuera una puerta giratoria entre Paraguay y Alemania y él, simplemente, hubiese errado de salida.

Nadie le preguntaba demasiado. Ni falta hacía. Su archivo estaba tan impecable como vacío. Sin papeles, sin certificados, sin diplomas ni testigos. Pero en él, esa falta no era sospechosa. Era un estilo, un aura, como si el no tener pasado escrito fuera una declaración estética.

Su historia —o lo que dejaba entrever de ella— se desplegaba con la misma lógica que una novela inconclusa: capítulos ausentes, nombres cambiados, fechas que se torcían como ramas secas. La juventud agraria que mencionaba, cuando se le escapaba entre dientes, sonaba menos a infancia entre surcos que a entrenamiento en campo enemigo.

Los que lo conocieron en esos primeros meses en Berlín lo describían como alguien que no pedía permiso, ni perdón. Que sabía demasiado sin haberlo aprendido, y que había hecho cosas —cualquiera fuera su naturaleza— que no necesitaban ser mencionadas. Caminaba como si ya supiera qué puerta abrir al final del gran corredor de la historia sin que lo entusiasmara en lo más mínimo.

Era un hombre con vago origen visible y sin destino declarado. Pero con una cualidad que todos intuían y nadie se atrevía a escribir en los informes: Martin Lughnar no mentía… porque jamás decía lo suficiente como para tener que corregirse.

Y eso, en los pasillos donde el poder empezaba a escribirse con iniciales en mayúsculas, era un talento tan raro como peligroso.

Se instaló en un piso sombrío de Charlottenburg, decorado con mapas coloniales, un globo terráqueo anticuado y un olor persistente a éter y papel de arroz. Las cortinas colgaban como sauces deshojados. Las ventanas se abrían con esfuerzo, como si no quisieran delatar lo que ocurría adentro. En las estanterías había libros sin títulos y carpetas etiquetadas con fechas que parecían inventadas. Martin, cada mañana, salía de allí descendiendo de un cuartel aéreo secreto, impecable en su aspecto y envuelto en un mutismo de terciopelo gris.

Decía, con una convicción que se deslizaba bajo la lengua, que lo más útil que había aprendido en la vida era a moldear dientes. Lo decía arrojando una cuerda hacia el vacío sin esperar que alguien la sujete. Sonaba a burla, a resignación, a truco de ilusionista venido a menos. Pero también a confesión.

En la selva paraguaya, donde pasó los años más densos de su juventud, nadie hablaba de prótesis dentales. Se hablaba de subsistir, de cortar la maleza con machete y de no confiar demasiado en la fe. Allí, Martin creció como crecen los árboles torcidos: sin sombra, pero con memoria.

Los registros lo ubicaban durante más de una década en Colonia Independencia, bajo el cielo perpetuamente agrietado del subtrópico, entre gallinas, lengua guaraní, misioneros y fantasmas del imperio prusiano.

La patria, decía, era un recuerdo deshilachado por el calor, y por eso, cuando en 1934 se le presentó la oportunidad de viajar a Berlín, la aceptó con la misma mezcla de alivio y sospecha con la que se acepta una transfusión de sangre sin preguntar el origen. Su hermana, dentista con cierta reputación y mucho carácter, le ofreció formarlo como técnico dental. Y así volvió a un país que apenas conocía, cargando con una maleta barata y una juventud que aún olía a tierra salvaje y monte tupido.

Los años en Berlín fueron infelices, según dejó escrito en algún testimonio posterior, aunque nadie lo habría notado en su rostro de piedra ni en su andar de soldado civil. Entre 1934 y 1936, estudió la fabricación de sonrisas postizas en un taller que olía a clavo de olor y desinfectante, mientras sus deudas crecían al ritmo de su

desconfianza. Fue entonces cuando apareció, como una figura sacada de un libro cerrado con llave, el General Neuhausen.
Neuhausen no entraba a los lugares: los ocupaba. Su sola presencia parecía restarles oxígeno a las habitaciones. Hablaba poco y no necesitaba repetir. Tenía ese don reservado a los grandes depredadores: el de hacerse entender sin necesidad de levantar la voz. Fue él quien reparó en el joven sin historia y con manos de orfebre. Fue él quien, sin preámbulos ni explicaciones, lo integró a la Oficina de Personal del Gau Groß-Berlin, gracias a una red invisible de compatriotas "alemano-paraguayos" que tejían lealtades como quien cose órganos a un cuerpo sin alma.
Martin apareció un día en los registros como jefe de sección. Sin pompa, sin ceremonia. Como si siempre hubiese estado ahí, como si Berlín lo hubiese absorbido de la tierra húmeda del Paraguay y lo hubiese reconvertido en un engranaje del nuevo orden. Su trabajo era gris, preciso, implacable: expedientes de personal, formularios, sustituciones por vacaciones. No hablaba en público. No saludaba al Gauleiter. No participaba en eventos ni camaraderías. Sin embargo, su presencia tenía el peso específico de quien sabe que es observado por el único que importa: el General.
Neuhausen lo adoctrinaba como un alquimista paciente. No le enseñaba propaganda política, le enseñaba método. Pulir el miedo, cortar el afecto, esterilizar la duda, afilar los oídos, mesurar la obsecuencia. A su lado, Martin aprendió que el verdadero poder no se ejerce: se insinúa. Que una mirada severa es una orden. Que obedecer no siempre es sumisión, sino estrategia. Que el bien y el mal no son bandos, sino disfraces que van mutando a conveniencia.
Con los años, Neuhausen se convirtió en su mentor. Una sombra que lo protegía y lo vigilaba con igual devoción. Nunca se supo cuántas puertas le abrió, ni a cuántas lo empujó. Solo quedó claro que el ascenso de Martin no era un mérito, era una transformación forzada.
Nunca lo vieron en reuniones, ni en fotografías de grupo. No pronunciaba discursos, no daba órdenes, no rendía pleitesías. Sin embargo, cuando el aire se volvía espeso en las oficinas del Partido, había quienes miraban de reojo no al jerarca de turno, sino a ese

hombre que tomaba notas en la penumbra, como si supiera más de lo que mostraba y mostrara menos de lo que sabía.
Y agazapado, detrás de él, estaba Neuhausen.
Siempre Neuhausen.
En los albores de 1940, cuando Europa comenzaba a arder en su propia arrogancia, Martin Lughnar fue absorbido por la maquinaria militar con la misma naturalidad con la que una tuerca encuentra su lugar en un engranaje que ya giraba sin necesidad de ella. No hubo ceremonia ni resistencia, ni siquiera un instante de duda. Su expediente no hablaba de voluntariedad, pero tampoco de oposición. En el fondo, Martin nunca necesitó empujar puertas: se abrían solas, como si el mundo reconociera en él a un hijo del orden.
Fue destinado lejos. No al frente heroico ni a los cuarteles de cartón piedra que ilustraban los periódicos, sino a los márgenes. A esos destinos administrativos y sin nombre donde la guerra no se gritaba, pero se respiraba. Donde los pasillos olían a tabaco, a sudor sin gloria, a cuero viejo y tinta derramada. Lugares donde el sonido más temido no era el de una bala, sino el chirrido de una puerta que se cerraba desde fuera.
Lo alojaron en un complejo austero, levantado con bloques de hormigón y resignación, al borde de un bosque que parecía hecho de ceniza. Allí, el tiempo se medía por el goteo de las cañerías, por el paso seco de las botas sobre los tablones gastados, por la repetición mecánica de órdenes que nadie cuestionaba. La humedad lo calaba todo: el uniforme, los huesos, la lengua.
Por las noches, cuando el frío se colaba por las grietas y los hombres roncaban como si cada sueño fuera un disparo fallido, Martin se sentaba en su litera, contaba respiraciones ajenas y pensaba en las piezas de porcelana que había aprendido a moldear años atrás. Recordaba el pulso firme, el torno, la forma exacta del silencio que requiere una pieza perfecta. A veces creía que todo lo que había hecho en su vida lo preparaba para ese momento: estar quieto, ser útil, no preguntar.
Fue en algún recodo olvidado de 1941, cuando la frontera oriental se tragaba a los hombres como un pantano insaciable que no distinguía entre héroes de opereta y carne de cañón, que él cayó en las garras

del Ejército Rojo. No hubo epopeya ni fanfarria, solo una niebla traicionera que lo envolvió como un sudario húmedo, una confusión de órdenes balbuceadas en el caos, y un mandato gutural que se le escapó entre los dedos como arena mojada. Al abrir los ojos de nuevo —si es que los había cerrado por algo más que cobardía instintiva—, se encontró sumergido en un lodazal que apestaba a derrota fresca, rodeado de alaridos en una lengua bárbara que sonaba a maldiciones ancestrales, y de botas soviéticas que pisoteaban sin miramientos ni protocolos, como si las jerarquías fueran un chiste burgués inventado por perdedores.

Ah, qué ironía deliciosa, pensó él en ese instante de lucidez cruel, o al menos eso fingiría más tarde en sus recuerdos pulidos: en aquel tablero nuevo, donde los peones se multiplicaban como ratas en un sótano bombardeado, él no era más que otra ficha prescindible, un soldado de plomo derretido por el fuego enemigo, destinado a ser sacrificado con la indiferencia de un dios caprichoso que se ríe de los planes humanos. Las cadenas que le pusieron no eran de hierro noble, sino de un metal corroído que mordía la piel en un recordatorio sarcástico de su propia soberbia, y el frío que se colaba por sus huesos le susurraba que, después de todo, el imperio eterno no era más que un castillo de naipes construido sobre barro.

Y así, arrastrado hacia un campo de prisioneros donde los días se estiraban como condenas criminales, comprendió que la guerra no respetaba pedigríes: devoraba a todos por igual, con un apetito feroz y sin la cortesía de un último cigarrillo.

Y allí permaneció hasta fines de 1942, un número sin rostro entre miles, reducido a pan negro, agua turbia y un frío que arrancaba hasta los más insensatos resquemores.

Una noche, un prisionero polaco —de esos que ya no esperaban el amanecer— le susurró desde la litera vecina:

—No sueñes con volver siendo el mismo. Este lugar nos convierte en fantasmas antes de tiempo. Nos deshumanizamos.

Martin no respondió. No era necesario. Cerró el puño en torno a una hoja en blanco que había encontrado en el forro desgarrado de su chaqueta. La dobló con la misma obsesión con la que, años atrás,

ensamblaba coronas dentales sobre moldes que imitaban sonrisas que ya no existían.
A la mañana siguiente, uno de los centinelas soviéticos encontró, sobre su jergón de madera, un diente protésico tan pulido que brillaba como un ojo artificial bajo la escarcha. Nadie supo de dónde había salido. Nadie preguntó.
Había aprendido de August Neuhausen que el verdadero poder no hace ruido, no necesita imponerse; basta con estar y permanecer. Martin no alzaba la voz, no exigía, no pedía. Y, sin embargo, a su alrededor, todo tendía a organizarse. Como si su sola presencia bastara para que las piezas encajaran.
Callaba, pero comprendía. Obedecía sin someterse. No mostraba afecto, pero tampoco ofrecía grietas. Y así, superiores, iguales y hasta los que no lo entendían del todo, lo seguían como quien sigue una brújula cuya aguja no duda. Con esa frialdad impersonal con la que se riega un jardín antes de abandonarlo: sin ternura, sin prisa, pero con la certeza de que todo seguirá funcionando en su ausencia.
Lo terrible no era lo que hacía, era lo que dejaba intacto. Y peor aún, su silencio.
Un silencio que aún lleva su nombre.

4. Ordo ab Chao

No hay orden sin destrucción previa. Lo que no ha sido sometido al fuego, a la amputación o al juicio despiadado del tiempo, no es sólido: es una escenografía endeble, una apariencia cobarde de permanencia.

La estabilidad, cuando no nace del colapso, es apenas una mentira que se cree a sí misma. La pureza, si es verdadera, no brota de la continuidad, sino del incendio. De la ceniza que no suplica restauración. De la materia que, una vez anulada, se convierte en forma obediente.

He observado durante años —silencioso como un verdugo sin prisa— cómo los hombres se aferran a estructuras ruinosas, a linajes carcomidos, a naciones maquilladas con himnos y pinceladas con miedo. Se inclinan ante genealogías podridas, ante patrias que ya no sangran, sino supuran. No entienden que la grandeza no se hereda: se impone. Y que lo más digno que puede hacerse con lo amado es derribarlo para edificarlo de nuevo, sin la podredumbre de su origen.

El que destruye no siempre odia. A veces, simplemente posee el coraje de ver lo que los demás aún no pueden nombrar. A veces, quien destruye es el único que verdaderamente desea que algo exista, por fin, sin la mentira que lo sostiene. Los cobardes perpetúan la podredumbre con ternura. Los fuertes la dinamitan.

Una nación no puede construirse con indulgencias ni con apelaciones sentimentales. El carácter no se forja con promesas sino con amputaciones. El cuerpo social necesita cicatrices. Solo en la mutilación encuentra forma. Los aptos no son los que resisten el derrumbe, sino los que, al caer todo, saben deslizarse entre los escombros sin perder el equilibrio. El que sobrevive no es el que se oculta, sino el que acepta con serenidad que debe volverse otro. Sin transformación no se logra nada. Pero la transformación en sí tiene su precio.

Los pueblos le temen al caos. Se persignan ante él. Pero olvidan —porque les conviene olvidar— que toda arquitectura, toda belleza

real, comenzó con una demolición.

El niño teme a la noche hasta que descubre que puede caminar con los ojos cerrados. El soldado teme a la traición hasta que aprende que la lealtad no es un pacto sino una estrategia. Y el gobernante, si es digno del poder que ostenta, aprende que gobernar no es preservar, sino sacrificar. Que cada día debe matar algo en silencio: una ilusión, un afecto, un rostro.

No basta con imponer disciplina. La disciplina sin miedo es gimnasia. El orden sin castigo es jardinería. El hombre debe saberse reemplazable. No por humildad, sino por precisión. Debe saberse efímero. Debe saberse vidrio tallado con el único propósito de romperse si no obedece. El que cree ser indispensable, ya ha traicionado la causa. El que se entrega sin preguntar, ha entendido la lógica secreta del poder.

Mis métodos no necesitan defensa. El que se defiende, se justifica. El que se justifica, confiesa. Y el que confiesa, ha perdido.

He visto hombres fuertes derrumbarse ante la mirada de un niño enfermo, ante una carta escrita con letra temblorosa, ante el tañido hueco de una campana olvidada. Yo no claudico. Yo no me doblo. Yo no miro hacia atrás. Porque he extirpado de mí esa parte enferma que los poetas, los débiles y los humanistas llaman conciencia. Esa palabra blanda, gelatinosa, sin filo, sin geometría. Me la arranqué como se arranca una gangrena. Y con esa amputación, me hice libre.

Libre como el rayo, que no pide permiso al cielo para caer. Libre como el acero que corta sin dudar. Libre como el verdugo que no necesita justificarse ante su víctima.

No deseo restaurar el orden anterior. Eso lo hacen los nostálgicos, los aristócratas decadentes, los curas con miedo a perder sus púlpitos. Yo no restauro. Yo creo. Y para crear, es preciso arrasar.

No con pactos. No con discursos. No con himnos bordados por manos temblorosas. Sino con líneas. Con proporciones. Con silencio. Con una exactitud que solo el miedo respeta. Las palabras son traidoras. El miedo, no. Es el único arquitecto infalible, el único dios que no admite intermediarios.

Muchos creen que el terror es desorden. ¡Qué ceguera! El terror, cuando se administra con pulso firme y mente matemática, es simetría. Es danza. Es equilibrio. Es obediencia sin preguntas. La forma más alta de fidelidad. No el amor. No la fe. El pánico estructurado. Eso es poder.
He sembrado entre mis hombres esa comprensión. Algunos no la alcanzan. No todos están hechos para el vértigo de la verdad. Pero otros... otros llevan esa lógica tatuada en el hueso, no en la piel. Uno en particular...
La pluma se detiene cuando el sudor de la frente barniza la piel rancia y porosa del General. El párrafo queda inconcluso, una línea oblicua lo tacha desde el margen, como si el pensamiento hubiera sido reprendido por la mano que lo escribió.
Al pie de la página, apenas visible bajo la tinta diluida, una rúbrica ilegible, interrumpida en la letra inicial: ***A. N****.*
Más abajo, garabateado con trazo recto y sin adornos:
Ordo ab Chao.
Nadie hablaba de la infancia de August Neuhausen. Ni siquiera él. No porque la ignorara, sino porque la había sepultado con la meticulosidad de un enterrador que conoce demasiado bien su oficio o detesta ostentosamente al difunto. Aquella etapa de su vida era un terreno baldío en su memoria, arrasado con sal, donde ni siquiera los recuerdos más tenaces se atrevían a germinar. Era un páramo de fechas sin calendario, un invierno sin infancia, borrado con la misma tinta invisible con que se corrigen las genealogías incómodas.
Vino al mundo en 1899, en el levare de un siglo que aún bostezaba con arrogancia y no sabía, o no quería enterarse, que estaba pariendo su propia ruina.
Nació en una casa donde los relojes marcaban la hora prusiana y el afecto era un concepto extranjero, de esos que no figuran en los manuales de disciplina. Su padre, un ferroviario con delirios de oficial y mandíbula de hierro fundido, creía que la ternura era una indecencia y el cariño, una debilidad que había que extirpar como se amputan las extremidades necrosadas. Jamás le acarició el rostro. Jamás le preguntó si tenía miedo. Prefería las órdenes a las

palabras, los gritos a los consejos, y los castigos a cualquier forma de pedagogía. Criaba con la eficiencia del verdugo y el orgullo del obrero del acero: sin pausas, sin disculpas, sin testigos.
La casa olía a grasa de locomotora, a sudor frío y a sopa de más olla que alimento. Las paredes no devolvían el eco, y las ventanas estaban entrenadas para no mirar hacia fuera. August aprendió a caminar en línea recta, a no hacer ruido, a ser esquivo al llanto. Respirar era una concesión momentánea. Equivocarse, un crimen.
Su madre, Judith, era judía de nacimiento, aunque nadie pronunciara la palabra. En aquella Alemania imperial, el judaísmo se toleraba con la misma resignación con que se soporta una gotera: siempre que el agua no desborde el cubo que va conteniéndola. Ella hablaba con voz de papel secante y se movía por la casa como una nota al pie en un tratado de geometría axial. Tenía manos finas, olía a jabón blanco y a sopa de pocos ingredientes, y se expresaba con la delicadeza de quien teme quebrar el aire. Leía novelas francesas con las tapas forradas y tocaba ese piano de teclas desniveladas cuando su marido se ausentaba, dándole existencia a la música sólo en el estado de clandestinidad. Se dirigía a su hijo con diminutivos que el padre detestaba con una mueca apenas esbozada, pero suficiente para hundirlos a todos en el pozo de esa vergüenza descontrolada y artificial.
August, en los primeros años, la amó en silencio. Le gustaba su manera de abotonarle el abrigo, la tibieza con que le acomodaba el pelo, la forma en que murmuraba su nombre mientras creía que dormía. Pero también, con esa intuición feroz que le había inculcado el rigor de su padre, comprendió que ese amor era peligroso. Que acercarse a su madre era quedar marcado por la impureza y revestido por la debilidad de una raza que de a poco iría resultando en desuso. Que tocarla era traicionar la disciplina. Que mirarla demasiado era invocar el castigo.
Y así, un día, sin lágrimas ni teatro, comenzó a borrarla.
A los siete años, dejó de responderle. A los ocho, corrigió su acento con la crueldad afilada de quien repite lo que ha oído en voz baja. A los nueve, pidió que no fuera más a sus actos escolares. No quería verla entre las otras madres, con sus libros escondidos y su ropa

planchada hasta la tristeza. Judith no lo recriminó. Sólo lo miró con la serenidad trágica de quien ha sido derrotada por alguien que aún no sabe que ya es un verdugo.
Una mañana helada, Judith no bajó a desayunar. Nadie preguntó por ella. El piano quedó cerrado *in aeternum*. Los libros desaparecieron. Una fotografía fue girada hacia la pared. No hubo duelo. No hubo tumba. Sólo un vacío espeso, delineado como un croquis militar, y un silencio tan compacto que parecía fundido en plomo.
August no preguntó. No lloró. No recordó.
El resto fue disuelto en ácido y archivado en una celda sin ventanas dentro de sí. Aprendió que lo que no puede amarse debe controlarse. Que lo que no se dice deja de existir. Que el dolor, si se administra con método, se convierte en doctrina.
Y así fue como empezó a gestarse el arquitecto del terror, el amante del orden exacto, el carnicero de la emoción. Porque hay infancias que no producen memorias, sino manuales.
Y el resentimiento, desde entonces, no sólo le pertenecía: también le obedecía. El apellido Neuhausen fue su único estandarte. La culpa, su combustible.
Y el silencio llevaba el nombre en su idioma materno.

5. Lo que no se dice

Diciembre de 1941 – Siebengebirgstraße 26, Bonn

El invierno no había llegado: se había instalado despóticamente como una ocupación más, sin aviso ni ceremonia. En la casa de la Siebengebirgstraße 26 imperaba el frío y Gundi lo sentía filtrarse por las junturas de las ventanas, por las maderas fatigadas del piso, por las paredes que ya no eran abrigo sino membranas permeables y por sus huesos descalcificados. Cada rincón parecía exhalar resignación.

Almuth había llegado al mundo hacía dos meses y aún no figuraba en ningún registro de empadronamiento.

Dormía sin llanto, sin protesta, sin avivar ninguna llama ni abrir ninguna llaga. Parecía haber entendido que en esa casa no se alzaba la voz para nada, que la risa se condenaba y el buen talante se combatía a hacha y espada.

Ilse hablaba poco, pasaba las tardes con la mirada detenida en un punto inmóvil del aire y se alimentaba de lo que hervía en una cacerola exigua, donde el metal desnudo del fondo revelaba la mezquindad de su contenido. Allí no había sopa ni consuelo, sólo un vaho tibio de alimento suficiente para sostener la inercia de los días.

Gundi tampoco preguntaba. No por indiferencia, sino porque había aprendido que algunas respuestas no devuelven nada más que ira y frustración.

Esa mañana, urgida por el frío obstinado de los diciembres que se arrastran con la dignidad de un cadáver emperifollado, Gundi decidió subir al desván en busca de una frazada menos apelmazada por el tiempo. Hacía años que no ponía un pie en aquel altillo donde el polvo parecía firmar actas de defunción y los objetos susurraban memorias que nadie había invitado a volver. Desde que la guerra empezó a corromper hasta los recuerdos más decentes, aquel rincón de la casa se había convertido en una especie de purgatorio doméstico, donde las cosas viejas esperaban su juicio final entre telarañas y juramentos olvidados.

Todo olía a trapo húmedo, a papel mojado, a moho pastoso y a objetos que no querían ser encontrados. Había cajas amontonadas, baúles hinchados por una película gris pegajosa y esquiva, una silla coja de tapizado raído, sombrereras deformadas, álbumes de fotos atados con cinta y hasta una muñeca de porcelana, de esas que jamás pestañean, que hacía las veces de centinela del recinto.

El aire era espeso, no por las cenizas del tiempo —que ya habían hecho las paces con la casa hacía décadas— sino por esa rara cualidad que tienen los lugares donde lo no dicho se acumula como hollín en las paredes. Allí, cada objeto parecía respirar en voz baja, con un pulso lánguido que recordaba más al de un moribundo obstinado que al de un recuerdo en reposo.

Y entonces la vio. No porque buscara algo en particular, sino porque algunas presencias, aunque calladas, se saben imprescindibles y se presentan sin hacer ruido.

Una caja de madera de incienso, de esas que alguna vez juraron haber costado una fortuna y ahora exhalaban arrogancia vencida, se asomaba desde un rincón traicionero del altillo. No recordaba haberla llevado jamás allí. La tapa mostraba vetas que fingían nobleza y cerraduras que no cerraban nada, como si el objeto aún no supiera si era cofre o trampa. Estaba agazapada detrás del gran arcón con las iniciales G. Z. talladas a gubia en un alarde de pertenencia ancestral, y daba la impresión de haberse escabullido hasta ese rincón no por olvido, sino por orden. Alguien la había empujado hacia la penumbra con el gesto ambiguo de quien esconde algo demasiado precioso para compartir o demasiado peligroso para dejar al alcance de los vivos.

La tomó con ambas manos. No pesaba mucho, pero tampoco era liviana, como todo lo importante.

Adentro encontró fotografías. Las primeras eran inofensivas: ella misma, más joven, con las mejillas redondas y el cabello recogido, posando con una torta de ciruelas como si estuviera en la exposición culinaria de su propia obra de arte. Luego, una en tonos sepia de la *Sociedad Alemana en Ciudad de México*, con hombres de traje y mujeres de sombrero, todos petrificados en una alegría incómoda e hipócrita. En otra imagen, más íntima, ella sostenía a Ilse recién

nacida, con la misma expresión que usaba para sostener tazas de porcelana antigua: mezcla de afecto y miedo.
Apareció el rostro de su esposo: primero joven, con camisa clara y una sonrisa que aún no había aprendido a cansarse. Luego, en otra, más severo, de uniforme, con los ojos duros como sellos oficiales, y ya entonces, apenas perceptibles, los primeros signos de una enfermedad que no tardaría en devorarle el espíritu a burdos manotazos.
Y por fin, una pequeña caja de lata un tanto herrumbrada. La abrió con dificultad con dedos entumecidos para desnudar allí dentro una libretilla de tapas desgastadas color café, un par de fotografías más pequeñas, y una carta doblada con una cinta carmín que reconoció de inmediato. La había atado ella misma, hacía quién sabe cuántos años, décadas. No necesitaba abrirla para saber su contenido. Sin embargo, como todo lo que se reprime tiene gusto a néctar, quiso saborear una vez más el hecho de hacerlo. Porque hasta lo más soterrado, si huele a peligro o a deseo, se convierte en manjar.
Era una carta escrita por una mujer a otra. No hablaba de guerra, ni de recetas, ni de hijos. Hablaba de un tiempo breve y luminoso en un cuarto de paredes ámbar, con olor a naranja amarga, de un gesto robado, de una promesa imposible. No mencionaba nombres. Sólo iniciales. G. y A.
La letra era la suya, al igual que su silencio.
Volvió a doblar la carta con los dedos inmóviles, y sintió que el papel le quemaba la yema d ellos dedos y el aire no parecía ser suficiente para respirar. La deslizó al fondo de la caja, donde yacía un documento amarillento con membrete mexicano y el nombre de Reinhard impreso con solemnidad ajada. Un título de propiedad, fechado en 1937, cuya firma se desvanecía en tinta negra lavada por la humedad de los años y tal vez por lágrimas que nadie reconoció haber derramado.
Gundi se quedó allí, petrificada frente al papel como quien contempla la cicatriz de un crimen que no presenció, pero que lleva en la sangre.
El tiempo se volvió un animal agazapado, suspendido en la penumbra. No habló. No alzó una ceja. No dejó escapar ni una

mueca.
Porque entendió —con esa lucidez que sólo se alcanza cuando la verdad da mordiscos sin avisar— que hay secretos que no nacen para ser revelados, sino para fermentar en la oscuridad hasta volverse parte de los muros.
Comprendió que, en ciertas familias, lo esencial no se hereda ni se enseña: se silencia. Que hay verdades que, si se pronunciasen, se desplomarían como techos podridos sobre quienes intentaran sostenerlas. Y que hay silencios, los más feroces, que no protegen… sino que vigilan.
Recolocó cada objeto con una meticulosidad casi devocional, devolviéndolos a su sitio original, dándole al orden externo el permiso para domesticar aquello que acababa de alterarse por dentro. Cerró ese arcón imaginario con un entornar de ojos, deslizó el cofrecillo de madera hacia el rincón más hondo del altillo, y tomó al azar una manta gastada, sin detenerse a evaluar su estado ni su origen. Descendió los peldaños del desván como si hubiese vuelto de otro siglo y con la sensación de haber atravesado una frontera vítrea, trayendo adherido al cuerpo un peso que no figuraba en ningún inventario doméstico.
Al caer la noche, preparó una tisana sencilla y la dejó reposar sobre la mesa, intacta. Ilse pasó junto a ella sin advertirla, o fingiendo no hacerlo.
Entonces, cuando el viejo reloj, inmóvil desde hacía meses, dejó escapar un único campanazo hueco, aislado, Gundi dirigió la vista hacia la cuna. Y en ese instante, con una claridad que no admitía consuelo ni reproche, comprendió que aquello que nunca se pronuncia también es bautizado con nombre, linaje y destino. Y que, de algún modo irrevocable, ese legado llevaba el suyo.

6. En nombre del orden

La música sonaba baja, como si también ella supiera que en aquella casa no se debía hacerse notar.
La casa, si es que aún merecía ese nombre, no era cualquiera. Ocupaba el número 17 de una calle sin nombre, o al menos sin el nombre original, porque en Berlín los nombres eran las primeras víctimas de la historia cuando esta decidía cambiar de rostro. La mansión, de tres pisos y fachada de arenisca pálida, había sido confiscada sin aspavientos a comienzos del ’39, bajo el pretexto de “reordenamiento urbano” y “redistribución de recursos residenciales del Reich”.
Estaba enclavada en el corazón de Grunewald, ese distrito de avenidas custodiadas por tilos centenarios y villas silenciosas que fingían no haber visto nada. Allí vivió hasta su caída la familia Blumenthal: un apellido que durante décadas había sido sinónimo de cultura, de mecenazgo discreto y de resistencia sutil pero firme. Friedrich Blumenthal, el patriarca, era editor. No uno cualquiera. Había fundado la editorial *Nebelspuren* en 1921, que llegó a publicar ensayos, novelas y manifiestos de los más corrosivos intelectuales de la República de Weimar. Fue él quien financió las primeras ediciones de obras que alertaban sobre el avance del nacionalsocialismo cuando aún no llenaba estadios sino cafés mal iluminados.
En las paredes del estudio, hoy transformado en salón de recepciones para oficiales y funcionarios del nuevo orden, aún se notaban las huellas rectangulares donde habían colgado los retratos de familia: uno de Friedrich con su esposa Miriam, en la biblioteca de su casa natal en Königsberg; otro con sus tres hijos, tomada en 1933 frente al pabellón oriental del zoológico de Berlín. Los niños tenían entonces trece, diez y seis años: Daniel, el mayor, era estudiante de arquitectura; Elsa, la de en medio, una pianista precoz con un oído absoluto que asombraba a sus profesores; y el pequeño Leo, que apenas comenzaba a deletrear los nombres de los animales en hebreo. Miriam Blumenthal, madre y violinista retirada, solía decir

que su hogar era un concierto desafinado donde todos tocaban instrumentos distintos, pero nadie desafinaba por completo.
En 1938, Friedrich fue arrestado tras la quema de ejemplares de *Die Wahrheit ist nicht vaterländisch*, un panfleto anónimo, pero claramente impreso en su editorial. Nadie supo con certeza a dónde lo llevaron. Unos decían que acabó en Sachsenhausen, otros que permanecía en una celda subterránea bajo el Ministerio de Propaganda. Lo último que se supo de él fue una carta enviada en diciembre de ese año, escrita con letra temblorosa y sellada desde un campo en Polonia que nadie supo encontrar después de la guerra. Miriam y los hijos desaparecieron poco después. Fue en abril de 1939 cuando los vecinos vieron por última vez las persianas cerrarse antes del alba y escucharon el chirrido del portón. No hubo gritos, ni soldados, ni maletas visibles. Solo ausencia.
Desde entonces, el apellido Blumenthal no volvió a pronunciarse en voz alta. De ellos no se hablaba. Los nuevos ocupantes, generalmente funcionarios con rango decoroso y biografías vacías, preferían ignorar la historia de la casa. Cambiaban los muebles, redecoraban algunas las paredes, reemplazaban los libros con bustos de yeso y banderas. Pero el lugar no olvidaba.
Había algo en el aire, en el polvo acumulado entre los zócalos, en las molduras que parecían tener memoria. Y la música, esa tarde, sonaba apenas como un hilo de voz que cruzaba el tiempo con miedo, como si no quisiera despertar a los antiguos moradores. O tal vez los estaba llamando.
El comedor, sin embargo, conservaba la vajilla original, porcelana de Meissen con iniciales entrelazadas que ahora ningún invitado reconocía o, peor aún, fingía no ver. En el piano de cola, cerrado y cubierto por un paño bordado, descansaban todavía algunas partituras escritas a lápiz. Había algo fantasmagórico en cada rincón, como si la fiesta entera se celebrara sobre una tumba mal disimulada. El gramófono giraba lento, con fundado miedo de llamar demasiado la atención. Una orquesta sonaba desde algún rincón invisible, y sobre las bandejas de plata danzaban copas delgadas que prometían festín. El salón estaba bañado en un ámbar artificial que aplanaba los rostros y dulcificaba las intenciones.

Las fiestas eran elegantes, por supuesto. Siempre lo eran. Nadie hablaba de lo que verdaderamente ocurría. Los brindis eran por la patria, pero las miradas eran por otras cosas. Había mujeres jóvenes, extranjeras, algunas francesas, otras húngaras, polacas, ucranianas, seleccionadas por su juventud y obediencia más que por su belleza, envueltas en vestidos de telas pobres que imitaban, sin éxito, la elegancia del satén o la seda. Llevaban collares de fantasía, pulseras de cobre con pátina gastada y pendientes que brillaban más por desesperación que por lujo. Sus peinados estaban cuidadosamente moldeados, aunque muchas veces traicionados por el cansancio de las horas, y el maquillaje, abundante y mal distribuido, les cubría el rostro como una máscara, al borde de lo grotesco. Caminaban entre los hombres como figuras de porcelana quebrada, forzando risas aprendidas y palabras memorizadas en lenguajes que no siempre comprendían. Algunos oficiales paseaban sus medallas con un orgullo casi escolar. Otros, los que realmente importaban, se quedaban en las sombras, bebiendo lentamente y calculando el momento exacto para dar una orden sin pronunciarla.

En el centro de aquella calma coreografiada estaba él: el General August Neuhausen. Ni su uniforme era el más brillante, ni su voz la más sonora. Y, sin embargo, nadie ocupaba más espacio que él. Era como una presencia extendida en las paredes, en el color del vino, en el ritmo contenido del vals. Hablaba poco. Sonreía menos. Pero cuando lo hacía, las frases se plegaban solas en la boca de los demás.

A su lado, como una sombra afilada, se encontraba el hombre huesudo de cabellos rojizos. Alto, de rostro esculpido con filo, mirada punzante, peinado aplastado a prensa y labios sellados con un hilo de acero. Nadie sabía si alguna vez había hablado en voz alta. Pero todos entendían que su presencia significaba que algo —o alguien— estaba siendo observado con minuciosa exactitud. Cuando pasaba junto a una mesa, las conversaciones se ajustaban sin que nadie lo notara. No era un espía. Era algo peor: un testigo.

En algún momento de la noche, una joven se desmayó. Nadie se alarmó. La retiraron con una cortesía tan pulida que parecía

coreografía. Neuhausen apenas levantó una ceja. El hombre huesudo ni eso.
Mucho antes de que aquella música decorativa llenara los salones confiscados de Berlín, otro tipo de celebración se había empezado a gestar en los márgenes del sistema. Fue en Mauthausen, en 1942, cuando el experimento comenzó.
El informe decía: *"Mejorar la moral del personal mediante un sistema rotativo de descanso físico"*. La firma, irreconocible. El impulso, perversamente lógico. Los primeros burdeles en campos de concentración se presentaron como iniciativas de eficiencia. Luego vinieron Auschwitz, Buchenwald, Dachau, Sachsenhausen... cada uno replicando el modelo con abnegación exagerada. Las mujeres eran traídas desde Ravensbrück. Nunca judías. Siempre "sanas".
La selección era meticulosa. Un examen médico mensual determinaba su continuidad. Si no lo aprobaban, eran devueltas al campo. A veces gaseadas. A veces simplemente desaparecidas. No se necesitaban informes para justificarlo. Bastaba con tachar un nombre.
Neuhausen no diseñó el sistema. Pero lo perfeccionó. A su modo. Le dio un rostro pulido. Le agregó reglas, cupones, vigilancia, cuotas. Para él, todo debía tener lógica. Geometría. El cuerpo era útil mientras obedecía. El deseo, domesticado, podía convertirse en método. Y la obediencia se enseñaba mejor en habitaciones con cerrojo.
Los hombres jóvenes eran obligados a participar en aquel mecanismo perversamente eficiente, concebido como parte del entrenamiento moral y físico de la tropa; incluso los prisioneros homosexuales, considerados por Himmler como desviaciones que debían corregirse, eran forzados a visitar semanalmente los burdeles, bajo la grotesca premisa de que el contacto con mujeres sanas podría redirigir su inclinación. La orden venía de lo alto, sí, pero era el meticuloso General Neuhausen quien se encargaba de ejecutarla con un devoción mística, casi científica, sin desvíos ni vacilaciones, como si el sufrimiento también pudiera organizarse en tablas estadísticas. A eso lo llamaban equilibrio. Lo llamaban salud. Lo llamaban deber.

El dinero no llegaba a las mujeres. Tampoco a los soldados. Todo volvía a las arcas de las SS. Era un sistema cerrado. Una máquina limpia por fuera, oxidada por dentro.

Se sabe poco de las voces femeninas. Las sobrevivientes eligieron no hablar. Y nadie las culpa. Algunas, cuando eran reemplazadas, eran llevadas a morir. O simplemente dejadas a su suerte, sin nombre, sin historia, sin tumba.

Una noche, Neuhausen se detuvo frente a una fila de mujeres recién llegadas. Su silueta apenas se movía, pero bastaba con un gesto para aprobar o descartar. Una inclinación mínima del mentón sellaba destinos.

La *Kapo* las ordenaba, el médico las tocaba sin mirar, y él asentía o negaba con la misma calma con la que otros eligen una corbata. El hombre huesudo estaba a su derecha. No tomaba notas. No necesitaba. Su memoria era infalible.

Una de las mujeres tenía los ojos vidriosos. No temblaba. No lloraba. Pero algo en su postura hablaba de una fractura antigua. Cuando Neuhausen la miró, ella sostuvo la mirada medio segundo. Luego bajó los ojos. El gesto fue interpretado como desafío. No volvió a ser vista.

El silencio estaba sellado con el nombre de cada una de esas mujeres.

7. Krieger

En el penúltimo piso de un edificio sobrio y algo vencido por los años de la calle Fray Justo Santamaría de Oro, en el barrio de Palermo de Buenos Aires, vivía una mujer de espaldas arqueadas, voz agria y mirada de cuchillo romo. No era una vecina más, sino una advertencia sigilosa de lo que ocurre cuando la vida no hace concesiones.

Hilda Krieger fue bautizada con poco esmero y menos inspiración por sus padres, quienes, decepcionados por la falta de testículos entre las piernas del ser recién llegado al mundo, simplemente reciclaron el nombre que habían elegido para un varón y la dieron a llamar como una tía materna que había quedado solterona.

Y aunque nadie en su sano juicio la hubiera asociado con Jorge —ese alemán bonachón de Misiones que tocaba la guitarra como si cada acorde le arrancara una muela, hablaba poco y transpiraba como si le pagaran por litro—, bastaba con verla aparecer por la puerta del ascensor de jaula, enrularse aún más el flequillo postizo con la solemnidad de un rito fúnebre y bufar con una resignación digna de los Salmos apócrifos, para comprender que llevaba encima no sólo el peso de su apellido, sino también el de una colección completa de decepciones sentimentales, desaires sociales y una obstinación cuidadosamente cultivada como una planta carnívora en un rincón sin sol.

Los niños del edificio bajaban la voz cada vez que la veían venir. No porque fuese especialmente cruel —aunque sabía usar las palabras como bisturís—, sino porque, bajo ese peluquín rubio ceniza que parecía tejido con resentimiento, exhalaba un aroma desafiante, difícil de describir: algo así como alcanfor vencido con fondo de aguardiente emocional. Olía a otra época, a un siglo en el que el romanticismo era un malentendido, las mujeres no lloraban en público y la venganza se transmitía por línea materna, bordada en punto cruz y servida a temperatura ambiente.

Había llegado en tren a Buenos Aires en la mitad de los años cuarenta, después de 26 horas de viaje contadas desde la estación

ferroviaria de Posadas, cargando una valija rígida, un brasero, una máquina de coser Singer vieja a la que había que adosarle el pedal con una correa y una humillación recién horneada y aún humeante.
En Caraguatay, su pueblo anterior, había sido abandonada en el altar. Un almacenero mestizo de cejas pobladas y promesas cortas con el título de “prometido”, se había esfumado tres días antes de la ceremonia, dejando sólo una carta y un «No puedo, Hilda. Lo nuestro fue un error. No te merezco».
Desde entonces, la palabra "error" le sabía a vinagre con espinas. Fue casi en el umbral de la capilla del pueblo, un mediodía de humedad espesa, cuando Rubén Díaz — el candidato a suicido en nupcias y con promesas más breves que un suspiro, se dejó encandilar por una joven de tez más cobre que un antiguo papiro egipcio. Obnubilado por esa nueva piel, por la sinuosidad inesperada de su cuerpo y por el temblor que sólo provocan las cosas que aún no tienen nombre, se desprendió de los brazos de Hilda con la naturalidad de quien se saca una camisa vieja, ¡y que de vieja tenía hasta el peluquín!
El compromiso, ya enmohecido antes de que un parroquillo de sotana de ruedos descosidos pudiera firmarles la bendición como si fuera un acta de defunción, se evaporó con una nota cobarde y un silencio que olía a gallinas mojadas.
Hilda juró no perdonar. Se lo prometió a sí misma mientras quemaba la carta sobre una lata de kerosene, tragando humo y rabia con la misma boca que una vez creyó en los besos. Nadie le sacaría el anillo. Nadie. Lo ensartó en una cadena de acero que desde entonces colgaba de su cuello como un testamento visible, una lápida portátil. No se lo quitaba ni para dormir. Ni para rezar. Si alguna vez rezaba, que tampoco era el caso, repetía, como quien reza con veneno amargo, que lo único peor a un hombre infiel era una mujer que se dejaba olvidar.
Cuando llegó a Buenos Aires, se instaló en ese departamento con terraza que nunca usaba, pero que mostraba con orgullo a sus clientas como si fuera un mirador de Versalles. Tenía una sala, una cocina que olía a sopa agria y a carne pasada, y un pequeño taller de costura donde las tijeras dormían sobre un paño verde billar.

Su cuerpo, ancho en la base y angosto en la cima, caminaba por el barrio como si empujara el aire a su paso. Tenía la piel seca, amarillenta como una carta vieja, y unos labios que se desdibujaban bajo el peso de un bigote rubio que jamás se atrevió a afeitar. Su cabello, o lo que quedaba de él, había empezado a escaparse por razones que ni los médicos ni las vecinas supieron explicar. Tal vez fue la pena. Tal vez una enfermedad. Tal vez la pura voluntad de desaparecer de a poco. Por eso usaba un peluquín de pelo sintético que siempre parecía mal puesto, como un sombrero olvidado en una fiesta equivocada.

No era mujer de perfumes —los consideraba un lujo frívolo de quienes aún esperaban ser abrazadas por alguien con nariz—, pero sí de maquillaje, de ese que se aplica con fe ciega y espejo sucio y manoseado. Había hecho del delineador un mapa de obsesiones: dos líneas temblorosas que trepaban como hormigas negras desde el lagrimal hasta el fracaso, y un labial rojo, espeso, desapasionado, que se cuarteaba como una promesa mal dicha. Su rostro era un carnaval obsceno, una máscara de ópera olvidada en el fondo de un baúl lleno de polvo y reproches.

Hilda hablaba poco. Pero cuando lo hacía, las palabras salían con filo y cada sílaba se cernía junto con la arena del rencor. No regalaba frases: las cobraba con intereses de usurera emocional. Miraba largo y hablaba corto. Pontificaba con la mirada y lo poco que decía, dolía con el ardor de una aguja de zurcir oxidada.

—La felicito, señora —escupió una vez con una sonrisa tan tibia como el almuerzo de ayer—: logró entrar en ese vestido sin deshilacharlo.

La vecina, que apenas desbordaba la talla cuarenta y ocho, bajó la vista. Hilda no. Hilda jamás bajaba nada salvo la guardia, cuando cosía o hablaba mirando el subir y bajar de la aguja de la máquina que chirriaba vetusta.

Tenía clientas. Muchas. Más de las que merecía y todas más de lo que ella estaba dispuesta a agradecer. Iban a su taller por necesidad, no por simpatía. Porque cosía como quien exorciza, porque ajustaba con exactitud quirúrgica y porque jamás preguntaba, porque preguntar era pedir permiso y eso ella ya se lo

daba por concebido. Era la única modista del barrio que podía transformar un vestido de boda en un traje de duelo sin emitir juicio sobre las caderas ajenas, aunque por dentro su mente dictaminara veredictos más severos que un confesionario en tiempos inquisitoriales.

Su taller y también su dormitorio, un cuarto angosto con olor a tela aprestada, tinta desvaída y sopa vieja, era una catedral de silencios resignados. Allí no se hablaba: se suspiraba. Se asentía. Se pagaba en efectivo. Nada de fiado. Nada de visitas sin cita. Nada de flores. Las flores eran, para Hilda, el equivalente decorativo de una mentira bien envuelta: pura fragancia para ocultar la podredumbre. Y ella, que lo sabía todo sobre podredumbres —porque llevaba una dentro tan entrometida como la suegra de una boda—, no las toleraba ni en papel.

A veces, hablaba sola. Murmuraba y se enojaba mientras cosía, como si mantuviera conversaciones con contrincantes inexistentes, con rencor.

Hilda creía que la costura era una forma de castigo y de consuelo al mismo tiempo. Cada puntada era una herida más cerrada. O una que volvía a abrirse.

Los domingos comía sola, frente a una radio que apenas sintonizaba, masticando albóndigas frías y mirando un reloj que ya no funcionaba. No iba a misa. No recibía cartas. No celebraba cumpleaños. Estaba en contra del gobierno de turno, sea de derechas o de izquierdas.

Cuando moría alguien del edificio, Hilda no bajaba al velorio. Esperaba una semana, tocaba la puerta de la viuda o de los hijos y dejaba una caja con servilletas bordadas a mano. Jamás decía "lo siento". Nunca pronunciaba la palabra duelo. Para ella, la muerte era otra forma de deserción.

Desde la terraza veía la ciudad como una telaraña sin dueño. Hablaba del mundo con desdén, convenciéndose de que le debía algo. Y en parte era cierto, el mundo le debía una boda, una alegría, un perro, un poema, una fotografía que la mostrara sonriendo sin rencor, un hijo.

Su único hermano, Jorge, vivía aún en Misiones, con su esposa Vera. Se escribían cada tanto. Cartas breves. Frías. Pero Hilda sabía todo. Tenía formas de saber. Había algo detectivesco en su carácter, algo que le permitía juntar migas y formar banquetes de sospechas. Sabía quién era hijo de quién, qué vecinos mentían sobre su pasado, y quién había venido de Europa con más secretos que valijas. Todo eso lo guardaba en una libreta verde, escondida dentro del respaldo hueco de su silla de costura. Nadie había abierto esa libreta jamás. Ni lo harían. A nadie le interesaba.

Una vez por mes, se permitía un paseo. Caminaba hasta Plaza Italia, miraba los autos y compraba una empanada de carne con pasas. Le disgustaban las pasas, pero no podía evitar la nostalgia. Su madre las ponía en todo, incluso en el arroz. Y luego de comerlas, se quejaba de su sabor... y eso tampoco podía evitarlo.

A su edad de soltería, Hilda seguía en la calle Oro, con su taller intacto, su terraza sin usar y su anillo en el cuello. Nadie sabía cuánto tiempo más viviría. Ni ella. Pero cada noche, antes de apagar la luz, tocaba el anillo, como quien palpa una cicatriz, y decía en voz muy baja:

—Te vas a arrepentir, malnacido.

Nadie sabía si hablaba del prometido, del mundo, o de sí misma.

Y en la calle Fray Justo Santamaría de Oro, cada tanto, alguien recordaba haberla visto cerrar los ojos mientras enhebraba una aguja, como si en ese simple gesto se le fuera la vida entera.

8. Que sea su voluntad

En la ciudad de Bonn, donde los otoños olían a carbón mojado y los inviernos a miedo gélido, Almuth creció en una casa que no era del todo suya, entre paredes que ya no hablaban y techos que goteaban recuerdos a destiempo. El número 26 de la Siebengebirgstraße era un refugio herrumbroso al que el tiempo había dejado de visitar con puntualidad. Las ventanas empañadas daban a una calle que parecía ajena, y dentro, el aire cargado de polvo y sopa recalentada se pegaba a los pulmones como una mucosidad peligrosa.

Almuth vivía como se sobrevive: sin saberlo, sin intuirlo. Era una niña escuálida, de piel opaca y ojos demasiado grandes para un mundo tan chico y con tan poco para ofrecer. Nadie la peinaba por gusto. Su cabello fino, color lino olvidado, caía sobre los hombros con la tristeza de las cosas que nadie reclama y mucho menos recuerda. Su abuela Gundi se lo trenzaba cada mañana con manos huesudas y rápidas, sin intención de belleza, con pocas palabras y con la ternura que no había podido robarle a su propia hija. Usaba una hebra de hilo encerado o una cinta vieja que alguna vez sostuvo fajos de cartas nunca leídas. La trenza le tiraba del cuero cabelludo con un rigor que parecía castigo, almendrando sus ojos perdidos en una impronta nebular.

La ropa que vestía no era infantil, sino retazos de una biografía ajena y anticuada. Un vestido a cuadros, con el dobladillo un tanto desparejo, que le había quedado largo en primavera y corto en el invierno siguiente. Llevaba medias zurcidas en más de cinco ocasiones —las rodillas remendadas parecían costras de hilo— y zapatos que alguna vez habían sido negros, pero que ahora cargaban el color indeciso de la pobreza y, más aún, la dejadez de la indiferencia. Las dos manecitas blancas y sucias dejaban ver unos dedos menudos con las uñas cortadas con poca frecuencia y desgastadas, como pequeñas cuchillas que no sabían qué cortar.

Su edad no conocía todavía los pupitres ni los pizarrones, pero ya había aprendido a sentarse en silencio en una silla demasiado alta para ella, con las piernas colgando como badajos de campanas

mudas. Nadie le había enseñado canciones y los pocos cuentos que había escuchados, se habían escapado de los labios de Gundi. A veces, se entretenía sola con una cucharita rota y una caja vacía de fósforos, organizando su propio ejército de cosas inútiles en batallas que sólo ella entendía. Era una criatura sin edad precisa, sin historia oficial, sin nombre escrito en cuadernos. Vivía sin calendario. Su nacimiento fue registrado para la humanidad el 24 de octubre de 1942, justo un año después de su verdadera venida al mundo por pedido y complacencia de la negligencia de su madre.

Ilse la observaba con una distancia medida al milímetro. No le hablaba con dulzura. No la llamaba "mi amor" ni "pequeña". La llamaba Almuth, como quien invoca a una penumbra, con un tono que parecía redactado por la burocracia. Su mirada evitaba los ojos de la niña como se evita una confesión a corazón abierto.

En ese silencio de madre a hija —o, mejor dicho, de adulta a inquilina indeseada— se escondía toda la historia que nunca sería contada.

Era ella, Gundi, quien cuidaba de Almuth con una devoción silenciosa y poco extrovertida, hecha de pequeños rituales más que de palabras. Jamás la abrazaba con efusión, es cierto, pero la cubría por las noches con un esmero que no toleraba testigos ni reproches, le preparaba sopas que olían a infancia remota y le hablaba en murmullos cuando creía que la niña dormía. Cuando la vestía por las mañanas, lo hacía como quien viste a una hija prestada por el cielo, ajustando cada botón con dedos endurecidos por los inviernos y la resignación, pero con una ternura que no se anunciaba, sino que se filtraba en los gestos.

Tenía una rutina precisa: lavarla con agua fría —no por crueldad, sino porque el calefón apenas susurraba—, secarla con una toalla vieja pero siempre limpia, y sentarla luego en la cocina, cerca del calor del horno, donde Almuth pasaba horas observando cómo los objetos cotidianos se transformaban en compañía. Si la niña lloraba, Gundi la dejaba hacerlo, sentándose cerca en silencio, a veces cantando por lo bajo alguna melodía que ni ella recordaba haber aprendido. Y si la oía reír —y eso ocurría muy pocas veces—, sonreía

en secreto, de espaldas, para que nadie viera cómo se le humedecían los ojos.

Eran los albores de la década del cuarenta y Berlín ya no era el decorado de cartón piedra de un sueño imperial, sino el eco hueco de un espectáculo sin aplausos, un anfiteatro sombrío donde los vestigios de grandeza se deshacían bajo las botas de una maquinaria que empezaba a chirriar con el óxido del miedo. Las banderas, que en otro tiempo ondeaban con la arrogancia de los dioses menores, colgaban ahora de los balcones oficiales como pieles secas, sin viento que las redimiera ni gloria que justificara su presencia. Habían perdido su color bajo la ceniza de los bombardeos, pero también bajo una ceniza más insidiosa: la del desencanto. Los afiches con rostros pétreos y eslóganes de hierro comenzaban a despegarse de las paredes como costras de un cuerpo putrefacto, y el silencio oficial, ese bálsamo viscoso que había mantenido a la ciudad de rodillas, empezaba a resquebrajarse.

En una calle estrecha del viejo barrio de Mitte, un nombre ajeno a los mapas del poder empezó a murmurar en los oídos de la historia: *Rosenstrasse*. Allí, frente a un edificio de la Gestapo que parecía respirar con las grietas de la maldad burocrática, un grupo de mujeres rompió la partitura del terror. No eran agitadoras, ni mártires con aureola prefabricada. Eran esposas, madres, hijas —rostros pálidos de vida común— que durante siete días de un febrero de hielo se alzaron contra la maquinaria del exterminio con la única arma que les quedaba: la obstinación del amor. Reclamaban a sus maridos judíos, detenidos sin juicio, invisibles en una ciudad que fingía no ver.

Sus voces no eran discursos, eran gritos con sabor a humo, plegarias sin altar, ráfagas humanas que estremecieron por un instante la arquitectura del espanto. Y Berlín, esa ciudad entrenada en el arte de fingir que nada ocurre, detuvo el aliento. Porque en aquel coro desgarrado, que brotaba como un presagio de otro mundo posible, no se alzaba solo un reclamo, sino una grieta: una fisura en la piedra del horror, un recordatorio de que incluso bajo la bota más férrea, el alma puede resistir. Que incluso en el corazón del monstruo, hay quien se atreve —con la voz rota y las manos vacías— a pronunciar

la palabra *justicia*, aunque duela, aunque nadie escuche, aunque se la lleve el viento como se lleva las cenizas.
Mientras tanto, en el frente ruso, los muertos se contaban por el frío, no por las balas, y los pocos que volvían arrastraban consigo un silencio de tumba y huesos astillados.
Martin Lughnar era uno de ellos. Había sobrevivido a los inviernos siberianos con más resignación que heroísmo. Su cuerpo, curtido por las heladas y el hambre, caminaba como si cada articulación recordara una orden mal dada. Su rostro enjuto ya no conservaba el rastro de juventud, sólo la geometría reseca del sufrimiento. Era un espectro obediente envuelto en un uniforme sin gloria. Un Quijote sin molinos.
Una mañana en Berlín, sin fecha —porque en tiempos como aquellos el calendario era un lujo burgués—, recibió la orden de presentarse en el despacho del general August Neuhausen.
El edificio olía a moho patriótico, a cuero rancio de siglos y a ese tipo de tabaco que deja un sabor de hojalata quemada en la garganta. Las paredes estaban cubiertas de mapas ajados y retratos donde los próceres observaban con desaprobación cada falso bronce del presente. El pasillo que conducía al despacho era una interminable promesa vacía.
Al llegar a la puerta, Martin entendió que no cruzaría el umbral de una conversación, sino el de una sentencia: una de esas redactadas con la culpa que otros se niegan a cargar y que terminan firmándose con la vida ajena.
El despacho del General era una cueva de poder marchito. La lámpara colgaba del techo con la indecisión de un verdugo borracho, y su luz amarillenta no lograba arrancar del aire esa penumbra viscosa que se adhería al cuerpo de Neuhausen como el sudor frío de una culpa ajena mal enterrada. Las sombras, lejos de ocultarlo, parecían nacer de él mismo, de su carne fofa y autoritaria, como si la oscuridad hubiera hecho de aquel cuerpo su refugio predilecto, delatando sin necesidad de palabras el verdadero rostro del poder cuando ya no le interesa esconderse.
El aire era espeso, impregnado del aroma agrio de un *Korn* mal destilado, del sudor de los que temían, del humo pegado a las

cortinas como una telaraña tóxica y de aliento de primeras madrugadas.

August Neuhausen no se levantó. Nunca lo hacía. Se mantenía encorvado en su trono de roble y sombras, como una estatua maldita a la que nadie osaba mirar directamente. Tenía los ojos en un punto impreciso de la estancia, aunque sabía perfectamente que Martin estaba allí, aguardando el golpe con la disciplina de los condenados.

—Lughnar—dijo al fin, como quien escupe un hueso—. Siéntese. Escuche. No tengo tiempo para rodeos ni usted tiene margen para dudas.

Martin obedeció. No por respeto, sino por cálculo. Había aprendido, allá en los confines helados de Rusia, que el verdadero poder no gritaba: habla al oído con el vigor de una orden que no necesitaba ser repetida. Se sentó sin hablar, con el cuerpo vencido por el desgaste y la mirada todavía húmeda de lo que nunca había llorado.

El General apartó una hoja, como si deshojara una sentencia. Sus dedos —gordos, anillados, desleales— se cerraron en torno a un vaso bajo donde flotaban los restos del *Korn* ambarino. Dio un trago corto, como quien lava una culpa o un secreto que empieza a apestar.

—Usted sigue vivo, *Hauptmann*, porque aún me sirve.

Martin no se inmutó. Las palabras eran plomo, sí, pero ya había cargado menhires más voluminosos sobre sus nervios. Su cuerpo lo sabía y lo asimilaba.

—Podría haberlo enviado de regreso al Este —continuó Neuhausen, casi con desgano—, a derretirse en la nieve con los otros. Pero usted, con su cara de lápida mojada y sus silencios funcionales, sirve para cosas que los héroes no saben hacer.

Hizo una pausa breve, suficiente para que el aire se enrareciera aún más, dejando a las moléculas saber que algo indecente estaba a punto de brotar.

—Necesito un esposo.

Martin parpadeó. No por sorpresa. Por incredulidad. El término había caído como un error tipográfico en un fallo de sobreseimiento. El

General sonrió, pero era una sonrisa sin luz. Una mueca forjada en el hierro oxidado del cinismo.
—No para mí, por supuesto. —aclaró con sorna—. Para ella. Un asunto menor que ha crecido como la maleza: en la sombra, con humedad y sin autorización.
Martin no preguntó. Jamás preguntaba. Había aprendido que las preguntas eran pozos, y él había caído en demasiados como para seguir cavando.
Neuhausen se reclinó apenas, haciendo crujir la butaca como si hasta la madera se resistiera a sus palabras.
—Se llama —Ilse Zoller. Empleada menor. Sangre aceptable, acento correcto, obediente... la mayor parte del tiempo. Fue un desliz, eso. Un resbalón sin importancia, una noche en Bonn, un instante que no merecía memoria. Y, sin embargo, ahí la tiene: una criatura.
El silencio se hizo espeso como alquitrán. Martin bajó la mirada apenas. No por respeto, sino por lástima. Pero no hacia ella.
—No pensaba ocuparme. —prosiguió el General, acariciando el borde del vaso con la yema de un dedo que parecía tallado en grasa —. Pero hay papeles, testigos y, sobre todo, rumores. Y en estos tiempos, hasta un susurro puede ser una bomba.
Se inclinó hacia adelante, los ojos de dos hienas risueñas saliendo de la cueva.
—Usted irá, conocerá a la mujer con la excusa de llevarle dinero de mi parte. Hará lo que debe. La finalidad es que usted se case con ella.
Martin tragó saliva y su mentón angular se clavó en los listones de madera que se formaban como regimientos bajo sus pies. En su interior, algo viejo y roído se rebeló, pero sin fuerzas. Como un perro ciego que gruñe desde el rincón.
—¿Tengo la opción de no aceptar?
Neuhausen lanzó una carcajada que inmediatamente contuvo.
—Si no acepta, *Hauptmann*, su próximo destino será Stalingrado. O lo que queda de ese lugar. Tal vez incluso vuelva a encontrar a sus amigos. Ya sabe... los que dejaron los dedos en el hielo y el alma en una zanja.

Martin cerró los ojos por un segundo. Vio la nieve y sintió la carne quemada por el frío. Oyó los gritos de aquellos que ya no sabían si maldecían a Dios o a Hitler. Luego asintió una sola vez, secamente, aceptando su sitio en el infierno.

El General empujó un dossier hacia él. Tenía una carpeta color sepia, con una rosa seca atrapada entre dos hojas. Dentro, una foto. Una dirección. Y la certeza de que su futuro ya había sido impreso en tipografía gótica.

—Usted es útil, Lughnar. No lo olvide. Pero nunca se confunda: lo útil también es reemplazable. Haga su trabajo. Y hágalo sin pensar. Como todo buen engranaje de este sistema.

Martin se puso de pie, tomó el expediente y salió sin decir palabra. La puerta, al cerrarse, dejó atrás un aire más pesado que la guerra. Y al frente, una ciudad, una mujer y una niña que no era suya. Y una vida que, sin saberlo, ya lo había reclamado como cómplice.

Y fue entonces, al cruzar el umbral, que Martin comprendió que no regresaba del frente: entraba en otro aún más repugnante, más viscoso, más silencioso, y tal vez, más imborrable. Estaba atrapado en ese barro moral que olía a pestilencias y quemaba como lava. El capítulo estaba cerrado. Pero el libro aún no había terminado, y ese libro llevaría el silencio de su nombre.

9. Aprendizaje funcional

Landshut, Baviera. Invierno de 1939.
El cielo sobre Landshut era una sábana de plomo suspendida por hebras imperceptibles. Las hojas caídas no crujían, se rendían ante la escarcha. Los caminos rurales serpenteaban entre campos donde el silencio tenía la textura de la resignación, y el viento traía consigo no promesas, sino órdenes que se filtraban entre los pliegues del uniforme agrícola.
Ilse Zoller había llegado con una valija sin sueños, apenas una muda de ropa, una foto vieja de su padre muerto en México y de la mano de su madre. La llamaron para trabajar en una granja a las afueras de la ciudad, como tantas otras jóvenes reclutadas por el Reich para "servir a la tierra" en tiempos de reorganización nacional. El trabajo rural —ese eufemismo endurecido por la propaganda— formaba parte del *Landjahr*, el "año de campo", donde la juventud femenina debía templarse en cuerpo y obediencia antes de ser digna de pensar en matrimonio, raza o imperio.
La casa de los Wechsler, donde Ilse fue destinada, era una construcción tosca, con muros que olían a estiércol antiguo y madera enmohecida. Se levantaba antes del alba, cuando la oscuridad aún no había pactado su retirada y el frío se metía por las junturas de la casa como el filo de una daga en el cuello del condenado. Se lavaba con agua helada, no para estar limpia, sino para estar despierta, viva en el único sentido que le estaba permitido: el del deber. Las manos, aún entumecidas, se aferraban a los cubos de metal con la misma resignación con que una rea levanta su propio grillete.
Pasaba el día entre estiércol fermentado, barro seco como costras viejas, y animales que la miraban con más piedad que las personas. Limpiaba corrales que olían a encierro, ordeñaba vacas con pezones agrietados como su ánimo, y acarreaba cubos de avena que le abrían nuevas llagas en las palmas endurecidas, mientras su espalda se curvaba cada vez más, como si la tierra misma la reclamara antes de tiempo. Cada hebra de soga que se deslizaba entre sus dedos era

una sierra menor que dejaba su firma: cortes diminutos, rojizos, persistentes, que la acompañaban como migajas de una penitencia que nadie había escrito.
A veces sangraba de tanto rozar las yemas de los dedos con las sogas secas. A veces, simplemente no hablaba.
En las noches, cenaba sopa de lo que se pudiese hervir sin miramientos y pan longevo, de algunos días más de vida de los que hubiese querido. Y escribía postales que jamás enviaba, postales de un paisaje hostil y espinoso. A su madre, a Guido, a sí misma. Nunca decía "te extraño". Decía: "Estoy bien. Estoy aprendiendo. Esto es necesario."
Pero lo que aprendía no era agricultura. Aprendía a endurecer el rostro, ajándolo en cada sonrisa falsa. A fingir gratitud que al ocaso de cada día escupía resentimiento. A callar ante las órdenes y a resistir sin parecer débil. A vestirse con la dignidad prestada de un delantal remendado y unas botas siempre mojadas.
Aprendía a no tener nombre, solo función.
Bad Godesberg. Invierno de 1939.
Guido recorría las calles mojadas de Bonn con la sensación amarga de haber sido olvidado por alguien que nunca lo amó.
Desde el día en que Ilse se despidió, con una frase breve y sin floritura —Me han asignado un puesto en Baviera. Me voy el lunes. No te lo dije antes porque no era necesario— y así, descaradamente, le vomitó a Guido su desprecio menos intencionado y condescendiente.
Él había guardado su tristeza lánguida entre lomos de libros, como si el olor a papel viejo y cuero curtido pudiera anestesiar la pérdida.
La imprenta seguía funcionando, aunque los pedidos llegaban cada vez con más consignas oficiales y menos poesía. Panfletos, boletines del Partido, manuales de instrucción y propaganda del sistema. La guerra aún no había tocado la ciudad con sus bombas, pero la tinta ya sabía a plomo.
Guido pasaba las tardes en la trastienda, reparando ediciones descosidas como si con cada hilo pudiera restaurar también la imagen de Ilse, la muchacha de mirada oblicua que nunca le perteneció del todo. Había comenzado a tallar su nombre en

pequeños márgenes, en contraportadas, en los pliegos interiores de los volúmenes que encuadernaba. Era su forma de retenerla. De hacer que al menos en el silencio del papel, ella no se desvaneciera.

Rendsburg, Schleswig-Holstein. Primavera de 1940.

Después de seis meses de barro hasta las rodillas, amaneceres con sabor a avena rancia y manos que ya no recordaban el tacto de un libro, Ilse Zoller fue admitida —con una carta breve y sin elogios— en la Kolonialschule de Rendsburg. No era un premio, aunque así lo presentaban los folletos que hablaban de "formación para la mujer del futuro". Era más bien una penitencia disfrazada de privilegio, una fábrica de esposas donde se limaban las asperezas del carácter femenino hasta que brillara la obediencia.

La Kolonialschule no estaba hecha para pensar, sino para reproducir. Allí no se hablaba de emociones: se corregían. No se fomentaba la imaginación: se instruía la eficacia con la frialdad quirúrgica de quien empaqueta órganos en hielo. Las alumnas, todas seleccionadas con el rigor de un criador de sementales, eran entrenadas no para ser mujeres, sino engranajes útiles en la maquinaria de un imperio que ya empezaba a oxidarse en las fronteras.

Las aulas olían a cera vieja y a resignación bien planchada. Cada escritorio parecía tallado para domesticar la postura. En las paredes colgaban mapas descomunales de un África alemana que existía solo en la nostalgia de los discursos. Eran planisferios tan absurdamente grandes que las alumnas se perdían en sus líneas antes de encontrar la lógica de los continentes. La Sudwestafrika, por ejemplo, se enseñaba con la pompa de quien describe una propiedad heredada, aunque hacía años que el Reich ya no podía siquiera ubicarla sin tropezar con la realidad.

Los profesores —hombres grises con acentos afilados como tijeras de sastre— caminaban entre los pupitres con la solemnidad de cirujanos antes de una amputación. Hablaban de geografía colonial, de pedagogía racial, de economía doméstica con la seriedad de quien dicta sentencias. Uno enseñaba a organizar una casa como se organiza un cuartel: con turnos, listas y la firme certeza de que el polvo era una forma de insubordinación. Otro explicaba que la superioridad se expresaba en el modo de hervir las papas, en la

manera de hacer la cama, en el tono con que una futura esposa debía dar las buenas noches a su marido.
Ilse, con la mirada entrenada para parecer interesada y el alma embalsamada en un silencio funcional, tomaba apuntes con la devoción de quien no desea aprender, sino aprobar. Sabía que su futuro no se decidiría entre aquellas paredes, pero también sabía —y eso era lo más triste— que, sin atravesarlas, jamás saldría del fondo del estanque donde se criaban las mujeres invisibles. En los recreos, caminaba sola por los patios de grava, donde ni siquiera las palomas se atrevían a aterrizar. Las demás chicas hablaban entre ellas con la falsa camaradería de los internados: cuchicheos, jerarquías, sonrisas prestadas. Ella no buscaba pertenecer. Solo buscaba un pase.
Porque la Kolonialschule no era un destino. Era una aduana. E Ilse Zoller, con sus ojos de invierno prematuro y su voz baja como una rendición elegante, había aprendido ya que a veces la única manera de avanzar en un mundo construido por hombres era fingir que una no estorbaba. Que una servía. Que una encajaba. Aunque por dentro, lentamente, algo en ella comenzara a oxidarse con cada clase, con cada consigna, con cada repetición coreográfica del deber.
Y cuando al anochecer apagaban las luces del pabellón, cerraba los ojos y pensaba —sin atreverse a formularlo del todo— que el futuro que la esperaría, de conseguirlo, no era una vida mejor, sino apenas un lugar desde donde poder fingir con más comodidad.
Ilse destacaba. No por dulzura, sino por frialdad. Su letra era impecable, sus respuestas correctas, su cabello siempre trenzado en la forma reglamentaria. Aprendía a cocinar sin placer, a sonreír sin calidez, a caminar con los brazos rectos y los pensamientos escondidos. Si alguna vez lloró, lo hizo en silencio, dentro de un baño común, mientras el agua del grifo corría con estruendo para camuflar su desconsuelo.
Compartía habitación con otras cinco muchachas que hablaban de futuros maridos condecorados y del deber de parir soldados. Ilse las escuchaba con una mueca de escepticismo, preguntándose si alguna de ellas había amado de verdad, o si todas, como ella, estaban allí para convertirse en estatuas útiles: frías, bellas, decorativas.
Bonn. Verano de 1940.

Guido, en cambio, había comenzado a asistir a las reuniones culturales del *Kreis der Bücherfreunde*, un pequeño grupo de lectores clandestinos que se reunían en los sótanos del Hansa-Haus. Allí descubrió a Stefan Zweig, a Heine, a autores vetados que hablaban del alma como si no fuera un delito. Leía de noche, con una lámpara cubierta por un pañuelo rojo, como si alumbrar ciertas palabras fuera un acto subversivo.

Pensaba en Ilse cada vez menos, pero con más intensidad. No como una mujer, sino como un símbolo. Como esa promesa rota que define una vida sin siquiera necesitar explicación. A veces, aún conservaba la carta que ella no le escribió, pero que él imaginaba cada vez con más precisión. La guardaba en un ejemplar viejo del *Deuteronomio*, encuadernado por él mismo, donde entre las páginas colocó una rosa seca.

Rendsburg. Octubre de 1940.

En una clase de "comportamiento colonial", Ilse recibió una carta de su madre. Gundi le escribía con pulso tembloroso, contándole de la escasez, del frío, de las comidas salteadas. Ilse la leyó sin expresión. Luego, en un acto que ni ella comprendió del todo, arrancó la carta en tiras y la arrojó al cubo de la calefacción. No podía sostener esas realidades obscenas.

—La debilidad no se hereda —se dijo a sí misma en voz baja, mientras el papel crepitaba.

Dos líneas paralelas. Un amor inexistente que aun así dejó cicatriz. Dos vidas que siguieron adelante sin volver a cruzarse, al menos por entonces. Pero las páginas que aún no se escriben suelen contener más verdad que las ya leídas.

Y en algún rincón del Hansa-Haus, entre los lomos de cuero y las sombras del taller, el nombre "Ilse" seguía latiendo, oculto entre los pliegos de un tiempo que no perdona, pero tampoco olvida.

Él siguió en Bad Godesberg, entre encuadernaciones, noticias a medias, listas de reclutamiento y libros que nadie tenía ya cabeza para leer. Un día, en la librería de los Kretschmann, halló entre los pedidos devueltos un ejemplar de poemas de Rainer Maria Rilke. Decidió quedárselo. Lo encuadernó con sus propias manos, en cuero rojo, y entre sus páginas centrales, colocó una rosa seca. En el lomo,

grabó con letra dorada un corto nombre, ese nombre que aún olía a jazmín y a maleza.
No supo por qué lo hizo. Tal vez para no olvidar. Tal vez porque sabía que el olvido, como la guerra, siempre llega sin anticipación y, mucho menos, sin pedir permiso.
El libro quedó traspapelado entre otros tantos, durante años. Hasta que, entre escombros, alguien lo encontró envuelto en un paño gris, con la rosa ya petrificada y el nombre aún legible, como si el tiempo hubiese querido que esa historia no se desvaneciera del todo.
Y ese silencio de años llevaba el nombre de Ilse.

10. Misión familia

Cuando la conoció, Ilse Zoller era una figura recortada contra el invierno de Bonn, una silueta hecha de hueso y resignación, con la sonrisa agrietada de quienes han fingido durante demasiadas lunas. Él le detectaba una belleza detenida en el tiempo, no de esas que florecen con el sol, sino de las que sobreviven al frío crudo: táctica, funcional, aprendida a fuerza de necesidad y no de deseo. Era la clase de mujer que había dejado de esperar algo de la vida y que, por lo tanto, ya no ofrecía nada sin calcular antes el beneficio.

Martin Lughnar llegó a ella como llegan los heraldos de un destino que no se ha elegido: por mandato.

Fue en 1942, cuando Berlín todavía respiraba agitadamente entre bombardeos y órdenes selladas con el sudor de los cobardes.

El General había hablado. Y su voz —tan grave y pétrea como una lápida— no admitía desacuerdo, ni réplica, ni redención.

Cuando salió del despacho de Neuhausen, con una suciedad que insistía en quedarse pegada en su piel, el sobre que llevaba en su mano parecía más pesado que un acto de constricción. Caminó por el corredor alfombrado sintiendo las garras de una culpa futura. Y aunque no se permitía pensarlo con claridad, algo en él, quizás un resto de humanidad mal enterrado, le advirtió que lo que estaba por comenzar no se borraría con agua, ni con ascensos, ni con medallas. Era tinta indeleble, de esas que vienen para eternizarse dejando cicatrices profundas bajo un tatuaje.

El sobre contenía una suma modesta, apenas lo suficiente para no humillar, pero escasa para liberar. Una propina disfrazada de ayuda, una dádiva perversa, un recordatorio de que Ilse Zoller y la criatura que había parido debían permanecer dentro del perímetro del olvido.

Martin obedeció. Ya no era el hombre que había marchado al frente oriental con la fe ciega de los sumisos y la constancia de un estúpido obsecuente. Había vuelto de Rusia con los huesos helados y los ojos carcomidos por una película de culpa que no se borraba ni con vodka ni con ferviente oración.

El rango que se le otorgó por llevar adelante la misión "*Familia*" fue de *Oberfeldwebel*. No le daba poder, pero sí visibilidad. Era el tipo de soldado que el régimen ya no necesitaba en combate, pero aún podía usar como emisario de sucias encomiendas.

Cada mes viajaba en tren hasta Bonn, con el sobre bien guardado en el interior de su abrigo algo remendado pero altanero. Tocaba a la puerta de la casa de Siebengebirgstraße 26, y se encontraba con el rostro áspero y hundido de Gundi, que lo escrutaba como quien huele un veneno conocido. Lo hacía pasar, le servía café negro en una taza que no combinaba con el plato, y lo dejaba solo con Ilse, allí sentado en la butaca tapizada con terciopelo verde seco, junto a la chimenea, esa que había sido testigo de tanto y consuelo de tan poco.

Ella no hablaba mucho, inclusive menos que él. Al principio, se limitaban a intercambiar frases breves en torno al clima o a los rumores de la guerra y ella, circunspecta, recibía el sobre con desdén y con algo de amargura. Después, comenzaron a salir a caminar por las orillas del Rin. A veces visitaban la biblioteca del distrito, donde Ilse hojeaba novelas francesas sin interés y Martin fingía ojear algo de Karl May. No había poesía entre ellos, ni siquiera simpatía. Pero había una rutina, que, en tiempos de ruinas, era más de lo que muchos podían aspirar.

Ilse lo aceptaba con la resignación de quien contempla una gotera en el techo y decide no repararla. No lo amaba, pero tampoco le temía. Era un hombre de semblante correcto, puntual, delgado y longilíneo, poco expresivo y definitivamente introvertido a los ojos ajenos. Alguien que parecía saber que no estaba allí por voluntad, sino por una deuda ajena que debía saldarse con silencio y presencia.

Gundi no bajaba la guardia. Lo miraba con ojos de cuchillo envainado, especialmente los días en que él traía flores, siempre lilas o claveles blancos, que ella colocaba en un florero desportillado sin agua. Sospechaba que aquel hombre no venía por afecto. Y tenía razón. Martin era un correo de carne y hueso, una carta viva firmada por el pasado con un sobre de dinero expiatorio del General Neuhausen en la mano.

Almuth, mientras tanto, apenas era un espectro entre ellos. Una criatura de pasos silenciosos y mirada abismal, que se asomaba por las rendijas de las puertas como si adivinara que todo lo que ocurría en aquella casa la concernía y, al mismo tiempo, la excluía. Martin no le hablaba para que ella no tenga la posibilidad de dirigirle la palabra. Aún debía pensar cómo sería compartir su cotidianeidad con una niña, tan ajena a su sangre y condición, la hija del que lo estaba hundiendo en una vida prestada.

Pero una tarde, al salir al patio, la vio dibujando círculos con una rama seca en la tierra húmeda y fría. Sus movimientos eran lentos, casi ceremoniales, como si estuviera trazando un alfabeto secreto para fantasmas que sólo ella podía oír. Entonces, sintió algo parecido a una punzada en el estómago. No era ternura. Era pavura y desasosiego.

Fue después de uno de esos encuentros —una caminata bajo la lluvia, un café recalentado en el parque, un silencio prolongado frente al estanque agrietado de Poppelsdorf— que Martin, con una voz más áspera que el viento, le dijo:

—Podríamos intentar construir algo. Por la niña, por usted… por nosotros, tal vez.

Ilse no respondió de inmediato. Se acomodó el abrigo con una lentitud estudiada, lo miró con la misma expresión con la que uno examina una carta mal dirigida, y al cabo de unos segundos, dijo con sequedad:

—No me interesa el amor. No ha sido hecho para mí y ni siquiera buscándolo podría encontrarlo.

Martin agachó la cabeza.

—A mí tampoco, o al menos hasta el día de hoy —dijo categóricamente y dejando una hendija en esa puerta emocional de hierro que hasta entonces había permanecido cerrada.

Entonces comprendieron que ese pacto no necesitaba adornos, ni promesas, ni embelesamientos, ni lealtades verdaderas, ni ramo de flores baratas. Era un acuerdo tácito, un andamio de supervivencia erigido sobre un terreno lleno de grietas y de estructura arenosa.

Y así, rubricando un contrato tácito de complicidad se convirtió en una convivencia pactada entre dos sobrevivientes que comenzaron a

verse cada vez con más frecuencia, aunque sin apuro, sin ansiedad.
La relación creció como crecen los hongos en los rincones húmedos y sombríos: sin belleza, pero con tenacidad y disposición…y muchas veces con veneno.
Porque en el fondo, ambos sabían que no era el destino lo que los había unido, sino el error de otro. Un error que tenía nombre de general, olor a despacho sellado y rostro de niña.
Nadie en la ciudad sabía quién era realmente Martin Lughnar. Y si alguien preguntaba, Ilse decía que era un conocido, alguien del pasado, un amigo que ayudaba en tiempos difíciles. Nunca usó la palabra "novio". Nunca permitió que la niña lo llamara "papá". Pero aceptaba sus visitas, su presencia, su sombra y su lánguida insistencia.
Y en Bonn, entre las nieblas del Rin y los suspiros no pronunciados, comenzó a gestarse el capítulo más sombrío de una historia que aún no sabía que ya estaba siendo escrita.
Se casaron a fines de 1943, con los colgajos e hilachas de una guerra que después de casi un año, no decidía a terminar verdaderamente. No hubo fotografías, sólo algunos invitados circunstanciales como la Sra. De Longe que era amiga de Gundi, y conocía de refilón a Martin que aún conservaba el cuerpo y rostro machacado por la guerra.
Almuth llevó una cinta azul en el cabello y no supo en su tierna edad por qué todos hablaban tan bajito. Gundi llevó un vestido negro de rigor que había usado en tres entierros y un bautismo y que no resistía análisis protocolar.
En la noche de bodas, Martin durmió vestido sobre el sillón. Ilse cerró la puerta con llave y apagó la luz sin decir una palabra. Y la casa de la Siebengebirgstraße se hundió más en la desidia.
Así comenzó una vida de mutismos organizados, de rutinas sin alma, de gestos que simulaban una historia sin que nadie creyera en ella. Cuando Martin no estaba en Berlín, solía acompañaba a Almuth al jardín de infantes. Le tomaba la mano como si fuera una herramienta, pero nunca la alzó en brazos. Nunca le contó un cuento porque sabía que sería una mentira más en el vestuario del gran simulador. Pero cada noche, antes de dormir, la escuchaba respirar

desde el pasillo. Era su forma de decir que estaba ahí. Y quizás, su forma de pedir perdón por estarlo.

—Hoy parto hacia Berlín —anunció él, con una voz que quiso sonar casual, pero arrastraba más pretextos que razones—. Visitaré a mi hermana… y a su esposo. Hace años que no los veo. Años… incluso habiendo estado a veces a tan sólo unas calles de distancia. ¿Me estarás esperando?

Lo dijo sin mirarla del todo, como si temiera que los ojos de Ilse, afilados por la costumbre de no esperar nada, pudieran desarmar el débil andamiaje de su pregunta. Ella no respondió de inmediato. Solo asintió con la cabeza, pero no fue un gesto afirmativo, sino una inclinación leve, automática, como quien aparta una mosca invisible. Sus ojos, de ese gris difícil de traducir, se perdieron en un punto tan abstracto como su fe en el porvenir. Luego giró el rostro, con esa misma lentitud con la que se pasa la última página de un libro que ya no interesa, y se encaminó hacia el pasillo de los dormitorios.

No dijo adiós. Desapareció. Como suelen hacerlo las personas que ya se han marchado mucho antes de cruzar la puerta.

11. Los días prestados

Saint-Jean-de-Niost, Francia.
Nadie huye del infierno con las manos limpias. Algunos las llenan de barro. Otros de papeles. Martin Lughnar, en el ocaso del Reich y el derrumbe de sus propias certezas, eligió lo segundo.
En mayo de 1945, mientras Berlín se deshacía en ruinas y promesas incumplidas, Martin ya no era más que un espectro con uniforme arrugado, una sombra larga que buscaba en el mapa un rincón donde esconder su historia. Eligió Francia. No por amor, ni por afinidad, sino por estrategia. Porque allí, en medio del campo, bajo el nombre neutral de "trabajador civil voluntario", aún podía respirar sin que la reconstrucción post guerra se convirtiera en condena. Lo enviaron a Saint-Jean-de-Niost, un poblado apenas trazado en la periferia del mundo, donde el tiempo parecía haberse detenido en una estación olvidada, y las campanas de la iglesia tañían como un lamento lejano que nadie se atrevía a silenciar. El aire estaba impregnado de un olor a tierra húmeda y resentimiento antiguo, como si la guerra hubiera dejado tras de sí un perfume invisible de pólvora y traición que se adhería a las paredes de las casas y a las almas de sus habitantes. Su patrón, un tal Nemes —hombre de pocas frases, manos de piedra y mirada de animal rencoroso—, no preguntó de dónde venía ni a quién había servido. Le bastó con verlo cargar un saco de avena para saber que aquel alemán flaco y escurridizo no era peligroso. Era útil. Y en la Francia rural de la posguerra, lo útil valía más que lo verdadero.
Los franceses del pueblo lo observaban con ojos que parecían haber visto demasiados fantasmas. Cuando pasaba por la plaza con su mono manchado de estiércol, las conversaciones se apagaban como velas ante un soplo de viento frío. Nadie le escupía —la guerra había terminado—, pero el silencio que lo envolvía era un velo denso, tejido con hilos de odio contenido y recuerdos que ardían en ese escupitajo no lanzado.
En las tabernas de techos bajos y luces mortecinas, los hombres bebían calvados en vasos empañados y hablaban en voz baja de

colaboracionistas ahorcados, de mujeres rapadas en plazas públicas, de juicios que llegaban como sombras tardías.

Martin se sentaba en un rincón, encorvado sobre una sopa agria que sabía a rencor, fingiendo no comprender del todo el francés, aunque cada palabra se clavaba en él como un alfiler en un mapa antiguo.

Una mañana de septiembre, envuelta en una niebla que parecía no querer abandonar nunca aquellos campos, Nemes lo llamó al establo. El húngaro estaba apoyado contra la puerta desencastrada, fumando un cigarrillo enrollado a mano, con el humo ascendiendo en volutas de espirales lentas hacia el techo ennegrecido.

—Hoy limpias solo —dijo Nemes, tendiéndole la pala oxidada—. Sin guantes. Tus manos de militar tienen que aprender otro idioma.

Martin tomó la pala sin responder. El metal frío le mordió las palmas como un recuerdo abrasador.

—¿Manos de militar? —preguntó al fin, con voz baja, casi un susurro que se perdía entre el mugido lejano de las vacas.

Nemes soltó una risa seca, como grava bajo las botas.

—Lo sé. Todos sabemos. Alemán. Silencioso. Ojos que miran lejos, como si buscaran una puerta que ya no existe. No eres el primero que llega aquí huyendo. Pero eres el más callado. ¿Qué hiciste, *allemand*? ¿Firmaste papeles? ¿Cargaste un fusil?

Martin clavó la pala en el estiércol acumulado. El olor fétido ascendió como una niebla espesa, un perfume de podredumbre que evocaba trincheras escabrosas y ciudades reducidas a cenizas.

—No hice nada que no me ordenaran —dijo al cabo, sin mirarlo.

Nemes dio una calada larga, exhalando el humo como un suspiro de siglos.

—Todos dicen lo mismo. ¡Y todos mienten, je! Limpia bien que el estiércol no perdona.

Los días se arrastraban como las páginas de un libro amohosado cuyas hojas se resistían a pasar, envueltos en una niebla perpetua que parecía un velo bordado por los dioses para ocultar las heridas del mundo.

Martin se levantaba antes que los gallos, cuando la oscuridad aún reinaba absoluta en el cobertizo de paredes agrietadas. Compartía el espacio con otros cinco hombres —el polaco Janek que tosía sangre

como si expulsara fantasmas, dos italianos que susurraban sobre Mussolini ahorcado en una plaza milanesa, un francés manco llamado Didier cuya mirada era un reproche silencioso y Fritz Heupel, el alemán que llevaba el rostro endurecido por el odio—.

Nadie compartía historias al principio. Pero una noche de noviembre, junto al fuego que crepitaba como un corazón moribundo, Didier rompió el silencio.

—¿Tú estabas en Oradour? —preguntó de pronto, sin levantar la vista de las llamas que danzaban como almas en pena.

Martin sintió que el aire se espesaba, cargado de reproches. Y se hizo un silencio difícil de digerir. Nadie podía olvidar la masacre de junio de 1944 en ese lugar.

—No —respondió—. Yo estuve en el Este, en Rusia.

Didier escupió al fuego. El salivazo siseó como una maldición.

—Peor aún. Mi hermano murió allí. Quemado en una iglesia con mujeres y niños. Por tipos como tú.

Los italianos callaron, el polaco tosió y el alemán esbozó una sonrisa siniestra.

Martin miró las brasas, que parecían ojos de búhos acusadores.

—No fui yo —dijo al fin—. Pero entiendo que lo pienses.

Didier se levantó, cojeando hacia la puerta que gemía como un lamento antiguo.

—¡Una mierda! Entender no borra nada, *allemand*. ¿O ahora resulta que entiendes lo que no has entendido en seis años?

Otra tarde de septiembre, mientras almorzaban pan duro y cebollas hervidas bajo un roble desnudo cuyas ramas se extendían como dedos esqueléticos hacia un cielo plomizo, Nemes se sentó junto a él por primera vez.

—Te vi escribir anoche —dijo el patrón, masticando despacio, como si cada bocado fuera un recuerdo amargo—. A la luz de la lámpara. ¿Cartas a casa?

Martin negó con la cabeza.

—A nadie. Solo algunas anotaciones para no olvidar.

Nemes soltó una carcajada amarga que resonó como un lobo en una jaula abandonada.

—¿Olvidar? Aquí nadie olvida. Yo perdí a mi mujer en Budapest el año pasado. Los tuyos la fusilaron por esconder judíos. Tú limpias mi estiércol y la vida así continúa, así de injusta.
Martin apretó el pan hasta que se deshizo en migas que cayeron como lágrimas secas.
—No busco nada en especial —murmuró—. Solo un lugar donde respirar.
Nemes lo miró largo rato, con ojos que parecían haber visto el fondo de abismos impenetrables.
—Respira, entonces. Pero no esperes que te quieran y mucho menos, que te entiendan.
Una noche, cuando los demás dormían envueltos en sueños inquietos, Nemes entró en el cobertizo con una linterna que proyectaba sombras alargadas en las paredes. Sacó de su bolsillo un pequeño cuaderno de papel grueso ondeado por la humedad y un lápiz mordido.
—Toma —dijo, tendiéndoselos—. Te vi garabatear en un trozo de periódico. Escribe lo que quieras. Palabras, nombres, frases, pecados… pero hazlo en silencio. Aquí el papel es caro, y los secretos más aún.
Martin tomó el cuaderno con dedos temblorosos. Era un gesto inesperado, como una grieta de luz en una cripta sellada.
—Gracias —susurró.
Nemes se encogió de hombros, apagando la linterna.
—No me lo agradezcas. Solo no quiero que revientes por dentro y me dejes sin trabajador.
En el pueblo, los domingos eran días de misa y mercado, envueltos en un aroma a pan recién horneado que contrastaba con el hedor persistente de la guerra. Martin evitaba la iglesia; el incienso le evocaba funerales oficiales bajo banderas rojas y negras. Una mañana, la esposa de Nemes, una mujer huesuda de ojos hundidos como pozos sin fondo, entró con una taza de café aguado.
—Mi marido dice que hablas en sueños —dijo ella, sin preámbulos—. En alemán. Nombres de mujeres. Ilse. Almuth.
Martin tomó la taza, sintiendo el calor filtrarse como un recuerdo lejano.

—Son… familia.
Ella se encogió de hombros, con un gesto que parecía cargar el peso de siglos y apartó la mirada del rostro de Martin, mirando la lejanía.
—Todos tenemos familia muerta o perdida. Pero no todos soñamos con ellas en la lengua del enemigo.
Se fue sin esperar respuesta, dejando tras de sí un silencio que pesaba como las culpas.
Una noche de noviembre, tras volver de Lyon —donde las calles intactas le habían golpeado como un espejo cruel que reflejaba un mundo que seguía girando sin él—, Didier lo esperó junto al fuego con una botella de vino casero.
—Bebe —ordenó, tendiéndosela—. Hoy cumpliste años, ¿no? Te vi mirar el almanaque.
Martin tomó un trago largo. El vino quemaba los pensamientos, esos que no hacen falta tener presente.
—Cuarenta —dijo.
Didier soltó una risa sin alegría.
—Felicidades. Mis manos ya no parecen las de un soldado —imitó, con sorna—. Eso dijiste el otro día, cuando te ayudé con el carro.
Martin lo miró.
—Gracias por eso.
Didier sonrió apenas.
—No lo hice por ti. Lo hice porque el carro pesa. Pero… tus manos han cambiado. Ya no tiemblan tanto.
Se quedaron en silencio un rato, bebiendo, mientras las llamas danzaban lujuriosas y rebeldes.
—¿Tienes hijos? —preguntó Didier de pronto.
Martin negó con la cabeza.
—Una niña, pero no es mía. Pero… me hice cargo de ella y me casé con su madre.
Didier miró las llamas.
—Entonces sabes lo que es cargar con algo que no elegiste.
Martin Lughnar había cursado, sin quererlo ni merecerlo, un doctorado secreto en el arte de cargar pesos ajenos, esos que el destino impone con la frialdad de un notario que sella un testamento envenenado. Convertirse en esposo por decreto de un hombre al

que despreciaba en lo más hondo de su alma, y asumir el papel de padre para una niña que llevaba en sus venas la marca indeleble del más repulsivo cerdo que jamás había manchado su existencia, no era precisamente el panorama más luminoso que pudiera imaginarse. Era, más bien, una carga perpetua envuelta en niebla, un pasillo largo y mal iluminado donde cada paso resonaba con el peso de una vida que no le pertenecía, y cuyo final se perdía en la distancia que nadie osaba nombrar.

Una noche de sueño inquieto, Nemes lo despertó de un sacudón.

—Hablabas otra vez, *allemand* —gruñó—. Berlín. Trenes. Gritabas órdenes. ¿Qué está pasando contigo? ¿No encuentras sosiego con tu pasado?

Martin se incorporó, sudando, envuelto en sombras que parecían cobrar vida. Debía contestarle algo a Nemes que lo apabulló a preguntas.

—Pesadillas. Nada más ni nada menos que eso.

Nemes se sentó en el borde de la litera.

—Todos las tenemos. Pero las tuyas suenan a mando. ¿Qué te atormenta, además de lo que ya muy bien me puedo imaginar de tu vida de hace varios meses atrás? ¿Qué fuiste, *allemand*? ¿Oficial?

Martin cerró los ojos, viendo pasar trenes en la oscuridad y vencido por el cansancio.

—Algo así. Pero eso ya no importa en esta instancia.

Nemes suspiró.

—Entonces reza para que nadie aquí lo averigüe. Didier ya sospecha.

Otro manto oscuro volvió a cubrir el panorama de Martin. Su entorno amenazante, o al menos, lo que él había creado en su paranoia y soledad.

¿Cuánto tiempo aún faltaba para dar por ahogado al tiempo de post guerra? Sacudirlo por la nuca y matarlo.

¿Cuántas bocanadas de aire mantenía aún en sus pulmones agrietados y contraídos? Esa guerra que no había dado a luz ni siquiera a la más débil de las ideas de grandeza y liderazgo.

En abril, cuando los ojos le ardían de tanto mirar un horizonte que no cambiaba, Didier lo llevó al hospital rural en el carro.

—Te lo prometí —dijo simplemente.

En el camino, entre baches y caminos terrosos, Martin habló por primera vez de Paraguay, de ese lugar en el mundo que, sin quererlo, se había transformado en añoranza.
—Allí viví de adolescente y más, en la selva, en el calor, en el anonimato.
Didier miró la carretera, envuelta en una luz crepuscular que teñía todo de melancolía.
—Allí también hay alemanes, ¿no? Los que huyeron de verdad.
Martin no respondió y ni se molestó en ofrecerle su mirada.
Al volver, Nemes lo esperaba en la puerta del cobertizo, bajo un cielo que parecía un lienzo rasgado.
—Te quieres ir pronto, ¿verdad? —preguntó—. Lo veo en tus ojos. Lejos. Siempre lejos.
Martin asintió con sorpresa contenida y con una alegría que no había practicado en mucho tiempo.
—Lejos. Tan lejos como pueda quisiera ir a reposar mis huesos algo cansado a tan corta edad.
Nemes le tendió la mano, por primera vez, callosa y firme como la verdad y con un gesto impetuoso se acercó más aún a Martin.
—Entonces vete. Pero lleva esto contigo: aquí nadie te odió del todo, aunque no hayan logrado tampoco apreciarte. Tu gente es detestable, pero, así y todo, cada uno merece una consideración especial dadas las circunstancias.
Martin tomó su mano firmemente.
—Gracias —dijo—. Por el trabajo. Por lo que no nos dijimos. Por el cuaderno… y por no odiarme.
Nemes lo miró fijamente y su rostro lo reveló todo.
—El silencio es lo único que nos queda.

12. Anneliese

En esa furia que llaman vida, y en la quietud que llaman deceso, se mecía el alma de Gundi.
Bonn, finales del invierno de 1949. La casa del número 26 de la Siebengebirgstraße parecía haberse detenido en un tiempo que nadie recordaba con exactitud, un lugar donde los relojes colgaban de las paredes más por costumbre y ornamentación que por necesidad, marcando horas que se deslizaban con la lentitud de un veneno sutil. En aquel refugio herrumbroso, la infancia de Almuth se entretejía con hilos de indiferencia que nadie se atrevía a desatar, como si al tirar de uno solo se desmoronara todo el delicado tapiz de lo no dicho.
Los días transcurrían con la monotonía de hojas arrancadas de un calendario empapado por la lluvia perpetua, entre el frío que se filtraba por las rendijas como un murmullo acusador y los pasos de Gundi, cada vez más pausados, cada vez más distantes, como si su cuerpo ya estuviera ensayando la partida.
Almuth, con su cabello lacio recogido en una trenza imperfecta, se movía por las habitaciones con la ligereza de un espectro que aún no ha aprendido a desaparecer del todo. Aprendía a leer con sus escasos siete años, descifrando las cartas antiguas que Gundi guardaba en cajas de cartón bajo la cama, letras desvaídas que hablaban de mundos lejanos y promesas rotas, y aprendía a desconfiar del mundo contemplando el rostro de Ilse cada mañana, un rostro que parecía cargar con el peso de días que no eran promesas sino lastres inevitables.
Gundi ya no era la mujer audaz que había cruzado océanos y desafiado tierras extranjeras en busca de un futuro que el destino le negaría con crueldad refinada. El tiempo se había instalado en su cuerpo como un moho resiliente, reclamando cada rincón con una paciencia inexorable. Una mancha oscura y caprichosa le cubría el cuello, extendiéndose como una flor venenosa que brotaba obsesivamente de la nada, sin dolor aparente —así lo aseguraba ella

con una sonrisa que no llegaba a los ojos—, pero creciendo sin prisa, deslizándose y sepultándose bajo la piel.

Por las noches, cuando la casa se sumía en una quietud que parecía contener el aliento, Gundi murmuraba nombres que no figuraban en ningún álbum familiar, nombres que flotaban en el aire como fantasmas invocados por error.

Fue en uno de aquellos atardeceres plomizos, cuando la luz del día se retiraba con timidez por los cristales empañados, sin atreverse a penetrar del todo en las habitaciones cargadas de polvo y recuerdos, que Ilse, rebuscando en el desván en busca de mantas olvidadas que pudieran combatir el frío implacable, dio con la caja. Era un cofrecillo de madera oscura, con vetas que serpenteaban como cicatrices antiguas y unas iniciales grabadas con una caligrafía elegante pero ya desvaída, una que pertenecía a una época en que las letras se trazaban con la solemnidad de un ritual: G. Z.

La abrió con una curiosidad que no sabía explicar, como si una fuerza inexorable la guiara hacia aquello que llevaba décadas esperando ser descubierto. Dentro, entre papeles amarillentos que crujían como hojas secas bajo los pies en un bosque otoñal, recortes de periódico descoloridos y fotografías veladas por el polvo del olvido, encontró una carta sin sello, doblada a tiralíneas que contrastaba con la rabia contenida en su contenido. La tinta azul, ya trémula por el paso de los años, conservaba aún la furia de quien la había escrito, como si las palabras ardieran con un fuego que el tiempo no había logrado apagar por completo.

«Gundi: Si alguna vez lees esto, significa que he sobrevivido. No sé si podré perdonarte. No sé si vos querrás entender. Pero sigo viva. A. Z.»

Ilse descendió las escaleras con lentitud, sosteniendo la caja como si contuviera un cuerpo frágil y muerto, un secreto que pesaba más que cualquier objeto tangible. No pronunció palabra alguna al respecto, pero esa noche, Gundi pidió una copa de kirsch —un licor que guardaba para ocasiones que nunca llegaban— y se sentó frente a la chimenea apagada con una serenidad que parecía prestada de otro mundo, de una vida que no era la suya.

—Anneliese —dijo al fin, sin que nadie hubiera preguntado, con una voz que temblaba ligeramente, como una hoja a punto de caer—. Se llamaba Anneliese.

Y entonces, por primera vez en años, Gundi habló como si cada palabra fuera un grito largo tiempo reprimido, un desahogo que había estado aguardando en las profundidades de su alma para emerger en aquella habitación cargada de silencio. Contó cómo Anneliese había nacido en 1892, en un pueblo perdido que los mapas ya habían borrado, dos años menor que ella, compartiendo de niñas no solo una cama estrecha sino también sueños y una promesa solemne: nunca separarse, pase lo que pase. Pero en 1909, Gundi conoció a Wilhelm y partió hacia México, hacia un horizonte que prometía aventuras y prosperidad, sin imaginar que Alemania se transformaría pronto en un abismo de sombras y barro devorador.

Anneliese se quedó atrás, rebelde e idealista, con una mirada capaz de desafiar órdenes y derretir la frialdad del mundo. Cuando la guerra estalló en 1914 como una plaga contagiosa que arrasaba todo a su paso, Anneliese se alistó como enfermera voluntaria en el frente occidental, primero en Metz y luego en Verdún, salvando vidas con una dedicación que rayaba en lo heróico —se decía que había rescatado a más de cien soldados alemanes—, pero también escondiendo a tres franceses heridos a los que ayudó a escapar, un acto de misericordia que el gobierno calificaría de traición y deserción.

Nadie sabía bien qué había hecho, pero los rumores, en tiempos de guerra, son tan letales como las balas.

En 1916, en plena espesura del frente occidental, las acusaciones contra Anneliese cayeron como un veredicto sin apelación.

Gundi, desde México, no supo nada. Las cartas cesaron sin explicación, y la incertidumbre se volvió la gota en la piedra que horadaba sus noches.

Fue recién en 1918, meses antes del armisticio, cuando Gundi recibió por correo —sin remitente visible, sin una sola línea de explicación— un recorte de periódico alemán, ya amarillento y con los bordes mordidos por el tiempo y el largo viaje desde Europa hasta México. El titular, seco y despiadado, rezaba: “Enfermera del

frente desaparecida. Sospechas de colaboración con el enemigo. Se presume muerta.” Era Anneliese, su hermana menor. La fotografía adjunta era minúscula, de archivo, apenas un óvalo borroso donde solo un lazo de sangre —el mismo que corría por sus venas— podía reconocerla sin titubear.

Gundi guardó aquel recorte como quien guarda una lápida portátil, doblado con cuidado entre las páginas de un devocionario que ya casi no abría, junto a la última carta que Anneliese le había enviado antes de partir al frente.

Años después, cuando el peso de los silencios familiares empezó a hacerse insoportable, supo —o intuyó con esa certeza que solo dan los años y el dolor compartido— quién había podido enviárselo desde tan lejos. Fue **Clara Voss**, una muchacha de Rheinbach que Anneliese había conocido en su juventud, en los años previos a la guerra. Clara era hija del panadero de la misma calle donde vivían las hermanas; Anneliese y Clara habían compartido las tardes de verano en el parque junto al río, los paseos en bicicleta por los caminos empedrados y las confidencias susurradas bajo los tilos en flor. Clara admiraba a Anneliese por su determinación y su forma de hablar de un futuro más grande que Rheinbach; Anneliese, a su vez, encontraba en Clara una amiga leal, de esas que no juzgan ni preguntan demasiado. Gundi, la mayor, las observaba desde cierta distancia, con una mezcla de ternura y la preocupación natural de quien cuida de una hermana menor.

Cuando estalló la guerra, Clara se quedó en el pueblo, casada con un carpintero que regresó del frente con un brazo menos y el alma rota. Anneliese partió al frente como enfermera. Gundi, ya instalada en México desde hacía años, recibía noticias esporádicas a través de cartas que cruzaban el océano con lentitud. Nunca volvieron a verse las tres, pero Clara no olvidó a su amiga de juventud. Siguió la pista de Anneliese a través de rumores de conocidos comunes y cartas de soldados heridos que pasaban por el hospital del pueblo. Cuando, ya en 1918, leyó aquella noticia en un periódico que llegaba a la librería del pueblo (un ejemplar atrasado que un cliente había dejado olvidado), sintió que algo se le rompía por dentro. Recortó el artículo con tijeras temblorosas, lo metió en un sobre sin firma ni remite y lo

envió a la dirección que Anneliese le había dado una vez en una carta, la de su hermana Gundi en México: "Por si algún día necesito que alguien sepa dónde estoy, o dónde estuve".

No fue por crueldad, ni por maldad. Fue un gesto torpe de despedida, de quien no sabe cómo decir adiós a alguien que ya se ha ido para siempre. Clara pensó que Gundi, como hermana mayor, merecía saber, aunque la verdad llegara como un cuchillo envuelto en papel de periódico. Nunca escribió una carta acompañante; temía que sus palabras estropearan aún más el dolor, o que revelaran demasiado de su propia impotencia por no haber podido hacer nada.

Un año después, en 1919, ya viuda y regresada a una Alemania deshecha, con Ilse y Reinhard como únicos testigos de su exilio forzado, Gundi tuvo la certeza de que la guerra también había destrozado la memoria. La ciudad de Colonia le parecía entonces un animal herido: desdentado, cauteloso, cubierto de cicatrices. En uno de esos días de niebla espesa, cruzando una calle lateral cerca de la catedral aún ennegrecida por el humo de los obuses, ocurrió lo impensado.

Entre un grupo de mutilados de guerra que arrastraban muletas como cadenas oxidadas, y comerciantes desesperados que ofrecían botones, pan mohoso o cucharas a cambio de cigarrillos, Gundi la vio a lo lejos. Fue un segundo eterno. Era ella, Anneliese, caminando sola, vestida con ropa de hombre, llevando un abrigo militar raído que no era suyo. Un sombrero ladeado cubría media frente, pero no los ojos: los mismos ojos de infancia, de promesa mustia. Su rostro estaba más delgado, curtido por la intemperie y el miedo. Caminaba con la certeza que no debía detenerse jamás.

Gundi la llamó. Una sola vez. No con la voz, sino con un hilo de voz salido del alma. —Anneliese… —y dio un paso, temblando. Pero su hermana no se volvió. No hizo ademán alguno de haberla oído. Solo desaceleró un segundo, apenas, como si algo en su pecho hubiese titilado. Luego siguió andando. Sin mirar atrás. Y desapareció entre la multitud como un recuerdo que se esconde para no doler.

Gundi la buscó durante semanas. Preguntó en hospitales, en parroquias, en hospicios. Nadie sabía nada. Nadie recordaba a una

mujer con ese nombre, con ese rostro. Era como si la tierra misma se la hubiese tragado… por segunda vez.
Desde entonces, guardó mutismo. No por cobardía, sino por pudor. ¿Cómo explicar que una muerta había caminado entre los vivos? ¿Cómo confesar que no había gritado, que no la había alcanzado, que no la abrazó?
Guardó el recorte del diario para siempre. Guardó la visión. Y guardó la culpa.
Almuth dormía en una esquina del sofá, acurrucada entre cojines deshilachados y una muñeca desmechada que parecía observar la escena con ojos vacíos. Ilse escuchaba en silencio, sin saber qué palabras podrían llenar el vacío que aquellas revelaciones abrían. El aire de la habitación se había vuelto denso, como una plegaria suspendida que nadie se atrevía a completar.
—Tu tía —murmuró Gundi al fin, con la voz ronca por el kirsch y los años—. Era la única que me conoció antes de que me convirtiera en esto.
Y señaló su cuerpo, donde la mancha oscura ya le cubría medio cuello, extendiéndose como un ser vivo que trepaba sin prisa, arrogante en su avance inevitable.
Murió al amanecer del 7 de febrero, cuando la noche aún no había terminado de retirarse y el día entraba con pasos inseguros por las rendijas de la ventana. No hubo grito ni súplica, tampoco ese gesto final que a veces concede al dolor una forma reconocible. Solo un último aliento espeso, casi material, que pareció demorarse en la habitación como una visita indeseada y dejó flotando un olor a humedad antigua, a ropas cerradas durante años, a secretos largamente guardados que empezaban, por fin, a descomponerse sin testigos.
Ilse fue la única que permaneció allí, sentada junto a la cama, con la vigilia clavada en los ojos y el cuerpo agotado por una noche que había durado más de lo debido. Durante un largo rato no hizo nada. Observó ese rostro ahora inmóvil, tan parecido y tan ajeno, como si la muerte hubiera corregido de golpe todos los gestos conocidos y los hubiera devuelto a un estado primitivo. Afuera, algún pájaro

ensayó un canto tímido, y ese sonido trivial le confirmó que el mundo seguía su curso con una indiferencia casi ofensiva.
Cuando por fin se levantó, lo hizo con la torpeza de quien carga un peso que no sabe cómo soltar. Lavó el cuerpo con agua tibia, con manos que temblaban no tanto por el esfuerzo como por la conciencia de estar ejecutando un ritual definitivo. Cada movimiento tenía algo de aprendizaje tardío, como si recién entonces comprendiera el alcance de una cercanía que había sido escasa, medida, siempre pospuesta. El agua resbalaba por la piel ajada y arrastraba consigo los restos de la noche, pero no lograba borrar del todo la sensación de una historia inconclusa.
La vistió con el vestido azul que Gundi había usado el día de su regreso de México, aquel que aún conservaba, pese al paso de los años, un aire obstinado de promesa cumplida a medias. Ilse eligió esa prenda con una precisión que no se permitió cuestionar, como si al hacerlo pudiera devolverle, aunque fuera por un instante, un reflejo de la mujer que había sido antes de que el tiempo y las renuncias hicieran su trabajo. Ajustó los botones con cuidado, alisó la tela sobre el pecho, y en ese gesto minucioso se le fue una parte del temblor que había contenido toda la noche.
Sin embargo, al inclinarse sobre el cuello, volvió a encontrar la mancha. Persistía allí, oscura y obstinada, como un signo que se negara a aceptar el orden de la despedida. No se había apagado con la muerte; al contrario, parecía más viva, más definida, como si reclamara su lugar incluso en ese tránsito final. Ilse la observó en silencio, con una mezcla de cansancio y resignación, y comprendió que había marcas que no acompañaban a su dueña al otro lado, porque no pertenecían al cuerpo sino a la historia, y estaban destinadas a quedarse, a esperar, a ser heredadas de una forma u otra.
Cuando terminó, la habitación quedó en una quietud extraña, cargada de una solemnidad doméstica que no necesitaba testigos. Ilse se sentó de nuevo junto a la cama y apoyó las manos sobre el regazo, consciente de que, a partir de ese momento, habría silencios que ya no podrían llenarse ni siquiera con recuerdos.

Almuth, de pie junto a la ventana empañada, contemplaba las ramas desnudas del árbol en el patio, que se mecían con un viento que nadie sentía. No derramó una lágrima. Solo murmuró algo inaudible, un nombre quizá, o una palabra en una lengua que las niñas huérfanas aprenden sin maestro, pero que guarda secretos más profundos de lo que cualquier adulto imagina.

En el desván, la caja de madera oscura volvió a su esquina polvorienta, cerrada una vez más, como si nada hubiera ocurrido. Nadie más la abrió. Nadie más osó pronunciar el nombre de Anneliese en voz alta.

Hay revelaciones que no encuentran paz en la muerte, sino que se ocultan en los rincones de las casas antiguas, aguardando paciente el día en que alguien, impulsado por una curiosidad imprudente o por el peso inevitable del tiempo, vuelva a desenterrarlos y les dé voz. Y entonces, quién sabe qué puertas se abrirán, o qué verdades, largo tiempo enterradas, saldrán a la luz para reclamar lo que siempre fue suyo.

13. En nombre del futuro

La adopción se firmó un viernes plomizo y con una niebla pegajosa que se adhería a las calles como un sudario húmedo, con ventanas que difuminaban el mundo exterior en un borrón de grises. No hubo ceremonia solemne ni retrato familiar para perpetuar el momento en el tiempo, solo un puñado de papeles sellados con tinta azul violácea un tanto corrida por la lluvia inclemente y una firma titubeante de Ilse que, sin comprender del todo la magnitud de su gesto, entregaba a su hija al vasto y traicionero abrazo del desinterés, ese laberinto donde las verdades se desvanecen como humo en la penumbra.

Así, por mandato implacable y estrategia urdida en las catacumbas de la supervivencia, Martin Lughnar se erigió en padre de Almuth, rebautizándola como Almuth Lughnar.

Corrían los finales de 1947, y Alemania, esa tierra lacerada, se lamía las heridas aún abiertas con la resignación de un animal furibundo que disimula su derrota bajo montones de ladrillos caídos y un hambre que se había institucionalizado como un tormento permanente en las entrañas de sus habitantes. El plan Marshall ya había comenzado a enviarse desde los Estados Unidos y se hablaba en voz baja de reconstrucción, pero todo era escombro bajo la nieve.

Bonn, aún atrapada en el sopor viscoso de la rendición, se debatía entre el letargo de la posguerra y el murmullo distante de los trenes que regresaban cargados de espíritus desnutridos, espectros con uniformes raídos que arrastraban amenazas de frentes lejanos y promesas rotas.

Martin había regresado de Francia con la piel cuarteada por un frío que no solo helaba los huesos, sino que agrietaba el alma misma, endureciéndola como carne de charque a la intemperie. Almuth, que rozaba ya los seis años, se había convertido en una niña esquiva y profunda, tan sigilosa como un pozo sin fondo e intensa en su quietud, con ojos profundos que brillaban como espejos llorones, reflejando un mundo interior que nadie osaba profanar.

La vida cotidiana se instaló con un orden artificial, como esas casas armadas para una fotografía. Ilse y Martin compartían un techo inclinado por los años y una complicidad estéril, desprovista de cualquier atisbo de calor humano, como dos figuras de cera en el museo del espanto.

No discutían con la violencia de los amantes rotos, pero tampoco se acompañaban en la vastedad de sus soledades; dormían en habitaciones diferentes que separaban más que paredes, comían frente a una radio a transistores que escupía interferencias como lamentos, y cuando sus miradas se cruzaban por azar, parecía que se atravesaban mutuamente como rayos de luz a través de un cristal empañado.

Apenas subsistían jirones del pacto que habían sellado antes de su partida a Saint-Jean-de-Niost, un acuerdo forjado en la fragua de la necesidad y sostenido ahora solo por la tenaz voluntad de trazar un escape, un sendero ocultado hacia la redención o al menos la ilusión de ella.

Una noche de diciembre, con el viento aullando contra las ventanas, Martin e Ilse se sentaron a la mesa de la cocina, iluminados por una lámpara que parpadeaba como un corazón irregular. El vapor de la sopa escasa subía en espirales fantasmales, y el silencio entre ellos era tan intenso que parecía absorber el crujido de la madera vieja.

—Sudamérica —murmuró Martin, rompiendo el velo con voz ronca, como si las palabras le arañaran la garganta—. Colonia Independencia, en Paraguay. Hay alemanes allí que no preguntan ni quieren ser preguntados. Selvas que tragan pasados enteros. Podríamos falsificar los papeles... con lo que queda del dinero del sobre.

Ilse levantó la vista lentamente, sus ojos grises perforando la penumbra. Sus labios se curvaron en una sonrisa sin calor, un tajo en la cara pálida.

—¿Y si nos atrapan en la frontera? ¿O peor, si él nos encuentra primero? Preferiría no falsificar los papeles…

Martin apretó el cucharón hasta que los nudillos blanquearon.

Fuera, un golpe seco contra el cristal los hizo saltar. ¿Una rama, o algo más?

Martín bajó la voz a un susurro conspirador —Por eso nos vamos ya. Y Almuth es el motivo principal con esa marca en la sangre. La adopción nos da coartada. Somos una familia... en el papel. Si no salimos de Alemania, vendrán por nosotros. Lo huelo en el aire, Ilse. Como en Francia.

Ella no respondió de inmediato. Solo asintió, pero sus dedos temblaron al dejar la cuchara. En la pared, la sombra de la lámpara se alargó, como una mano que se tendía desde la oscuridad para asir el cuello de cada uno de ellos.

Habían comenzado a coquetear con Sudamérica, ese continente mítico que se extendía en los mapas, en sus selvas impenetrables y colonias donde los nombres alemanes brotaban como maleza indómita en Eldorado o Colonia Independencia, rincones de Argentina y Paraguay donde los rumores de Francia hablaban de refugios para los que huían de las garras de la desnazificación. El plan, vago y cuajado de fisuras como un cristal a punto de quebrarse, consistía en reunir un puñado de marcos raídos y desvanecerse de Europa para siempre, dejando atrás el hedor a ceniza y culpa.

Ilse asentía a todo en silencio, con esa resignación que el tiempo cincela en las mujeres que han visto devorada su juventud por la guerra y por su propia codicia, pero en el fondo de su mirada ardía una determinación feroz: no permitiría que el pasado le arrebatara también el futuro, por precario que este fuera.

—¿Vendrá mi madre con nosotros, Martin? —Ilse, preguntando, o tal vez casi afirmando.

Martin la miró con ojos compasivos, tal vez los primeros en su vida.

—No lo sé, Ilse. Es muy arriesgado.

Una tarde de invierno, cuando la nieve se acumulaba en los alféizares como un manto de olvido, Almuth se aproximó al piano desafinado que yacía en la sala como un cadáver aristocrático, y comenzó a presionar las teclas al azar, extrayendo notas discordes que flotaban en el aire cargado de polvo. Ilse, desde la cocina donde pelaba patatas con manos mecánicas, reconoció de pronto un motivo melódico de su infancia lejana, un villancico que alguna vez había significado paz.

Se acercó con pasos vacilantes, se sentó junto a ella en el banco astillado, y por primera vez en años, madre e hija tocaron juntas una canción navideña, sus dedos entrelazados en una melodía frágil que parecía conjurar, por un efímero lapso, la calidez de un mundo perdido.

Martin las observó desde la puerta entreabierta, su silueta recortada contra la penumbra del pasillo, pero no se atrevió a cruzar el umbral, como si temiera que su presencia profanara aquel milagro accidental. El momento se diluyó en menos de diez minutos, pero quedó grabado en la memoria colectiva de la casa como un accidente amable en medio de una convivencia estéril, un parpadeo de humanidad en el vasto desierto de sus días.

En enero de 1948, Martin emprendió viaje a Berlín para reencontrarse con su hermana Magdalene, un trayecto en tren que se prolongó como una pesadilla helada, plagado de controles aliados que olían a desconfianza y miradas severas y uniformadas que acechaban en cada estación.

Al llegar, la ciudad se desplegó ante él como un cadáver mal sepultado, con fachadas perforadas por obuses que bostezaban al cielo impávido, avenidas desnudas donde el viento arrastraba papeles amarillentos como almas errantes, y niños que jugaban entre escombros como si el apocalipsis fuera su patio de recreo.

Berlín yacía dividida en cuatro sectores precarios —el soviético al este, como una herida supurante, y los de Estados Unidos, Reino Unido y Francia a los otros puntos cardinales restantes, unidos en una frágil alianza—, con una administración conjunta que en la práctica se deshilvanaba bajo el conjuro de la desconfianza mutua, un idioma común hecho de miradas esquivas y rumores de bloqueos inminentes, de escasez programada que pronto cristalizaría en una frontera invisible, tan dura como el hierro que la forjaría.

Magdalene habitaba en el sector británico, en un edificio de cuatro plantas donde las ventanas se cubrían con trapos en desuso para ahuyentar las miradas indiscretas, con las manos resecas como pergaminos y una tos persistente que parecía emerger de las profundidades de su pecho.

Lo recibió con una sonrisa apenas quebrada por los años y las privaciones de los últimos tres años, y charlaron largamente sobre la infancia compartida en Königsberg, sobre el Paraguay que habían perdido como un paraíso exiliado, sobre Maria y Joseph, sus padres angustiados en el torbellino de la guerra que vivían aislados en el pueblito de Holzen, y sobre Walter, el menor de los hermanos que había sido uno de los *Blockleiter* del partido, de ese que ya nadie nombraba.

—Muchos de los nuestros se han esfumado —murmuró ella mientras le servía una infusión que sabía a hierbas amargas y recuerdos rancios, inclinándose para susurrar más cerca. — Se han cambiado el nombre, la cara, la historia entera, como capas de una cebolla podrida. Pero tarde o temprano, alguien llama a la puerta con los nudillos de la verdad, y no hay cerrojo que resista. ¿Has visto a alguien sospechoso en Bonn?

Martin se tensó, el humo de la infusión quemándole los dedos. Fuera, un perro ladró en la calle, un eco que pareció reverberar en las ruinas.

—Alguien sospechoso, sí. En las plazas. En los bancos. Alguien vigila la casa.

Magdalene palideció, su tos ahogada en un puño. Bajó la voz hasta que fue un hilo de viento.

—El General Neuhausen está vivo, pero no debe ser él en persona quien puede estar vigilando tu casa. Se rumorea que escapó a América del Sur, en un barco que zarpó de Génova con papeles italianos falsos. Alguien lo vio, o eso dicen los rumores que corren por los mercados negros. Si te busca... es por ella. Por la niña. Para que desaparezca.

Martin palideció.

—¿Cómo puedes estar segura de ello?

Magdalene lo miró irónicamente.

—¿No lo crees capaz? Te creía más astuto, hermanito.

Martin tragó saliva, un nudo de hielo en la garganta. No pronunció palabra, pero su mente se llenó de visiones: Ilse, pálida y frágil; Almuth, con esos ojos que lo acusaban sin palabras; y el espectro del General, ese puerco repulsivo cuya sangre corría por venas que

no le pertenecían, acechando desde el exilio para reclamar por alguien que seguramente eliminaría. ¿Qué significaba aquello para su precario equilibrio? ¿Venganza? ¿Chantaje? ¿O simplemente la confirmación de que ningún rincón del mundo era lo bastante profundo para sepultar el pasado?

Regresó a Bonn con un peso nuevo en la maleta, un fardo intangible que arrastraba como una cadena invisible. Al llegar, la casa se erigía extrañamente ordenada, como si hubiera sido barrida por un viento doméstico que ocultaba desórdenes mayores. Almuth jugaba sola en el suelo con un puñado de botones antiguos que brillaban como ojos de muñecas muertas. Ilse le preparó un café negro sin mediar palabra, sus movimientos precisos pero cargados de una tensión que vibraba en el aire. Por un instante, todo aparentaba normalidad, esa frágil ilusión que envuelve las casas condenadas. Pero algo en la atmósfera tenía la densidad opresiva de lo no dicho, un velo que se tensaba poco a poco, aguardando la grieta que lo desgarrara.

Y esa noche, mientras Martin desempacaba su ralo equipaje, Ilse lo arrinconó en el dormitorio, su voz un siseo apenas audible sobre el golpeteo de la lluvia.

—¿Qué te dijo tu hermana? Vi tu cara al cruzar la puerta de la casa. No mientas, Martin. ¿Es él? ¿Viene por Almuth?

Él dudó y el dormitorio se cerraba como una trampa. Un crujido en las escaleras los congeló, tal vez el viento, o pasos.

Susurró, presionando la pared como si pudiera sostenerla:

—Está vivo. En Sudamérica, se rumorea. Aceleremos el plan. Mañana empiezo con los papeles. Si nos ve primero...

—Pero entonces ¿quién es el sujeto que nos observa desde el banco de la plaza?

—Alguien enviado por él… no sé, sólo especulo.

Transcurrieron los días en una rutina que se asemejaba a la calma antes de una tormenta subterránea: la niña marchaba a la escuela con pasos medidos, Ilse al mercado entre racionamientos y colas eternas, Martin devoraba el periódico con desgano, escudriñando titulares sobre la Guerra Fría que se cernía como un nubarrón. Hasta que un domingo, bajo un cielo que goteaba promesas de nieve, Almuth había salido a jugar con su vecino a la plazoleta que brotaba

de bruces frente a su casa. De regreso, trajo en su puño apretado un caramelo envuelto en papel arrugado. Sus piececitos chapoteaban aún en los ojos de agua que había dejado la lluvia sobre las escaleras que daban a la puerta principal, dejando huellas que Ilse miró como presagios.

—¿Quién te lo dio? —preguntó Ilse, arrodillándose con brusquedad, sus uñas clavándose en los hombros menudos de la niña. La voz le salió afilada, quebrada por un pánico que no podía disfrazar.

—El señor del banco de la plaza —respondió Almuth con esa claridad desconcertante de los niños que aún no han aprendido a mentir, lamiendo el caramelo con inocencia letal—. Siempre me mira y me saluda. Dijo que mamá no lo recuerda... pero él sí. Me dijo siempre piensa en ti, y también dijo que volverá mañana con más dulces.

—¿Qué señor? ¿Alto? ¿Con sombrero? —insistió Ilse, palideciendo bajo la luz mortecina de la lámpara, intercambiando una mirada con Martin, que acababa de entrar, su rostro endurecido como piedra.

—Uno con ojos raros. Como los de Martin —dijo la niña ajena al terror que acababa de desatar, volviendo a su juego en el charco de agua.

Nadie habló más del tema aquella tarde, ni la siguiente, pero desde entonces, cada ocaso, Ilse espiaba tras la cortina de la ventana principal. Y allí estaba con la frecuencia de la mendicencia: un hombre sentado en el banco de la plazoleta frente a la casa, siempre el mismo, siempre solo, con un sombrero que ocultaba sus facciones en una penumbra calculada, en función de centinela de otro tiempo. Una tarde, incluso alzó la vista directamente hacia la ventana, como si supiera que lo observaban, y exhaló humo de cigarro que se mezcló con la niebla, formando una silueta que parecía susurrar un nombre.

El pasado había aprendido a caminar con sigilo por las plazas desiertas, a repartir caramelos envueltos en veneno dulce y a esperar, paciente como un depredador en las catacumbas de la ciudad. Esperaba el instante preciso en que la puerta se entreabriera, revelando no solo rostros envejecido, sino las grietas de un secreto que amenazaba con engullirlos a todos en su vorágine inexorable.

¿Quién era aquel hombre? ¿Un emisario del General? ¿Un testigo de la desnazificación que husmeaba en las sombras? ¿O algo peor, un fantasma con rostro humano que ya había comenzado a tejer su red? Solo el tiempo, ese relojero ciego y cruel, guardaba la respuesta. Mientras tanto un silencio ensordecedor guardaba su nombre.

14. ¿Culpable o inocente?

—Nombre completo.
—Martin Lughnar.
La voz del capitán Miller era una daga sin filo: cortaba mal, con esfuerzo y demasiado ruido.
La nieve caía sigilosa sobre Bonn, cubriendo el mundo entero antes de que alguien pudiera hablar.
Era inicios de noviembre de 1948, y el Ayuntamiento parecía más un mausoleo que un edificio vivo. Dentro, el aire olía a tinta fresca de sellos y miedo contenido.
—Siéntese. Once páginas. Ciento doce preguntas. La verdad absoluta, señor Lughnar. Si miente, y lo sabremos porque siempre lo sabemos, esto deja de ser un trámite. Se convierte en una acusación. ¿*Do you understand, Herr Lughnar*?
Martin se sentó y el asiento estaba helado, como si nadie se hubiera sentado allí en años. El formulario esperaba abierto, las preguntas impresas en negro como heridas frescas. Tomó la pluma y sintió que el metal le quemaba la piel.
—¿Desde cuándo vive en Bonn? —preguntó Miller sin alzar la vista, hojeando un expediente que Martin no podía leer.
—1944. Me casé aquí en 1943 pero seguía trabajando en Berlín.
—¿Trabajó en la Oficina de Personal del Gau Groß-Berlin?
—Sí. De 1934 a 1944.
—¿Miembro del Partido?
—No. —y su negativa olió a heces y vómitos.
Miller levantó la mirada. Sus ojos eran dos lagos helados, sin fondo.
—¿No? —La palabra quedó suspendida, pesada— Qué conveniente. Diez años en el corazón del distrito, bajo las órdenes de un General, y nunca fue miembro. Siga escribiendo. Hay espacio para explicaciones al final. Úselo bien, *please*.
Martin escribió, cambiando su respuesta y aceptando su afiliación al partido mientras su ira le trepaba la espalda.
Cada pregunta era un paso más hondo en un pozo sin luz. SA. SS. Juramento al Führer. Contactos con jerarcas. Propiedades

expropiadas. Cuando llegó a la línea sobre relaciones con altos funcionarios, la pluma se detuvo. El silencio en la habitación se volvió sólido.
—¿Conoce usted a algún oficial de alto rango que haya influido en su carrera? —preguntó Miller, inclinándose apenas, voz baja, casi íntima —. Alguien que le haya asignado… misiones particulares. ¿Algo que deba usted mencionar?
Martin sintió que el aire se le pegaba a la garganta.
—Tuve un superior —dijo al fin, con voz que apenas se oía—. Desapareció al final de la guerra. Como tantos.
Miller sonrió. Una sonrisa mínima, sin calidez.
—Desapareció. Claro. Muchos desaparecen. Algunos en barcos desde Génova. Con pasaportes de la Cruz Roja. Con destino a Buenos Aires. O a Asunción. Lugares donde un nombre alemán aún abre puertas. Y donde un hijo ilegítimo podría ser… incómodo.
Martin no levantó la vista. Siguió escribiendo. Al final, en el espacio para comentarios, trazó con letra temblorosa:
«Solo intenté sobrevivir.»
Miller recogió el formulario. Lo dobló. Lo guardó.
—En unas semanas sabrá su categoría. Mientras tanto, no salga de Bonn. Y mantenga los ojos abiertos. A veces el pasado no desaparece. Solo se sienta en un banco frente a su casa. *You are dismissed, Herr Lughnar.*
Martin se levantó asustado. El capitán le señaló sin ganas la salida y no hubo despedida de ningún tipo.
—Una cosa más —dijo Miller antes de que saliera—. Su esposa también tiene que presentarse. Ilse Lughnar. La citación ya está en camino. Dos por el precio de uno.
Martin salió. El pasillo parecía infinito. Afuera, la nieve caía con más fuerza, cubriendo las huellas de los que habían pasado antes que él.
Ocho días después fue el turno de Ilse.
Ella entró en la misma sala. El mismo escritorio. El mismo hombre con el mismo talante y las mismas instrucciones.
—Nombre completo.
—Ilse Lughnar.

—Siéntese. —Miller la miró fijamente—. Su marido ya estuvo aquí. Ahora usted. Si hay una sola discrepancia entre ambos, puede ser el causante de una acusación que puede escalar de manera muy desfavorable para usted y para su marido —dijo chasqueando la lengua.
Ilse tomó la pluma y comenzó a titubear. Sus dedos estaban fríos y le costaba empezar a escribir. Datos básicos. Regreso de México. Trabajo en DEMAG. Escuela colonial en mil novecientos cuarenta. Embarazo en mil novecientos cuarenta y uno.
Miller interrumpió.
—¿El padre de su hija?
Ilse sintió que el corazón le golpeaba contra las costillas.
—Un General —susurró.
—¿Nombre?
—No lo recuerdo—contestó con miedo y sus ojos se ensombrecieron.
Miller se inclinó hacia adelante y acercó su rostro al de ella. La distancia entre ellos se hizo insoportable, tanto como el aliento tibio y agrio del funcionario.
—¿No lo recuerda? —repitió, casi susurrando—. Porque un General no olvida a una mujer que lleva su hijo. Especialmente si ese padre sigue vivo. En algún lugar lejano. Esperando. *Right?*
Ilse no levantó la mirada y siguió escribiendo por casi dos horas.
Al final escribió: «Nunca quise pertenecer a nada. Solo quise vivir.»
Miller tomó el formulario. Lo cerró sin quitarle los ojos de encima.
—Espere la notificación. Y rece para que no haya discrepancias. Porque si las hay… no será solo la cámara de arbitraje la que venga a buscarla.
Ilse salió aturdida y con un temblor en el pecho y un invierno crudo en el alma. Cuando llegó a casa, Martin la esperaba junto a la ventana, con la cortina entreabierta.
—¿Qué te preguntaron? —preguntó él, voz ronca.
Ilse dejó caer el recibo sobre la mesa. Sus manos trémulas aún necesitaban abrazar una taza de té caliente.
—sobre el padre de Almuth. El General. No dije su nombre. Pero lo saben o lo sospechan.

Martin miró hacia la plazoleta. Allí estaba otra vez. El hombre de sombrero oscuro y cigarrillo encendido. Esta vez, cuando Martin lo vio, el desconocido levantó la mano en un saludo lento. Y sonrió.
Martin cerró la cortina con un golpe seco.
—Tenemos que irnos lo antes posible—dijo con determinación.
Ilse se acercó a la mesa. Almuth jugaba en el suelo con sus botones antiguos, ajena a todo. De pronto, la niña levantó la cabeza.
—Mamá, ¿por qué el señor del banco me dio otro caramelo hoy? Dijo que mamá se olvidó de él …
El silencio que siguió fue ensordecedor. Martin y Ilse se miraron. No hicieron falta palabras.
Martin se arrodilló junto a la niña. Le acarició el pelo con una ternura que no había mostrado nunca antes.
—Todo va a estar bien —mintió descaradamente, pero con semblante piadoso.
Pero en su bolsillo, del recibo del formulario emanaba una sentencia de muerte.
Fuera, la nieve seguía cayendo, cubriendo todo nuevamente.
El tiempo, ese relojero cruel, había acelerado el tic-tac.
Martin se levantó. Abrió un cajón de la cómoda. Sacó un mapa viejo de Paraguay, arrugado por los años. Lo desplegó sobre la mesa y con un lápiz negro dibujó un círculo alrededor del nombre de una ciudad.
—Colonia Independencia. Acá está. —dijo en voz baja, señalando un punto diminuto—. Allí hay gente que no pregunta. Selvas que tragan pasados enteros.
Ilse miró el mapa. Luego miró a Almuth, que seguía jugando como si el mundo no se estuviera derrumbando.
—¿Cuánto dinero nos queda del sobre? —preguntó ella.
—Lo suficiente para dos billetes. Y falsificar los papeles. Pero tenemos que movernos rápido. Antes de que la cámara de arbitraje nos clasifique. Antes de que él…
No terminó la frase. No hizo falta.
—No vamos a falsificar papeles y no creo que podamos irnos sin que nos categoricen en los cuestionarios. Ya le pedí a la señora de Longe

que testifique a tu favor y me prometió hacerlo. Debemos confiar en ella.
—Yo le escribí a Fritz hace un par de días para que me eche una mano. Veremos si se presenta o envía desde Mannheim una declaración a mi favor.
En la plazoleta, la nieve seguía cayendo. Y el banco ya estaba vacío.
Pero ambos sabían que el hombre no se había ido. Solo se había escondido mejor.
El pasado no desaparece. Solo cambia de banco. Y espera. Siempre espera.

15. El cuaderno negro

—No levantes la voz —dijo Martin sin mirarlo—. Nemes tiene la costumbre de fingir que no escucha… y de escuchar absolutamente todo.
—No me subestimes —respondió el otro, inclinándose apenas hacia la mesa—. En los campos aprendí a hablar sin mover los labios.
—En los campos se aprendieron muchas cosas —replicó Martin—. Y casi ninguna sirve ahora.
Hubo un silencio breve. El sonido metálico de una herramienta golpeando madera llegó desde el fondo del galpón. Nemes canturreaba algo en un francés rústico, mal pronunciado, deliberadamente alegre.
—¿Nunca se te ocurrió —dijo el hombre— que todo esto… este barro, este exilio disfrazado de trabajo… es una parodia?
—¡Deja eso! —contestó Martin—. Las palabras grandes no sobreviven bien a los oídos pequeños.
—Antes no pensabas así.
—Antes —dijo Martin, al fin mirándolo— había una estructura, una jerarquía férrea y hombres que sabían exactamente lo que querían que el mundo fuera.
—Y ahora no queda nadie que lo sepa —murmuró el otro—Solo vencedores improvisados y extranjeros que se reparten lo que no entienden.
Martin apretó los dedos contra la mesa. No discutió el desprecio; apenas lo redujo.
—No son ellos el problema —dijo—. Nunca lo fueron. El problema fue creer que la causa podía sobrevivir sin disciplina… sin límites.
—¿Todavía la llamas "la causa"?
—Todavía —respondió Martin—. Porque no todo lo que fracasa es falso.
El hombre esbozó una sonrisa breve, amarga.
—Nuestros superiores no habrían permitido esto.
—Nuestros superiores —corrigió Martin— habrían sabido cuándo callar. Y cuándo desaparecer.

Otra pausa. Afuera, una ráfaga de viento movió las chapas del galpón. Nemes dejó de cantar.
—¿Sabes lo que dicen ahora de nosotros? —preguntó el otro, en un susurro—. Que hemos cambiado. Que nos hemos vuelto mansos.
—Eso dicen los que necesitan dormir tranquilos —respondió Martin —. El cambio siempre es una palabra útil… para los que redactan informes.
El hombre bajó la mirada.
—Tu escribes bien —dijo—. Siempre lo hiciste.
—Escribir —contestó Martin— es solo otra forma de obedecer, cuando uno elige bien a quién.
Desde el fondo, Nemes carraspeó. Los pasos se acercaron, lentos.
—Tenemos que volver —dijo Martin, incorporándose—. Acá no se dice nada más.
—Todavía no —asintió el otro—. Pero va a haber un momento.
—Siempre lo hay —dijo Martin.
Cuando Nemes apareció en el umbral, sonriendo con esa cordialidad espesa que no pedía permiso, ambos hombres ya estaban trabajando otra vez. Sin embargo, debajo de la mesa, el otro había dejado algo. Martin lo sintió contra su bota.
No lo miró.
Todavía no.
Esperó a que Nemes se alejara lo suficiente. No necesitó girar la cabeza: conocía el ritmo de sus pasos, la pausa falsa antes de detenerse, el silencio calculado con el que solía reaparecer. Solo cuando el galpón volvió a llenarse del ruido mecánico y del murmullo distante del campo, se inclinó apenas y empujó con la bota aquello que había quedado bajo la mesa.
No lo levantó de inmediato. Había aprendido, hacía años, que la prisa era una forma vulgar de delatarse.
Recién al caer la tarde, cuando el trabajo terminó y el aire comenzó a oler a humedad y a cansancio ajeno, regresó a su rincón. Compartía el espacio con otros hombres, pero nadie se interesaba demasiado por las pertenencias de los demás. Cada uno protegía su miseria como un territorio privado.
Martin abrió su bolsa despacio.

Debajo de la ropa doblada con una obsesión casi desmedida —camisas siempre limpias, medias alineadas, un abrigo que ya no abrigaba— había colocado el cuaderno negro. Pequeño y humilde. De tapas duras y sin inscripción alguna. No tenía nombre ni fechas. No los necesitaba. Se jactaba de ser sencillo e invisible a todos, como muchas veces lo es el personal de servicio que sigilosamente entran y salen de las estancias sin ser tomados en cuenta.

Lo envolvió en un trozo de tela encerada, impermeable, como si temiera no solo la mirada ajena, sino también el desgaste del tiempo que aún le faltaba en Francia.

Ese cuaderno había viajado con vidas ajenas más que cualquier otra cosa. Más que documentos. Más que recuerdos humanos.

Pasó la mano por la tapa cerrada. No con afecto, sino con reconocimiento. El cuaderno no era un refugio: era una carga. Un archivo que no debía caer en manos equivocadas, tal vez ni siquiera en las propias, en momentos de debilidad.

Dentro no había confesiones. No había nombres completos ni fechas precisas. Solo signos, abreviaturas, esquemas. Frases cortadas. Ideas anotadas como órdenes que nunca llegaron a cumplirse.

La causa, allí, no aparecía como un lamento por lo perdido, sino como un proyecto interrumpido.

Martin sabía exactamente qué ocurriría si alguien lo encontraba. No importaba que estuviera escrito en clave. No importaba que nadie pudiera probar nada. Bastaba la sospecha. Bastaba una frase mal interpretada, un símbolo reconocido por el ojo incorrecto.

Por eso, cuando escuchó pasos otra vez, no lo guardó de inmediato. Esperó.

El miedo no le aceleró el pulso. Nunca lo había hecho. Lo que lo inquietaba era otra cosa: la posibilidad de que ese cuaderno dejara de pertenecerle antes de que él decidiera qué hacer con él.

Finalmente lo devolvió a su escondite y, a partir de ese día no lo hacía siempre en el mismo lugar. A veces bajo la ropa. A veces entre las tablas sueltas del suelo. A veces, como esa noche, dentro de una caja metálica oxidada, enterrada apenas unos centímetros fuera del galpón, en un punto que solo él reconocía por una piedra blanca.

Antes de dormir, recordó la conversación de la mañana.

Recordó la palabra *cambio*. Sonrió sin humor.
Había aprendido que el verdadero cambio no se declaraba. Se archivaba y se esperaba. Se preservaba en la tranquilidad de una semilla que no debía germinar todavía.
Desde la cama improvisada, oyó a Nemes toser en la oscuridad. Pensó en el otro hombre. Pensó en los superiores que ya no estaban. Pensó, por primera vez en semanas, en la posibilidad de que alguien más supiera leer ese cuaderno.
No era un pensamiento tranquilizador.
Cerró los ojos.
El cuaderno seguía allí.
Y mientras siguiera allí, nada estaba definitivamente perdido.

16. Adiós

El frío aún se aferraba a las piedras de la Hauptstraße como un viejo resentimiento. La nieve se había convertido en un barro negro y viscoso que se pegaba a las botas y subía por los tobillos con un olor crudo a tierra mojada, carbón quemado y humo de estufas mal ventiladas. El Rin, invisible, lejano pero presente, impregnaba el aire con su aliento húmedo y herrumbroso, llorando por lo que había visto pasar por sendas orillas.

Las fachadas de las casas, heridas por los bombardeos, exhalaban un olor a yeso enmohecido y madera podrida. De alguna ventana entreabierta llegaba el lamento lejano de una radio que escupía voces que ya no informaban, sólo pontificaban.

Ilse caminaba con la bolsa de tela colgando del brazo, el peso de unas pocas patatas y un mendrugo de pan tirando de su hombro. No había salido por necesidad, sino por escapar del silencio opresivo de la casa, de las preguntas que Martin no hacía pero que flotaban en el aire como humo. Él estaba en la Cámara de Arbitraje, entregando los cuestionarios de desnazificación, esperando la categoría que decidiría si eran libres o seguían encadenados al pasado. Aún no podían salir de Bonn. La ciudad los retenía con sus papeles y sus ojos turbios.

No vio a Guido Bender hasta que él habló.

—Ilse.

La voz salió desde el umbral de una tienda cerrada, ronca, familiar, como un eco que se niega a apagarse. Ella se detuvo en seco. El corazón le dio un vuelco sordo, no de alegría ni de miedo, sino de alerta. Bender estaba allí, apoyado contra el marco de la puerta, con el mismo abrigo largo de lana gastada que llevaba en los tiempos de Hansa-Haus, el cuello levantado, la gorra calada hasta las cejas. Olía a tinta vieja, a tabaco de algunos años y a papel de periódico, como si la imprenta cerrada siguiera viviendo en su ropa.

—Guido —dijo ella, sin sonreír, sin moverse—. ¿Qué haces aquí en Holzlar?

Él se apartó del marco con lentitud, como si cada movimiento le costara esfuerzo. No contestó a su pregunta y el viento arrastró un trozo de periódico viejo por la acera; el papel crujió contra el adoquín como un reproche y todo intento de justificación se disipó por arte de magia.

—Te vi desde la esquina. Caminabas como si llevaras el mundo encima. No podía creerlo. Pensé que ya te habías ido y que ya no te volvería a ver.

Ilse miró alrededor. La calle estaba casi vacía y solo el viento silbaba entre las casas, moviendo las chapas sueltas de un tejado cercano con un sonido metálico, lejano, como si alguien golpeara una puerta que nadie quería abrir.

—No me he ido —dijo ella, voz baja—. Aún no. Estamos esperando… los papeles. Bueno, para que aclararlo. Ya sabes.

Bender asintió, como si supiera exactamente lo que significaba ese "aún". Dio un paso más cerca, pero se detuvo a distancia respetuosa. Nunca había cruzado esa línea. Nunca del todo.

—¿Y él? ¿Martin?

—Está en la cámara. Entregando los cuestionarios. Como todos.

El silencio cayó entre ellos como una cortina pesada. La radio de alguna ventana cercana entonaba "*Lili Marleen"*, la melodía suave y melancólica se colaba por las rendijas, "*Vor der Kaserne, vor dem großen Tor stand eine Laterne und steht sie noch davor …*", como si la canción misma quisiera consolar a la ciudad en llagas vivas.

—Te veo distinta —dijo Bender al fin—. Más delgada. Más… decidida. ¿Me equivoco?

Ilse bajó la mirada a la bolsa. Las patatas pesaban más de lo que deberían.

—Cuando finalmente nos categoricen… nos vamos —dijo, casi sin voz—. A Sudamérica. Paraguay o Argentina. Hay varios lugares allí. Colonia Independencia y Eldorado hace varios años que existen… y allí nadie pregunta. ¡No veo la hora de salir de este infierno!

Bender no se inmutó. Solo respiró hondo. El aliento salió en una nube blanca que se disolvió en el aire frío.

—¿Con él?

—Con él, por supuesto —confirmó ella—. Y con la niña.

Él miró hacia el cielo gris, como si buscara una respuesta en las nubes bajas.
—Te quería bien, Ilse. Siempre, desde el primer momento. No como él.
—No hables así —cortó ella con voz firme, pero sin ira—. No es el momento. Y no es justo.
Bender sonrió, una sonrisa triste, cansada, que le arrugó las comisuras de los ojos.
—Justo… ¿Desde cuándo algo aquí es justo? Hansa-Haus cerrado. Mis máquinas vendidas a un francés que las usa para imprimir billetes falsos. Y tú, casada con el hombre que me quitó todo lo que tenía de valor—dijo con resignación abrumada.
Ilse levantó la vista. Sus ojos eran duros, pero no crueles.
—No te quitó nada que fuera tuyo. Yo elegí, Guido. Siempre elegí, aun cuando no siempre acerté en mis decisiones.
Bender asintió despacio. El viento le movió la gorra, dejando ver un mechón gris que antes no estaba.
—Entonces toca que te vayas. Pero si necesitas algo… dinero, papeles, un contacto en algún lugar… sabes dónde encontrarme. No por él. Por ti.
Ilse negó con la cabeza.
—No necesito nada. Solo que te quedes callado.
Él la miró un largo rato para poder digerir una vez más sus arrebatos y su falta de empatía para con quién le había sólo mostrado su lealtad incondicional hasta ese mismísimo momento.
El silencio se llenó del lejano rumor del Rin y del crujido de una ventana mal cerrada.
—Siempre fui bueno guardando secretos —dijo al fin—. El tuyo también.
Ella dio un paso atrás.
—Adiós, Guido.
Se alejó sin mirar atrás. El barro le salpicó las pantorrillas. Bender se quedó en el umbral hasta que ella dobló la esquina. El viento se llevó el olor a tinta que aún llevaba en la ropa. La radio seguía cantando, ahora más lejos, como un adiós que nadie pidió.

Esa noche, en la Siebengebirgstraße, Ilse entró con la bolsa aún en la mano. Martin estaba sentado a la mesa con el periódico abierto, pero sin leerlo. Almuth dormía en la habitación de al lado, su respiración apenas un susurro en la penumbra.
—¿Dónde estabas? —preguntó él, sin alzar la voz.
—En el mercado —dijo ella, dejando la bolsa sobre la encimera—. Había poca cosa.
Martin cerró el periódico. Despacio. El sonido del papel fue como un latido seco en el silencio.
—Te vi con Bender.
Ilse se quedó inmóvil. No preguntó cómo. No valía la pena. El barrio era pequeño. Las ventanas tenían ojos.
—No fue nada —dijo—. Me lo encontré por casualidad.
Martin se levantó. Caminó hasta ella. No gritó. Nunca gritaba. Pero su voz era un hilo de acero frío que se clavaba en el aire.
—¿Y qué le dijiste?
Ilse lo miró a los ojos que laceraban su rostro desnudo y desprovisto de excusas.
—Que nos vamos cuando nos categoricen.
Martin no parpadeó.
—¿Eso fue todo? —insistió con un rugido contenido.
Ilse tragó saliva. El olor a encierro de la casa se le pegó a la garganta y le costaba cada vez más hablar
—Lo que necesitaba saber.
Hubo un silencio largo. El reloj de pared marcaba los segundos con un tic-tac que parecía venir de muy lejos. Afuera, el viento golpeaba las contraventanas como alguien que pide entrar.
—Te dije que no hablaras con nadie —dijo él—. Nadie.
—Fue casualidad.
—No existen las casualidades, Ilse. No ahora. Además, el ni siquiera vive por esta zona. ¿Qué hacía aquí si no era buscarte?
Martin se acercó más. Su mano se cerró sobre el brazo de ella, no con violencia, pero sí con una firmeza que no admitía réplica.
—Si Bender habla… si dice una palabra …
Ilse no se soltó.
—No hablará. —asintió tajante y sin mirarlo.

—¿Cómo lo sabes?
—Porque lo conozco.
Martin la soltó. Dio un paso atrás. Su rostro era una máscara de piedra.
—Conocías a muchos. Y muchos hablaban cuando les convenía.
Se dio la vuelta. Caminó hacia la ventana. Miró la plazoleta. El banco estaba vacío. Pero eso no significaba nada.
—Voy a arreglarlo —dijo al fin, sin mirarla.
Ilse sintió un escalofrío que no venía del frío.
—¿Qué vas a hacer?
Martin no respondió de inmediato. Cuando habló, su voz era calmada, casi suave, como quien explica un trámite inevitable.
—Le voy a dar una razón para que se calle. Una buena razón.
Ilse se acercó. Su voz tembló apenas.
—Martin…
Él se volvió. Sus ojos eran fríos, pero llevaban el peso de alguna angustia mal tragada.
—No preguntes.
Ella abrió la boca, pero no dijo nada.
El silencio se llenó del tic-tac del reloj y del lejano lamento de una radio en alguna casa vecina seguía sonando, ahora más débil, la canción que se apagaba con sus últimos compases: *Werd' ich bei der Laterne steh'n, wie einst Lili Marleen*...
Esa noche, Martin salió solo. Llevó consigo el cuaderno negro envuelto en tela encerada. No le dijo a Ilse adónde iba. Ella no preguntó, pero lo temía.
Al amanecer volvió. Traía las manos limpias. El cuaderno estaba en su lugar. Pero algo en su mirada había cambiado: una sombra más oscura, un silencio más pesado.
Ilse lo miró desde la cama. No dijo nada y su angustia se llenaba de preguntas.
Martin se quitó el abrigo. Lo colgó con cuidado, como si cada movimiento fuera una decisión. Luego se acercó a la cama. Se acostó a su lado y la buscó con una urgencia que no era solo carne, sino un intento desesperado de exorcizar el veneno que llevaba dentro. Quiso hundirse en ella, derramar en su interior el último

resto de vida que aún le quedaba, como quien vierte aceite ardiente sobre una herida para cauterizarla. No era amor lo que lo empujaba, ni siquiera deseo puro: era la necesidad de hacer suyo ese vacío, de ahogar en el calor de su cuerpo el sabor metálico del miedo.

Ella no se resistió ni lo rechazó. Solo cerró los ojos y dejó que el peso de él la cubriera, y en ese instante el mundo entero se redujo al olvido momentáneo.

Ilse ya no se extrañaba de aquel rito; lo recibía como quien abraza una tormenta conocida, sabiendo que después vendrá la calma engañosa y el sosiego que todo lo cubre.

Pero cuando todo había terminado, ninguno de los dos habló. Martin se quedó mirando el techo agrietado, buscando figuras que lo distraigan. Ilse se giró de lado, dándole la espalda franca y pétrea y lloró en silencio.

La Cámara de Arbitraje aún no había decidido. Los cuestionarios seguían sobre la mesa. El tiempo se reía nuevamente de los ansiosos y desesperados.

Y el silencio, una vez más, llevaba un nombre.

17. Maria y Joseph

Holzen no era un pueblo. Era un flagelo moribundo que el viento del norte se llevaba sin piedad, como si el mundo entero se hubiera cansado de recordarlo. Un puñado de casas bajas de entramado de madera y ladrillo visto se acurrucaban unas contra otras, temiendo que la noche las separe. Los techos de tejas rotas dejaban pasar la lluvia con resignación, y cada gota que caía sobre el suelo de tierra negra parecía presagiar que ya no había nada que salvar.

El campanario de la iglesia diminuta se inclinaba hacia la tierra para escuchar lo que los muertos ya no podían vociferar. El cementerio, al borde del camino, tenía lápidas que se hundían en la hierba húmeda como dientes flojos en una boca añeja.

Todo el lugar olía a turba incinerada, a leña mojada que no prende del todo, a sopa de nabos que se cuece tres días seguidos hasta que sabe a nada más que a olla, y a la sal lejana del mar que el viento traía con reproches que nadie quería oír.

Estaba allí, en esa triangulación que se cernía desierta entre Hamburgo, Bremen y la nada misma, en el distrito de Lüneburg, donde el horizonte se rendía antes de empezar.

En 1948, Holzen era un lugar donde el tiempo no avanzaba: se anquilosaba, se pudría, se convertía en barro que apestaba a cizaña y que ascendía por los tobillos lenta e incurablemente.

Maria y Joseph Lughnar vivían en la última casa del camino que daba de bruces a un bosque tupido y hosco. La fachada, alguna vez digna, parecía ahora sostenerse por pura costumbre, vetusta, negándose a morir. El jardín delantero era un rectángulo de tierra negra donde nada crecía desde que las bombas habían dejado de caer. Dentro, la cocina olía a humo de estufa atascada y mal aireada, a cera de velas que se consumían antes de tiempo, y a la pastosidad eterna que subía del suelo con sarcasmo desmedido.

Joseph, con sus setenta y tantos años, conservaba la espalda recta de quien ha trabajado la tierra toda la vida, pero los ojos se le habían hundido en cuencas oscuras, como pozos donde ya no había agua. Maria, más frágil, con el pelo blanco recogido en un moño

apretado, movía las manos tejiendo algo que se deshacía en cuanto lo terminaba.

Joseph llevaba más de una década despotricando contra Martin. La ruptura había empezado en 1933, cuando el muchacho se puso la camisa parda y Joseph, que nunca había creído en banderas ni en discursos, le dijo que, si entraba en esa locura, la puerta de la casa se cerraría para siempre. Martin se fue. Joseph lo desheredó en una carta que nunca envió, pero que Maria leyó a escondidas y lloró hasta que las lágrimas se secaron en su cara como ostras deshabitadas.

Desde entonces, la lejanía entre padre e hijo se había convertido en una pared de piedra helada y esquiva. Maria sufría más que nadie.

Durante años escribió cartas de madre que nunca firmaba con su nombre completo, solo "M.", y las mandaba a Magdalene para que se las entregara. En esas cartas no había reproches, solo preguntas que dolían como heridas abiertas: "¿Estás bien?", "¿Tienen suficiente para comer los tres?", "¿La niña cómo está?". Martin nunca respondió. Pero las guardaba todas en el cuadernillo negro, entre las páginas que nadie más podía leer, atesorándolas con cuidado como esquirlas que aún pueden hacer supurar heridas.

En el invierno de 1948, la escasez en Holzen ya no se representaba solamente con vientres vacíos por el hambre: era un estado del alma.

No había carbón suficiente para calentar la casa; Joseph cortaba ramas secas del bosque y las quemaba en la estufa hasta que el humo les irritaba los ojos y les dejaba la garganta en carne viva. La ración de pan era un mendrugo gris que sabía a aserrín y a derrota.

Maria racionaba cada patata como si fuera una reliquia, cortándola en rodajas finas que se deshacían en la boca antes de llegar al estómago. Joseph salía cada mañana a caminar por el pueblo, buscando algo de leña a la que aspiraban unos pocos, a algún vecino que tuviera al menos un puñado de harina, o algún rumor de que los americanos iban a soltar más paquetes con víveres.

Volvía con las manos vacías y la boca llagada llena de maldiciones que ya no tenían fuerza.

Una tarde, mientras la luz se iba temprano y el cielo se ponía del color del plomo, Joseph entró en la cocina con el rostro congestionado. Llevaba en la mano un trozo de papel arrugado: una carta que había llegado por correo, con matasellos de Berlín.

—Es de Magdalene —dijo, tirando la carta sobre la mesa como si quemara—. Dice que Martin está en la Cámara de Arbitraje. Que lo van a categorizar pronto y que planea irse.

Maria levantó la vista del caldero donde removía nabos aguados y sus manos comenzaron a temblaron.

—¿Irse? ¿Adónde?

—A Sudamérica —gruñó Joseph—. Como si no hubiera bastante vergüenza en esta familia, ahora quiere huir como un ladrón.

Maria se acercó. Tomó la carta con dedos inseguros y la leyó en silencio. Magdalene escribía con letra apretada: Martin había adoptado a una niña, se había casado con una mujer llamada Ilse, y ahora buscaba escapar a Paraguay. Colonia Independencia. Un lugar donde los nombres alemanes aún tenían hogar y capilla.

Joseph se sentó pesadamente en la silla. La madera crujió como un hueso anciano.

—Ese muchacho nos deshonró cuando se puso la camisa parda. Nos deshonró cuando dejó de escribir. Y ahora quiere huir como si nada hubiera pasado. ¿Y nosotros? ¿Qué somos aquí? ¿Los viejos que se quedan a morir de hambre mientras él se salva?

Maria no respondió de inmediato. Volvió al caldero. El vapor subía en espirales débiles. Olía a agua y a nada y las volutas de humos no seducían ni a los perros.

—Él también sufre —dijo al fin, casi en un hilo de voz—. ¡Todos sufrimos, Joseph!

Joseph soltó una risa amarga que sonó como un crujido de maderas desvencijadas.

—¿Sufrir? ¿Sufrió cuando eligió el Partido? ¿Sufrió cuando nos dio la espalda? Ahora sufre porque los vencedores le piden cuentas. Bien merecido. ¡Era hora ya de que empiece a saber lo que es sufrimiento!

Maria dejó la cuchara y se giró hacia él. Sus ojos estaban llorosos, pero la voz firme resonó como nunca antes en esa estancia:

—No es solo él. Somos nosotros también. Esta casa se cae a pedazos. No hay comida. No hay carbón. Los aliados vienen y van, y cada vez traen menos. Los rusos están al otro lado del Elba. ¿Y tú?… ¿tú sigues odiándolo como si el odio te fuera a devolver algo?
Joseph bajó la mirada para esquivar sus ojos resentidos por las angustias de décadas.
El reloj de péndulo marcaba los segundos con un tic-tac seco y perturbador, como si contara los latidos que les quedaban.
—¿Y qué quieres, que le escriba, que le diga "ven, hijo, te perdono"? Después de todo lo que hizo.
Maria se acercó a la mesa. Tomó la carta de Magdalene.
—No te pido que lo perdones. Te pido que lo dejes vivir. Y que nos dejes vivir a nosotros.
Joseph no respondió. Se levantó. Caminó hasta la ventana. Miró el patio vacío, el bosque oscuro al fondo, donde la noche ya empezaba a tragarse los árboles.
Esa noche, mientras la radio emitía una noticia lejana sobre racionamiento y reconstrucción, Maria escribió una carta. No a Magdalene. Directamente a Martin. De letra inestable, pero de palabras claras, como si las hubiera estado guardando durante años.
"Martin, hijo. No sé si esta carta te encontrará. No sé si querrás leerla. Pero tu padre y yo estamos viejos. Holzen se muere. No hay comida. No hay esperanza. Si te vas a Sudamérica, llévanos contigo. No por perdón. Por supervivencia. Piénsalo, por favor. Tu madre, M."
Dobló la carta. La metió en un sobre. No puso remitente. Solo la dirección de Bonn que Magdalene le había dado.
Al día siguiente, Joseph la llevó al correo. No dijo nada. Solo la entregó y volvió caminando bajo la lluvia fina que empezaba a caer, como si el cielo llorara por ellos.
En la Siebengebirgstraße, cuando el invierno ya había empezado a deshilachar los días y la casa parecía crujir con una memoria que no le pertenecía del todo, Martin recibió el sobre. No preguntó quién lo había traído ni de dónde venía; el peso del papel y la caligrafía contenida bastaron para que comprendiera que aquello no era una carta más, sino una de esas noticias que llegan cuando ya no hay forma de corregir nada. La abrió sin prisa, con una atención casi

ceremoniosa, como si el simple gesto de rasgar el borde pudiera alterar el orden de los hechos que aguardaban del otro lado.

Leyó la carta de principio a fin sin mover un músculo del rostro. No hubo en él rastro de sobresalto ni de alivio, tampoco ese temblor mínimo que delata la emoción cuando todavía se la puede nombrar. Permaneció largo rato con la hoja entre las manos, inmóvil, observando las palabras como quien contempla un espejo astillado y logra reconocer su propia figura dispersa en cada fragmento, no por lo que refleja, sino por lo que deja fuera.

Cuando terminó, dobló la carta con un cuidado casi meticuloso y la guardó en el cuaderno negro, ese refugio discreto donde había ido acumulando lo que no debía circular, lo que no pedía absolución ni explicación. Cerró el cuaderno y lo dejó en su lugar habitual, como si al hacerlo pudiera devolver cada cosa a su compartimento exacto. No dijo nada a Ilse. No entonces. Había verdades que exigían su propio ritmo, y Martin sabía, mejor que nadie, que algunas solo podían sobrevivir si se las dejaba reposar en la penumbra, donde el tiempo, aliado fiel, se encargaba de volverlas manejables.

Pero el plan de huida acababa de cambiar.

El silencio de Holzen había llegado hasta Bonn.

Y con él, una puerta que Martin creía cerrada para siempre.

18. El Nuevo Mundo

Colonia Independencia no era un refugio. Era un prodigio verde que la tierra paraguaya había desplegado como un regalo inesperado. Se extendía como un tapiz vivo y luminoso en el corazón del departamento de Guairá, entre cerros suaves cubiertos por una selva espesa, vibrante, que parecía cantar con cada hoja que se movía al viento. El aire era cálido, generoso, saturado de olores que se entrelazaban como una sinfonía embriagadora: tierra roja y fecunda que olía a vida recién brotada, jazmines silvestres que perfumaban la noche hasta embriagar los sentidos, naranjos y mangos que derramaban su dulzura jugosa en la brisa, y por encima de todo, el aroma profundo, terroso y reconfortante de la yerba mate que ascendía de las casas como un incienso de bienvenida. El guaraní flotaba en el aire como una melodía natural: palabras suaves, nasales, llenas de vocales abiertas que se deslizaban entre los árboles y se enredaban en las conversaciones como enredaderas cargadas de flores. "Mba'éichapa reiko", "che rógue porã", "nde rory", frases que salían de las bocas como si fueran parte del mismo latido de la selva.

Las casas de la colonia eran de madera noble y adobe fresco, pintadas de colores vivos que el sol intensificaba en lugar de desvaír: azules profundos como el cielo al amanecer, amarillos que brillaban como frutos maduros, rojos cálidos que recordaban la tierra misma. Los techos de tejas rojas se curvaban con gracia bajo la lluvia abundante, y en los patios traseros crecían naranjos, mangos, limones y paltas que daban frutos grandes, casi obscenos de tanta fecundidad. La tierra paraguaya no pedía permiso: recibía la más insignificante semilla y la devolvía convertida en árbol, en sombra, en alimento. Las calles —caminos anchos de tierra roja compacta— serpenteaban entre las casas y se perdían en la selva, y cuando llovía, el agua no era castigo: era una bendición tibia que lavaba el polvo y hacía brillar cada hoja como si estuviera recién creada.

Pájaros de plumaje imposible cruzaban el cielo: guacamayos rojos y azules que gritaban celebrando la vida, tucanes con picos

multicolores que parecían pintados por un niño, colibríes que suspendían el tiempo al revolotear frente a las flores. En los senderos se cruzaban coatíes de cola anillada, monos capuchinos que observaban con curiosidad desde las ramas altas. La selva no era amenazante; era un organismo vivo, generoso, que acogía a quien llegaba con respeto.

Los alemanes habían llegado allí en oleadas desde los años veinte, primero como colonos llenos de sueños, después como sombras que buscaban un lugar donde el pasado no tuviera voz. Construyeron casas con techos altos y ventanas amplias que dejaban entrar la luz dorada del atardecer, plantaron huertas con semillas traídas de Baviera y de Prusia Oriental, y la tierra respondió con una generosidad que Europa nunca les había dado. El maíz crecía alto y dorado, las papas salían redondas y firmes, y las rosas que tanto amaban se abrían con pétalos perfectos, rojos como sangre fresca, blancos como un armiño. Hablaban alemán entre ellos, un alemán cálido y nostálgico que se mezclaba con el guaraní suave de los paraguayos como dos ríos que confluyen sin pelear. Los niños de la colonia comían mandioca y crecían bilingües, y en la calle preferían el guaraní: era más fácil reír, cantar y esconder secretos en una lengua que parecía hecha de música y de selva.

En 1948, Colonia Independencia era un lugar donde la vida de varios volvía a empezar. Los que habían llegado antes de la guerra vivían con la alegría tranquila de los que habían encontrado un hogar verdadero. Los que llegaron después de 1945, aprendían poco a poco a caminar sin mirar atrás, a trabajar la tierra con las manos limpias, a respirar un aire que no olía a humo de crematorio ni a pavura. Se decía que entre ellos había oficiales, médicos, contadores del viejo régimen. Nadie preguntaba. Nadie necesitaba preguntar. La selva perdonaba lo venial y lo capital. La tierra fecundaba generosa y el silencio era dulce, no opresivo.

En una de las casas más apartadas, al final de un camino sombreado por lapachos rosados y ceibos en flor, vivía Gunther Haas. Nadie lo llamaba General. Nadie lo llamaba por su nombre completo. Era simplemente "el señor Haas", o "el alemán de la casa del fondo". Había llegado en 1946, con papeles de la Cruz Roja que certificaban

que era un refugiado civil de Silesia. Nadie los había creído del todo, pero nadie los había cuestionado porque, a las claras, a nadie le importaba en esas latitudes.

Llevaba una vida retirada pero no solitaria: leía en el porche al atardecer, caminaba por los senderos de la selva al amanecer, y a veces ayudaba a los vecinos con pequeñas curaciones o consejos médicos que nunca cobraba. Nadie sabía de qué vivía, cuál era su sustento.

La selva lo había recibido sin rencor: los pájaros cantaban cuando pasaba, los monos lo observaban con curiosidad desde las ramas altas, y el suelo húmedo parecía limpiar y acariciar sus pasos.

Una tarde de marzo de 1948, mientras la lluvia caía en cortinas tibias y el cielo parecía derramarse en bendición de bautismo sobre la colonia, un hombre joven llegó a la casa del fondo. Llevaba un impermeable raído y una mochila que parecía pesar más de lo que su cuerpo podía soportar. Era un alemán joven, de los que habían llegado recientemente, uno de esos que nunca contaban de dónde venían. Haas lo había conocido meses atrás en Asunción y le había dado una tarea sencilla: recibir cartas que llegaban a un destinatario falso en la capital y traerlas personalmente. Nadie debía tener la dirección de su casa. Nadie absolutamente.

El joven golpeó la puerta tres veces, luego hizo una pausa y dio el último golpe en la puerta. Haas abrió con parsimonia sin pronunciar palabra. Solo lo miró.

—Traigo algo —dijo el joven en voz baja, sacando un sobre del interior del impermeable—. No tiene remitente. Solo las iniciales A.N. en la esquina.

Haas tomó el sobre. Lo miró un instante. La letra era pulcra, militar, sin vacilaciones. A.N. No necesitaba más para saber quién era.

—Gracias —dijo Haas—. Puedes irte.

El joven dudó un segundo.

—¿No quiere que le abra…?

—No —cortó Haas—. No abras nada, ni comenten ni siquiera mires. Solo trae mi correo cuando llega. Es tu única tarea. ¿Entendido?

El joven asintió bajando la mirada. Se dio la vuelta y se perdió bajo la lluvia tibia.

Haas cerró la puerta lentamente. El ruido de la lluvia se amortiguó, y el mundo exterior dejó de existir. Se sentó frente a una mesa de madera oscura y rústica y encendió la única vela que reposaba allí, mustia y llorona. El sobre quedó frente a él, intacto.

Sólo después de haberse servido un café y de haberse acomodado como para una función de cine, lo abrió con cuidado. Dentro había una sola hoja doblada. La letra era la misma que había visto años atrás en órdenes y telegramas. Firmada solo con las iniciales A.N.

El texto era breve, turbio, cargado de un significado que solo Haas podía intuir:

"El pájaro que pronto abandonará el nido viejo aún tiene alas. Si el viento lo empuja de nuevo, Colonia Independencia sabrá aguardarlo. A.N."

Haas leyó la línea una y otra vez. No había nombres ni fechas. Solo una imagen: un pájaro que pronto abandonará el nido viejo. Un pájaro que aún tenía alas y, de contar con viento a favor, encontraría su nuevo nido en Colonia Independencia donde se lo estaría aguardando.

No sonrió ni tembló. Solo acercó la hoja a la llama de la vela y el papel comenzó a curvarse, a ennegrecerse hasta desintegrarse en cenizas.

Sopló con desgano y las partículas grises se elevaron en una nube fina que desapareció en el aire húmedo.

Fuera, la lluvia seguía cayendo y en Colonia Independencia, el pasado seguía escondiéndose.

August Neuhausen había estado allí. Había vivido unos meses en la colonia, en una casa similar, al otro lado del cerro Akatí. Había caminado por las mismas picadas, había bebido mate en un porche similar, había mirado la selva con los mismos ojos que ya no podían mirar a los hombres y luego había desaparecido sin dejar rastro. Nadie sabía si estaba vivo, si había vuelto a Europa, si se había hundido en la selva o si había tomado otro destino hacia el sur.

Lo que Haas no sabía —lo que nadie en la colonia sabía— era que esas mismas iniciales A.N. aparecerían años después en otro lugar, en otro sobre y en otra mano. Inclusive en Bonn, en el cuadernillo

negro de Martin Lughnar que atesoraba en la casa de la mismísima Siebengebirgstraße.
El monte, vestido en sus mejores trajes de helechos y flores del aire, seguía cantándole a la casa con un coro de cururúes, de grillos y chicharras furiosas.
Y Haas se quedó sentado en la oscuridad, mirando la llama de la vela que temblaba como su propia alma y que se extinguía como su vida.
Y entonces, como si el humo mismo hubiera abierto una puerta que Haas creía sellada para siempre, el recuerdo llegó sin aviso, sin piedad, con la misma claridad brutal con la que llegaba cada noche en Dachau cuando el viento traía el olor de los crematorios.
Con sus ojos entornados pudo sentir el calor del verano de 1943 que se adhería a su bata blanca como una segunda piel que rehusaba desprenderse.
Caminaba por la rampa de Dachau con pasos medidos, los guantes aun oliendo a desinfectante fenólico. El sol golpeaba el cemento hasta hacerlo brillar como un espejo roto, y el aire estaba lleno de ese olor compuesto que nunca se iba: sudor ácido de cuerpos apretados, miedo fermentado en la ropa, humo lejano de crematorio que se mezclaba con el polvo y dejaba en la lengua un sabor seco y dulce a la vez, como sangre vieja y ceniza enmohecida.
Los trenes llegaban con un jadeo de hierro y vapor que hacía tiritar el suelo. De ellos bajaban hombres, mujeres, niños, todos con el mismo gesto de quien ya sabe que la esperanza es un lujo que no cabe en el equipaje.
Haas permanecía con los ojos cerrados, no para dormir sino para regresar, como quien desciende voluntariamente a un sótano donde el aire es más denso, pero también más familiar. En la penumbra de su memoria, el pasado no aparecía como remordimiento sino como una escena ordenada, casi geométrica, y al evocarla sentía un estremecimiento que no era culpa sino una forma torcida de júbilo, la vibración íntima de quien se sabe pieza exacta dentro de un mecanismo mayor.
Nunca había necesitado gritar. Tampoco ensuciarse las manos con golpes torpes o gestos de furia. Su función no pertenecía al

estruendo sino al diseño. Se situaba al final de la rampa, con las manos enlazadas a la espalda y el mentón levemente elevado, adoptando la quietud calculada de un director de orquesta antes de que comience la música. Desde allí observaba el desfile de rostros descompuestos por el miedo, cuerpos vencidos por el viaje y por la sospecha, miradas que todavía no sabían que estaban siendo medidas con una vara invisible.

Cuando llegaba el momento, desataba con parsimonia el nudo de sus dedos, como si liberara una decisión ya tomada mucho antes de que esas personas pisaran el andén. La mano derecha se adelantaba apenas, sin violencia, describiendo en el aire un gesto mínimo y definitivo: izquierda, derecha. El movimiento era elegante, casi refinado, y sin embargo contenía una sentencia irrevocable. No había en él rabia ni precipitación; solo la frialdad de quien cree estar administrando el orden natural de las cosas.

Para Haas no se trataba de crueldad, palabra demasiado emocional para lo que consideraba una tarea técnica. Era clasificación. El mundo, pensaba, podía dividirse con la misma nitidez con la que se traza una línea sobre un papel: de un lado, los útiles; del otro, los inútiles. Los primeros serían exprimidos hasta que su fuerza se agotara y su valor descendiera a cero; los segundos serían absorbidos por una maquinaria que se alimentaba del sacrificio de entregar sus almas para que el sistema se purifique. Él no veía personas, sino categorías; no destinos, sino cifras; no sufrimiento, sino eficacia.

Y en ese recuerdo, repetido una y otra vez como una letanía privada, encontraba no horror sino coherencia, una lógica oscura que le permitía convencerse de que no había sido verdugo sino engranaje, no asesino sino custodio de un orden que, incluso ahora, muchos preferían fingir que nunca existió.

Aquella tarde un convoy de Ucrania había llegado con retraso. El tren olía a orines, a vómito, a temor cernido con hambre y lágrimas saladas. Una mujer joven bajó con una niña de unos cuatro años en brazos. La niña tenía los ojos muy abiertos, permitiendo que el mundo entero cupiera en ellos. La madre la apretaba contra sí, susurrando algo en ucraniano que Haas no entendió pero que

sonaba a plegaria. Cuando llegó el turno, Haas levantó la mano. Derecha para la madre. Izquierda para la niña. La mujer gritó y en sus alaridos lanzó un sonido animal, un rugido que salió de lo más hondo y se quebró en la garganta. Haas no parpadeó. Solo hizo un gesto con la cabeza a los guardias. Las separaron, pero la madre intentó correr detrás de la niña. Un golpe de culata en la nuca la obligó a la genuflexión involuntaria. La inconsciencia la torció y su cuerpo no pudo más que ofrecer al suelo árido su perfil más desencajado. Haas pasó de largo.

Más tarde, en la enfermería, se lavó las manos con agua caliente y jabón de lisol. El agua se deslizaba clara por entre sus dedos y, mirándose en el espejo pequeño sobre el lavabo, no vio nada que no esperara ver: ojos grises, cejas rectas, mandíbula cuadrada. Un hombre normal, un médico, un fiel servidor del Reich.

Se secó las manos con una toalla que olía a cirugías y a sangre seca. Luego salió a la rampa de nuevo. Otro tren venía en camino, otra selección con el mismo dedo. Izquierda. Derecha. Izquierda. Derecha.

Por las noches, cuando el campo se replegaba sobre sí mismo y el aire adquiría esa quietud espesa que no era paz sino agotamiento —una calma apenas perforada por alaridos lejanos que se deshilachaban en la oscuridad como jirones de tela mal cosida—, Haas regresaba a su cuarto de oficiales con la puntualidad de quien cumple un rito que no admite aplazamientos. Cerraba la puerta con cuidado, no por temor a ser descubierto, sino porque incluso el horror, para funcionar con eficacia, exige compartimentos estancos. Entonces encendía la lámpara de queroseno, cuya luz amarillenta trazaba en las paredes sombras oblicuas y deformes, y extraía de las entrañas de un portafolio médico un cuaderno pequeño de tapas negras, sobrio, sin inscripción alguna, como si su anonimato fuera ya una declaración de principios.

Se inclinaba sobre la mesa y comenzaba a escribir con una concentración minuciosa, casi devota, sin pausa ni titubeo, dejando que la pluma recorriera el papel con una letra apretada y regular que no traicionaba emoción alguna. Aquellas páginas no contenían confesiones ni atisbos de remordimiento; tampoco eran desahogos

de conciencia ni intentos de justificar lo injustificable. Eran, según su propia lógica, registros clínicos, observaciones técnicas de una jornada que él reducía a variables medibles, a tiempos exactos, a reacciones previsibles. "Sujeto 47: resistencia a inyección de fenol superior a la media. Duración hasta paro cardíaco: 3 minutos 12 segundos". "Sujeto 89: piel pálida, pupilas dilatadas tras exposición a Zyklon B. Tiempo de agonía: 18 minutos". Las frases se sucedían con la asepsia de un informe científico, como si la vida humana pudiera traducirse en cifras y la muerte fuera apenas un dato estadístico susceptible de comparación.

Cuando concluía, no releía lo escrito ni añadía comentario alguno; se limitaba a cerrar el cuaderno con la misma serenidad con que un contable cierra el balance del día, lo devolvía al portafolio médico y, tras levantar una tabla suelta del suelo cuya existencia solo él conocía, lo ocultaba allí, en ese escondite que parecía más un gesto de orden que de culpa. Luego apagaba la lámpara y se recostaba en la cama estrecha, dejando que la oscuridad cubriera la habitación sin resistencia, y dormía con un sueño profundo y compacto, sin sobresaltos ni imágenes que lo persiguieran, como si la noche, incluso para él, se hubiera resignado a no formular preguntas.

Y ahora, en algunas noches en Colonia Independencia, cuando el viento traía el olor de algún humo de fogón, Haas se despertaba con el corazón latiendo demasiado fuerte. No recordaba qué había soñado. Solo sentía un vacío en el pecho, una puerta abierta que había permitido que se llevasen algo que no sabía que tenía. Se levantaba y caminaba hasta la ventana. Miraba el campo oscuro, el alambrado de su casa y un monte centinela que hacía las veces de torres de vigilancia con la luna como reflectores que barrían la oscuridad con ojos enfermos. Y se preguntaba, por un segundo, si algún día alguien cerraría una puerta similar en su propia vida.

El recuerdo se desvaneció tan bruscamente como había llegado. Haas parpadeó. La vela había dejado de arder sobre la mesa dejando una laguna de garras de cera amarillenta. La ceniza de la carta de A.N. ya se había posado en el suelo como nieve seca y sucia.

Afuera, la tierra seguía tan fértil y generosa, dispuesta a hacer crecer cualquier semilla que se le confiara.
Pero Haas sabía que algunas semillas no crecen, sólo se pudren bajo tierra. Y la suya llevaba pudriéndose desde Dachau.
Aun así, el Nuevo Mundo no lo rechazaba, lo invitaba a caminar y le permitía seguir viviendo.
Y eso, en sí mismo, era el castigo más cruel de todos.

19. La huida

El sello liláceo se estrelló sobre los formularios con la contundencia ceremonial de un veredicto que se pretendía benigno, pero cuya tinta parecía más cercana a la cicatriz que al perdón, y el golpe seco del tampón contra el papel resonó en la habitación con una gravedad que ningún funcionario habría reconocido como histórica. Categoría IV para Martin Lughnar: *Mitläufer*. Seguidor. La palabra, impresa con tipografía burocrática y pulcramente alineada en su casilla correspondiente, no era solo una clasificación administrativa sino una marca que se incrustaba en el pecho con la perennidad de un tatuaje, recordándole que incluso el sistema que lo había utilizado, ahora lo reducía a una sombra obediente, a una pieza menor de una maquinaria cuya magnitud prefería olvidar.

Para Ilse, en cambio, el formulario reservaba una indulgencia halagadora: Categoría V, *Entlastete*, exonerada. La tinta parecía más ligera en su caso, casi tan suave como un maquillaje, y el silencio que había cultivado durante años —ese arte minucioso de mirar sin intervenir, de comprender sin pronunciarse, de sobrevivir a base de omisiones— parecía haber bastado para borrar cualquier rastro de connivencia. La purga de la desnazificación, tan ávida de clasificar como el régimen al que sucedía, necesitaba cerrar expedientes, distribuir culpas en compartimentos manejables y permitir que la vida continuara con un orden renovado, aunque bajo la superficie persistieran las mismas grietas.

Sin embargo, cuando por las noches se encontraban en la penumbra de la cocina, con la luz amarillenta apenas delineando los contornos de sus rostros, los quilates reales de aquellas categorías adquirían una dimensión que ningún sello oficial podía disipar. Entre ellos flotaba una verdad que no figuraba en los archivos ni en los formularios timbrados, una certeza áspera y maliciosa que no admitía absoluciones: el pasado no se archivaba con un tampón liláceo, y la absolución en papel era apenas una ficción útil para quienes necesitaban creer que la historia podía lavarse con tinta.

Martin sintió el golpe en el estómago aquella tarde en que el funcionario, oculto tras un escritorio demasiado pulido para aquellos tiempos de ruinas, le devolvió los papeles con una sonrisa cuidadosamente ensayada, de esas que cumplen con el protocolo, pero jamás alcanzan la mirada. El despacho olía a tinta fresca y a polvo antiguo, una mezcla indecisa entre lo que se pretende nuevo y lo que se niega a desaparecer, y en ese aire turbio quedaron suspendidas las palabras que estaban por dictarles el siguiente tramo de su destino.

—Puede irse —le dijeron a Ilse con una cortesía administrativa que sonaba a trámite resuelto, como si la libertad pudiera entregarse doblada en un expediente.

A Martin, en cambio, no le ofrecieron el mismo tono. El funcionario levantó la vista y sostuvo su mirada con una firmeza que no admitía matices.

—Los americanos necesitan hombres como usted, hombres que comprendan la disciplina y la arquitectura invisible del mando, porque lo que ahora llaman reconstrucción no es otra cosa que la reinstauración del orden bajo nuevas banderas, y para esa tarea usted resulta útil, de modo que permanecerá en Alemania.

La frase cayó sobre él como un cadalso disfrazado de oportunidad, y durante un instante comprendió que la guerra no había terminado, sino que simplemente había cambiado de uniforme y de banderas. Reconstrucción y orden. Palabras limpias para tareas que nadie describía del todo, pero cuyo alcance se insinuaba en el modo en que el hombre frente a él medía cada gesto, cada pausa, evaluando la utilidad de una herramienta recuperada del desastre.

Ilse permaneció inmóvil, con las manos apoyadas sobre la mesa hasta que los dedos se tensaron y las uñas comenzaron a hundirse en la piel, dejando marcas invisibles pero ardientes, incrustando ese dolor mínimo para no perder el equilibrio. En sus ojos, cuando se volvió hacia Martin, apareció algo que él no le había visto jamás, una mezcla desconcertante de alivio y de un terror desnudo que no encontraba refugio en ninguna palabra. Ella podía marcharse. Él no. La promesa implícita de una separación se abrió entre ambos

trazando una grieta imaginaria en el suelo, así de intensa que se dificultaba medir su profundidad.

Sin embargo, ninguno de los dos pronunció en voz alta lo que les cruzó el pensamiento con la nitidez de una advertencia. No hablaron de distancia ni de abandono, tampoco de sacrificios o de lealtades. Bastó una mirada sostenida un segundo más de lo prudente para sellar un acuerdo que no necesitaba formularse: no se separarían, no después de todo lo que habían atravesado, no después de haber aprendido que el mundo se divide con facilidad, pero que el verdadero peligro no está en las fronteras oficiales, sino en aquellas que se abren dentro de una casa cuando el miedo empieza a dictar las decisiones.

Esa noche, con Almuth dormida en la habitación contigua, Ilse rompió el silencio. Su voz salió baja, rota, como si cada palabra le costara un trozo de alma.

—No me voy sin ti.

—No te dejaré ir sola.

—Entonces nos vamos los tres. Aunque nos cueste todo.

Las lágrimas no cayeron. Se quedaron atrapadas en los ojos de Ilse, brillando como lagunas negras alumbradas por la luz mortecina de la lámpara. Martin la abrazó por detrás, apoyando la barbilla en su hombro, y sintió cómo temblaba. No era frío. Era el terror de quien sabe que está rompiendo algo irreparable.

Desde ese fin de noviembre hasta principios de agosto de 1949 el tiempo se convirtió en una tortura lenta, una herida que no cesaba de supurar un pus hediondo. Meses que pesaban como décadas, como siglos de espera en los que cada amanecer traía la misma pregunta muda: ¿hoy nos descubrirán? Martin trabajaba de albañil en las obras, cargando ladrillos bajo la lluvia helada, con las manos agrietadas y el alma barnizada con cal y desgarrada con incertidumbre.

Volvía a casa con el cuerpo roto y el corazón hecho trizas, se sentaba junto a Ilse y no decía nada. Solo la miraba. Y en esa mirada había todo: culpa por haber aceptado la misión de Neuhausen que seguía siendo su más espantoso secreto. Miedo de

que ella algún día lo sepa. Soledad de las más agudas y vigorosas, de esas que arden aun estando en compañía.

Ella enfermó repentinamente en los primeros meses de 1949. La fiebre la consumía como un fuego lento. Noches enteras en que deliraba, llamando a Gundi algunas veces, a Almuth otras, con voz que apenas se oía, pidiendo perdón a fantasmas que nadie más veía. La pequeña se acurrucaba a su lado, con sus manitas sobre la frente ardiente de la madre, cantando bajito canciones que inventaba para complacerla. Martin llegaba del trabajo y se encontraba con esa escena: su hija velando a su esposa al compás de una letanía infernal, y el terror lo atravesaba con su lanza infectada sarcástica.

Se arrodillaba junto a la cama, tomaba la mano fría de Ilse y susurraba:

—No te mueras. No me dejes solo con ella.

Ilse abría los ojos, lo miraba con una intensidad que dolía, y respondía con voz débil:

—No te dejaré ni la dejaré a ella. Pero prométeme que nos iremos. Prométemelo.

Él prometía. Y cada noche sus promesas se burlaban al salir de su boca. Se vestían de verdugos que esperaban condenarlo por profanación.

Martin escribió a su hermana Magdalene. Una carta que le temblaba en las manos: "Nos vamos. No preguntes, no contestes y no hables con nadie. Solo recuerda que el pájaro aún tiene alas y piensa volar muy lejos".

La dejó en el buzón al amanecer, con el corazón latiéndole envenenado en las sienes. Nunca supo si llegó.

Ilse escribió a Reinhard una carta que le costó días enteros y respiraciones agitadas. Le hablaba de Almuth, de cómo la niña había empezado a dibujar casas con techos rojos y bosques, de cómo preguntaba por qué papá volvía siempre con las manos sucias. "No te pido perdón. Solo que sepas que nos vamos lejos. Que no volveremos". La selló con lágrimas que cayeron sobre la tinta y la quemó en la estufa. Las cenizas subieron como un suspiro roto.

Maria y Joseph ya estaban preparados desde hacía mucho tiempo. Sus pasaportes falsos, obra de Cioma Schönhaus, el falsificador que había burlado a la Gestapo con pincel japonés y acuarela, salvando vidas con cada trazo, descansaban en un sobre oculto desde los últimos días de la guerra. No querían viajar con el apellido Lughnar. "Somos viejos", dijo Joseph con voz que temblaba. "Queremos desaparecer sin ruido". Partieron antes, bajo nombres nuevos que Schönhaus había hecho reales, hacia el sur, sin mirar atrás.

Ilse y Martin no tuvieron falsificaciones. Viajaron con sus nombres verdaderos, cargando con todo el peso, sin esconderse detrás de mentiras en el papel. La mentira ya se había adherido en sus propias almas y el nombre Lughnar pasó a representar la última penitencia que podían pagar.

Pero Martin guardaba un secreto que no compartía con Ilse. En las noches de insomnio, cuando ella dormía agotada por la fiebre, él abría el cuadernillo negro bajo la luz temblorosa de la lámpara. Allí, entre los testimonios de Heupel, Hirsch y de Longe, había aparecido una nota suelta: iniciales A.N., la misma letra pulcra y militar que había llegado a la selva paraguaya. Gunther Haas estaba en Colonia Independencia. No era un rumor. Era certeza. El médico de la rampa de Dachau, el hombre que había clasificado vidas con un dedo indiferente, vivía ahora en la casa del fondo, bajo el nombre de "el alemán del cerro oeste". Parte de la red del General Neuhausen. El pájaro que aún tenía alas, el que podía encontrar nuevo nido en esa colonia donde la tierra perdonaba y la selva ocultaba.

Martin no le dijo nada a Ilse. No quería que el terror la consumiera más que la fiebre. Pero cada vez que miraba el mapa improvisado que había dibujado en una hoja suelta —rutas desde Bonn a Burdeos, barcos a Buenos Aires, y luego el interior de Paraguay—, sentía un escalofrío. Colonia Independencia ya no era destino, era una trampa tendida con la parsimonia de los cazadores que saben que su presa llegará por costumbre, no por descuido. Haas y Neuhausen no eran piezas aisladas: eran filamentos de una red densa, tejida con hebras de un pasado que no se resignaba a morir. Esa red no atrapaba con fuerza, sino con paciencia. Esperaba agazapada, como espera el monte, mudo y hostil, mientras digiere el

olor sanguinolento de los huesos de quienes se atrevieron a ignorarlo.
Si llegaban allí, si cometían el error de creer que se podía empezar de nuevo al otro lado del océano, el pasado no se quedaría en Bonn. No lo haría. Vendría con ellos, como los vicios y las pasiones, pero no en forma de recuerdos, sino como un espectro con dientes, una sombra que no se desprende ni con sol ni con agua bendita. El pasado, en ese rincón del mundo, era un cadáver disfrazado de vecino, de funcionario, de cura afable o de colono. Y su aliento olía a archivos turbios, a cuero militar y a temor fermentado.
Una vez adentro, no habría vuelta atrás. Porque los que entraban en esa red ya no salían; se reciclaban, se transformaban o simplemente se desvanecían.
Una tarde de principios de julio, bajo una lluvia fina que convertía las calles en cintas lustradas al betún, Martin se encontró con Karl en el fondo de un café cerca de la estación central de Bonn. Karl había sido uno de los tantos en el cautiverio francés, uno de los pocos que sabía leer entre líneas.
Se sentaron en una mesa del rincón, con dos tazas de café entre ellos y la complicidad como mantel de encaje.
Karl hablaba bajo, balbuceando casi sin mover los labios.
—Haas está confirmado. En el cerro oeste. Neuhausen lo visita de vez en cuando, o al menos envía mensajeros. La colonia es un nido. Si vas allí con tu nombre, te reconocerán antes de que llegues a Asunción.
Martin apretó la taza hasta sentir que sus dedos ardían.
—No puedo llevar a Ilse y a la niña a eso. Necesito otro camino.
Karl sacó un papel doblado del bolsillo interior. Lo deslizó por la mesa como si con eso estuviese ofreciéndole a Martin la eucaristía dominical, la salvación del cuerpo y la absolución del espíritu.
—Hay una nueva colonia en Sudamérica, pero no en Paraguay. Está en Argentina, en el noreste, en frontera con Paraguay. Ya hace varios años que la fundó un tal Schwelm. La colonización tiene ya una población interesante. El pueblo se llama Eldorado y ahí vas a poder contactar a un viejo camarada de algunos de las altas esferas.
—¿Y cómo se llama el tipo?

—Sé que se cambió el nombre original por Pedersen.
—Esto ya me da otra perspectiva. Aún no sé cómo voy a movilizarme con Ilse y la niña.
—Desembarca en Montevideo y desde allí se pueden ir al noreste de Argentina, a Brasil o a Bolivia. Hay muchos pueblos pequeños, donde nadie pregunta por apellidos ni pasados. Pero cuesta dinero. Y contactos. ¿Tienes?
Martin negó con la cabeza.
—Solo tengo el cuadernillo y lo que queda de mis manos.
Karl lo miró por un momento casi infinito.
—Entonces vende lo que puedas. Y quema el cuadernillo antes de subir al barco. Si te lo encuentran, no hay plan que alcance ni contactos que te salven el pellejo. ¡Te lo advierto!
Martin tomó el papel. Lo guardó sin mirarlo después de haberle hecho un doblez más.
Cuando salió del café, la lluvia había cesado, pero el aire seguía pesado, como si la ciudad entera supiera que se preparaba para huir. Comenzó a investigar en secrecía. Cartas cifradas a los pocos contactos viejos que le quedaban en Berlín, conversaciones a media luz con hombres que habían sobrevivido al cautiverio francés, preguntas veladas en el mundillo espurio de Bonn. Cada noche, antes de cerrar el cuadernillo, borraba una línea del mapa. Colonia Independencia se desdibujaba poco a poco, y lo que hasta hacía un tiempo era una promesa, se había convertido en una amenaza.
La noche de la partida llegó sin fanfarria. Principios de agosto de 1949. La casa oscura, la lámpara de queroseno tiritando una despedida angustiosa. Almuth, de siete años, no lloró. Solo apretaba la mano de su madre con fuerza, como si supiera que el mundo se acababa allí mismo. Martin cargó las maletas: una para Ilse, con la ropa de la niña y un libro de cuentos; otra para él, con papeles verdaderos y el cuadernillo negro que quemaba más que mirar con los ojos descubiertos directo al sol.
Salieron por la puerta trasera. El camión esperaba en la callejuela Gartenweg, oliendo a solvente y a despedida definitiva.
El viaje hasta la frontera con Francia fue un calvario de danzas bruscas e iluminaria indeseable. En Estrasburgo tomaron el tren a

Burdeos. El vagón lleno de rostros como el suyo: agotados, ansiosos, mudos, con ojos que ya parpadeaban en letargo ocular-
La ciudad de Burdeos se presentó oronda, luciendo un traje nupcial de niebla marina, perfumada con olor a salitre y a mar revuelto. El puerto bullía de barcos que prometían amnesia, garantizándola durante varias semanas a bordo.
La tensión estalló en la aduana francesa. Un oficial joven, con ojos que parecían haber visto demasiada gesta ilegal, pidió los documentos a cuanto rostro se le presentase ante sí. Martin entregó los pasaportes verdaderos. El hombre los abrió despacio. Hojeó. Comparó fotos. Sellos. El silencio se hizo insoportable y el tiempo se estiró hasta hacerse un hilo imperceptible. Ilse apretó la mano de Almuth hasta que la niña soltó un pequeño gemido de dolor. Martin sintió que el corazón le iba a estallar.
El oficial levantó la vista. Miró a Ilse —pálida, trémula, con la fiebre aun reptando bajo la piel—. Miró a Almuth —ojos grandes, asustados—. Luego posó sus mirada en Martin y ahí aparcó sus ojos que se incrustaban en los nervios de toda su humanidad hasta casi hacerlo estremecer. Por un segundo pareció que iba a decir: "Lughnar. Gaustellenleiter. Colonia Independencia". Pareció que iba a llamar a alguien, que todo terminaría allí mismo y que el nombre verdadero era la peor de las confesiones.
Ilse cerró los ojos, como si esperara el golpe final. Almuth se aferró más fuerte a la falda de su madre y no dejaba de observar al tipejo en uniforme que ya revestía el carácter de estatua de sal.
Pero el oficial solo suspiró. Selló los papeles con un golpe seco. Devolvió todo y esa película en cámara lenta volvió a su ritmo inicial, a la inercia de la vida misma.
—¡Siguiente! —y con esa palabra santificó la nueva vida de los tres, con crucifijo y padrenuestro.
Salieron al muelle tambaleándose. El barco negro espeso se recortaba contra el cielo gris. Martin tomó la mano de Ilse. Ella lo miró con lágrimas que por fin emanaron y rodaron por unas mejillas revividas en color humano.
—Lo logramos —susurró.

Almuth miró hacia atrás una sola vez, como si buscara la casa que ya había quedado a distancias insospechadas.
La sirena sonó. El mar se abrió ante ellos como una herida que prometía curar lo impensable.
Pero Martin, mientras el barco se alejaba, no podía dejar de pensar en Haas como un lobo enjaulado y hambriento en esa "casa del fondo", en la red que esperaba en la selva. El destino final ya no era Colonia Independencia. Tenía que encontrar otro destino, uno menos impío y cómplice. Uno donde el pájaro no cayera en la misma trampa que había evitado durante meses.
Y Bonn se quedó atrás, con sus escombros y sus miserias, como una ciudad que nunca había sido suya. Maria y Joseph navegaban adelante, bajo nombres falsos forjados por el artista que había engañado a la muerte. El pájaro extendía sus alas hacia un sur incierto, donde la tierra seguía fecunda, pero las semillas pútridas esperaban bajo la superficie, listas para brotar cuando menos se esperase.

20. Circuito de protección

La tarde se derramaba sobre Eldorado con la bonanza de una bruma húmeda apenas sostenida por la brisa subtropical. El calor tenía la densidad de una plegaria tribal y las hojas de los árboles, inmóviles como testigos de otro siglo, colgaban con la misma gravedad con la que los inmigrantes recién llegados cargaban sus memorias. Las puertas de ese enclave improbable se abrían, una vez más, para un puñado de exiliados sin patria fija, buscadores de todo lo que el pasado les había escamoteado: paz, redención o al menos una guarida natural.

El Hotel de los Inmigrantes endurecía el paisaje revelando un brutalismo arquitectónico que ennegrecía las pupilas. Olía a lejía concentrada, a maderas que ya no crujían sino suspiraban y a derrotas cocidas al vapor. Las paredes parecían haber absorbido fragmentos de conversaciones en todas las lenguas, en todos los acentos posibles, y ahora murmuraban apenas en dialectos desconocidos. Cada ladrillo estaba esculpido con el nombre de alguien que pasó y no volvió.

En una habitación simple y de dimensiones poco generosas desempacaron sus valijas con la majestuosidad de un rito menor, y diseminaron sus pertenencias con la obstinación de quien quiere hacer del exilio un simulacro de hogar. Almuth, sin una palabra, colocó su libro de cuentos sobre una mesa tosca de madera teñida con ese ocre rojizo que sólo se encuentra en tierras que han sangrado bajo soles impasibles. El libro tenía las esquinas gastadas, las tapas flojas y el olor inconfundible de haber pertenecido a otra infancia —la suya o la de alguien más.

Martin, en cambio, callaba con la firme intención de quien no desea ser interpretado. Se movía por la habitación como un huésped accidental de su propia vida, sin hacer ruido, sin dejar sombra, sin detenerse. Ilse, con el aire de una mujer que ha pactado con la necesidad, iba y venía interrogando rostros, paredes, proyectos de conserjes y precios de todo lo que se le cruzaba frente a los ojos: ¿a

cuánto el pan?, ¿cuándo sirven la cena?, ¿cómo se llama este pescado que parece lengua de un animal extinto?
—Debo salir —anunció Martin, con una voz sin destinatario, casi una orden dirigida al aire.
—¿A dónde, ver a quién? —replicó Ilse, sin levantar la voz, pero dejando que el filo de la sospecha asomara entre las palabras—. ¿Acaso conoces a alguien aquí?
Martin no respondió. La miró un segundo con esa expresión que había aprendido en los años del orden absoluto: el gesto impenetrable del que sabe algo que el otro no tiene derecho a saber.
—Más tarde hablamos—dijo, y tocando el hombro de Ilse con condescendencia como si la ungiera con un secreto que no pensaba compartir, cruzó el umbral sin volver la vista atrás, y la puerta se cerró tras él.
La habitación quedó poblada por Ilse, Almuth y una austeridad digna de un asceta.
La incertidumbre se instaló entre ellas como una tercer ocupante, pesada, familiar, casi viva. Ilse se sentó en el borde de la cama y miró fijamente la puerta cerrada, como si pudiera atravesarla con la mirada y ver a Martin caminando por las calles de Eldorado, hacia un encuentro que no había mencionado y que, sin embargo, parecía haber estado esperando desde Bonn.
La calle San Martín, en dirección al kilómetro 9, se alargaba entre árboles tupidos y flores enloquecidas por la primavera que, en un alarido vegetal, se resistía a la lógica del urbanismo. Allí, en un claro cuidadosamente conquistado al monte, se alzaba la casa de los Pedersen: una construcción que no solo desentonaba con las viviendas aledañas por su estilo y prestancia, sino que parecía ignorarlas de manera deliberada.
La residencia, de arquitectura vasca con toques coloniales y detalles que rozaban lo cortesano, ofrecía un espectáculo inesperado en ese rincón misionero: el pórtico de columnas elevadas se desplegaba como un escenario en reposo, y el camino empedrado que conducía hasta él serpenteaba con falsa humildad, cubierto por una grava clara que intentaba, en vano, resistir el abrazo permanente de la tierra roja. Esa misma tierra, tan indómita como la historia que la

habita, se arraigaba a los zapatos como un niño a las faldas de su madre.

Las ventanas del caserón eran altas y angostas, flanqueadas por cortinados pesados que se adivinaban tras los cristales, como si en lugar de permitir la entrada de la luz, se dedicaran a repelerla. Cada rincón de la fachada hablaba de un intento por conservar un aire europeo, desentonado y persistente, como una nostalgia mal colocada. La humedad vaporosa del subtrópico, sin embargo, había comenzado a reclamar su espacio en los bordes del techo, en las rejas forjadas, en los canteros domesticados donde las flores de mburucuyá y las orquídeas salvajes parecían exhibirse bajo amenaza de exilio.

Fue frente a ese portal que Martin Lughnar se detuvo, con el sol de septiembre azotando su espalda y la camisa empapada en una transpiración que no era del todo térmica. Tocó con los nudillos el marco de la puerta, sin esperar demasiado. No era hombre de ceremonias.

—¿Buenos días, se encuentra el señor Pedersen en casa?

La puerta, maciza y de dos hojas, apenas se entreabrió, revelando un rostro firme, con ojos de sombra y expresión limítrofe entre el fastidio y la evaluación.

—¿Quién lo busca? —inquirió Felisa, con el tono de quien administra un pasaje sagrado. Su rostro, de porcelana mestiza y nobleza impostada, parecía curtido más por la desconfianza que por el clima.

—Martin Lughnar. Dígale que vengo de parte de Karl Weger.

Felisa no asintió ni negó. Simplemente desapareció, girando sobre sus talones con una economía de movimientos que sólo dominan los cancerberos bien entrenados. Dejó a Martin a la intemperie, entregado a la mansedumbre engañosa del sol misionero, ese que abrasa sin clemencia y pinta de oro rojizo la tierra, como si el infierno llevara guayabera.

Desde su lugar, Martin recorrió con la mirada la fachada de la casa. Observó los postigos pulidos con devoción semanal, la pintura aún intacta a pesar de las lluvias que todo lo deshacen en esas latitudes, el zaguán empedrado que pretendía elegancia, pero que no podía

ocultar la rebeldía vegetal de las raíces que ya comenzaban a empujar desde abajo, queriendo romper el dibujo.
No se escuchaban pájaros. Solo el lejano zumbido de las chicharras y el jadeo de un generador en alguna propiedad vecina.
La casa de los Pedersen no era solamente una vivienda: era una declaración de principios. Cada ladrillo parecía murmurar con zozobra que el resto del pueblo podía pudrirse en su humildad, mientras allí se preservaba un mundo concebido a un puñado de elegidos. No un mundo mejor, sino uno cuidadosamente editado.
Martin, con el sol y el sudor lamiéndole la nuca y los párpados, esperó sin moverse. No encendió un cigarro, no se quitó el sombrero. No mostró apuro. Porque él sabía que, en casas como aquella, la espera era parte de la prueba y la confirmación de la jerarquía.
Y detrás de esas paredes no solo se cocinaban guisos de ternera con papas: se decidían alianzas, se archivaban culpas, se medían peligros y se bendecían pactos innombrables.
Cuando Felisa volvió, la puerta se abrió un poco más. No del todo.
—Pase. Pero no toque nada— y sus dos ojos alargados y sin gracia recorrieron de cabeza a pies la figura del visitante.
Martin no respondió. No necesitaba siquiera discutir con alguien tan distinto a él, tan ajeno a su condición.
Y al cruzar ese umbral, comprendió que no se trataba solo de un encuentro. Se trataba de entrar, tal vez, en la siguiente fase de un juego que nadie había declarado, pero que todos sabían jugar.
Franz Pedersen apareció en persona, sin previo aviso ni secretario, como si estuviera esperando a Martin desde hacía años para compartir unas cervezas.
—Pase, pase… —dijo, abriendo los brazos con entusiasmo teatral—. Que el calor acá entra suave y sale con llagas en el cuello.
Martin no sonrió. Apenas inclinó la cabeza con ese gesto suyo que podía ser saludo, amenaza o simple advertencia.
—Karl Weger me trajo hasta usted —dijo, con tono neutro.
—No explique, no explique —lo interrumpió Franz, agitando una mano condescendiente como quien espanta una mosca de porcelana —. Aquí no comentamos nada. Vivimos cada día con paz y olvido. No

preguntamos, nos reconocemos inmediatamente. Nos mezclamos con todos… y nos separamos para lo que sea necesario, para lo que verdaderamente importa.
Dicho esto, lo condujo con paso ceremonioso a una biblioteca cuya pulcritud insolente y vanidosa resultaba, por decir lo menos, sospechosa. Era un santuario del orden y la obsesión bien empastado. A la derecha, los tomos enciclopédicos *Brockhaus*, rígidos y brillantes, lucían lomos púrpura y biselados dorados que parecían no haber sido hojeados desde la caída del Kaiser. A la izquierda, un escritorio sólido, sacado de un tribunal militar, lo desafiaba con dos butacas enfrentadas. Todo era tan perfecto que irritaba, o peor: amedrentaba.
—Tome asiento, Lughnar —invitó Franz con su sonrisa de comerciante de ataúdes—. ¿Nos podemos tutear? Acá en este "Nuevo Mundo", como le dicen, las cosas corren por otros canales. ¡Otra agua, otra mugre, otras libertades, querido amigo! Mi mujer y yo estamos disfrutando aquí, aún al azote del calor y las diferencias con los lugareños.
Martin se sentó sin emitir juicio.
—Ya veo —dijo, dejando caer las palabras como piedras, observándolo al milímetro—. Llegamos con mi mujer y mi hija hace dos días.
Pedersen frunció el entrecejo con la rapidez de una trampa.
—¿Tu hija?
Martin dudó apenas un segundo y detestó tener que dar explicaciones.
—Bueno, tú sabes…
—Yo no sé nada, amigo —replicó Franz con una risa que crujía como papel encerado—. Y cuanto menos sepa, más tiempo vivo me mantengo. Ya sabes: la ignorancia es la armadura del exiliado.
Martin lo miró sin inmutarse, pero se justificó secamente.
—Es la hija de mi mujer, sí, pero yo la adopté. Ahora lleva mi nombre.
Franz lo observó como quien inspecciona un paquete sin remitente.
—Esa niña no está segura aquí. Hazte a la idea desde ahora.
—Pero…

—No soltemos más información —lo cortó con voz tersa pero fingida —Todos tenemos la misma información. Todos sabemos absolutamente todo. Y nadie dice una palabra. Llévatela de Eldorado. Lejos. Antes de que alguien más te lo sugiera con menos amabilidad. Y acá queda zanjado el tema, mi estimado Lughnar.
Martin tragó saliva mientras su ceño se contraía. El aire era espeso como melaza fermentada.
—¿Adónde? ¿Cómo? Ilse…
—Habla con Krieger —lo interrumpió de nuevo—. Jorge Krieger. Está en Caraguatay. No muy lejos, a unos treinta y pico de kilómetros en dirección a Puerto Rico. Vive allí con su mujer.
—¿Y cómo podría ayudarme ese señor?
—Ve y habla con él. No se diga nada más —respondió Franz, dando por terminada la conversación con el mismo tono con el que se apaga una radio antes del parte oficial.
Felisa apareció uniformada de azul, con una bandeja con dos vasos de vidrio y una jarra con limonada fresca.
A partir de allí, la charla se deslizó por caminos triviales, una comedia de lo absurdo entre dos hombres que se olfateaban como perros en duelo silencioso. Pedersen elogiaba los beneficios del clima, del agua con hierro y hasta del mate, como si intentara convencerlo de que la selva misionera era un paraíso y no una trinchera para los que venían huyendo de su propio rostro.
Finalmente, Franz se puso de pie con la gracia engolada de un presentador de circo.
—Bueno, Martin… el calor aprieta y las palabras también. Hoy me espera un día largo en el club de canotaje. A ver si un día te pasas por ahí. Me alegro de que hayas venido. Esta casa siempre tiene las puertas abiertas para los amigos… y las ventanas bien cerradas para los recuerdos.
Y luego de ese manantial de palabras rimbombantes Martin comprendió que la audiencia había terminado. Se despidió con un apretón de manos seco, sin afecto ni promesas.
Pedersen lo acompañó hasta la puerta con la misma sonrisa inmóvil que había mostrado desde el primer segundo. Uno podía imaginarlo

sonriendo en su lecho de muerte, sin haber revelado jamás si aquella cortesía era gentileza o un último escupitajo diplomático.
Y como despedida, le tendió una esquela con una dirección.
—Está desocupada y podrás entrar a vivir en unos pocos días. Te mantengo informado.
Horacio Quiroga 146 rezaba el minúsculo papelillo.
El sol ya se inclinaba cuando Martin tomó el camino de regreso hacia el hotel de inmigrantes con la dirección incrustada de memoria en sus sienes.
El polvo rojo le manchaba los zapatos como una advertencia que no sabía cómo interpretar. No era sólo lo que había oído, sino lo que no se había dicho. Cada palabra de Franz llevaba el peso de un secreto común. Y ahora, tendría que hablar con Ilse. Con cuidado. Demasiado cuidado. Almuth debía partir y tal vez ese sea un nuevo comienzo para él, sin la sombra del General en el rostro de esa criatura que lo inquiría a diario y le corroía el espíritu como un ácido letal.

21. El mandato ineludible

La carta de Jorge llegó envuelta en la misma obsecuencia pegajosa que traían todas las cartas de Misiones. Hilda la abrió con la punta de las tijeras, como quien destapa una herida que ya no sangra, pero sigue latiendo. Se sentó en la mecedora de la sala que crujía como huesos viejos y leyó despacio, saboreando cada palabra con la misma mueca con que masticaba las empanadas de Plaza Italia: con disgusto y nostalgia a partes iguales.

Hilda, espero te encuentres bien. Las dos últimas cartas tuyas fueron poco alentadoras. Tu enojo, tu soledad.

Ya ahí, el pulso se le aceleró. Jorge siempre había escrito como si le debiera dinero: breve, práctico, sin adornos, pero con ese barniz de compadecimiento que se desprendía frente a los ojos mordaces de Hilda.

La frase "*tu enojo, tu soledad*" disparó su furia. Era un insulto disfrazado de preocupación. Siguió leyendo, y cada línea era un alfiler más:

…En unos días estará llegando a tu casa una niña que estará a tu cuidado. Será como una sobrina para ti. El nombre te lo dirá ella misma y verás cómo te va a agradar estar con ella.

Su madre se encargará de acompañarla desde Eldorado hasta Buenos Aires en tren. Te pido que, al menos por un tiempo, y te juro que será un tiempo limitado, cuides de ella. No te faltará la ayudita económica que te voy a hacer llegar…además te brindará un poco de compañía.

Hilda sintió que el papel ardía entre sus dedos. Como si una niña pudiera entrar en esa casa sin que todo se le viniera encima: los olores a tela húmeda, el chirrido de la máquina Singer, el eco de una boda que nunca fue.

Cada frase era un zarpazo más: *"un poco de compañía", "una ayudita económica", "una niña que estará a tu cuidado", "te va a agradar estar con ella"*.

—¡Ni loca! —exhaló con una furia que hacía tiempo no salía de su cuerpo seco y encogido—. ¡Ni muerta, Jorge! ¡Ni muerta y vuelta a

resucitar!
Terminó la carta con los ojos fijos en las últimas palabras:
¡Este pedido es ineludible, querida Hilda! Ya sabes, no lo he decidido yo. Hay que hacer lo que hay que hacer.
La despedida, con su promesa hueca y sus *"abrazos de Vera y míos"*, fue la gota que derramó un mar de bilis dentro de su deforme cuerpo.
Dejó caer la hoja sobre la mesa. El sonido fue mínimo, pero en la quietud de la habitación resonó como un portazo. Se levantó con lentitud, como si el cuerpo pesara más desde ese instante, y fue a su dormitorio donde comenzó a inspeccionar con ojos agrios. Todo aquello que había sido suyo y de nadie más desde que llegó a Buenos Aires.
La habitación era pequeña, austera, casi monástica: una cama de hierro con el colchón hundido en el centro por años de insomnio, un ropero de tres cuerpos que olía a naftalina y a tiempo detenido, una mesita de noche con un crucifijo de madera que nunca había sido bendecido, un sofá largo donde reposaban las prendas de vestir que pasaban por sus manos y una cómoda con cajones que ya no cerraban del todo. Hilda abrió el ropero de par en par. Dentro colgaban sus pocos vestidos oscuros, todos de corte recto, todos del mismo color apagado que tenía su vida.
Con movimientos estudiados pero furiosos arrancó del perchero un abrigo viejo que no usaba desde 1947. Lo tiró sobre el sofá como si quemara. Luego sacó dos cajas de cartón que guardaban zapatos que nunca más se pondría y las arrojó al pasillo con un golpe sordo. El polvo se levantó en una nube fina y gris, como humo de un incendio que aún no se declara.
Abrió los cajones de la cómoda. El primero estaba lleno de medias remendadas, pañuelos bordados a mano que aún tenía para regalar, un par de guantes de lana que picaban. Los volcó sobre el cobertor tejido sin mirarlos. El segundo cajón contenía cartas viejas —no muchas, solo las de Jorge y Vera, y una que nunca contestó—, un rosario roto, un frasco de colonia que se había secado hacía años. Todo fue a parar al suelo en un montón informe.

Hilda respiraba fuerte, los labios apretados hasta que se volvieron una línea blanca bajo el labial cuarteado. Sacó del armario un sillón pequeño de respaldo alto y brazos desgastados que había pertenecido a su madre. Lo arrastró con esfuerzo hasta el rincón junto a la ventana, el único lugar donde aún se encontraba vacío. Lo colocó allí con cuidado casi reverente, como si fuera un altar improvisado, y luego lo cubrió con una manta de lana gruesa que olía a lavanda mustia. Era lo más parecido a una bienvenida que podía ofrecerle a una desconocida.

Volvió a la cómoda. Dejó vacíos tres cajones grandes. Los forró con papel encerado que había guardado para confeccionar patrones de costura. En el cajón superior colocó una toalla limpia doblada, un peine de carey que nunca usaba y una pastilla de jabón de glicerina envuelta en su papel original. Parecía un gesto de amor maternal: todo ordenado, todo preparado. Pero sus manos temblaban de rabia contenida, y cada vez que cerraba un cajón lo hacía con más fuerza de la necesaria, como si quisiera aplastar algo que no estaba allí.

En la cocina, que era también comedor y recibidor, apartó de la mesilla redonda los catálogos de telas y los restos de hilo. Limpió la superficie con un trapo húmedo hasta que brilló. Colocó allí un tintero seco, un cuaderno de tapas negras que había comprado por si alguna vez escribía algo que valiera la pena y un lápiz recién afilado. Todo listo para que la niña, cuando volviera de la escuela, pudiera sentarse a hacer los deberes sin que nada le estorbara.

Hilda se quedó de pie en el umbral de la cocina, mirando la mesilla como quien mira un enemigo vencido. Por fuera parecía una mujer que se prepara para recibir a una sobrina esperada: gestos medidos, detalles amorosos, previsión casi tierna. Pero por dentro hervía. El pecho le subía y bajaba con respiraciones cortas y furiosas. Tocaba el anillo que colgaba de su cuello una y otra vez, como si el metal pudiera enfriarle la sangre.

—¿Una cría? —susurró hacia la nada, con una incredulidad que no pedía respuesta—. ¿Aquí?

Cruzó la cocina con pasos medidos y se plantó frente a la ventana que daba al patio angosto, donde un ficus desnutrido insistía en sobrevivir entre baldosas manchadas de humedad. Apoyó la frente

contra el vidrio empañado y dejó que el frío le ordenara los pensamientos. Con los ojos cerrados, vio la escena con una claridad que la enfureció: la muchacha descendiendo en Retiro con una maleta demasiado liviana para tanto desamparo, la mirada limpia todavía, imprudente, sin el barniz necesario para atravesar ciertas casas; y detrás, la madre entregándola con la prolijidad de quien deposita un encargo incómodo en manos ajenas, sin intención de regresar por él.

El silencio, ese visitante obstinado, volvió a instalarse en la habitación como si tuviera derecho de permanencia.

—No voy a convertirme en depósito de miserias ajenas —murmuró con una mueca que no alcanzaba a ser sonrisa—. Que no pretendan convertir mi techo en escondite de culpas que no me pertenecen.

Sin embargo, en el fondo sabía que la discusión estaba perdida antes de comenzar. La carta de Jorge no solicitaba anuencia ni apelaba a la compasión; se limitaba a enunciar la consigna con esa sequedad que siempre acompañaba a las órdenes disfrazadas de deber: *Hay que hacer lo que hay que hacer*. Frase impecable, pulida hasta parecer razonable, la misma que había circulado durante años para justificar lo injustificable, siempre envuelta en sobres cerrados y en decisiones que nadie osaba interrogar.

Hilda volvió al dormitorio. Se sentó en el borde de su cama, junto al sillón recién colocado. Miró el espacio que había hecho. Parecía acogedor. Parecía maternal. Parecía todo lo que ella nunca había sido.

Y, sin embargo, en ese instante, con las manos aun temblando y el corazón latiéndole en la garganta, sintió que algo se le rompía por dentro, no con ruido, sino con un crujido sordo y definitivo, como una puntada que se salta y deshace toda la costura.

Tocó el anillo una vez más.

—Te vas a arrepentir, te lo juro—susurró.

No estaba claro si hablaba de Rubén Díaz, de Jorge, de la madre que venía en camino, o de la niña que aún no tenía nombre.

Solo sabía que, cuando llegaran, la puerta se abriría. Y que ella estaría allí, con la sonrisa que había ensayado frente al espejo roto, con los cajones vacíos y el sillón preparado.

Y que por dentro seguiría hirviendo.

La ciudad, afuera, respiraba su ruido constante. Adentro, solo se oía el tictac de un reloj que funcionaba a las cansadas y el roce leve del anillo contra su piel cuando lo apretaba con fuerza, como si quisiera dejar una marca que durara más que ella misma.

El tren de Posadas llegó a Retiro bajo un cielo de plomo que parecía haber viajado con ellas desde Misiones. Era uno de esos días de octubre en que Buenos Aires finge ser primavera, pero aún huele a invierno guardado en los andenes: humo de carbón, café tostado y algo quemado, perfume barato de las vendedoras ambulantes y el sudor nervioso de quienes esperan a alguien que tal vez no baje nunca.

Ilse bajó primero, con el rostro pálido y los ojos hundidos por las casi treinta horas de traqueteo. Llevaba un abrigo demasiado grueso para el clima porteño, como si aún cargara el frío de Bonn en los huesos. De la mano traía a Almuth, aunque ese día nadie la llamaba por su nombre completo. La pequeña tenía nueve años recién cumplidos, pero su cuerpo parecía más delgado de lo que correspondía, como si el viaje hubiera estirado su silueta hacia arriba y la hubiera dejado frágil, casi transparente. Llevaba un vestido azul marino de gabardina que Ilse había cosido ella misma en Eldorado, con dobladillos apresurados y un cuello blanco que ya amarilleaba en los bordes. En la otra mano sostenía una valija de un material algo más grueso que un cartón reforzado y de la cual asomaba remachada una cinta marrón, tan pequeña que parecía pertenecer a una muñeca.

No hablaban mucho. Ilse le apretaba la mano con fuerza intermitente, como si temiera que la niña se le escapara en medio de la multitud. Almuth miraba todo con esa quietud desconcertante de los niños que han aprendido demasiado pronto a callar: los mozos de estación con gorras ladeadas, los taxis *Ford* que pitaban como animales heridos, las palomas que picoteaban migas entre los rieles. No preguntaba nada. Solo apretaba los labios y seguía el paso de su madre.

Tomaron un autobús en la avenida Leandro N. Alem. El trayecto hasta Plaza Italia y hasta llegar a la calle Fray Justo Santamaría de

Oro fue largo, lleno de paradas y arrancadas bruscas que hacían tambalear hasta las penas. Ilse iba sentada junto a la ventana, con la niña a su lado. Cada tanto le apartaba un mechón de pelo de la frente, un gesto mecánico, casi ritual. Almuth apoyaba la cabeza en el hombro de la madre y miraba pasar la ciudad como si fuera una película muda: edificios grises con balcones herrumbrados, carteles de cine que anunciaban películas que nunca vería, mujeres con pañuelos en la cabeza que cargaban bolsas del mercado.

Cuando llegaron al barrio, el sol ya se había escondido detrás de los edificios de la Avenida Santa Fé. La calle Oro estaba tranquila, con esa falsa quietud de media tarde en que las radios suenan apenas detrás de las persianas bajas. Hilda las esperaba en la puerta del edificio, de pie en el umbral como una estatua de sal y rencor. Llevaba un vestido negro de crepé que le colgaba como una bandera rendida, el peluquín ligeramente torcido, el delineador corrido por la humedad del día. En el cuello, el anillo que colgaba como un péndulo perverso, brillaba como un ojo acusador.

—Pasen —dijo, sin sonreír ni mirar a los ojos. Su voz era seca, cortante, como si las palabras le costaran saliva.

Ilse inclinó la cabeza en un saludo mínimo. Almuth se quedó quieta, mirando a la mujer desconocida con esa curiosidad sin miedo que solo tienen los niños que ya han visto demasiadas caras nuevas.

Subieron por la escalera angosta donde el olor intenso de los incineradores y de algún guiso viejo las envolvió como una manta pesada. Hilda abrió la puerta del departamento con una llave que tintineó demasiado fuerte en el silencio. Dentro todo estaba en su lugar, pero nada parecía acogedor: la máquina Singer cubierta con un paño, la mesa de la cocina limpia hasta el exceso, el sillón en el dormitorio con la manta de lana, bordada por ella misma al crochet, doblada con obsesión militar.

Hilda señaló el dormitorio con un gesto de barbilla.

—Ahí va a dormir la niña, o más bien, mi sobrina—dijo con un sarcasmo ácido— El sofá será su cama. Algunos cajones de la cómoda están vacíos para su ropa, que por lo que veo no es un gran ajuar. En la cocina hay una mesilla para que haga los deberes cuando vuelva de la escuela.

Ilse asintió a cada frase de Hila. Dejó la valija en el suelo con cuidado, como si temiera romper algo invisible.
—Gracias, Hilda —dijo en voz baja—. No será por mucho tiempo.
Hilda no respondió. Solo miró a la niña, que seguía de pie en el umbral del dormitorio, con las manos cruzadas delante del cuerpo.
—¿Cómo te llamas? —preguntó al fin, con un tono que pretendía ser amable, pero sonaba a interrogatorio.
—Almuth —respondió la niña, casi en un susurro.
Hilda asintió una sola vez, como si el nombre le confirmara algo que ya sospechaba.
—Bien. Almuth. Yo soy tu tía, que te quede claro. Vas a dormir ahí. Mañana iremos a la escuela número veinte para hacer tu inscripción, aun siendo sólo por los últimos meses del año. Está a la vuelta, no es lejos de acá.
Ilse se arrodilló frente a la niña. Le acomodó el cuello del vestido, le pasó los dedos por el pelo.
—Pórtate bien, ¿sí? Vuelvo por ti en unas semanas. Te voy a escribir para que luego tu hagas lo mismo así recibo tus noticias.
Almuth no lloró. Solo asintió, con esa seriedad adulta que había aprendido en los últimos meses. Y en esa inocencia de niña sabía que su permanencia en lo de Hilda cargaba varias hojas de calendario, muchas más que unas pocas semanas.
Hilda la observaba desde la puerta, los brazos cruzados, el anillo apretado entre los dedos como si quisiera estrangularlo. Todo era cortesía: ofreció un vaso de agua, señaló el baño, explicó dónde estaban las toallas. Cada palabra de Ilse, cada gesto, cada mirada de la niña le recordaba lo que ella nunca había tenido: una boda, un hijo, una promesa cumplida.
Y ahora le metían en su casa a una criatura que no era suya, de una familia que venía de Eldorado cargando quién sabe qué secreto y que ahora haría el estúpido papel de sobrina.
Ilse se quedó un rato más. Sentada en el borde de la cama de Hilda, hablando en voz baja con Almuth. Le contó historias, esas que nunca antes le había contado. La niña escuchaba, los ojos muy abiertos, sin interrumpir. Y al final de varios cuentos, una sonrisa se

posó en su cara como con un miriñaque, ese que le ayudaría a sostener tanto más en los tiempos venideros.
Cuando llegó la hora de la partida de Ilse —el tren de vuelta a Misiones salía esa misma noche—, se levantó con lentitud, esa ceremonia que parecía bendecir una mentira, transformándola en algo más piadoso que cruel.
Abrazó a Almuth con fuerza, como si quisiera llevársela pegada al cuerpo. Luego miró a Hilda.
—Cuídela, por favor. Lamento que todo se haya dado de esta manera. Lamentablemente esto se trata de la vida de la pequeña.
Hilda sostuvo la mirada un segundo más de lo necesario.
—Haré lo que hay que hacer, igual que usted. Mande la ayuda económica que prometió mi hermano. Con eso estamos en mejores términos— respondió, y en su voz resonó el eco exacto de la carta de Jorge.
Ilse bajó la escalera sin mirar atrás. El portazo de la calle sonó como un punto final.
Quedaron solas: Hilda y su flamante sobrina.
Almuth se acercó al sillón, tocó la manta con la punta de los dedos. Luego miró a Hilda.
—¿Puedo sacar mi libro? —preguntó.
Hilda asintió, sin suavizar la expresión.
—Saca lo que quieras. Pero no hagas ruido.
La niña abrió la valija. Sacó un libro de cuentos con las tapas flojas y las esquinas peladas. Se sentó en el sillón, lo abrió en una página marcada con un pétalo seco y comenzó a leer en silencio.
Hilda se quedó de pie en el umbral, observándola. La luz mortecina del pasillo le caía sobre la cara y hacía brillar el delineador corrido y el labial cuarteado. Tocó el anillo una vez más.
—Te vas a arrepentir, malnacido —susurró por vez enésima.
La niña levantó la vista un instante, como si hubiera oído algo que no debía. Luego volvió al libro, confirmándolo.
Las calles de Buenos Aires continuaban su ruido incesante. Adentro, solo se oía el pasar de las páginas y un rostro envuelto en una piel que ya no sentía nada más que rabia contenida.

Y así empezó la convivencia de dos desconocidas bajo el mismo techo, una hirviendo por dentro, la otra leyendo como quien espera que el mundo se explique solo.

22. Los años de simulación

Mientras Buenos Aires se perfumaba para el centenario de su autocomplacencia —desfiles en la Avenida de Mayo como procesiones laicas, banderas flameando con promesas de justicia social, Evita desde un balcón que ya parecía altar eterno repartiendo juguetes y sonrisas prefabricadas—, Berlín se remendaba con manos sucias y complicidades que pesaban como plomo. Lo que no ardió en las hogueras del final se archivó en expedientes que olían a vileza y a olvido calculado. Lo que no se dijo se tradujo en acuerdos susurrados en despachos mal iluminados, donde la luz de una lámpara de escritorio bastaba para borrar una biografía entera. Y lo que no se pudo ocultar se disfrazó de historia oficial: sellos redondos, firmas temblorosas, el crujido de papeles que sepultan más que cualquier tumba.

En Bonn —una ciudad de provincias que de pronto se había convertido en capital por decreto sin entusiasmo, como si el destino la hubiera elegido por error—, un empleado subalterno del nuevo Parlamento federal apilaba carpetas con marcas de las SS que deberían haber sido destruidas en 1945. Las guardaba en cajas de cartón etiquetadas con fechas inocuas —"1949–1950", "Reorganización administrativa"—, como si el tiempo pudiera disolver el hedor a cuero negro, a órdenes firmadas con prisa, a selecciones en rampas que aún resonaban en pesadillas ajenas. La República Federal de Alemania nacía el 23 de mayo de 1949 entre ruinas que aún humeaban y escombros que las mujeres removían ladrillo a ladrillos a cambio de cigarrillos americanos. El "milagro económico" se insinuaba en los mercados negros, donde un paquete de Lucky Strike valía más que una medalla del Reich. Y en las sombras de la antigua organización de Gehlen, el Servicio Federal de Inteligencia germinaba: antiguos nazis reciclados con currículos impecables en anticomunismo, hombres que sabían demasiado y callaban lo justo. Nadie preguntaba por el pasado cuando el enemigo ahora hablaba ruso y el futuro necesitaba manos expertas.

Al otro lado del Atlántico, Argentina era un teatro de máscaras burlonas donde cada actor había cambiado de nombre, de acento, de historia… menos de culpa.
Perón, reelegido en el horizonte de 1951 gracias a una Constitución que se escribía a medida, consolidaba la Fundación Eva Perón: casas para los descamisados, juguetes para los niños, sábanas bordadas que a veces salían con iniciales equivocadas —'A.H.' por error administrativo, decía el rumor en voz baja, y el lote entero desaparecía sin explicación—. En los despachos cerrados se negociaban pasaportes para inmigrantes que no podían demostrar buena conducta, pero sí donativos generosos para la paz. Entre 1946 y 1950, cientos —quizá miles— de hombres con pasados que pesaban como plomo habían llegado por las rutas clandestinas: caminos que pasaban por Génova, Roma, España, con bendiciones discretas de obispos y sellos de la Cruz Roja que valían más que cualquier visa. Algunos caminaban por Córdoba con rodilla enferma y bigote recortado; otros se instalaban en Bariloche o Mar del Plata, donde un peluquero alemán peinaba bien, cobraba poco y sus manos temblaban al sostener las tijeras, como si aún recordaran el tacto del gatillo.
En Alemania del Este, mujeres de toda clase y kilaje intercambiaban cualquier tipo de servicio por la simple supervivencia; en la Argentina de Perón, una fábrica estatal producía telas que terminaban en sábanas con iniciales misteriosas, y el gobierno prohibía películas que "perjudicaran la imagen del país frente a extranjeros residentes". El mercado negro seguía vivo: dólares, oro, maquinaria usada de Alemania que llegaba en barcos con nombres cambiados. Los técnicos "reeducados" desembarcaban con maletines llenos de planos y silencios que nadie osaba romper.
Y en medio de ese mundo con cara lavada, con pasaportes nuevos y cicatrices maquilladas, una niña dormía en un sofá, cobijada por una manta bordada a crochet, leía cuentos de Grimm con los ojos muy abiertos, sin saber que en esa misma ciudad vivían quienes habían convertido la infancia en ruina. Almuth iba cada mañana a la Escuela N°20, a la vuelta de la calle Fray Justo Santamaría de Oro. Caminaba junto a Hilda, que la llevaba y recogía con la sumisión y

resentimiento de quien cumple un mandato ineludible, los labios apretados, el anillo colgando del cuello como un lastre que no se suelta. En el aula, escribía su nombre en el pizarrón con letra aplicada y temblorosa: *Almuth Lughnar*. Las maestras sonreían con cortesía forzada, las compañeras la miraban con esa curiosidad que roza el miedo —una niña que hablaba poco, que no lloraba cuando se caía, que parecía llevar un océano entero en los ojos—. Al otro lado del Atlántico, en algún archivo de Bonn o en una embajada discreta, alguien borraba un nombre de una lista negra, firmaba un certificado de "buena conducta" con mano firme y archivaba el resto bajo llave. Los testimonios se acumulaban como talismanes: Frau K. de Longe en Bonn, octubre de 1948, defendiendo con pasión a un hombre que había visto el frente ruso y había escrito críticas que quemaban; Julio Hirsch desde Colonia Independencia, Paraguay, octubre de 1938–1939, relatando cómo ese mismo hombre había salvado a una familia judía de las garras de la Oficina de Impuestos de Berlín; Friedrich Heupel en Mannheim, octubre de 1948, jurando el cambio sincero en cautiverio francés, la inclinación religiosa, la humanidad recuperada.

Pero los papeles mienten cuando conviene. Y el silencio, ese silencio que se negociaba en despachos, se extendía como niebla sobre el Paraná y el Rin.

La posguerra no terminaba en los expedientes, se extendía como reguero de pólvora, haciendo germinar semillas que parecían estériles y que comenzaban a dar los primeros brotes en los confines de la tierra.

Almuth, en su sillón que hacía de trono infantil, cerraba el libro de cuentos y miraba la pared agrietada. Fuera, Buenos Aires seguía su ruido incesante: motores de autos que chillaban como uñas en pizarra, radios que prometían justicia social, promesas que se deshacían al amanecer.

Y así, entre ruinas archivadas en Bonn y refugios disfrazados en Buenos Aires, el mundo seguía girando, simulando que todo había terminado. Pero los niños, que aún no habían aprendido a mentir del todo, sabían —con esa certeza muda que precede al miedo— que

algunas historias no se cierran con un sello. Solo se esconden mejor. Y que, tarde o temprano, el silencio termina por hablar.

La ciudad respiraba su ruido constante, incesante, ensordecedor. Adentro, solo se oía el pasar de las páginas de un libro de cuentos y el eco lejano de un nombre que alguien, en algún lugar, acababa de borrar para siempre.

23. Renacimiento

Hacía más de dos años que Ilse casi no salía de la casa de la calle Horacio Quiroga 146, justo el mismo tiempo que hacía que su frágil cuerpo había abordado el tren de regreso de Buenos Aires hacia Posadas.

Su mundo se había reducido a las cuatro paredes que guardaban el calor pegajoso que regalaba el río Paraná, al vapor que impregnaban sus costas, a las compras apresuradas en el mercado central —donde apenas intercambiaba palabras con los vendedores— y a la presencia intermitente de Martin. Los vestidos que había traído de Bonn colgaban en el ropero como sauces llorones: telas pesadas, abrigos de lana que el clima subtropical había condenado al olvido, zapatos de tacón carretel cubiertos de polvo fino color terracota, medias de seda que ya no recordaban el tacto humano. Todo aquello formaba parte de un museo textil en vías de extinción, reliquias de una mujer que ya no existía.

Su rostro se había vuelto pálido y poroso, como porcelana que había perdido el esmalte. Los ojos, como sus pechos, colgaban como frutos maduros a punto de caer. El sol intenso que recibía en las pocas salidas no lograba devolverle color; su piel y su alma se resistían por igual. Las pesadillas la despertaban varias veces cada noche: el peso del cuerpo del General sobre ella, el olor a cuero y a tabaco rancio, el momento exacto en que supo que llevaba dentro una hija de semejante monstruo. Desde entonces, Ilse se había desmoronado. No podía pensar en Almuth. No podía permitírselo. Sin embargo, la imagen de la niña la visitaba a diario, en vigilia. Cada vez que su nombre asomaba en su mente, lo empujaba hasta hundirlo como quien sumerge con un lastre un cadáver en el río para que no flote.

Martin era su única conexión con el mundo exterior. Trabajaba en la cooperativa aceitera de Eldorado: operaba maquinaria agrícola, organizaba compras de semillas y ventas de aceite, llegaba a casa con las manos impregnadas de grasa y olía a ese sudor que sólo

emana tan intensamente en el calor descontrolado y severo de Misiones.
En las pocas noches en que lograba conectar con Ilse —cuando la depresión cedía un poco, cuando el silencio entre ellos se volvía menos hostil—, le servía copas de ruda amarga que actuaban como un sedante y un afrodisíaco al mismo tiempo. Eso la soltaba, aflojaba sus sentidos, y se dejaba llevar. Así, en una madrugada vaporosa y fresca de julio de 1953, nació en la misma casa una niña de tez casi traslúcida, con el cabello rojizo y manecillas que parecían pontificadas por las caricias de su padre. La partera, una mujer callada del barrio, asistió el parto. Ilse pujó con la poca fuerza que le quedaba en el cuerpo y en el espíritu hasta que un ser de escasas dimensiones comenzó a dar alaridos de vida nueva.
Renate. Así la llamaron y ungieron, en ese mismísimo acto, varias angustias con un manto de renacimiento.
Con la nueva integrante de la familia, todo pareció poder cambiar. Martin miraba a la niña con una ternura que Ilse no le había visto nunca. Ahora tenía una hija de su sangre. Ya no necesitaba a la otra, la que había quedado en Buenos Aires como un paquete que nadie reclamó. Nunca volvieron a buscar a Almuth. Las cartas de Hilda se hicieron más escuetas, más frías, hasta que dejaron de llegar. El silencio se instaló como un tercer habitante en la casa de Eldorado y el pequeño filamento que unía aún con Buenos Aires terminó por cortarse.
Mientras tanto, en la calle Fray Justo Santamaría de Oro, Almuth estaba por cumplir doce años y su infancia parecía haberse esfumado con un soplido del viento. Hilda la trataba con una mezcla de obligación y resentimiento que se manifestaba en castigos precisos y crueles. Si Almuth no barría el balcón aterrazado a la perfección, Hilda le quitaba la cena y la mandaba a dormir sin luz, con el sofá cubierto solo por una sábana fina. Si llegaba tarde de la escuela porque se había detenido a hablar con alguna compañera, la obligaba a copiar cien veces "No debo perder el tiempo" en un cuaderno del cual arrancaba las páginas que luego quemaba en la cocina, obligándola a mirar cómo las palabras se convertían en ceniza. Si olvidaba doblar y guardar su ropa, Hilda la hacía dormir en

el suelo del dormitorio, sobre una manta raída, "para que aprendas lo que es no tener nada". Nunca la golpeaba. Hilda no necesitaba golpes; sus silencios y sus miradas cortaban más hondo que cualquier arma blanca.

Almuth habitaba una intemperie doméstica que no dejaba marcas visibles, pero erosionaba con la paciencia de la cal sobre la piedra. En aquella casa no circulaban caricias ni preguntas, no existía la cortesía mínima de interesarse por el día ajeno, porque toda conversación estaba subordinada a la utilidad y toda emoción era sospechosa de debilidad. Lo que recibía no eran gestos sino instrucciones, no eran consejos sino recriminaciones, con esa punta de malicia que impregnaba toda melancolía. Creció así, aprendiendo a ocupar el menor espacio posible, a desplazarse sin ruido, a respirar como quien pide permiso, con la certeza amarga de que su presencia no era bienvenida sino tolerada, y que cada rincón le recordaba, con una crueldad silenciosa, que había sido admitida por obligación y no por afecto.

Las cartas de Ilse dejaron de llegar después del primer año. Las de Martin nunca existieron. La niña aprendió a no esperar, a pesar de haberle seguido escribiendo a su madre por varios años más.

Aprendió a guardar sus lágrimas para la oscuridad de su sofá cuando Hilda ya dormía.

En Eldorado, Martin llevaba el peso de la casa como una mochila cargada de piedras. La depresión de Ilse lo agotaba, pero Renate le devolvía un poco de luz. Sin embargo, algo en él había empezado a cambiar. Agudizaba sus pequeños contactos alemanes en el pueblo: conversaciones en voz baja en el club de canotaje de los Pedersen, encuentros casuales en la calle San Martín. Comenzó a frecuentar reuniones exclusivamente de hombres, en casas apartadas o en el fondo de algún galpón de la cooperativa. Temas que las mujeres no estaban invitadas a escuchar: nombres en clave, rutas seguras, documentos que circulaban de mano en mano, recuerdos que se compartían con cautela y aperitivo sin hielo.

Pero lo que parecía ameno, no tardó en oscurecerse. Una de esas noches, de manera inesperada, apareció Gunther Haas.

El hombre entró sin hacer ruido, con el paso medido de quien ha aprendido a caminar sin dejar huellas. Llevaba un saco oscuro, el cabello canoso peinado hacia atrás, los ojos grises que parecían secos por no parpadear. Los presentes se tensaron un instante, pero nadie dijo nada. Haas se sentó en una silla al fondo, cruzó las manos sobre la mesa y escuchó. Martin lo miró una sola vez, y en esa mirada pasó algo que no se podía nombrar: reconocimiento, desconfianza, un estallido de rampas lejanas que ninguno de los dos mencionaría jamás.

La reunión continuó, pero Martin dejó de estar presente. Su mente se mudó de ubicación como quien se cambia de casa en otro pueblo. Su cuerpo se agazapó para mimetizarse paulatinamente con el resto, como tantas veces lo había hecho en sus años de servicio en Berlín, en el frente ruso, en Francia. Y su cuero, esa piel paquidérmica que lo revestía, se estremeció recordando viejos hábitos adquiridos con el correr de los años en el partido que, a toda luz, no habían desaparecido.

La reunión continuaba. Se habló de contactos en Asunción, de un barco que saldría de Santos en dos meses, de nombres que debían desaparecer de ciertas listas. El aire se había vuelto más espeso y el pasado había entrado indulgente por la puerta sin pedir permiso.

Desde una ventana pequeña se asomaba la selva misionera susurrando su complicidad eterna. En esa conglomeración teutona, los hombres callaban lo que sabían y hablaban de lo que convenía.

Y en algún lugar entre Bonn y Buenos Aires, entre Eldorado y la calle Frau Justo Santa María de Oro, una niña de doce años cerraba los ojos en ese sofá que nunca fue suyo, mientras otra, de meses, dormía en brazos de un padre que por fin sentía que tenía algo propio.

24. Reencuentro involuntario

Martin había ido a la casa de Franz Pedersen por una razón sencilla: recoger un sobre con contactos para la cooperativa aceitera. Pedersen le había mandado un mensaje breve esa misma tarde: "Ven a las nueve. Trae la lista de semillas". Nada más. Nada que oliera a peligro. Martin no sospechaba nada. Llegó solo, con la camisa pintada en su espalda por el sudor del camino, el miedo aún dormido en algún rincón del pecho.

Franz lo recibió en el zaguán, con el rostro tenso, los ojos esquivos. Intentó hablar antes de que Martin cruzara el umbral.

—Martin, espera… hay alguien…

Pero fue demasiado tarde. Franz lo había traicionado, o simplemente había cumplido con su deber en la hermandad.

Martin ya había dado dos pasos hacia la biblioteca. La puerta estaba entreabierta. Y allí, sentado en una butaca de cuero oscuro, con las piernas cruzadas y la rodilla izquierda rígida por una vieja herida, estaba August Neuhausen.

Gunther Haas había hecho su trabajo y el resultado estaba ahora frente a los ojos desorbitados de Martin.

El General había cambiado. Llevaba un traje gris, pero algo añejado, con los puños ligeramente raídos y el cuello de la camisa amarillento por el tiempo. Su cabello era grisáceo, más escaso que antes, peinado hacia atrás con esfuerzo. El bigote estaba bien recortado, rubio oscuro con vetas plateadas que lo hacían parecer más viejo, más implacable. No llevaba ningún cigarro entre los dientes. El tiempo no lo había ablandado; solo lo había afilado hasta convertirlo en un arma quieta.

Su estructura corporal había mermado, ahora era más huesudo, los hombros angostos bajo la tela gastada, las manos nudosas como raíces secas, pero aún fuerte, aún capaz de apretar hasta romper.

Neuhausen había envejecido junto a sus nauseabundas formas e intenciones; el veneno interior no se había diluido, solo se había concentrado.

Martin quedó estupefacto al verlo. Fue la última persona que imaginó encontrar del otro lado del mundo, en ese lugar que había dado por llamar su nuevo hogar. El estómago se le revolvió. El pasado, que creía enterrado bajo la tierra roja de Misiones, acababa de levantarse de la butaca y lo miraba con ojos que no parpadeaban.

Neuhausen ladeó la cabeza con una sonrisa irónica, como quien encuentra a un viejo conocido en un entierro equivocado.

—Lughnar… mire usted. El Gaustellenleiter de Berlín, ahora con olor a yerba y aceite. ¿Cómo lo trata la selva aquí? ¿Se acostumbró a las siestas largas y las mujeres de piel cobriza? ¿O aún sigue comiendo carnes blancas?

Martin tragó saliva y miró por el rabillo del ojo a Franz. No respondió de inmediato. Se limitó a un gesto mínimo con la cabeza, sin entrar en la provocación.

Neuhausen soltó una risa corta, seca, sin alegría.

—Y su esposa… ¿cómo está la bella Ilse? ¿Sigue tan pálida como la nieve de Baviera, o el sol misionero le concedió algo de color? Me imagino que debe ser una delicia tenerla en casa después de tanto tiempo. ¿O sigue con esa mirada perdida, como si esperara que alguien le devuelva lo que le quitaron?

Martin sintió que la sangre se le helaba en las venas. Omitiendo comentarios agresivos, se limitó a contestar con voz plana:

—Ilse está bien, General. Gracias por preguntar.

Neuhausen asintió lentamente, como si la respuesta le confirmara algo que ya sabía.

—Bien. Bien. Me alegra. Porque la familia es lo único que queda cuando todo lo demás se desmorona. Ya lo decía mi infeliz madre…

Hizo una pausa. La sonrisa se borró. Los ojos se volvieron dos rendijas frías.

—Y ahora vamos al grano, Lughnar. Quiero saber el resultado de su misión. Aquella que le encomendé hace más de una década, cuando todavía mi autoridad se paseaba oronda por los pasillos del Gau. ¿Dónde está?

Martin sintió que el suelo se abría bajo sus pies. El corazón le subió a la garganta como un puño. Detrás de él, Pedersen cerró la puerta

con un clic suave pero definitivo. Felisa ya había desaparecido. No había escapatoria: las ventanas altas flanqueadas por cortinados pesados, el olor a cuero viejo y a tabaco caro que impregnaba el aire, el silencio que se cerraba como una trampa.

—¿A qué se refiere, General? —mintió Martin. La voz le salió ronca, quebrada.

Neuhausen se inclinó hacia adelante. La rodilla crujió como madera vieja.

—No me haga perder el tiempo, Lughnar. La hija de Ilse. La quiero aquí. En mis manos. O en las de quien yo diga.

Martin recordó la carta de Hilda, las fotos que Ilse había guardado en secreto, la niña de ojos grandes que había dejado en la terminal de autobuses de Eldorado de la mano de Ilse, como un paquete que no quería abrir. Ahora esa criatura era el anzuelo que lo había traído hasta aquí sin que lo supiera.

—¿Para qué si usted no quería saber nada del tema? —preguntó, aunque la respuesta ya le quemaba en la lengua.

Neuhausen se inclinó aún más. La rodilla crujió de nuevo.

—Porque es mía. Porque su sangre lleva mi marca. Porque no tolero cabos sueltos. Y porque si no me la entrega, Lughnar, desharé todo su clan. Uno por uno. Como se deshace un nido de ratas.

El silencio que siguió fue tan denso que Martin oyó su propia respiración entrecortada, el latido desbocado en los oídos. Neuhausen no gritaba. No necesitaba. Su calma era un veneno lento: cada palabra caía como una gota de ácido, corrosiva, inevitable.

Pensó en Renate durmiendo en la cuna, en Ilse con los ojos hundidos por las pesadillas, en la casa de Horacio Quiroga 146 que de pronto parecía frágil, expuesta, como una presa marcada. Imaginó el monte tragándose los gritos que nadie oiría.

—Almuth… —dijo al fin, con voz que apenas se sostuvo— Lamento informarle que Almuth murió. Fiebre tifoidea contraída en 1949. No llegó ni a los diez años—y fingiendo con rostro circunspecto clavó sus ojos en el suelo con una tristeza inventada y un funeral disfrazado de carnaval.

Neuhausen lo miró fijamente y fingió su estupor. No parpadeó. Martin sostuvo la mentira como quien sostiene un cuchillo por la hoja: sangrando, pero sin soltarlo.
Al cabo de un minuto eterno, Neuhausen se reclinó en la butaca.
—Tifoidea —repitió, como si probara la palabra en la lengua—. Qué conveniente.
Pedersen intervino desde el fondo, con voz neutra.
—Es lo que dice el informe médico de a bordo del *Formose*.
Neuhausen no apartó la mirada de Martin. Una desgracia, pobre niña…
—Te creo —dijo al fin—. Por ahora.
Pero en sus ojos había algo que no lo convencía. Algo que calculaba, que medía el tiempo hasta el próximo corte.
Se levantó con lentitud, apoyándose en el bastón que nadie había visto llegar. Caminó hasta Martin, tan cerca que este sintió su aliento, su sudoración intensa, el alcohol que no le hacía justicia y una halitosis intensa, digna de una jaqueca.
—Si miente, Lughnar… si esa niña vive y la encuentro… no quedará nadie de su sangre para llorarle. El silencio y su propia tumba llevarán su nombre.
Se dio la vuelta y salió. Felisa, reapareciendo de un escondite perfecto, abrió la puerta sin una palabra. El portazo resonó como un disparo lejano.
Martin esperó un lapso prudente antes de retirarse de la casa de Franz. Nadie habló. El silencio era peor que cualquier amenaza. Franz quiso deshacerse en disculpas, pero no llegó a separar sus labios para hablar.
Neuhausen cruzó finalmente el portón que daba a la calle con los pasos pesados, como si la tierra roja se le hubiera adherido a las suelas y tirara de él hacia atrás con cada metro que avanzaba. Subió a un auto oscuro por una de las puertas traseras. Su chofer aceleró poco a poco el vehículo y se deslizó traqueteando por las calles hasta diluirse en el paisaje.
El arrebato del General aún le retumbaba en el pecho, un eco que se mezclaba con el zumbido de los mosquitos y el rumor lejano del Paraná, pero dentro de él resonaba más fuerte la voz de Neuhausen:

"D*esharé todo su clan. Uno por uno. Como se deshace un nido de ratas*". Cada sílaba se hundía en su pecho extenuado y lampiño, y el dolor no era físico; era algo peor, una morsa que le presionaba despiadadamente el diafragma y le robaba el aire.

Salió de la casa de los Pedersen sin despedirse de Franz quien hizo poco esfuerzo por retenerlo a su lado. Caminó bajo la luz mortecina de los faroles de la calle San Martín, sin mirar atrás. No necesitaba hacerlo. Sabía que Neuhausen ya no estaba allí físicamente. Pero su presencia se había instalado en él como una sentencia inapelable, terca e ineludible. El sudor le corría por la espalda, no solo por el calor; era el sudor frío del que sabe que acaba de mentir a un hombre capaz de cumplir promesas de muerte con la misma tranquilidad con que pide un café.

Después de haber vagado por algunos matorrales a orillas del Paraná llegó a casa pasada la medianoche. La puerta crujió al abrirse, un sonido que esa noche le pareció un grito ahogado. Dentro todo estaba en silencio, salvo el leve ronroneo del ventilador que Ilse dejaba encendido para que Renate no despertara con los ruidos externos de autos y carros de transporte en la madrugada.

Martin se quitó los zapatos en el zaguán con manos temblorosas, no por costumbre, sino porque temía que el más mínimo ruido despertara a las dos personas que ahora representaban todo lo que podía perder.

Entró al dormitorio principal. Ilse dormía de lado, con el cabello desparramado sobre la almohada como un velo roto. Un brazo extendido hacia la cuna, como si incluso en sueños quisiera proteger a la niña. Renate respiraba tranquila, el pecho subiendo y bajando con un ritmo inocente que a Martin le pareció lo más ordenado que había en la casa. La luz de la luna se filtraba por uno de los postigos entreabiertos y caía sobre la pequeña: el cabello rojizo revuelto, las manitos cerradas en puños diminutos como panecillos tibios, la piel casi traslúcida que parecía hecha de hebras de luna y no de carne. Era suya. De su sangre. Por primera vez en años sintió que tenía a alguien que defender. Y por primera vez también sintió que ese alguien estaba a un paso de serle arrancado. Lágrimas calientes le

quemaron los ojos ya enrojecidos, pero no las dejó salir. No podía permitirse llorar. No ahora.
Se sentó en el borde de la cama, con cuidado de no despertar a Ilse. Ella se removió un poco, murmuró algo ininteligible en sueños —quizá el nombre de alguien que ya no estaba, quizá solo un eco de sus pesadillas con el General que la había marcado para siempre—. Martin la miró. Los ojos hundidos, las ojeras que el sol misionero no borraba nunca y la palidez nívea que parecía permanente. Su mundo se había reducido a esas paredes, a la cuna, a él. Y ahora él le había mentido a Neuhausen para protegerla. Para protegerlas a las dos. Pero la mentira estaba vestida con una mortaja. No porque Neuhausen pudiera descubrirla —aunque podía, y lo haría si olía la más mínima fisura—, sino porque Martin sabía que acababa de convertir a su familia en un blanco más claro. Se levantó como por inercia, fue hasta la cocina, encendió una vela pequeña y se sirvió un vaso de agua que no bebió. Se quedó mirando la llama temblar, esperando alguna respuesta.
Pasaron semanas. Neuhausen había desaparecido al día siguiente, o tal vez la misma noche del reencuentro, pero nadie había vuelto a saber de él. No hubo despedidas, no hubo rastro. Un día estaba en Eldorado, al siguiente se lo había tragado la tierra colorada, como si el universo mismo hubiera abierto las fauces y lo hubiera devorado sin haber dejado ni un solo hueso.
Gunther Haas fue cuestionado en una de las reuniones del galpón. Schwammberger, que ya se había erigido como cabeza de la primera hermandad germana en Eldorado —un hombre alto, de mirada helada, responsable del exterminio de más de quince mil prisioneros en campos de concentración—, le preguntó directamente:
—¿Sabés algo del General?
Haas no levantó la vista del vaso de whisky. Solo dijo:
—No, en absoluto.
Su mutismo no reveló nada sobre la desaparición. Pero sí sobre su participación en ella. Nadie insistió. En esas mesas no se preguntaba dos veces.
La hermandad creció en silencio: Schwammberger al frente, hombres de rostros curtidos y pasados que no se mencionaban,

reuniones donde se hablaba de rutas, de contactos en Asunción, de nombres que debían desaparecer. Martin asistía. No podía no asistir. Pero cada vez que salía del galpón sentía que el aire le faltaba, que la amenaza de Neuhausen seguía viva en algún lugar, agazapada esperando el momento de reaparecer.

En la casa de la calle Horacio Quiroga, Renate lloraba por hambre. Ilse la mecía con ojos vacíos. Almuth, en Buenos Aires, doblaba la manta con empeño y obediencia militar y no esperaba cartas que nunca llegarían.

Y en algún lugar de la selva, o bajo la fecunda tierra roja, August Neuhausen ya no existía, o al menos no se manifestaba. Sólo quedaba su sombra; y las sombras no mueren, sólo esperan.

La selva respiraba afuera, indiferente y pulsante. Adentro, Martin recordaba la huida de Europa que lo habían salvado una vez y se preguntaba si lo condenarían ahora.

El silencio, ese viejo cómplice, se sentó a su lado y no dijo nada. Pero ambos sabían que las mentiras, como los cuerpos, tarde o temprano salen a flote.

25. Eso que llaman felicidad

En Buenos Aires, el verano de 1956 entró como un ladrón insolente y sádico: el calor azotaba colándose a sus ancha por las rendijas de las persianas bajas y convertía cada habitación en un caldero de druida. Los tranvías chirriaban en las vías de la avenida Santa Fe con pezuñas largas, raspando una pizarra rugosa, y desde la calle Fray Justo Santamaría de Oro subía un tufo brumoso a alquitrán escaldado, a neumáticos quemados y a basura fermentada que ingresaba a través de las grutas de la nariz y se quedaba allí, recordándole a uno que la ciudad no perdonaba ni el sueño ni la esperanza.

Almuth había cumplido quince años un miércoles cualquiera, de esos que no tienen ni el decoro de vestirse con un poco de sol. La fecha pasó sin anuncio, sin ceremonia, sin más testigos que la riguridad persistente del departamento y el tic-tac descompasado de un reloj de cocina que, como ella, parecía haber olvidado para qué servía el tiempo.

No hubo torta, ni velas, ni un "feliz cumpleaños" que siquiera intentara fingir entusiasmo. Aquel día, como todos, comenzó con el olor a sopa que se colaba desde el piso de abajo, el chirrido inevitable de la máquina Singer al amanecer, y los pasos de Hilda —firmes, secos, mecánicos— que parecían señalar, uno a uno, la derrota de las horas.

Fue al mediodía cuando, en un gesto que en otro hogar podría haber sido confundido con afecto, Hilda colocó sobre la mesa un plato hondo con arroz con leche tibio. Ni canela, ni pasas, ni palabras dulces: solo arroz, leche y un silencio que lo empapaba todo como una neblina gruesa. El plato, además, tenía una grieta que lo atravesaba como una cicatriz mal suturada, y Almuth supo —sin saber cómo lo sabía— que era el mismo que su tía usaba para separar las sobras del día anterior.

La mesa, como todo en esa casa, no conocía excepciones: era la misma donde se cosían las prendas de otras mujeres, donde se leían

las cartas de Jorge con indignación soterrada, donde se planchaban los dobladillos de una vida que siempre quedaba corta.
Hilda no levantó la vista de la máquina de coser. Sus dedos seguían empujando la tela con la misma precisión vengativa de siempre. El hilo chirriaba, los dientes de la Singer mordían el género con furia contenida. Y entonces habló, sin pausa, sin énfasis, sin alma.
—Otro año más. No lo desperdicies.
La frase cayó como yunque, sin adornos ni paréntesis, y quedó flotando en el aire como el polvo que nunca terminaba de asentarse en los rincones.
La voz de Hilda había salido seca, afilada como las tijeras que descansaban junto al plato, todavía abiertas, todavía amenazantes. Era el tipo de frase que no se respondía. Y Almuth, que ya había aprendido a no esperar aplausos ni explicaciones, asintió con un gesto mínimo, una coreografía mecánica de obediencia antigua.
Bajó la mirada al arroz, ahora ya frío, y sintió en la garganta el nudo de siempre. No era tristeza nueva. Era la misma de todos los años que se cernía en su interior, solo que esta vez parecía tener gravedad propia, como si los cumpleaños se acumularan sobre ella con la lógica de los escombros. Cada año, una capa más de polvo sobre la memoria. Cada año, una capa menos de esperanza.
Quince años. En cualquier otro universo, habría habido risas, una torta decorada con crema rosa y alguna canción destemplada cantada por alguien con cariño suficiente como para desafinar con alegría. Pero aquí, en este apartamento empapelado de rencores, los cumpleaños eran solo un número más en la libreta mental de Hilda, entre la fecha del alquiler, la del vencimiento del gas y la de la llegada de Almuth a su mísera vida.
La quinceañera se llevó la primera cucharada a la boca. El arroz sabía a nada. A leche vieja y azúcar insuficiente. Como todo en esa casa, estaba a medio camino entre el castigo y la obligación.
—Gracias —dijo en voz baja, sin ironía, sin ironía posible.
Hilda no respondió. Tal vez no oyó. Tal vez no le importaba. O tal vez, en el fondo más oscuro de su humanidad avergonzada, eso era lo más cerca que podía estar del afecto: un plato tibio, una frase

agria, y una máquina que no dejaba de coser, aunque el mundo se estuviera viniendo abajo.
La tarde siguió como todas. Almuth limpió la mesa, lavó su plato, dejó la cocina en orden. Luego se encerró en su rincón, con un libro que había sacado de la biblioteca de la escuela. No leía. Solo miraba las palabras como quien espera que alguna salte del papel y le diga lo que aún no se ha atrevido a preguntar.
Quince años. Y ni una sola fotografía. Ni una carta de su madre. Ni una señal de su existencia anterior.
Como si la vida fuera un vestido que hay que volver a ajustar, una tela áspera que se cose con hilo grueso y aguja para remendar zapatos. Como si crecer fuera apenas eso: sobrevivir sin hacer ruido.
Y Almuth, que ya había aprendido a leer los silencios, sabía que, en ese cumpleaños sin nombre, sin vela, sin abrazo, se había hecho grande de golpe. Solo que ahora dolía más, y cada cumpleaños acumulaba una costra adicional de resignación.
Levantó la vista un instante. Hilda seguía inclinada sobre la tela negra —un vestido de luto que alguna clienta había encargado para un velorio que aún no llegaba.
Los quince le colgaban como estola sobre los hombros. Eran como un vestido que sabía le iría quedando cada vez más ajustado al cuerpo: ese cuerpo que había crecido, pero cuya alma seguía encogida en el rincón del sofá que aún hacía de cama. Ahora era una adolescente de ojos grandes y tristes, con el cabello largo que Hilda le obligaba a llevar recogido en una trenza apretada "para no andar con las crenchas sueltas y desprolijas", y una voz que apenas se oía cuando hablaba.
Pero ese año algo cambió, y vaya que fue significativo para Almuth. En la escuela apareció Oscar. Tenía dieciséis, era flaco, de pelo negro revuelto y una sonrisa torcida que parecía pedir permiso para existir. Venía de un barrio más pobre, cerca de Chacarita, y hablaba poco en clase, pero cuando lo hacía era con una inteligencia callada que a Almuth le pareció un faro en la niebla. Se sentaron juntos por casualidad en la fila de atrás, durante una clase de historia argentina que ninguno de los dos escuchaba del todo. Él dibujaba barcos en el

margen del cuaderno; ella los miraba de reojo. Un día él le pasó una nota doblada en cuatro:
"¿Te gustan los barcos o solo los míos?"
Almuth sintió que el corazón le daba un vuelco tan fuerte que casi se le escapa un sonido. Respondió con letra temblorosa:
"Los tuyos. Sobre todo, esos que pintas sobre un amanecer."
Desde entonces empezaron a hablar en los recreos, en los pasillos, en las escaleras. Oscar le contaba de su padre que trabajaba en los talleres del ferrocarril, de su hermana menor que soñaba con ser bailarina, de cómo había visto el mar una sola vez en Mar del Plata y aún le dolía no haberlo vuelto a ver. Almuth escuchaba con los ojos muy abiertos, como si cada palabra fuera un pedazo de mundo que nunca había tenido. Por primera vez sintió que alguien la veía de verdad, no como la niña huérfana que Hilda toleraba por obligación, sino como alguien que existía con entidad propia.
Pero Hilda vigilaba. Siempre vigilaba. Si Almuth llegaba cinco minutos tarde de la escuela, la interrogaba con esa voz seca que no admitía mentiras:
—¿Dónde estabas?
—En la biblioteca —mentía Almuth, con el pulso acelerado.
Hilda entrecerraba los ojos, tocaba el anillo que colgaba de su cuello y decía:
—No me hagas arrepentirme de haberte dejado entrar en esta casa.
Almuth aprendió a mentir con liviandad y descaro, como quien aprende a respirar bajo el agua: al principio con pánico, después con una naturalidad que asustaba incluso a ella misma. Las mentiras salían de su boca pequeñas y redondas, pulidas por el uso diario, e Hilda las recibía con esa mirada que no interrogaba, sino que medía: un segundo más de silencio, un pestañeo lento, el roce del anillo contra la clavícula. Almuth ya no tartamudeaba; sonreía apenas, bajaba los ojos con modestia fingida y decía "estuve en la biblioteca" o "me quedé ayudando a la maestra con los cuadernos". Las palabras eran suaves, casi inocentes, pero dentro de su pecho latía un tambor de guerra que solo Oscar conocía.
Se escapaba en los recreos largos, esos treinta minutos que la escuela regalaba como migajas de libertad. Cruzaba el patio con

paso distraído, la trenza balanceándose como un péndulo alocado, el delantal blanco impecable que ella misma planchaba cada noche con rutina. Nadie la detenía: las maestras veían a una niña aplicada, las compañeras a una que hablaba poco y sonreía menos. Pero ella ya no era esa niña. En el rincón detrás del edificio, donde los paraísos viejos extendían su sombra espesa y polvorienta, Oscar la esperaba apoyado contra un muro de pintura despelechada, con las manos en los bolsillos y esa sonrisa torcida que Almuth ya había empezado a adorar.

Allí, entre el aroma dulzón de las flores caídas y el rumor lejano de los niños que jugaban al frente, se besaron por primera vez. Fue un beso torpe y urgente, como si ambos supieran que el tiempo les estaba robando segundos. Los labios de Oscar sabían a miedo y a yerba mate tibia —el mate que compartía con su padre en el taller del ferrocarril antes de venir a clase—, y Almuth sintió que algo dentro de ella se rompía y se recompuso al mismo tiempo. Sus manos temblaron cuando tocaron la nuca de él, los dedos enredándose en el pelo negro y revuelto; el corazón le golpeaba tan fuerte que creyó que Oscar lo oiría. Él la abrazó con torpeza, como quien abraza algo frágil que teme romper, y por un instante el mundo se redujo a ese rincón: el tronco áspero del paraíso contra su espalda, el calor de los cuerpos pegados, el sabor amargo del miedo mezclado con la dulzura inesperada de un beso que no pedía permiso.

Cuando se separaron, jadeantes, Almuth apoyó la frente contra la de él y cerró los ojos. El ruido de la escuela volvía a entrar por los bordes: risas lejanas, un silbato, el timbre que anunciaba el fin del recreo. Oscar le rozó la mejilla con el pulgar, borrando una lágrima que ella no sabía que había caído.

—No llores —susurró.

—No lloro de tristeza. Estoy bien, me siento feliz. —respondió ella, y era verdad.

Era vértigo concentrado. Descubrir que aún podía sentir algo que no fuera resignación o angustia. Entender, con una claridad que dolía que, si no escapaba pronto de la casa de Hilda, ese beso sería lo más cerca que estaría nunca de ser libre.

El timbre sonó de nuevo, insistente. Almuth se apartó con lentitud, se alisó el delantal, se ajustó la trenza. Oscar la miró como si quisiera grabársela en la memoria.
—Mañana —dijo él.
—Mañana —repitió ella.
Y volvió al aula con el sabor de yerba mate en los labios y el corazón latiendo como un pájaro atrapado que, por primera vez, empezaba a creer que podía volar.
Mientras tanto, en Eldorado, el año 1956 trajo a Joaquín y con él un nuevo comienzo, una nueva oportunidad de dar rienda suelta a una pequeña felicidad.
Nació en la misma casa de la calle Horacio Quiroga, una madrugada de junio en que el frío era tan cargado que parecía sólido. Ilse pujó con una fuerza que nadie —ni ella misma— creía que le quedaba. Martin no se animó a estar presente ni sostuvo su mano durante todo el parto. Cuando el bebé dio su primer vagido, fuerte y vivo en brazos de la comadrona, Ilse sonrió por primera vez en años. Fue una sonrisa pequeña, frágil, pero franca. Y con la venida al mundo del nuevo miembro de la familia, había recobrado algo de ánimo, algo de lo que ella pudo bendecir como felicidad. Y eso la animó a salir de casa dos o tres veces por semana.
Martin la había convencido —o más bien insistido— de que frecuentara a Ingrid Pedersen, la mujer de Franz. "No sería malo aplicar lo que aprendiste en la escuela colonial", le decía con voz suave pero firme. "Los genes son los genes. Hay que hacerlos valer con descendencia, con educación, con el cuidado y fomento de la cultura en las generaciones futuras".
Y así fue como Ilse comenzó a cruzar con una regularidad casi ritual el sendero que conducía a la casa de los Pedersen, como si en aquel porche ventilado por la brisa espesa de la tarde hubiera encontrado un escenario donde ensayar una versión más benigna de sí misma. Se sentaba a la mesa con la compostura aprendida en otros tiempos, aceptaba el té humeante que Ingrid servía con una sonrisa laboriosa y se entregaba a conversaciones sobre recetas de tortas alemanas, proporciones exactas de manteca y azúcar, secretos heredados que

parecían prometer estabilidad en un mundo que se había acostumbrado a desmoronarse.
Ingrid, con esa convicción serena de quien cree conocer el orden natural de las cosas, desgranaba consejos sobre la crianza de niños resistentes en una tierra húmeda y exigente que no perdonaba fragilidades, y Ilse asentía con una atención que rozaba la gratitud, como si cada palabra pudiera redimir algún error antiguo o corregir un descuido que nadie había nombrado en voz alta.
Alejandro, el único hijo de Ingrid, corría por el jardín con Renate, y aquel encuentro coetáneo y lúdico, hecho de risas torcidas y complicidades instantáneas, se convirtió para Ilse en una visión casi dulce, un espejismo luminoso que le permitía contemplar la infancia sin la interferencia constante del miedo o del juicio. Observaba a su hija jugar y, por un instante, el pasado parecía diluirse en la inocencia de aquel movimiento compartido.
Joaquín, todavía pequeño, dormía en sus brazos con la confianza absoluta de quien no sospecha las tormentas que precedieron su cuna, y Ilse lo sostenía sin distraerse, sin apartar la vista, como si en ese gesto mínimo, tan tardío y tan frágil, intentara reparar tempestades que habían durado demasiado.
Martin observaba todo desde su distancia estudiada, con una mezcla de alivio y culpa que no se quitaba de encima. Cada vez que veía a sus hijos —Renate riendo, Joaquín apenas abriendo sus ojitos al mundo—, pensaba en Almuth. En la mentira que había dicho a Neuhausen. En la sombra que aún esperaba en algún lugar. Pero el tiempo pasaba, y la hermandad germana bajo Schwammberger seguía creciendo en silencio.
En Buenos Aires, Almuth y Oscar se veían cuando podían. Ella inventaba excusas, él la esperaba en la esquina de Santa Fe y Oro. Se tomaban de la mano en los cines de barrio, se besaban en los zaguanes oscuros, hablaban de un futuro que parecía imposible pero que, por momentos, se sentía cerca. Almuth empezó a guardar una foto de Oscar en el forro de su libro de cuentos de Grimm, la única cosa que Hilda no revisaba.
Pero Hilda no era tonta. Una tarde, al volver del mercado, vio a Almuth llegar con las mejillas encendidas y los labios hinchados por

un beso robado. No dijo nada. Solo tocó el anillo colgado al cuello y murmuró:
—Te vas a arrepentir.
Almuth no contestó. Pero esa noche, se durmió pensando en Oscar, en un beso que sabía a libertad, y por primera vez en quince años sintió que su vida no terminaba en esa casa.
En Eldorado, Joaquín lloró por hambre. Ilse lo acunaba sin saber que esa ternura podría teñirse en cualquier momento con el negro alquitrán de una amenaza. Martin miró por la ventana hacia la selva oscura y se preguntó cuánto tiempo más podría sostener la mentira.
La selva y la gran ciudad respiraban afuera, indiferentes. Dos mundos seguían su curso: uno con besos robados y resentimientos antiguos, otro con cunas nuevas y amenazas que acechaban. Pero ambos sabían que las sombras no mueren. Solo esperan.
Y que, a veces, esperan lo suficiente para alcanzar a quien creyó haberlas dejado atrás.

26. Los amigos de Oberhausen

El Nuevo Mundo guardaba cada paso, cada nombre susurrado en la oscuridad, cada recuerdo tormentoso que alguien había intentado sepultar bajo la tierra roja. Los lapachos rosados florecían cada septiembre con la misma indiferencia con que lo hacían en 1949, cuando Henriette y Gustav Müller llegaron con pasaportes falsos y maletas que pesaban más por lo que ocultaban que por lo que contenían. Habían cambiado de nombre como quien cambia de santo, pero la selva y el monte no se dejaban engañar. Sabían quiénes eran. Y esperaban.

La casa que les habían asignado era modesta, de madera oscura y adobe fresco, con un porche que miraba al cerro oeste como si quisiera vigilarlo. El patio trasero había sido conquistado por naranjos y mangos que daban frutos tan grandes y dulces que parecían burlarse de la escasez europea. Henriette pasaba las mañanas regando las plantas con una manguera que goteaba por una rajaduras que el tiempo había conquistado. Gustav cortaba leña con el mismo ímpetu con que antes había arado campos en Holzen, pero ahora lo hacía sin rabia, como quien cumple una penitencia que ya no duele. Los años los habían desgastado: Henriette tenía el pelo completamente blanco y los ojos hundidos en cuencas oscuras; Gustav caminaba encorvado, con las manos nudosas y la espalda que ya no se enderezaba del todo. Pero estaban vivos. Eso era más de lo que habían esperado en 1948.

Vivían de la huerta y de lo que Joseph ganaba reparando herramientas en el taller comunal.

No iban a las reuniones de la hermandad germana. No hablaban de Berlín, ni de Königsberg, ni del hijo que los había deshonrado. Solo hablaban del clima, de la cosecha, de los nietos que nunca verían. A veces, por las noches, Henriette sacaba la única carta que Martin les había enviado en 1953 —la única que llegó— y la leía en voz baja, como si fuera una oración. La carta no decía mucho: "Estamos bien.

La muchachita crece. Renate nació. No escriban. Nos veremos pronto. El pasado se queda en Europa". Henriette la guardaba en una caja de lata junto a la foto de Martin niño, tomada en Colonia Independencia antes de que se fuera a Berlín. Gustav nunca la miraba. Decía que mirar atrás era perder el equilibrio.

Una tarde de marzo, cuando el calor ya empezaba a aflojar y la selva cantaba el comienzo de su despedida estival, llegó un hombre al porche. Era alto, delgado, con el cabello rojizo aplastado y una mirada gris que parecía no parpadear. Vestía ropa de trabajo limpia, pero no era de la colonia. Henriette lo reconoció antes de que hablara. Gustav, que estaba cortando leña, dejó caer el hacha sin ruido.

—Martin —dijo ella, con voz que tembló apenas.

Él no sonrió. Solo inclinó la cabeza.

—Madre. Padre.

Gustav no se movió. Lo miró como quien mira un recuerdo que no quiere volver.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, sin alzar la voz, pero con una tensión infinita.

Martin se quedó en el último escalón del porche. No subió. No pidió permiso para entrar.

—Vine a verlos, a saber si estaban bien.

Henriette dio un paso adelante. Sus manos temblaban.

—¿Y Almuth? ¿Ilse? ¿Renate?

Martin bajó la mirada.

—Ilse mejoró bastante y Renate ya tiene tres años. Joaquín nació en junio del año pasado. Almuth… tiene quince. Está bien, o eso creemos. —y su mentón se extendió hacia sus pies.

—¿Joaquín? —no sabía nada de su nacimiento. ¿y Almuth? Supe de oídas que no vive con ustedes. ¿Dónde está?

Joseph soltó una risa amarga que sonó como un crujido de madera vieja.

—¿Se deshicieron de ella? Después de todo, esa criatura no tiene la culpa de haber nacido. Además, no es tu hija, no es tu sangre. ¡Bah!

Martin no respondió de inmediato. El silencio se llenó del canto de las chicharras y del lejano mugido de una vaca.

—No vine a discutir sobre decisiones que hubo que tomar y que fueron vitales para todos nosotros —dijo al fin—. Vine porque Volker Brenner me habló de ustedes. En una de las reuniones del galpón, en Eldorado. Dijo que conocía a un matrimonio que llegó en 1949. Henriette y Gustav. Que vivían en el cerro oeste. Que eran viejos, pero fuertes. Que no hablaban mucho. Lo que no sabe y no debe saber es que ustedes son mis padres.

Henriette se llevó la mano al pecho. Gustav apretó el mango del hacha que había recogido del suelo.

—¿Y qué quieres de nosotros? —preguntó Gustav, con voz que temblaba de rabia contenida—. ¿Que te perdonemos? ¿Que te demos la bienvenida como si nada hubiera pasado?

—No pido perdón —dijo Martin— Solo quería verlos en persona. Si la tierra aquí los trató mejor que Europa.

Henriette se acercó. Le tocó el brazo con dedos temblorosos.

—Estás vivo —susurró—. Eso es algo.

Martin sintió que algo se rompía dentro de él. No lloró. No podía. Pero sus ojos se humedecieron por primera vez en años y la calidez de su madre lo estremeció.

—No confío en Haas —dijo de pronto, en voz baja—. Está en el cerro oeste. Sabe quién soy. Sabe quién es Almuth. Si Neuhausen vive, si la red sigue activa…

Gustav soltó una renovada risa seca.

—¿Y qué quieres? ¿Que te escondamos? ¿Que mintamos por ti? ¡Tú te metiste solo en todo el sistema!

—No, no quiero nada de eso. Y si, yo me metí sólo, como tantos. Pero de eso y de mis convicciones no voy a discutir ahora —dijo Martin—. Quiero que se muden a Eldorado. Con nosotros. Nuestra casa tiene espacio para ustedes. Hay una habitación libre y Renate y Joaquín necesitan familia. Y yo… yo necesito saber que van a estar a salvo.

Henriette lo miró fijamente. Sus ojos se llenaron de lágrimas que no cayeron.

—¿Y si alguien pregunta? ¿Si alguien viene buscando a Maria y Joseph Lughnar?

—Nadie pregunta aquí —dijo Martin—. Nadie quiere saber. Solo hay Henriette y Gustav. Maria y Joseph quedaron en el recuerdo europeo, allí, en el frío, bajo los escombros de la guerra. Acá no existen.
Gustav dio un paso atrás. Su rostro estaba congestionado.
—Vete —dijo—. Y no vuelvas. No queremos verte. No queremos saber.
Henriette no dijo nada. Solo lo miró. Y en esa mirada había todo: amor, dolor, rabia, resignación.
Martin inclinó la cabeza. Dio media vuelta. Bajó los escalones del porche. El polvo rojo se levantó bajo sus zapatos.
Cuando llegó al camino, se detuvo un instante. Miró hacia atrás. Henriette estaba en el porche, con la mano en el pecho. Gustav había entrado. La puerta se cerró con un golpe seco.
Martin retomó su camino. El sol se hundía detrás del cerro oeste, allí, donde Gustav Haas mantenía su guarida. Y la tierra rojiza mecía los pasos de cada ser vivo, sin discriminar, sin castigar, con la benevolente y eterna indiferencia.
Pero esa tarde, por primera vez en años, Martin sintió que no estaba solo. Sus padres, a pesar de las diferencias, seguían vivos y eso, en sí mismo, era una forma de perdón.
Martin caminaba y el silencio, ese viejo compañero cómplice, se quedó atrás, en el porche de una casa que nunca sería suya.
Pero que, al menos, seguía en pie.

La casa de la calle Horacio Quiroga olía a hierbas misioneras, al vapor fatigado de una olla de hierro que llevaba horas borboteando un caldo de cebú, y al perfume ácido e inconfundible de los días largos, los que no terminan de irse ni con la caída del sol. Ilse, con el cabello recogido de cualquier manera y una bata que en tiempos mejores había sido verde, sostenía a Joaquín como se sostienen los juramentos vanos: con afano, pero sin convicción. El bebé dormía —o más bien se aferraba al silencio como un gato asustado—, envuelto en una manta blanca que ya mostraba manchas de origen múltiple: leche, orín o sencillamente historia.

Renate, descalza, con los tobillos tiznados de tierra y el vestido azul desteñido que se le iba acortando con el crecimiento, clasificaba canicas como si fueran reliquias arqueológicas. Tenía la mirada de quien ha aprendido que jugar es también una forma de vigilar. La luz de la siesta entraba por la ventana con esa pereza que provocan las digestiones del mediodía, pintando la cocina con un ámbar gastado que revelaba sin pudor cada grieta, cada mancha en las paredes, cada signo que gritaba a toda garganta que el tiempo hacía mucho había dejado de ser generoso.

Cuando Ilse oyó los pasos en la entrada, no se inmutó. No hubo sobresalto, solo una leve inclinación de hombros, como quien ya ha anticipado el golpe antes de recibirlo. Ajustó el peso del bebé en brazos —ese ramo de vidrio tibio que empezaba a inquietarse— y dirigió la mirada hacia la puerta con la misma expresión con la que una viuda abre el sobre del seguro.

Ese domingo, Martin fue el primero en cruzar el umbral, seguido de cerca por dos figuras que parecían sacadas de una fotografía sepia en una caja de galletas: Henriette y Gustav. Llegaron sin anunciarse, sin pedir permiso y sin disimular el propósito de la visita. Había en ellos algo de estatua y algo de sombra.

Manejando una camioneta desde Colonia Independencia habían llegado después de un camino ríspido de unos cuatrocientos kilómetros. El cansancio se reflejaba inflexible en el semblante de ambos.

—Hola —dijo Ilse, sin frialdad, pero sin entusiasmo. El tono exacto de quien ofrece hospitalidad con guantes de amianto.

—¿Quiénes son, papá? —preguntó Renate desde su rincón, con la voz de quien nunca aprendió a disimular la curiosidad. Ni la desconfianza.

Martin se agachó, le tocó el hombro como si afinara un instrumento delicado y le habló infantilmente.

—Viejos amigos de Alemania. Amigos de mamá también. Vinieron a visitarnos.

"Amigos". La palabra flotó un instante en el aire, persistente como un perfume rancio, y cayó al suelo sin hacer ruido, pero dejando marca. Henriette la oyó, la tragó en seco y siguió observando a la

niña como quien ve un retrato mal restaurado. Gustav sostenía el sombrero con ambas manos, como si temiera que saliera corriendo por su cuenta.
—¿Y van a dormir acá? —insistió Renate, imperturbable.
—Un tiempo, sí —dijo Martin, sin adornos y evitando la mirada de Ilse.
—¿En el cuarto donde estaban las cajas?
—Las cajas ya no están —dijo Ilse desde su silla mirando fijamente a Martin —Las quemé ayer. Algunas cosas no valían la pena seguir conservándolas.
Henriette se acercó a ella con pasos medidos, como si el suelo pudiera abrirse. Observó a Joaquín con una expresión que no era exactamente ternura. Tampoco juicio. Algo más parecido al vértigo del pasado cuando asoma de pronto.
—¿Cuánto tiene? —preguntó.
—Días —dijo Ilse—. Nació la semana pasada. El doctor Padrós vino dos veces. Dice que sus reflejos son buenos. Mejor que los nuestros, incluso— y una sonrisa que pretendió ser contagiosa se esbozó en su cara
Nadie rió. Henriette no se acercó a acariciarlo ni pidió cargarlo. Tal vez por pudor, tal vez por miedo a que algo se rompiera. El bebé gimoteó, apenas. Ilse lo acunó con un vaivén aprendido a la fuerza, no a la ternura.
Gustav escaneó la habitación con la misma expresión con la que antes se inspeccionaban trincheras. El mantel manchado, la canasta de mimbre haciendo de cuna, el reloj detenido que decoraba sin vergüenza la repisa y el desorden que nunca se ausenta en una familia con hijos pequeños.
—Puedo ocuparme del jardín —dijo, como si plantara una bandera blanca.
—Sería de gran ayuda —respondió Ilse, sin mirarlo. Como quien acepta un servicio, no una reconciliación.
Renate se levantó y fue hacia Henriette. La miró fijo, con la desfachatez infantil que aún no ha aprendido a medir palabras ni reacciones.
—¿Cómo te llamas?

Henriette parpadeó. Una pregunta sencilla puede ser una emboscada.
—Henriette —dijo.
—Yo me llamo Renate. Pero mamá me dice Nate.
Y volvió a sus canicas con la dignidad de una diplomática en misión de paz. La presentación había concluido. No haría más preguntas. Por ahora.
Martin dejó la valija junto al cuarto del fondo. Ilse lo observó un momento. No había reproche en sus ojos, pero tampoco complicidad. Solo ese tono neutro de las cosas que se aceptan porque la alternativa sería peor.
—¿Y qué vamos a decir si alguien pregunta?
—Lo de siempre —dijo Martin—. Que vinieron de Oberhausen, huyendo del frío. Que no conocen a nadie. Que no tienen pasado. Como casi todos acá. Así de sencillo, Ilse.
Henriette se sentó en la mesa, sacó un frasco de pastillas del bolso y lo dejó junto al azucarero, como si fuera una caja de té. Gustav se acercó a la ventana, la abrió de par en par y respiró profundo, como quien intenta tragar la selva entera.
El bebé lloró. Esta vez sin disimulo. Ilse se levantó, lo acunó y, con la barbilla, señaló el cuarto.
—En cuanto duerma, haré la cama. Hay toallas limpias. El calentador falla, pero el agua de lluvia sirve si no se le teme.
Gustav asintió. Como quien firma un acuerdo tácito.
Henriette se levantó y, al pasar junto a Martin, le tocó el antebrazo. Solo un segundo. Un contacto de carne que cargaba más palabras de las que cualquiera estaba dispuesto a pronunciar.
Y así, sin discursos, sin brindis ni bienvenida, sin llanto ni redención, Henriette y Gustav se instalaron en la casa. Como si fueran eso que nadie se atrevía a nombrar.
Como si siempre hubieran estado allí, o como si hubieran vuelto para asegurarse de que todo —o casi todo— seguiría en pie… hasta que dejara de estarlo.

27. Vestigios y conjeturas

En las profundidades de la selva paraguaya, donde el vapor del río se enreda con el humo de fogatas olvidadas y los árboles centenarios guardan secretos que ni los pájaros se atreven a repetir, aún persisten rumores de una conjetura que nunca ha muerto del todo. No son ruinas como las de Roma o las de algún castillo del Rin; son vestigios más modestos, más brutales: una caseta de guardia derruida a trescientos metros del Salto Suizo, en Colonia Independencia, Guairá. El musgo trepa por sus muros como una mano paciente que borra firmas antiguas, y el viento arrastra hojas que murmuran nombres que nadie pronuncia en voz alta. ¿Fue aquello un puesto de centinela para campesinos o para guardianes de algo mucho más oscuro? La pregunta flota en el aire, como el olor que emana la tierra después de una tormenta que no limpia, solo empapa más.

La historia oficial, esa que se escribe en libros de texto con tinta azul permanente y papel amarillento, dice que Adolf Hitler se quitó la vida en el búnker de Berlín el 30 de abril de 1945, junto a Eva Braun, mientras el Ejército Rojo cerraba el cerco como un puño de hierro. Mussolini, por su parte, colgaba cabeza abajo en una gasolinera de Milán, exhibido como trofeo de partisanos. Fin de la pesadilla. Punto final.

Pero en las tabernas de Asunción, en los cafés de Buenos Aires donde aún se fuma tabaco oscuro y se habla a media voz, en las noches de Bariloche donde el Nahuel Huapi refleja lunas frías, otra versión se ha tejido con hilos de rumor, testimonio y complicidad. Una versión que no busca absolver, sino insinuar que la muerte, a veces, es el mejor disfraz.

Se dice, y se ha sostenido durante décadas, que el Führer no se rindió al destino berlinés. Que un submarino lo llevó, con su "resurrección" y su mujer, a través del Atlántico sur, hasta las costas patagónicas argentinas. Allí, en haciendas remotas como Inalco o San Ramón, rodeado de lagos y montañas que ocultan más de lo que revelan, habría vivido bajo nombres prestados: Adolf

Schüttelmayor, o simplemente el viejo alemán que paseaba con bastón y mirada ausente. Juan Domingo Perón, con su simpatía declarada por el Eje y su red de refugios para jerarcas caídos —Mengele, Eichmann, Pavelic, Roschmann, Bormann—, habría extendido su manto protector. Miles de nazis encontraron en Argentina un puerto seguro; ¿por qué no el más grande de todos?

Pero el tiempo, ese tanque australiano implacable, también derriba gobiernos. El golpe militar expulsaría a Perón al exilio. Y con él, o detrás de él, muchos de aquellos fantasmas uniformados cruzaron el Paraná hacia el Paraguay de Alfredo Stroessner. El hijo de un inmigrante bávaro, con su dictadura de mano dura y su servicio de inteligencia que sabía callar mejor que hablar, habría abierto las puertas. Se conjetura que Hitler transitó por Encarnación, se internó en Itapúa, quizá en las cercanías del Lago Ypacaraí, donde el agua quieta refleja casas de estilo europeo que parecen sacadas de una postal con atuendo de *Tracht* y de un sueño alpino trasplantado. Testimonios —de un general, de un militar del Ministerio del Interior, de un suegro que hablaba con el diablo— aseguran haberlo visto: un hombre mayor, discreto, saliendo de una casa remota en compañía de un ministro, o conversando en las sombras del lago.

Y luego está la caseta. Aquella pequeña construcción en Colonia Independencia, fundada por veteranos de la Gran Guerra en 1919, donde el Partido Nazi se instaló oficialmente en 1928, antes incluso que en muchas ciudades alemanas. Sus muros derruidos, con su diseño que evoca puestos de vigilancia más que refugios campesinos, custodiaban el camino hacia el Salto Suizo, donde casas misteriosas de tejados a dos aguas se alzan en la cima como si esperaran una visita que nunca llegó. ¿Guardias para un Führer envejecido? ¿Centinelas de un secreto que la selva devora lentamente? Nadie lo sabe con certeza; nadie quiere saberlo del todo.

También se dejó caer la semilla con elegancia sardónica: ¿y si Mussolini no fue fusilado, sino ayudado a huir por la misma Ruta del Vaticano que salvó a tantos otros? Pasaporte papal, silencio eclesiástico, un submarino o un avión discreto hacia Argentina. *Il*

Duce, con su mandíbula cuadrada y su retórica de cartón, viviendo en el sur americano mientras el mundo creía en su cadáver colgado.
Nadie lo afirmó; solo se sugirió. Y en la sugerencia reside el veneno: si los periódicos mienten, los historiadores mienten, la radio miente, ¿por qué no iba a mentir también la historia oficial sobre dos dictadores que el mundo necesitaba ver muertos?
En Paraguay, hubo aún otras lenguas que escupieron otras conjeturas: Hitler en San Bernardino, en Areguá, en Neuland o Hohenau; sus restos quizá en una cripta bajo un hotel de Asunción, sellada en 1973 según un militar brasileño que juró haber visto el féretro.
Otros cazadores de sombras sumaron testimonios, fotos borrosas, documentos americanos desclasificados: el Führer en Colombia en 1954, en Bolivia, en Perú; muerto en Paraguay en 1971, a los 81 años, enterrado en secreto mientras Stroessner fingía no saber.
Nada de esto está probado. La mayoría de los historiadores serios lo descartan con pruebas forenses, testimonios del búnker, documentos soviéticos. Pero las conjeturas persisten como el humo en una habitación cerrada: densas, irritantes, imposibles de disipar del todo. Porque en Sudamérica, donde el pasado se esconde en la vegetación virgen y los ríos arrastran secretos sin devolverlos, siempre queda un resquicio para dudar. Un vestigio. Una conjetura para dilucidar. Una caseta derruida. Un silencio que lleva nombre.

28. La guarida y la tumba

El camino hacia lo que se conocía como la residencia de August Neuhausen no figuraba en los mapas ni en los recuerdos oficiales. Era un trazo de tierra batida que serpenteaba entre raíces nudosas y vegetación agresiva que le había dado lugar a regañadientes y bajo la condición de tragárselo cuando ya no hiciera falta. A unos trescientos metros del Salto Suizo, la espesura se abría con la súbita docilidad de un preso que sabe que saldrá en libertad. Allí, entre sombras densas y lianas que colgaban como sogas malintencionadas, se alzaban los restos de una construcción baja, de piedra enferma y techo colapsado, con los cimientos aún firmes, aún bien enterrados como el odio.

Esa construcción había sido pensada como punto de control, de vigilancia, de resguardo. Un umbral que separaba el mundo de los vivos, los inocentes, los olvidadizos, los recién llegados, del mundo de los que sabían demasiado, de los que decidían a dedo por la vida de los demás.

Sus muros aún olían a metal oxidado, a orín animal y a piedra mojada, guardando el aliento contenido de los que, alguna vez, se apostaron allí para custodiar algo más que una propiedad: una idea, una amenaza, un cadáver disfrazado de hombre.

Más arriba, en la cima de la colina, dos casas de estilo alpino se erguían como decorados absurdos arrancados de un ideal alemán sureño e incrustado a machetazos en el corazón paraguayo. Los techos puntiagudos acribillaban el follaje, y las viviendas intentaban maquillarse para pasar por casas de retiro, cuando en realidad eran madrigueras disfrazadas de hospitalidad. Nadie subía allí sin ser visto desde algún punto. Nadie bajaba sin dejar atrás una parte de sí mismo.

La casa de Neuhausen —la más grande, la más muda— se erguía en una calle que parecía nunca haber llevado nombre, con persianas verdes que jamás se abrían del todo, como párpados que se resisten al amanecer. Un balcón que no miraba a nada, y un zaguán con un farol apagado que parecía haber sido encendido por última vez

cuando Europa aún creía en imperios eternos, cantando himnos con la mano en alto y la voz impostada.
Dentro, los muebles obedecían una geometría implacable: duros, simétricos, alineados como soldados en un desfile que nadie había ordenado. Las sillas de respaldo recto no invitaban a sentarse, solo a permanecer erguido; las mesas, anchas y frías, parecían diseñadas para sostener expedientes o confesiones que nunca se pronunciarían. En las paredes colgaban retratos de montañas nevadas y castillos medievales, paisajes tan perfectos y ajenos a esa geografía que resultaban un libro de narrativa mágica y fictiva.
La cocina olía a querosén, a ajo podrido y a algo más: el perfume de la paranoia.
Los vecinos —los pocos que sabían que existía— hablaban del hombre como se habla del humo: sabían que había estado, que algo se había quemado, pero nadie podía señalar el fuego con certeza. Alto, desmejorado, de pelo riguroso y algo desteñido, ojos pálidos como la ceniza y una voz que raspaba el aire como papel de lija. No salía casi nunca. A veces, un niño decía haberlo visto caminar al atardecer con un impermeable oscuro y una boina vieja; otras, un peón aseguraba que había escuchado gritos en alemán seguidos de silencio pegajoso como la pez.
Y en una tarde de calor sin viento, el hedor se hizo impertinentemente presente.
Primero fue un rumor quejumbroso, una lamentación del aire que empezó a molestar a los perros del camino. Luego, una invasión inevitable que se deslizó por las grietas del cerro y se instaló entre la escasa población como un tabique de un arco de medio punto. Nadie quería acercarse, pero la pestilencia persistía en estado crónico. El vaho caliente se entrelazaba con esa mezcla profana de saña y putrefacción.
Y cuando ya la irritación por los olores fétidos fue salvaje, alguien del poblado decidió finalmente subir.
Lo encontraron caído en su escritorio, los brazos cruzados, rendido ante su propio reflejo. El cuerpo llevaba días descomponiéndose en secreto y los insectos, en perversa algarabía, revoloteaban y

reptaban alrededor de él gusanos gozando de la carroña, ese néctar de los dioses del mundo de la alimaña.
La piel había comenzado a retirarse de sus carnes azuladas con una lentitud elegante, y la muerte rindiéndole pleitesías a sus mismísimos pies. El rostro edematizado y verdoso conservaba algo de dignidad, esa que conspiraba contra la descomposición y que se atreviera a borrarlo del todo, dejando testimonio perverso de aquel rostro abyecto.
En la repisa, una copa solitaria albergaba a media asta un líquido oscuro y viscoso, tan inmóvil como una estatua de mármol. No era vino, ni licor, ni medicina: era la espera decantada, un humor espeso de una última decisión. El cristal, sin marcas de labios ni huellas dactilares, parecía haber sido colocado allí con la abnegación de un ritual, y el gesto de haberlo dejado representaba más importancia que el contenido mismo.
En el suelo, lo que quedaba de un cuaderno ardido dejaba entrever algunas frases amputadas por el fuego: palabras que alguna vez habían querido ser testimonio y que ahora eran apenas carbones caligráficos. Las cenizas, esparcidas como un rezo fallido, aún conservaban el contorno de una escritura furiosa o desesperada. Allí, entre lo indescifrable, una fecha sobrevivía devorada a medias, mientras el tiempo, esquivo, dejaba constancia de su último mordisco.
En la puerta, ningún signo de violencia. Sólo un postigo mal cerrado y una silla caída, como si alguien hubiera salido con demasiada prisa… o no hubiera llegado nunca.
Los hombres de la zona que acudieron a reconocer el cuerpo no lo nombraron. Dijeron "el alemán viejo", "el del cerro", "el patrón del monte". Pero sabían su nombre, y lo supieron siempre, inclusive antes de ver el rostro y de sentir el olor escandaloso. Ahora sólo habían empujado la puerta a las patadas con un pañuelo, tapándose la boca y la nariz.
No se investigó absolutamente nada. Tampoco hubo velorio y el ataúd fue cerrado antes de ser abierto, y la tierra de Colonia Independencia se lo tragó sin una palabra, como si lo estuviera esperando desde hacía décadas para ese banquete final.

La casa quedó vacía, pero no muda. El viento empezó a moverse distinto entre las persianas, y los murciélagos regresaron a su torreón con la extraña reverencia que se le tiene a los monstruos caídos.

Cuentan que aún hoy, cuando llueve fuerte, el agua se filtra por las tejas y arrastra con ella un olor que no se deja nombrar. Un perfume ácido y amargo, mezcla de formol, traición y miedo viejo.

Y entonces, se recuerda que la muerte no siempre es el final. Que hay casas que siguen vigilando. Y que la selva, paciente como una viuda que conoce todos los nombres, lleva en su silencio los nombres que no olvida.

El cartel de hierro forjado anunciaba el lugar con una solemnidad que ya nadie parecía dispuesto a sostener. "*Waldfriedhof*", rezaba, con letras ennegrecidas por algún hongo, y arrancadas de otro tiempo y otro continente para ser plantadas allí, en las inmediaciones de Virgen Serrana, a unos trece kilómetros de Colonia Independencia, donde no había bosque alguno y donde la muerte, lejos de adquirir gravedad, parecía haberse vuelto una deidad más del paisaje.

Martin viajó expresamente a rendir su sarcástico homenaje a quién quiso disfrazarse de su verdugo personal. Se detuvo un instante frente al portón, observó el hierro trabajado, el gesto decorativo importado, y no pudo evitar pensar que incluso allí, en ese rincón del Paraguay donde la tierra roja se imponía a todo, alguien había intentado imponer orden, nomenclatura y una ilusión de pertenencia.

Siempre tan precisos con los nombres, pensó. Llamar bosque a esto también debió parecerles una forma de disciplina.

El interior del cementerio confirmaba la impostura. Cruces torcidas, lápidas de cemento pobre, algunas placas en alemán mal escrito, y una disposición errática que desmentía cualquier idea de jerarquía o permanencia. La tierra se colaba entre las tumbas con una terquedad casi ofensiva, como si el suelo mismo se negara a respetar esa solemnidad importada que ya no le pertenecía a nadie.

Había pasado exactamente un mes desde la muerte de Neuhausen. Martin no había contado los días, pero no por respeto —esa palabra

nunca había tenido lugar en su economía moral—, sino por método. Un mes era suficiente para que los murmullos se agotaran, para que el muerto dejara de ser conversación y pasara a formar parte del decorado, como una anomalía más en un territorio acostumbrado a tragar historias sin hacer preguntas.

La tumba no se destacaba. No por humildad, sino por una insignificancia tan bien lograda que rozaba la perfección. Una cruz de madera sin tratar, clavada sin cuidado, y una placa mínima que Martin leyó con detenimiento, demorándose en cada palabra como quien degusta un manjar, apreciando una ironía bien construida:

Sr. Schmidt

Vecino de la comunidad de Salto Suizo

Repitió el nombre mentalmente. *Schmidt*. El apellido más cómodo del mundo, el refugio ideal para desaparecer sin resistencia. Aquel hombre que había hablado de imperios, de jerarquías eternas y de destinos históricos había terminado reducido a un nombre intercambiable, sin fechas, sin rango, sin patria, sin siquiera el consuelo de una mentira grandilocuente.

Vecino.

No pudo evitar sonreír con sarcasmo, con esa mueca breve que no era humor ni alivio, sino la constatación amarga de una justicia mínima y tardía.

Así que esto era todo, pensó. Tanto discurso, tanta disciplina, tanta promesa de eternidad para acabar aquí, bajo una cruz barata, anunciado como un vecino más.

No necesitó más palabras. La tumba hacía el trabajo por él. El General —porque así lo había conocido siempre— yacía enterrado bajo un nombre que no significaba nada, en un cementerio mal ubicado, prometido como bosque por un portón de hierro que custodiaba un terreno árido y descuidado. No había caída más eficaz que esa: no el castigo, sino la irrelevancia.

Durante años, Martin había obedecido a ese hombre sin exaltación ni fervor, no por convicción, sino por entrenamiento. Obedecer había sido su manera de mantenerse funcional, de sobrevivir dentro de un sistema que premiaba la eficiencia y castigaba la duda. Y, sin embargo, allí, frente a ese final deslucido y sin cortinados de pana,

comprendió con una claridad incómoda que jamás había sido algo más que una herramienta precisa, un mecanismo confiable al servicio de una voluntad que nunca se expuso del todo.
Nunca tuvo el valor de ensuciarse las manos, pensó. Para eso estábamos nosotros.
No sintió pena. Tampoco alivio. Lo que sintió fue ese rencor inmóvil que se forma cuando uno entiende, demasiado tarde, que ha vivido ejecutando decisiones ajenas, creyendo que la disciplina bastaba para justificarlo todo.
Joaquín apareció entonces en su pensamiento, no como hijo —esa palabra no lograba adherirse a su imagen—, sino como una prórroga mal calculada, la última pieza colocada sobre el tablero cuando la partida ya estaba perdida. Un gesto tardío, casi supersticioso, destinado a dejar algo en movimiento después del final.
Eso te habría tranquilizado, pensó. Saber que dejabas restos. Siempre fuiste previsor. Nunca valiente, pero previsor.
Almuth llegó después, inevitablemente, como llegan las cosas que uno intenta archivar sin éxito. No como recuerdo afectivo, sino como un error que nadie había corregido a tiempo. Estaba lejos, con los Krieger, viviendo una vida que él había decidido no mirar. Olvidarla no había sido una decisión ética, sino funcional; una forma de protegerse de aquello que no había elegido, pero había aceptado cargar como se aceptan ciertas consecuencias inevitables.
Durante un tiempo creyó que bastaba con apartarla, con no nombrarla, con no pensarla.
La historia, sin embargo, no respetaba decisiones privadas.
Martin apoyó la mano sobre la cruz, apenas un instante, con un gesto casi técnico, como quien comprueba la estabilidad de un objeto mal construido.
—No fuiste más que un pedazo de estiércol, un mierda—pensó con odio —Pero tampoco menos que un gran General del sistema. Supongo que esa fue tu obra más perfecta.
Se dio la vuelta y se alejó sin mirar atrás. El sendero que conducía al portón de hierro era irregular, cubierto de hojarasca y piedras sueltas, y caminó por él con paso firme, consciente de que hay

muertes que no clausuran nada y partidas que continúan incluso cuando uno quisiera levantarse del tablero.
Detrás de él, en el Waldfriedhof de Virgen Serrana, el Sr. Schmidt, vecino de Salto Suizo, permanecía donde terminan todas las grandezas mal construidas: en una tierra que no recuerda nombres.

29. Ordenar el futuro

La muerte no había puesto fin a nada.
Eso fue lo que Gunther Haas comprendió con una claridad incómoda cuando aceptó que el hombre que había organizado tantas voluntades desde la penumbra ya no estaba, y sin embargo su ausencia no había producido el vacío esperado, sino una continuidad más peligrosa, más incisiva, como si la orden final hubiese quedado flotando en el aire, aguardando a que alguien la recogiera.
Había tareas que no se anulaban con la desaparición de quien las había concebido. Al contrario: adquirían entonces una forma más pura, despojada de jerarquías visibles, sostenida únicamente por la fidelidad de quienes habían aprendido a obedecer sin necesidad de supervisión. Haas pertenecía a esa estirpe. No se movía por fervor ni por odio, sino por una convicción estructural: aquello que había sido señalado como error debía ser corregido, incluso si ya no quedaba nadie para exigirlo.
El encargo seguía vigente.
No había nombres escritos con claridad, ni direcciones, ni fechas. Nunca las había. Bastaba una imagen, una alusión mínima, para que el sentido se activara con la precisión de un mecanismo antiguo. Se presumía que la muchacha seguía viva. Y eso, dentro de ese orden, no era una contingencia: era una falla prolongada.
Haas no se engañaba con consideraciones morales. No se preguntaba por culpas ni por méritos. Sabía que hay existencias que se vuelven intolerables no por lo que hacen, sino por lo que representan. Aquella hija no deseada, nacida al margen del diseño, era la prueba persistente de una debilidad que jamás había sido perdonada. Mientras respirara, el sistema permanecería incompleto.
No había prisa. Las tareas verdaderas no admiten apuro.
Haas sabía esperar. Sabía observar cómo el mundo seguía funcionando con normalidad aparente, mientras por debajo se reacomodaban las piezas. Entendía que la violencia eficaz no irrumpe, sino que se desliza, repta; que no grita, sino que corrige. Y si el cumplimiento de esa misión implicaba su propia desaparición, el

cálculo seguía siendo aceptable. Había vidas que se agotaban en el acto mismo de servir.
Muy lejos de allí, en una ciudad que no sospechaba nada, la joven continuaba su rutina, protegida por la ignorancia y por una historia incompleta. No sabía que su nombre había sido pronunciado como anomalía, ni que su sola persistencia era una cuenta pendiente que debía finiquitar. Pero la ignorancia nunca había sido una garantía duradera. El mundo estaba lleno de personas que nunca llegaron a comprender en qué momento fueron marcadas.
Haas aceptó esa distancia con serenidad.
La tarea no exigía pasión, solo constancia.
Mientras tanto, otras voluntades seguían organizándose, recuperando espacios, reanudando rituales interrumpidos, como si la muerte de ciertos hombres no hubiese hecho más que acelerar una redistribución interna. Nada se había detenido. Nada se había disuelto. La estructura permanecía.
Eso quedó claro unos días después, en una conversación que tuvo lugar lejos de Haas, en un ámbito que pretendía ser cultural, social, incluso respetable.
—Este próximo jueves comenzamos las reuniones en el nuevo Teatro —dijo Schwammberger, acomodándose los anteojos con un gesto calculado—. Ya hablé con Juvenal. Nos cede la sala de danzas, la de arriba. Es discreta y suficientemente amplia.
—Una noticia excelente —respondió Pedersen, con entusiasmo medido—. Iré comunicándoselo a los miembros. Tal vez habría que celebrarlo.
Schwammberger levantó apenas la mano, cortando la frase antes de que adquiriera vuelo.
—Con calma, Pedersen, con calma. Demasiada efusividad siempre despierta atención innecesaria. Aún circulan rumores en la ciudad, y no todos nos son favorables. Hay detractores que disfrutan interpretando mal cualquier iniciativa.
—Lo comprendo —asintió Pedersen.
—Sé que lo hace —continuó Schwammberger, con una media sonrisa —, y que actúa en consecuencia. Dígame, ¿cómo está su hijo? ¿Ya participó en la… misión de Oberá?

Los ojos de Pedersen se iluminaron con un orgullo que no intentó disimular.
—Jawohl. Exactamente como todos esperamos de nuestra descendencia. Vino para la inauguración del Teatro y debo decir que noté un cambio notable en él. La semilla cayó en tierra fértil, y eso, como imaginará, me resulta profundamente satisfactorio.
—Me alegra oírlo —respondió Schwammberger—. Entonces convendría que comenzara a asistir a las reuniones. Que se interiorice más, que observe, que inspire a otros jóvenes. Es importante formar continuidad.
—Así se hará, Herr Schwammberger.
Hubo una breve pausa, apenas perceptible.
—Por cierto —añadió Pedersen, con una naturalidad ensayada—, ¿se sabe algo de Haas?
Schwammberger no respondió de inmediato. Tomó su tiempo, como quien elige con cuidado una palabra que no debe ser recordada.
—Tanto como nada —dijo finalmente—. Y es preferible que siga siendo así. Haas está ocupado con un asunto que lleva años entre manos. Sabremos de él cuando corresponda. Mientras tanto, le aconsejo no preguntar… y mucho menos hacerlo delante de Lughnar.
—Entendido —respondió Pedersen.
Sonrió. Una sonrisa correcta. Vacía. Y cambió de tema.
La respuesta al saludo no se extinguió de inmediato, sino que quedó flotando en la sala como un gas dañino, rebotando contra los espejos, contra el piso de madera lustrada y contra los cuerpos alineados que parecían haber ensayado durante años la misma coreografía de obediencia. El eco del *Heil* no tenía la violencia de un grito espontáneo, sino la cadencia ensayada de un ritual que ya no necesitaba entusiasmo para sostenerse.
El hombre de la tarima —Schwammberger— bajó la mano con lentitud, disfrutando del silencio que se abría paso a su alrededor con la eficacia de una orden bien colocada. Su cuerpo, macizo y seguro de sí mismo, ocupaba el espacio como si aquel escenario hubiera sido construido expresamente para sostenerlo, y no una tarima improvisada en una sala destinada, al menos en los papeles, a ejercicios de danza y minucias artísticas.

—Estamos aquí —continuó— porque el tiempo vuelve a ofrecernos una oportunidad. No una revancha, sino algo más preciso: continuidad.

Un murmullo aprobatorio recorrió el círculo de hombres. No había aplausos. No los necesitaban. La aprobación se expresaba en la rigidez de las espaldas, en la quietud expectante de los rostros, en esa manera particular de asentir sin mover demasiado la cabeza, como si incluso el gesto pudiera resultar excesivo.

Schwammberger habló entonces del Teatro como si se tratara de un símbolo conquistado, de un espacio recuperado para fines que trascendían con holgura cualquier representación artística. Lo nombró como *punto de encuentro*, como *refugio*, como *semilla*. Cada palabra estaba cuidadosamente elegida para no decir demasiado y, al mismo tiempo, decirlo todo.

—Aquí no se viene a recordar el pasado —dijo—. Se viene a ordenar el futuro.

Algunos sonrieron. Otros permanecieron impasibles. En ninguno se adivinaba sorpresa. La idea de futuro no les resultaba ajena; la habían cultivado en silencio durante años, entre reuniones discretas, nombres falsos y una paciencia que solo poseen quienes se saben respaldados por una estructura más amplia de la que jamás hablarán en voz alta.

Tras el discurso, comenzó la verdadera celebración, que no tuvo música ni brindis estruendosos, sino una sucesión de gestos mínimos que, para un observador externo, habrían pasado por una reunión social discreta. Se encendieron cigarrillos, circularon vasos con bebidas claras, y las conversaciones se ramificaron en pequeños núcleos donde los nombres propios eran sustituidos por alusiones, y las acciones por eufemismos cuidadosamente compartidos.

Se habló de Oberá como quien menciona una excursión formativa.

Se habló de jóvenes prometedores, de sangre nueva, de disciplina recuperada.

Se habló de vigilancia, aunque la palabra no fue pronunciada.

En uno de los grupos, Pedersen relataba con orgullo contenido los progresos de su hijo, subrayando su entusiasmo, su adaptación rápida, su comprensión intuitiva de aquello que no debía explicarse

demasiado. Schwammberger escuchaba con atención selectiva, interviniendo apenas para marcar direcciones, para sugerir futuros pasos, para recordar que toda iniciativa debía parecer espontánea cuando, en realidad, estaba cuidadosamente guiada.

En otro extremo de la sala, junto al espejo que duplicaba la escena hasta volverla casi irreal, dos hombres comentaban en voz baja la conveniencia de ampliar las reuniones, de sumar contactos en otras ciudades, de aprovechar el clima político cambiante que, sin prometer nada explícito, parecía al menos no estorbar.

Y, como si alguien hubiera invocado su nombre sin hacerlo, Haas apareció en la conversación. No físicamente. Nunca de ese modo.

—Está ocupado —dijo uno de los hombres, con un gesto vago—. Siempre lo está.

—Mejor —respondió otro—. Cuando Haas trabaja, es preferible no saber demasiado.

La frase no provocó risa. Provocó asentimiento.

Schwammberger, que había recorrido la sala con la mirada como quien inspecciona un territorio propio, se detuvo un instante frente a la bandera transformada, esa bandera argentina intervenida donde la esvástica ocupaba el lugar del sol. La observó con una satisfacción silenciosa, no estética, sino estratégica. Aquello no era una provocación; era una afirmación tranquila de pertenencia.

—Hay asuntos que no deben tratarse aquí —dijo finalmente, alzando la voz lo justo para ser escuchado—. Y otros que sí. Cada cosa en su sitio.

La reunión comenzó a disolverse sin señales claras de clausura. Los hombres se despidieron con apretones de manos medidos, con fórmulas corteses, con esa camaradería sobria que evita toda efusión innecesaria. Al abandonar la sala, ninguno miró hacia atrás. Sabían que el espacio quedaba asegurado, que el Teatro ya no era solo un edificio, sino un nodo.

Cuando la última puerta se cerró y la Sala de danzas volvió a quedar en penumbra, las banderas siguieron allí, inmóviles, como si aguardaran la próxima ocasión. Afuera, la ciudad continuaba con su ritmo habitual, ignorante de la coreografía subterránea que se ensayaba bajo sus techos.

Y muy lejos de allí, sin sospechar que su nombre circulaba como un problema pendiente, Almuth seguía viviendo, respirando, caminando por una vida que alguien, en esa misma sala, había decidido que debía ser corregida.
La celebración había terminado. La tarea, no.

30. El golpe equívoco

Gunther Haas comprendió que la espera había terminado cuando la información dejó de circular como un rumor amortiguado por la distancia y adoptó la forma concreta de un dato que ya no necesitaba contraste. No fue una revelación abrupta ni una orden directa, sino la consecuencia natural de un sistema que seguía funcionando aun después de haber perdido a uno de sus vértices visibles. En esa red, la muerte no cancelaba misiones: apenas las redistribuía.

Dentro de aquel entramado, la ayuda no era un gesto voluntario ni una expresión de compasión, sino una función asignada. Cuando surgía una necesidad, alguien debía asumirla, y ese alguien lo hacía sin preguntar demasiado, confiando en que el conjunto sabía más que cada una de sus partes. Así había ocurrido cuando se volvió imprescindible ocultar a Almuth de las garras de Neuhausen. La decisión no se debatió ni se justificó: se ejecutó.

Martin Lughnar supo desde el principio que su hija adoptiva debía desaparecer del campo visible. No se trataba de protegerla en un sentido íntimo, sino de neutralizar una anomalía cuya sola existencia comprometía equilibrios más amplios. Buenos Aires ofrecía distancia y anonimato, pero sobre todo ofrecía vínculos confiables. Jorge Krieger era uno de ellos.

Krieger aceptó la tarea sin vacilación. Dentro de la red, ayudar significaba cumplir. Alojó a la muchacha en la casa de su hermana Hilda no como un acto de caridad, sino como una solución funcional. Hilda aportaba disciplina, vigilancia y una estructura doméstica rígida que parecía adecuada para mantener a Almuth fuera de escena. Jorge nunca dudó de que estaba haciendo lo correcto. Martin había avalado el arreglo, y eso bastaba para legitimar la decisión.

Lo que Jorge no sabía —y jamás llegaría a saber— era que la misión no se había agotado en el ocultamiento.

Ignoraba que Neuhausen, incluso antes de morir, había dejado esa tarea en manos de alguien cuya lealtad no dependía de su presencia física. Gunther Haas se había autodesignado para continuar la misión

más allá de la vida del propio Neuhausen, no como una excepción, sino como una garantía. Mientras otros se ocupaban de esconder, Haas tenía la función opuesta y definitiva: encontrar y borrar aquello que nunca debió persistir.

Esa duplicidad no era una falla del sistema, sino una de sus reglas no escritas. La red operaba por compartimentos estancos, donde cada ejecutor conocía solo la parte que le correspondía. Jorge cumplía con la lógica de la ayuda, convencido de estar protegiendo a la muchacha, sin sospechar que, en paralelo, alguien seguía sus pasos con una finalidad contraria y mortal.

Cuando Jorge habló de Almuth, lo hizo desde esa convicción. Comentó las dificultades domésticas, la rigidez de Hilda, las desobediencias recientes de la joven, creyendo que esos datos servirían para reforzar el ocultamiento, para ajustar la vigilancia si era necesario. Mencionó a Martin como se menciona a una autoridad que debe estar informada, seguro de que todo quedaría dentro del circuito de protección.

Para él, el asunto seguía bajo control. Almuth estaba escondida, contenida, neutralizada. No podía imaginar que la misma información que circulaba para protegerla estaba siendo leída, en otro nivel de la red, como una señal de localización.

Haas escuchó después. No preguntó por intenciones ni por motivaciones. Comprendió de inmediato que alguien había cumplido con la tarea de ocultar a la muchacha y que, precisamente por eso, la información era fiable. El ocultamiento había sido eficaz, y esa eficacia dejaba huellas claras para quien sabía leerlas. La misión seguía vigente, y él seguía siendo su ejecutor.

Buenos Aires dejó entonces de ser un refugio abstracto y se convirtió en un destino preciso y en una sentencia de muerte.

Haas viajó sin prisa, con la serenidad de quien actúa dentro de una continuidad que no necesita justificación. Observó el edificio, la calle, los hábitos diurnos y nocturnos, la manera en que la joven desaparecía cada mañana del edificio y su debilidad por un muchacho que rondaba en su vida. Todo confirmaba que la red de ayuda había funcionado, pero también que su tarea no había sido completada.

Eligió una noche sin luna, una que no alumbra, pero fulmina.
Ignoraba que esa misma noche Almuth había decidido desobedecer una prohibición que conocía demasiado bien. Había acordado una salida secreta con Oscar, no como desafío ideológico, sino como gesto mínimo de supervivencia. Hilda había sellado la orden con su dureza habitual, aferrándose al control como único modo de sostener su propia historia rota.
Almuth esperó a que la casa se aquietara, a que la Singer quedara muda, y salió sin hacer ruido, con el pulso acelerado y una culpa leve que no alcanzaba a detenerla. Nadie la vió salir por el portón trasero del edificio, ni su propio verdugo.
Haas logró colarse en el recibidor de la planta baja y llegar hasta el penúltimo piso. Todo el entorno cedió con la docilidad de las cosas antiguas. Subió las escaleras que abrazaban el ascensor jaula sin prisa y se detuvo frente a la puerta correcta con la certeza de quien sigue un dogma. Le fue muy fácil entrar a un departamento que nadie visitaba. La habitación estaba a oscuras y la figura inmóvil sobre una cama simple y envuelta en cobijas coincidía con lo que esperaba encontrar. No encendió la luz ni verificó. El gesto debía ser rápido, preciso y definitivo.
El golpe fue certero.
Solo cuando el cuerpo reveló un detalle incongruente, la cadena, el anillo, el peso equivocado de la muerte, comprendió que algo no encajaba. Pero no había tiempo para verificaciones. Haas se retiró convencido de que la misión había sido cumplida, aun si el rostro de la víctima no había sido constatado. Su ojos vieron lo que quisieron ver: un rostro que necesitaba callar para siempre. Para él, Almuth había muerto.
Bajó las escaleras con la parsimonia de un monaguillo en servicio religioso y desapareció entre las sombras de la ciudad, sin rastros visibles, sin evidencias y sin prisas.
Horas más tarde, cuando la noche comenzaba a replegarse sobre sí misma y la ciudad parecía suspender el aliento antes del amanecer, Almuth regresó al departamento con la sensación imprecisa de haber prolongado algo que no debía durar demasiado. La puerta estaba entornada, apenas lo suficiente como para que ese detalle,

mínimo y fuera de lugar, le produjera una incomodidad física, un aviso que todavía no sabía interpretar. Empujó con cautela y avanzó unos pasos, esperando escuchar el ruido familiar de la casa, la respiración en el pecho de Hilda, el crujir de su cama al cambiar de posición durante el sueño.
No oyó nada, y esa nada siguió extendiéndose como un halo negro que todo lo cubre para devorar lo más puro.
El dormitorio se le reveló entonces como un espacio alterado, no por el desorden, sino por una quietud excesiva, casi escenográfica. El sofá, su manta tejida, la máquina de coser, todo estaba allí, dispuesto como siempre, salvo por el cuerpo de Hilda tendido sobre su cama, torcido en una postura que no correspondía al descanso ni al sueño. Su cuerpo no se henchía y contraía para sobrevivir.
Durante unos segundos, Almuth no comprendió lo que estaba viendo; su mente buscó una explicación doméstica, una caída, un desmayo, cualquier cosa que no exigiera pronunciar la palabra que comenzaba a imponerse con una violencia muda.
Se acercó despacio. Demasiado despacio.
La Singer permanecía inmóvil, muda como nunca, y junto al cuerpo, brillando con una obstinación absurda en la penumbra, el anillo de la boda que nunca había sido colgaba aún de la cadena, como si incluso en la muerte Hilda se negara a soltar aquello que había definido su vida. Vió deslizándose por el lateral de la cama un hilo oscuro de sangre. Almuth sintió que algo se cerraba en su interior, no con estrépito, sino con el sonido seco de una puerta que encaja demasiado bien en su marco.
No gritó. No lloró. La comprensión no llegó de golpe, sino como una sucesión de imágenes desordenadas que comenzaron a acomodarse con una lógica insoportable. La puerta entreabierta, la oscuridad intacta, la ausencia de lucha, la precisión del gesto que había interrumpido una vida sin dejar huellas evidentes más que un golpe en su cabeza que parecía cobrar dimensiones bíblicas.
Comprendió entonces que aquello no había sido un accidente ni un arrebato, sino una visita. Alguien había entrado en la casa con un propósito claro, había avanzado por la sala sin encender la luz y

había golpeado con la certeza de quien no duda. Y ese alguien no había venido por Hilda.
La certeza se instaló lentamente, como una fiebre. Almuth entendió que había sobrevivido no por protección ni por cálculo, sino por una coincidencia brutal dispuesta por el destino, por una desobediencia mínima que la había sacado de la casa en el único momento posible. Alguien había venido a buscarla con la intención de borrarla del mundo, y en su ausencia había encontrado otro cuerpo, otra vida disponible para cerrar una cuenta que no le pertenecía.
Se sentó en el suelo, apoyada contra la pared, sin atreverse a tocar nada más y mucho menos a encender la luz. La habitación de costura, esa que revestía carácter de todo tipo de estancia y dormitorio y que durante tanto tiempo había sido un espacio ajeno y vigilado, se le volvió de pronto irreal, como si ya no pudiera habitarla sin cargar con una culpa que no sabía cómo nombrar. Comprendió, con una claridad que le heló la sangre, que la muerte había pasado por allí buscándola, y que solo por azar no la había encontrado.
Nada volvió a ser igual en ese instante.
No porque Hilda hubiera muerto, sino porque Almuth supo, por primera vez, que alguien la quería bajo tierra.
Y esa certeza, más que el cuerpo tendido en la cama fue lo que marcó el comienzo de todo lo que vendría después.
Gunther Haas abandonó Buenos Aires convencido de haber cerrado una misión que no dependía de la vida ni de la muerte de quien la había ordenado.
Jorge Krieger jamás sabría que la ayuda que había prestado, obedeciendo la lógica de la red, había coexistido desde el principio con otra misión, secreta y letal, confiada a un hombre cuya lealtad no terminaba en una tumba.
Y Almuth, salvada una vez más de las garras de un error ajeno, quedó atrapada para siempre en esa paradoja insoportable: había sido escondida y perseguida por el mismo sistema, al mismo tiempo, sin que ninguno de sus ejecutores conociera toda la verdad. Su madre la había querido preservar, escondiéndola, desvaneciéndola, haciendo que el silencio llevara su nombre.

Y esto lo comprendió en ese mismísimo momento, con el cuerpo de Hilda abarrotado e inmóvil frente a sus ojos. Tal vez fue ahí que por primera vez comenzó a sentir que su madre la había abrigado en algún lugar lejano de su corazón.

La policía agolpada en el minúsculo departamento de Fray Justo Santa María de Oro retiraba el cuerpo de Hilda con la empatía de un burócrata. Almuth quedaría a disposición para declarar. Debía permanecer localizable dentro de la Ciudad de Buenos Aires.

Esa noche le ganó el insomnio y el latido de su corazón le azotaba bruscamente el pecho. Todo intento por conciliar el sueño fue una risotada reverberante que resonaba en su interior, y cada vez que cerraba los ojos la casa reaparecía con una nitidez incómoda, como si alguien hubiera ajustado los contornos de cada objeto para impedirle la fuga.

Permaneció sentada durante horas en la silla de la cocina, con la espalda rígida y las manos apoyadas sobre la mesa, sosteniéndose en una postura que no buscaba descanso sino equilibrio, mientras el mundo exterior continuaba con su ruido indiferente: un colectivo que pasaba demasiado temprano, una persiana que se abría en algún edificio cercano, pasos que no tenían nada que ver con ella.

La habitación donde Hilda dio su último respiro había dejado de ser un lugar transitable. No porque estuviera cerrada ni porque algo se lo prohibiera, sino porque había perdido la cualidad mínima que permite habitar un espacio sin sentirse intrusa. El sofá seguía siendo el sofá, la mesa ocupaba su lugar de siempre y la Singer permanecía junto a la ventana con su dignidad obstinada, pero todo parecía dispuesto con una exactitud insoportable, como si los objetos hubieran decidido quedarse inmóviles para siempre. Almuth evitaba mirar hacia allí, no por temor a reencontrarse con el cuerpo, sino porque intuía que la habitación ya no la reconocía. Aquella había sido su cama, su refugio precario, el lugar donde aflojaba el cuerpo por unas horas antes de que el día reclamara nuevamente orden y obediencia, y ahora no sabía cómo atravesarla sin sentir que estaba invadiendo una escena ajena.

Pensó, sin quererlo, en el gesto mínimo que había cambiado todo, en esa decisión tomada casi con ligereza cuando salió de la casa

convencida de que desobedecer una vez no podía tener consecuencias irreparables. Si no hubiera salido. Si hubiera regresado antes. Si se hubiera quedado sentada en ese sofá como tantas otras noches, con la culpa controlada y el deseo contenido. Las imágenes se ordenaban solas, no como reproche explícito, sino como una corriente persistente que erosionaba cualquier intento de calma y convertía cada recuerdo en una variante inútil.

Cuando finalmente se levantó, lo hizo con un cansancio que no provenía de la falta de sueño, sino de una atención sostenida durante demasiadas horas. Abandonó la cocina y caminó despacio hasta la puerta del dormitorio y se detuvo en el umbral, como si necesitara permiso para avanzar. No entró. Durante años había aprendido a medir el humor del día por el sonido de la Singer; ahora, su quietud tenía algo de advertencia.

Se apoyó en la pared y cerró los ojos, intentando ordenar lo que todavía no encontraba forma. Sabía que algo había pasado allí mientras ella no estaba, algo que no se parecía a un accidente ni a una discusión doméstica, sino a una interrupción deliberada, limpia, sin señales de lucha ni de desorden. Alguien había entrado en la casa. Alguien había avanzado en la oscuridad con un conocimiento previo del espacio. Alguien había golpeado con la seguridad de quien no teme equivocarse. Esa certeza no venía acompañada de un rostro ni de un nombre, solo de una sensación fría que se instalaba lentamente en el cuerpo y no parecía dispuesta a retirarse.

No pensó en la policía ni en explicaciones posibles. Tampoco pensó en Jorge ni en nadie que pudiera decirle qué había ocurrido. Pensó, apenas, en no quedarse. En no volver a dormir en esa habitación. En no permitir que la casa la retuviera como había retenido a Hilda, reduciéndola a una rutina cada vez más estrecha. Comprendió, con una lucidez que le resultó ajena, que había sobrevivido por una razón que no alcanzaba a comprender y que esa supervivencia, lejos de tranquilizarla, la obligaba a permanecer alerta.

El día comenzó a entrar por la ventana con una luz opaca que no lograba borrar la sensación de encierro. Almuth se dio cuenta entonces de que ya no escuchaba la casa del mismo modo. Cada ruido, incluso los más comunes, parecía anunciar algo que no se

decía en voz alta. La cocina, el pasillo, el dormitorio clausurado, todo se había vuelto provisional, como si el departamento entero supiera que ella no debía quedarse demasiado tiempo allí. La casa había dejado de ser un refugio y se había convertido en el punto exacto donde algo había fallado por muy poco. Y esa falla, comprendió, no volvería a repetirse.

31. La carta

La carta llegó a Caraguatay una mañana cualquiera, de esas en las que las rutinas se apoderan de la vida misma y el murmullo monótono de la vegetación marca un ritmo incesante dotando al equilibrio orgánico de su más alto grado de perfección. Nada parecía dispuesto a alterarse, lo cual, como suele ocurrir, era precisamente el mejor momento para que algo empezara a torcerse.

Vera Krieger, como acostumbraba diariamente, barría desinteresadamente la vereda cuando el cartero se detuvo frente a la casa, apoyó la bicicleta contra el tronco de un lapacho y le tendió el sobre con un gesto automático, aprendido con los años. No hubo preguntas ni explicaciones. Se conocían desde hacía tiempo.

—Gracias, Miguel. Dale mis cariños míos a tu esposa.

Jorge había recibido cartas allí en otras épocas, cuando el papel todavía servía para mantener vivos ciertos vínculos que no convenía mencionar en voz alta.

Vera entró con la carta en la mano y la dejó sobre la mesa del comedor, junto a la jarra de tereré y un plato con restos de las chipas del desayuno.

Cuando Jorge regresó a la casa venía de la ruta, con el cuerpo todavía vibrándole por el traqueteo persistente de la camioneta vieja que se empeñaba en seguir funcionando a fuerza de costumbre y remiendos. Había salido temprano esa mañana hacia Eldorado, con la intención de llegar antes de que el calor se volviera una amenaza mordaz. Pero a mitad de camino el motor comenzó a dar señales conocidas de fatiga, un jadeo metálico que primero se confunde con el ruido habitual y luego se impone como advertencia. Tuvo que detenerse a un costado del asfalto, levantar el capó con resignación y esperar, mientras el vapor subía en espirales irregulares y el olor dulzón del refrigerante quemado se mezclaba con el polvo rojo de la banquina y el canto indiferente de los insectos. Permaneció allí más de lo previsto, fumando sin apuro, mirando pasar algún camión cargado de troncos, pensando en lo mismo que pensaba siempre

cuando la camioneta lo obligaba a detenerse: que todo lo que seguía en pie lo hacía por pura inercia.

Llegó a Caraguatay entrada ya la tarde, cansado, con la camisa empapada y maloliente y una irritación sorda que no supo adjudicar del todo al calor ni al viaje. Entró a la casa sin encender la luz, dejando la puerta abierta para que corriera algo de aire, y fue entonces cuando la vio. La carta estaba sobre la mesa del comedor, fuera de lugar entre los restos del desayuno, demasiado limpia, demasiado quieta. Se detuvo en seco, no porque esperara noticias, sino porque algo en aquella letra le resultó extraño, casi ajeno, como si no perteneciera a ningún circuito conocido. No la reconoció. Aquello fue lo primero que lo inquietó. Almuth nunca le escribía. No había costumbre ni trato directo que justificara una carta suya, y menos aún una escrita a mano, con esa prolijidad contenida que parecía exigir permiso antes de existir. Sin embargo, su nombre estaba allí, trazado con una caligrafía pareja y medida, como si cada letra hubiera sido pensada antes de tocar el papel, y esa contención, más que tranquilizarlo, le produjo una incomodidad inmediata, una sensación imprecisa de que algo había ocurrido mientras él se detenía al borde de la ruta esperando que el motor dejara de hervir.

No abrió el sobre enseguida. Lo sostuvo entre los dedos unos segundos, para intentar adivinar el quilaje de lo que estaba a punto de leer, y recién entonces se sentó. La casa estaba en silencio. Desde afuera entraba el olor a tierra revuelta y hojas calientes. Rompió el sobre con un cuidado que no supo explicarse.

Señor Jorge,

No sé si esta carta está bien escrita ni si debería estar escribiéndola, pero no tengo a nadie más a quien contarle lo que pasó y siento que, si no lo pongo en palabras, voy a volverme loca.

Hilda murió hace dos noches. Todavía me cuesta escribirlo. La encontré en su habitación, sobre la cama, como si estuviera dormida, pero no estaba dormida. Tenía un golpe en la cabeza. No fue una caída ni algo que pudiera explicarse fácilmente. Fue un golpe fuerte, seco. No había nada roto alrededor, nada fuera de lugar. La casa estaba demasiado ordenada, como si alguien hubiera

pasado después a acomodarlo todo, y eso me asusta más que cualquier desorden.
Yo no estaba cuando ocurrió. Había salido. Discutimos antes, por una salida que ella no quería que hiciera. Esa fue la última vez que la vi con vida y no puedo dejar de pensar en eso. Siento culpa, aunque no sé exactamente por qué. Siento miedo, aunque no sé de quién.
La máquina de coser sigue en la habitación, como siempre. Los platos están en su sitio. Todo parece igual, pero no lo es. La casa ya no se siente como un lugar donde quedarse. Me cuesta estar aquí de noche. Me parece escuchar ruidos que no sé si existen. Tengo la sensación, y no sé cómo decirlo sin sonar exagerada, de que alguien vino a buscarme y no me encontró.
No sé qué hacer. No sé si debo quedarme o irme. Solo sé que no puedo seguir aquí como si nada hubiera pasado. Tengo quince años y siento que estoy sola de verdad por primera vez.
Le escribo porque usted siempre supo que yo estaba aquí, aunque nunca habláramos mucho. No le pido nada concreto porque ni siquiera sé qué podría pedirle. Solo quería que alguien supiera la verdad y que no quedara todo en un silencio raro, como si nada hubiera ocurrido.
Tal vez cuando lea esto ya no esté en esta casa. Creo que voy a irme. No sé a dónde todavía, pero sé que no puedo quedarme.
Perdón por esta carta tan desordenada.
Almuth

Jorge leyó la carta una vez, luego otra, y recién entonces comprendió que aquella letra que no había reconocido al principio pertenecía a alguien que había aprendido a escribir desde la cautela, como si cada trazo necesitara justificarse antes de existir. Dobló el papel con un cuidado excesivo y lo dejó sobre la mesa y llevó sus manos a su cabeza, en ese acto natural de autocompasión.

Vera lo observaba desde la cocina sin decir palabra, consciente de que había noticias que no pedían ser compartidas de inmediato.

Salió a la calle sin rumbo preciso. El aire estaba cargado de conspiración maligna, del rostro borroso de Hilda. Caminó largo rato por el camino de ripio, dejando que el sol le cayera encima como un

castigo tardío, mientras pensaba en su hermana, en su carácter áspero y tosco, en su manera de aceptar a Almuth, no por ternura sino por disciplina, como quien cumple una tarea que no eligió pero que nadie más estaba dispuesto a asumir. Por primera vez se permitió una idea que hasta entonces había mantenido a raya: que esconder a Almuth en esa casa no había sido una compañía para ella, sino un castigo. Que la había sometido a cumplir los preceptos del "sistema", desatendiendo su incapacidad absoluta para compadecerse de vidas ajenas. Y ahora que Hilda parecía haber pagado un precio ajeno muy alto, tomaba su desaparición del mundo como una profecía que condenaba el alma pía de su hermana a un final perverso y mantenía en el plano terrenal la de él, de menor elevación.

Esa misma tarde tomó el autobús hacia Eldorado. El trayecto se le hizo más largo de lo habitual. El motor vibraba con una irregularidad persistente y el paisaje verde avanzaba a ambos lados con una exuberancia que empezaba a resultarle casi obscena. Todo crecía, todo insistía, todo parecía dispuesto a sobrevivir. Jorge apretó los dientes al pensar que Hilda había muerto sola, en su propia cama, mientras la selva seguía respirando con ese afán desmedido.

—Esperé a que se apagaran las máquinas —dijo Jorge, sin sentarse todavía, con las manos apoyadas en el respaldo de la silla—. No iba a decirte esto con el ruido de fondo, como si fuera una cosa más del día.

Martin levantó apenas la vista. El olor a aceite viejo y metal caliente seguía suspendido en el aire, adherido a la ropa, a las paredes, a la piel.

—Hilda murió —continuó Jorge—. Así, sin rodeos. Murió en su cama, en su casa, con un golpe en la cabeza que no se explica solo. Y antes de que digas nada, te lo digo yo: no fue una enfermedad ni un accidente doméstico.

Martin no respondió. Se inclinó levemente hacia adelante, apoyando los antebrazos sobre la mesa, como si ese gesto mínimo bastara para indicar que estaba escuchando.

—Almuth quedó sola —siguió Jorge, y esta vez la voz se le quebró apenas, lo justo para que resultara evidente—. Me escribió. Nunca

me había escrito. Ni una vez. Y cuando leí esa carta entendí que algo se había torcido hace tiempo, aunque todos hayamos hecho como si no lo viéramos.
—¿Qué decía la carta? —preguntó Martin, sin levantar la voz.
—Decía lo suficiente —respondió Jorge con aspereza—. Decía que encontró a Hilda en su cama, que tenía un golpe en la cabeza, que la casa estaba intacta, demasiado intacta. Decía, sin decirlo del todo, que alguien fue a buscarla. A ella. No a mi hermana.
Martin permaneció en silencio unos segundos más largos de lo necesario.
—Hilda aceptó tenerla en su casa —dijo finalmente—. Nadie la obligó.
Jorge soltó una risa seca, sin humor y con algo de ira contenida.
—Aceptó porque alguien tenía que hacerlo —replicó—. Porque siempre hay alguien que carga con lo que otros no quieren tener cerca. Y no me mires así, Martin, porque los dos sabemos cómo funcionó esto desde el principio.
—Ten cuidado con lo que estás insinuando —dijo Martin, con calma.
—No insinúo nada —respondió Jorge, alzando la voz por primera vez —. Lo digo. Hilda murió porque Almuth estaba en su casa. Porque esa chica nunca fue solo una chica. Porque alrededor de ella siempre hubo cosas que no se nombran, decisiones que se toman en otro lado y consecuencias que pagan otros.
El silencio se cerró entre los dos, denso, incómodo, cargado de lo que ninguno estaba dispuesto a decir en voz alta.
—Yo cumplí con lo que me tocó —continuó Jorge, ya más bajo, pero con una dureza nueva—. La ayudé cuando había que ayudarla. Callé cuando había que callar. Y ahora mi hermana está muerta, Martin. En su cama. Y Almuth vuelve a quedar en medio de algo que nunca eligió.
Martin sostuvo la mirada sin parpadear.
—Si estás buscando culpables —dijo—, no los vas a encontrar en esta mesa. No sé qué decirte…
—No, eso lo tengo claro. Los culpables tal vez no los encuentre — respondió Jorge— Pero los voy a seguir viendo cada vez que cierre los ojos.

Martin no contestó. Se limitó a asentir levemente, como quien registra un dato más en un esquema que empieza a mostrar fallas.
—Esto no termina aquí —añadió Jorge, ya de espaldas, antes de irse —. Y tú lo sabes.
Martin esperó a que la puerta se cerrara y a que los pasos de Jorge se perdieran en el galpón vacío. Recién entonces respiró hondo, no por cansancio ni por culpa, sino porque acababa de confirmar algo que ya sospechaba: que la muerte de Hilda no era un accidente aislado, sino una advertencia tardía, pero sobre todo una alteración del esquema.
Almuth había quedado expuesta. Y cuando algo se expone, deja de ser neutral. No pidió detalles inútiles ni buscó consuelo en explicaciones morales. Comprendió que la red había fallado en uno de sus puntos más frágiles y que ese error no podía repetirse.
Esa noche no durmió. Se sentó en el borde de la cama y dejó que la casa respirara a su alrededor, escuchando los sonidos mínimos que siempre había considerado señales de estabilidad: una cañería que goteaba, el roce de una rama contra la ventana, el murmullo distante de la noche misionera. Todo parecía estar en su lugar. Ilse respiraba acompasadamente del otro lado de la cama, con calma no intencionada y ajena a la situación. Y, sin embargo, algo había quedado abierto.
Fue entonces cuando el nombre se le impuso sin necesidad de ser pronunciado. Gunther Haas. Un nombre que no se decía en voz alta, que circulaba como una advertencia implícita, perteneciente a esa clase de hombres cuya existencia se acepta mientras no interfiera directamente con los planes de otros.
Martin comprendió que el tiempo de la espera había terminado. No hubo en esa certeza espacio para la venganza ni para la culpa, porque ambas le parecían debilidades impropias de los hombres que sobreviven. Lo que había ocurrido no era un error moral, sino una desviación del orden, una pieza fuera de lugar que amenazaba con revelar lo que debía permanecer enterrado. Alguien había actuado, o había sido autorizado a hacerlo, y ese gesto, ejecutado en la sombra y sin aviso, exigía una rectificación. No una explicación. No un castigo ejemplar. Una intervención precisa, silenciosa, definitiva. Y

comprendió, con la serenidad de quien acepta una ley antigua, que esa tarea no podía ser confiada a nadie más y, mucho menos, relegarse.

Al amanecer salió sin avisar. Ilse no preguntó y permaneció en la cama pretendiendo seguir dormida.

El aire olía a fauna adormecida y a hojas trituradas. Caminó un buen trecho, dejando que el paisaje se desplegara como un mapa que conocía de memoria, los senderos rojizos, los árboles altos aún perlados de rocío, los sonidos de la selva despertando con una puntualidad casi militar. Cada paso reforzaba una certeza antigua: los errores no se discuten, se neutralizan.

Buscar a Haas no sería sencillo. Los hombres como él no dejan huellas visibles y se retiran antes de que el daño pueda medirse. Pero Martin sabía algo esencial: Haas obedecía. Y la obediencia, incluso cuando se prolonga más allá de la muerte de quien la impuso, deja rastros en los lugares donde se confunde con la costumbre.

Mientras el cielo se cerraba lentamente y el aire empezaba a oler a tormenta, Martin tomó una decisión que no compartió con nadie. No comentó con Ilse ni volvió a ver a Jorge. Sabía que, una vez elegido el objetivo, ya no habría espacio para correcciones.

En algún lugar, lejos de allí, Gunther Haas seguía existiendo, ajeno todavía a la certeza de que alguien había decidido buscarlo no para encomendarle una tarea, sino para poner fin a todas.

32. Preparando la partida

Martin, Ilse y los niños visitaban a Henriette y a Gustav desde hacía más de una década, casi siempre el mismo día de la semana, casi siempre a la misma hora, como si aquel gesto regular pudiera sostener una normalidad que en realidad se había ido enfriando con los años. La casa estaba en el kilómetro dos, no muy lejos del río, levantada con una sobriedad antigua sobre un terreno que aún conservaba el olor salvaje de un monte tupido, y desde la galería se alcanzaba a oír, cuando el viento venía del agua, un murmullo apagado que se mezclaba con los sonidos nuevos de Eldorado, demasiado jóvenes para ellos, demasiado ajenos. El teatro, todavía flamante, se insinuaba a lo lejos como una promesa que no les pertenecía.

Al entrar, se percibía de inmediato el carácter anticuado y frío de la casa, un ambiente inundado por un olor peculiar, un tanto agrio, que recordaba a la madera vieja después de la lluvia, a las cosas que han absorbido demasiados inviernos sin renovarse y a pieles humanas antiguas. En la sala, bajo la ventana, había un escritorio de consola cerrado, coronado por un trío de candelabros de metal que parecían haber perdido hace tiempo su función original. El mueble tenía dos cajones con tiradores gastados, y en uno de ellos se distinguía una cerradura forzada, con marcas y hendiduras irreparables que rompían la armonía de la madera, como una herida antigua que nadie se había molestado en disimular. Martin se detuvo un instante ante ese detalle, porque siempre había sido sensible a las señales mínimas, a los rastros que los objetos conservan cuando han sido violentados y obligados a seguir cumpliendo su función.

Ese día, Henriette no salió a recibirlo, sin embargo, había preparado para los niños el chocolate caliente que acostumbraba y que, en esta ocasión, yacía tibio en dos vasos de vidrio sobre el mesón de la cocina.

Gustav explicó, con una sobriedad resignada, que Henriette había tenido que acostarse temprano, que el cansancio la había vencido antes del mediodía y que los riñones ya no respondían como antes,

que el cuerpo comenzaba a apagarse por sectores, como una casa vieja a la que se le van cortando las luces una por una. Martin asintió sin comentar nada, aceptando la explicación con la misma naturalidad con la que aceptaba casi todo, porque sabía reconocer el sonido de una despedida cuando todavía no se la pronunciaba.

Se sentaron en la galería, frente a la mesa de madera marcada por los años, mientras el aire de la siesta se espesaba y el canto de los insectos comenzaba a ganar terreno. Gustav sirvió café con un cuidado excesivo, como si cualquier gesto brusco pudiera quebrar algo invisible, y se acomodó frente a Martin con esa mezcla de confianza y cautela que solo se conserva entre hombres que han compartido demasiados silencios.

—Tienen que irse —dijo Martin, sin rodeos, cuando el café aún humeaba—. Ya no hay motivo para quedarse.

Gustav no respondió de inmediato. Miró hacia el río, dejando que la frase se asentara, como si necesitara medir su peso antes de aceptarla.

—¿Irnos? —repitió—. ¿Ahora?

—Eldorado fue una solución —respondió Martin—. No un destino. Y las soluciones, cuando se estiran demasiado, empiezan a llamar la atención.

Gustav apretó los labios. Conocía ese tono. Lo había escuchado otras veces, siempre antes de un movimiento brusco, siempre cuando Martin decidía que el tiempo de una vida había expirado sin previo aviso.

—¿Tiene que ver con Almuth? —preguntó, sin insistir.

—Tiene que ver con cerrar etapas —dijo Martin—. Iré a Buenos Aires. La buscaré. Partiremos en barco hacia Barcelona. Desde allí, el resto se resuelve por medios conocidos. Rheinbach sigue siendo un lugar posible.

Gustav dejó la taza sobre la mesa con cuidado. Había aprendido a no preguntar de más, pero también sabía reconocer la urgencia cuando se disfrazaba de planificación.

—Siempre que hablas de cerrar etapas —dijo—, es porque algo se abrió donde no debía.

Martin esbozó una sonrisa mínima, casi imperceptible.

—No esta vez —mintió con una naturalidad pulida—. Esta vez se trata de proteger lo poco que queda.
Gustav no insistió. Pensó en Henriette, en su respiración trabajosa, en la fragilidad que se había instalado en su cuerpo como una certeza lenta, y comprendió que aquel viaje era también una forma de concederle un final más digno que el que la selva estaba dispuesta a ofrecer.
—Ella no está bien —dijo al fin—. El médico habla de deterioro progresivo. No usa la palabra, pero yo la escucho igual.
—Lo sé —respondió Martin—. Por eso no conviene esperar.
El silencio volvió a instalarse entre ambos, sosteniendo un dolor tácito. Desde el interior de la casa llegó un ruido leve, quizá un movimiento involuntario, quizá solo el asentarse de la madera vieja bajo el peso del calor. Martin pensó, sin formularlo, que aquella casa llevaba tiempo resistiendo de la misma manera que Henriette: sosteniéndose por costumbre, ocultando bajo una superficie ordenada las marcas de una violencia antigua.
—¿Y después? —preguntó Gustav.
Martin se levantó despacio y miró hacia el río, como si allí pudiera encontrar una respuesta que no estaba dispuesto a compartir.
—Después —dijo Martin—, cada uno hará lo que siempre hizo: seguir adelante como si nada hubiera pasado.
Gustav no respondió de inmediato. Desvió la mirada hacia el terreno mal cuidado que rodeaba la casa, una franja de tierra endurecida por el sol donde el pasto crecía sin orden y los restos de antiguas tareas agrícolas persistían como huellas de una voluntad que ya no buscaba corregirse. Aquel paisaje, más que abandono, era una forma de permanencia, una manera silenciosa de decir que nada necesitaba estar en condiciones para seguir existiendo allí.
—Yo no me voy de Eldorado —dijo al fin—. No ahora. No nunca. Vine hasta aquí para quedarme, y aquí me pienso morir.
Martin permaneció de pie, sin contradecirlo, con la vista fija en el límite irregular del terreno, donde la vegetación comenzaba a cerrarse como una frontera informal que nadie había trazado pero que todos respetaban.

—Este lugar es lo único que no me persigue —continuó Gustav—. La casa, la tierra, incluso este descuido que ya nadie corrige. Todo eso es lo que me queda. Si alguien tiene que irse, eres tú. Tú, Ilse y los niños. Son ustedes los que arrastran algo que no termina de cerrarse.

Desde el interior de la casa llegó un ruido leve, un desplazamiento contenido, y Martin supo que Ilse había entrado a la habitación para ver a Henriette. La había visto levantarse sin decir nada, con ese gesto automático que había desarrollado en los últimos años frente a la enfermedad ajena, una mezcla de obligación y ternura administrada. Renate, ya adolescente, se había quedado en la sala junto a Joaquín, que observaba con una atención distraída los objetos del lugar, sin comprender del todo lo que empezaba a rodearlos.

—Me duele perderlos —añadió Gustav, bajando la voz—. A los niños. Aunque no sepan quiénes somos para ellos, aunque nunca nos llamen abuelos. Me duele igual. Porque uno no deja de serlo por falta de palabras.

Martin giró apenas la cabeza, lo justo para aceptar la herida sin ofrecer consuelo.

—Lo sé. Créeme que lo sé.

—No, no lo sabes —respondió Gustav, con una dureza que no solía permitirse—. Lo acepto porque no queda otra. Porque alguien tiene que quedarse quieto para que otros puedan moverse. Pero no lo acepto sin tristeza, ni sin rabia, ni con la idea de empezar de nuevo en un lugar que ya no es el mío.

Ilse regresó de la habitación con el rostro contenido. No dijo nada, pero Martin reconoció en su expresión el cansancio de quien asiste a un deterioro que no admite alivio. Renate se levantó de la silla cuando la vio aparecer, y Joaquín imitó el gesto, sin entender por qué aquel momento había adquirido de pronto una gravedad inexplicable.

—Tenemos que irnos —dijo Ilse, con suavidad, más como una señal que como una orden.

Se reunieron todos en la galería. Renate abrazó a Gustav con un afecto respetuoso, todavía infantil, sin saber que aquel contacto

quedaría fijado para siempre en su memoria como una imagen incompleta. Joaquín le estrechó la mano con una seriedad que no le era habitual, y Gustav le sostuvo el brazo un segundo más de lo necesario, como si quisiera retener algo que ya no le pertenecía.

—Dale mis saludos a Henriette —dijo Renate—. Dile que vuelva a ponerse bien.

Gustav asintió sin responder. Ilse se acercó también, le tomó la mano y le agradeció en voz baja, sin precisar por qué, sin atreverse a nombrar la despedida.

Martin fue el último en saludarlo. El apretón de manos fue prolongado y sentido, ofreciendo una comprensión muda que no necesitaba palabras. Gustav los observó alejarse por el camino de tierra, con esa certeza incómoda que solo aparece cuando uno entiende que algunos adioses no anuncian regreso, sino distancia definitiva.

Dentro de la casa, Henriette dormía, ajena a los movimientos, a los planes, a las huidas que se repetían con otros nombres. Su cuerpo avanzaba por su propio trayecto irreversible, mientras afuera, en la galería, el día se cerraba lentamente sobre una despedida que Renate y Joaquín no sabían que era final, y que nadie tuvo el coraje de nombrar como tal.

33. Cabo San Vicente

El vapor Cabo San Vicente avanzaba con una lentitud solemne sobre un Atlántico que parecía haber olvidado toda urgencia, como si el mar mismo supiera que no transportaba viajeros sino restos de una vida que se replegaba sobre sí misma. Desde cubierta, el horizonte se extendía sin promesas, una línea indiferente que no ofrecía ni despedidas ni bienvenidas, solo la continuidad muda de un trayecto inevitable. Renate se apoyaba en la baranda con los brazos cruzados, observando el vaivén hipnótico del agua, y Joaquín permanecía unos pasos más atrás, intentando leer sin concentración un libro que había traído de la escuela, un objeto que ya no pertenecía a ningún lugar.

Era 1969, pero el año no significaba nada para ellos. Había dejado de ser una cifra para convertirse en un corte.

Atrás quedaban demasiadas cosas como para enumerarlas sin caer en una contabilidad inútil. Eldorado, la casa, el terreno, los rituales mínimos que habían dado forma a una infancia que ahora parecía suspendida en una vitrina mal iluminada.

También había quedado atrás la muerte de Gustav Haas, aunque durante semanas se la siguió nombrando como desaparición, quizá porque nadie quiso asumir de inmediato la materialidad de aquel final. Lo encontraron en su casa de Colonia Independencia una mañana sin fecha precisa, inclinado sobre la mesa del comedor como si se hubiera quedado dormido en mitad de una reflexión demasiado larga. Tenía los brazos apoyados sobre la madera, el cuerpo vencido hacia adelante y el rostro apoyado contra la superficie áspera, hinchado de una manera antinatural, con la piel amoratada y tensa, como si el último gesto de su vida hubiera sido contener algo que ya no cabía dentro de él. En una de sus manos aún sostenía una copa, y en el fondo del cristal quedaban restos de un líquido negro y espeso cuyo olor nadie supo, o quiso identificar con certeza.

La escena no mostraba signos de lucha ni de violencia inmediata, y precisamente por eso resultaba más inquietante. Todo estaba en su

lugar, demasiado prolijo, como si alguien hubiera cuidado de no alterar el orden doméstico, de no dejar huellas visibles que obligaran a formular preguntas incómodas. La puerta estaba cerrada, las ventanas entornadas, y el aire de la casa conservaba ese olor penetrante a madera vieja y humedad que siempre había acompañado a Haas, ahora mezclado con un dejo fétido que tardó días en disiparse.

No hubo velorio ni despedida pública. El cuerpo fue retirado con discreción, casi con prisa, y enterrado sin ceremonias que atrajeran curiosos. Las versiones comenzaron a circular en voz baja, contradictorias y breves, como si nadie quisiera apropiarse del relato completo. Algunos hablaron de una muerte súbita, otros de un malestar antiguo que finalmente se había cobrado su precio. Nadie mencionó la copa. Nadie habló del líquido oscuro. Y nadie explicó por qué, al tocarlo, la madera de la mesa había quedado marcada con una huella oscura que tardó días en borrarse.

Solo un vecino aseguró haber visto algo distinto. Dijo que una madrugada, cuando el cielo todavía no había decidido aclarar, vio salir de la casa de Haas a un hombre flaco, algo huesudo, envuelto en una sombra que no supo describir mejor. Caminaba con paso firme, sin apuro, como quien conoce el terreno y no teme ser observado. El vecino lo comentó al pasar, sin insistir, y su relato fue recibido con una cortesía distraída, como se escuchan las historias que incomodan. Nadie tomó nota. Nadie preguntó detalles. En una colonia habituada a convivir con ausencias oportunamente explicadas, aquel comentario fue archivado como una exageración nocturna, fruto del cansancio o del alcohol.

La ausencia de Gustav Haas fue aceptada con una rapidez sospechosa, como si el silencio fuera la única forma posible de trámite en una comunidad entrenada para no ver lo que no convenía. Su nombre dejó de pronunciarse, su casa permaneció cerrada, y la vida siguió avanzando con una normalidad forzada que no lograba disimular del todo la sensación de que algo había sido clausurado antes de tiempo.

No se habló de culpables. No se abrieron investigaciones que merecieran ese nombre. Y, sin embargo, para quien supiera leer

entre líneas, la muerte de Haas no parecía el resultado del azar, sino la conclusión ordenada de una historia que había durado demasiado y que alguien, finalmente, había decidido cerrar.

Ilse había comenzado a deshacerse de las pertenencias con una meticulosidad que desconcertaba a sus hijos. Platos de adorno, vajilla antigua, muebles que habían estado siempre allí sin que nadie los considerara realmente propios fueron pasando de mano en mano, repartidos entre Ingrid y algunos conocidos, como si cada objeto entregado aligerara un poco el peso de la partida. Renate no comprendía esa urgencia por vaciar la casa, por borrar las marcas de una vida antes incluso de haberla abandonado, y Joaquín sentía una impotencia muda al ver cómo desaparecían las cosas que, sin saberlo, habían construido su idea de permanencia.

—¿Por qué tenemos que irnos? —había preguntado él más de una vez.

Nunca obtuvo una respuesta que pudiera sostenerse.

La idea de Alemania les resultaba abstracta, casi hostil. Significaba dejar la escuela, los pocos amigos, los caminos conocidos, el idioma cotidiano del afecto. Significaba empezar de nuevo sin haberlo pedido. Renate entendía lo suficiente como para intuir que no se trataba solo de un traslado, sino de una huida cuidadosamente disfrazada de regreso, y esa intuición le producía una mezcla de rabia y tristeza que no encontraba destinatario.

La búsqueda de Almuth había sido infructuosa. Martin había viajado a Buenos Aires con una determinación silenciosa, había tocado puertas, había vuelto a la casa de Jorge Krieger en Caraguatay con la esperanza de obtener una pista que permitiera localizarla, no para traerla de regreso a una familia que nunca había sido tal, sino para cumplir, quizá tardíamente, con una forma mínima de responsabilidad. Sabía que Almuth ya era una mujer, que rondaba los veintisiete años, que no necesitaba tutela ni rescate, pero Ilse insistía, por primera vez en su vida, en la posibilidad de una reconciliación que no sabía cómo formular. No la encontraron. Ni en Buenos Aires ni en ningún lugar donde su nombre pudiera todavía significar algo.

Martin no habló demasiado de ese fracaso.

En el barco, su figura se movía con una debilidad contenida dentro de una postura, ajena a la nostalgia, como si el viaje fuera una extensión natural de una decisión tomada mucho antes. A veces permanecía solo en cubierta, mirando el mar con una atención que no parecía contemplativa sino evaluativa, como si incluso allí siguiera calculando distancias, consecuencias, silencios. Ilse lo observaba sin decir nada, consciente de que había preguntas que ya no tenía derecho a formular.

La muerte de Gustav Haas quedó suspendida en una zona incierta del relato familiar. Nadie la explicó. Nadie la negó. Renate escuchó versiones fragmentarias, comentarios sueltos, y comenzó a comprender que había verdades que no se transmitían por palabras sino por omisión. En más de una ocasión, la idea de que Martin pudiera haber tenido algo que ver se insinuó en su pensamiento sin terminar de tomar forma, una sospecha sin pruebas, alimentada solo por la lógica fría con la que su padre había resuelto siempre los asuntos pendientes. No se atrevió a pensarlo en voz alta. Aún no.

El vapor siguió avanzando hacia Barcelona, llevando consigo una familia incompleta, una hija perdida que no estaba a bordo y un muerto que nadie había enterrado del todo. El mar, indiferente a las biografías, borraba las estelas con una constancia implacable, como si quisiera recordarles que todo rastro, incluso el más oscuro, acaba por disolverse si nadie insiste en seguirlo.

El viento había cambiado y traía consigo un olor áspero, metálico, como si el océano también estuviera cansado de repetir su propio gesto. Renate permanecía apoyada en la baranda, observando el agua con una atención que ya no era curiosidad sino necesidad, cuando la mujer volvió a hablar, sin mirarla todavía, como si temiera romper algo frágil.

—No siempre el mareo viene del mar —dijo—. A veces es el cuerpo el que se resiste a aceptar que ya no está donde debería.

Renate sonrió apenas, sorprendida por la precisión de aquella frase.

—Eso explicaría muchas cosas —respondió—. Yo pensé que era solo debilidad.

—No lo es —dijo la otra—. Es memoria.

Se hizo un silencio breve, pero no incómodo. Era uno de esos silencios que se acomodan solos, como si ambas supieran exactamente cuánto espacio necesitaban dejar entre una palabra y la siguiente.
—¿Viajas desde hace mucho? —preguntó Renate.
—Creo que desde siempre —respondió la mujer—. Aunque recién ahora siento que estoy regresando.
Renate la miró con atención. Había en su forma de hablar una gravedad serena, una manera de decir las cosas sin adornarlas ni defenderlas.
—Yo no sé si me voy o si me llevan —dijo—. En mi casa lo llaman volver, pero nunca viví allá. Alemania es una palabra, nada más.
La mujer asintió lentamente.
—A veces los países son solo eso —dijo—. Palabras heredadas. Lugares donde otros decidieron que pertenecíamos.
El barco crujió bajo una ola más pesada y ambas se afirmaron instintivamente. Renate notó entonces que aquella mujer no se mareaba en absoluto, como si el movimiento no tuviera poder sobre ella.
—Tú no pareces incómoda aquí —observó.
—No lo estoy —respondió—. He vivido en lugares peores. Más estrechos, más incómodos
Renate no preguntó. Intuyó que, si insistía, la respuesta llegaría sola.
—Viví en Buenos Aires —continuó la mujer al cabo de un momento —. Casi toda mi vida. Llegué siendo una niña, sin entender por qué ni para qué. Crecí en una casa que nunca fue mía, con una mujer que se decía tía, pero que jamás supo qué hacer conmigo.
Renate sintió una presión extraña en el pecho, como si aquellas palabras tocaran una zona que todavía no tenía nombre.
—¿Y tu madre?
La mujer tardó en responder.
—Estaba —dijo finalmente —Pero no del todo. Algunas madres saben parir hijos, pero no destinos.
Renate bajó la mirada. Pensó en Ilse, en sus silencios administrados, en esa forma tan precisa de estar y no estar a la vez.

—En Buenos Aires conocí a alguien —añadió la mujer—. Oscar se llamaba, o se debe seguir llamando. Fue… lo único que no me pidió explicaciones.
Renate sonrió con tristeza.
—Del amor sé poco, pero lo poco que aprendí bastó para que arda como brasa —dijo y sonrió.
—Mi tía lo odió desde el primer momento —continuó sin acatar el comentario de Renate—. No porque fuera malo, sino porque representaba algo que ella no podía controlar. Lo expulsó de mi vida con una frialdad que todavía me cuesta entender. Y yo seguí viéndolo porque opté por desobedecerle. Supongo que una aprende a sobrevivir antes que a desobedecer, pero en mi caso fue al revés.
El viento levantó un mechón del cabello de la mujer y Renate tuvo la sensación absurda de haberla visto antes, en otro tiempo, en otro lugar que no conseguía precisar.
—¿Y ahora? —preguntó—. ¿Vuelves sola?
—Siempre he estado sola —respondió—. Esta vez sólo lo acepto. Mi tía falleció y, para serte sincera, me siento liberada.
Renate apoyó los codos en la baranda. Sentía una cercanía extraña, casi inquietante, como si esa conversación ya hubiese tenido lugar en otro tiempo pasado, como si fuese una continuación de algo que ya había comenzado en algún sitio lejano.
—Es curioso —dijo—. No sé nada de ti y, sin embargo, siento que podríamos haber crecido juntas en la misma casa.
La mujer la miró entonces directamente, con una intensidad serena.
—Quizá lo hicimos —dijo—. Solo que en habitaciones distintas.
Ambas rieron en voz baja, no por humor sino por alivio, como si hubieran encontrado un resquicio respirable en medio del viaje.
El silbato del barco anunció el cambio de turno y el cielo comenzó a cerrarse sobre el mar con una lentitud cansada. Renate sintió que, si no decía algo en ese instante, la oportunidad se perdería.
—Es extraño —dijo—. Hemos hablado de todo menos de lo más simple.
La mujer inclinó levemente la cabeza.
—¿Qué sería lo más simple?
Renate respiró hondo, con una intuición que no supo explicar.

—Aún no nos hemos presentado —dijo—. Soy Renate.
La mujer sostuvo su mirada apaciblemente, como si ese nombre hubiera rozado una puerta que llevaba demasiado tiempo cerrada.
—Almuth— y una sonrisa se le dibujó en la cara.
Durante años, nadie habló de aquel viaje como de un comienzo. Se lo recordó, cuando se lo recordó, como una transición incómoda, un desplazamiento necesario, un episodio más en la cadena de decisiones tomadas por otros. El vapor, el mar, la llegada a Europa fueron absorbidos por la vida posterior con la misma eficacia con la que ciertas familias aprenden a archivar lo que no conviene mirar de frente, sin discutirlo ni concederle demasiada importancia.
Renate llevaría consigo la sensación persistente de haber estado cerca de algo esencial sin haber sabido reconocerlo a tiempo, como si su memoria conservara la silueta borrosa de una conversación interrumpida, de un rostro que volvía a aparecer en sueños sin nombre ni contexto. No habría sabido explicarlo entonces, pero con los años aprendería que hay encuentros que no reclaman recuerdo inmediato, sino paciencia, porque sólo revelan su verdadero peso cuando el tiempo ha hecho su trabajo lento y silencioso.
Almuth, por su parte, avanzaría con la convicción íntima de que su vida había sido una sucesión de habitaciones prestadas, de apellidos ajenos, de afectos administrados con cautela. Nunca se pensó víctima, pero tampoco heredera. Aprendió a caminar con lo indispensable, a no preguntar demasiado, a aceptar que algunas respuestas no llegan porque no fueron escritas para llegar, aunque en el fondo conservó una certeza mínima, casi imperceptible, de haber sido vista alguna vez sin ser juzgada, comprendida sin explicaciones, como si alguien, en algún punto del camino, hubiera sabido leerla.
Ninguna de las dos podía saber entonces que la vida, que rara vez concede justicia inmediata, había decidido no abandonarlas del todo. Esa vida que iba a transformase en una salvia curativa que mancilla cualquier pena.
Ignoraban que aquel cruce fugaz en la cubierta de un barco no era un final sino un aplazamiento, una demora deliberada, y que sus historias, lejos de separarse para siempre, seguirían avanzando en

paralelo, aproximándose con una lentitud casi piadosa y ceremonial hacia un punto que aún no tenía fecha ni forma.

Ilse no regresó a ese recuerdo. Eligió el orden de los días previsibles, la corrección del gesto contenido, la disciplina de no revisar lo que no podía desatar. Había amado como pudo, había elegido como supo, y en esa suma imperfecta encontró una manera de sostenerse. Si alguna vez pensó en la hija que no logró encontrar, lo hizo sin palabras, como se piensa en una herida cerrada en falso, sensible todavía al tacto del tiempo.

Martin, en cambio, supo. Supo desde el principio que algunas historias no se resuelven, sólo se administran. Observó, calculó, calló. Comprendió que el silencio no siempre es ausencia de verdad, sino una forma activa de poder, una herramienta que protege tanto como condena. No se concedió el derecho de explicarse, porque explicarse habría significado aceptar fisuras en un sistema que sólo funciona mientras nadie lo nombra.

Así, cada uno siguió su camino creyéndose solo en su carga, ignorando que formaban parte de una misma trama de gestos omitidos, de nombres desplazados, de vínculos que existieron antes de ser reconocidos. No hubo confesiones tardías ni revelaciones finales, porque no todas las historias están hechas para cerrarse, y no toda verdad llega en forma de palabra.

Algunas permanecen en suspenso, desplazándose de generación en generación como una corriente subterránea, esperando el momento —si es que llega— en que alguien se atreva a nombrarlas y a mirarlas de frente. Hasta entonces, siguen ahí, sosteniendo vidas enteras desde lo que no se dice, pero también desde lo que aún puede decirse.

Porque incluso en los relatos más marcados por la omisión, la vida se reserva, en ocasiones, un gesto de reparación tardía, una segunda oportunidad que no se anuncia, pero que insiste.

Y tal vez por eso, sin saberlo, ambas siguieron adelante.

Porque la historia no había terminado.

Porque el silencio, aunque lleve un nombre, no siempre tiene la última palabra.

FIN

Esta obra se terminó de editar el 15 de febrero de 2026 en la ciudad de Bonn, Alemania.

ABOUT THE AUTHOR

LUPE LARZÁBAL



nacida en Buenos Aires, estudió matemáticas y física antes de dedicarse plenamente al canto lírico, campo en el que se ha desarrollado como intérprete y pedagoga. Su vocación por la palabra escrita la acompaña desde la juventud, especialmente a través de libretos en versos para obras musicales, entre los que se destacan “Trigo de piel”, “La Odisea” y “Seamos libres”, una suite poética inspirada en la vida del General José de San Martín.

"Tierra cómplice" fue su primer novela de la serie "El círculo itinerante". "El silencio lleva mi nombre", la segunda novela de la serie, es una historia atravesada por secretos familiares, identidades fragmentadas y verdades que han sido postergadas durante décadas.

Su paso por la provincia de Misiones en los años de juventud le aporta a la narrativa un anclaje afectivo y geográfico profundamente vivido.

EL CÍRCULO ITINERANTE

El círculo itinerante es una serie literaria que explora la herencia de los silencios, la memoria fragmentada y la persistencia del pasado allí donde nadie quiere mirarlo. A través de distintas épocas, países y generaciones, la serie sigue el rastro de secretos familiares, obras de arte desplazadas y verdades incómodas que sobreviven al tiempo camufladas bajo identidades falsas, relatos oficiales y restauraciones convenientes.

Desde la Europa devastada de la Segunda Guerra Mundial hasta la Argentina de la posguerra y los años setenta, los personajes de El círculo itinerante se enfrentan a legados que no eligieron pero que los reclaman: verdades mal contadas, nombres que se repiten con variaciones inquietantes, vínculos truncos y lealtades impuestas. El silencio, lejos de ser refugio de unos cuantos, se convierte en testigo, en coartada y en amenaza.

Con una prosa densa, atmosférica y cargada de ironía, la serie "El círculo itinerante" construye un universo donde la verdad nunca aparece completa y donde cada revelación abre una nueva grieta. Cada novela no narra la historia como fue, sino como persiste: deformada, incompleta y peligrosamente viva.

EL SILENCIO LLEVA MI NOMBRE

EL SILENCIO LLEVA MI NOMBRE
Secretos familiares. Identidades ocultas. Un pasado que nunca

termina de enterrarse.
La historia sigue a Almuth Zoller, una mujer nacida en tiempos oscuros y criada entre medias verdades, pactos familiares y lealtades impuestas. Desde la Alemania del Tercer Reich hasta la Argentina de la posguerra, su vida queda marcada por un origen negado y por una red de secretos que condicionan su identidad y su destino.
A medida que avanza la narración, salen a la luz vínculos incómodos, silencios estratégicos y un pasado que se resiste a desaparecer. La familia, lejos de ser un refugio, se convierte en un espacio ambiguo donde callar es una forma de sobrevivir, pero también una condena que atraviesa generaciones.
Con una trama cargada de tensión, misterio e intriga histórica, esta novela invita al lector a sumergirse en una historia donde nada se dice del todo y donde cada silencio esconde una verdad peligrosa.
Porque hay secretos que se heredan.
Y hay nombres que sólo existen en lo que no se cuenta.

TIERRA CÓMPLICE

En la pequeña ciudad de Eldorado, rodeada de la tupida selva misionera en el litoral argentino, una niña de doce años se encuentra de manera fortuita con un diario manuscrito en la opulenta biblioteca de los Pedersen, amigos de la familia. Intrigada, y luego de varios intentos, decide hacerse del cuaderno y adentrarse en sus páginas en busca de conocer más sobre el misterioso autor. Creyendo haber encontrado un relicario de viejos textos, desgaja cada hoja del cuaderno, descubriendo poco a poco anotaciones extrañas, y varias de ellas indescifrables y fotos que evidencian un pasado oscuro en la comunidad eldoradense.
La trama inicial se desarrolla en la segunda mitad del siglo XX. Con un celo meticuloso, se ha buscado conservar el espíritu del lugar: sus inmigrantes, sus costumbres arraigadas, el clima que lo envuelve, su topografía única, y, sobre todo, los secretos más abrumadores que yacen ocultos entre sus calles y paisajes. En esta narrativa, Eldorado se convierte en un personaje más, revelando sus

misterios a medida que Renate se aventura en la indagación de ese diario y descubre los entresijos de una ciudad marcada por su historia y sus oscuros enigmas.